SÉNECA

DIÁLOGOS

CONSOLACIONES A MARCIA, A SU MADRE HELVIA Y A POLIBIO

•

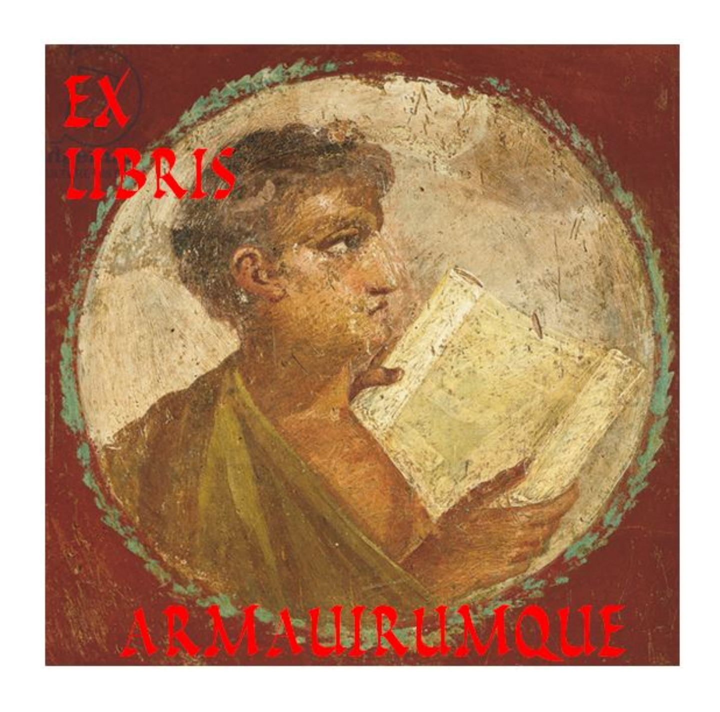
APOCOLOCINTOSIS

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE
JUAN MARINÉ ISIDRO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 220



Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por Juan Gil.

Depósito Legal: M. 13242-1996.

ISBN 84-249-1805-3.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996. — 6819.

CONSOLACIONES

INTRODUCCIÓN

1. La consolación

Como de tantos otros, fueron los griegos los creadores de este género, y concretamente los filósofos, que fácilmente derivaron sus estudios sobre el alma del hombre y sus sentimientos a la corrección de aquellos que consideraban perjudiciales: entre ellos, la tristeza y el dolor. Y así surgió el *lógos paramythetikós* griego, adaptado como *consolatio* en latín, con un propósito muy definido: procurar alivio a los desdichados, mitigar duelos y pesares en los afligidos por alguna desgracia o, cuando menos, lograr que se resignaran a su destino, recurriendo a unos principios éticos elevados y racionalistas de larga tradición [1].

A esta tarea se aplicaron filósofos de todas las escuelas, pero sin ceñirse exclusivamente a la doctrina particular de cada una; desde los comienzos, los autores de consolaciones mostraron un eclecticismo muy práctico, y no repararon demasiado en fronteras ideológicas con tal de alcanzar su

---

[1] Incluso indoeuropea, cf. J. Hani, «La consolation antique. Aperçus sur une forme d'ascèse mystico-rationelle», *Rev. Étud. Anc.* 25 (1973), 103-110.

meta: modificar a fuerza de razón las circunstancias interiores del individuo, ya que las exteriores son inmutables e indiferentes a cualquier argumento.

Ahora bien, estos autores no fueron muchos ni sus obras numerosas[2]; tampoco tuvieron éstas fortuna en su viaje a través de los siglos, pues no se ha conservado ninguna; todo cuanto queda de ellas se reduce a sus títulos[3] y algún que otro insignificante fragmento, atribuidos más o menos verosímilmente a un puñado de filósofos bien conocidos y a otros casi desconocidos. Agrupados por escuelas, están los estoicos Crisipo de Solos (s. III a. C.) y Panecio de Rodas[4] (s. II a. C.); los cínicos Diógenes de Sinope, Bión de Borístenes y Teles[5] (los tres del s. III a. C.); entre los epicúreos, el propio fundador de la escuela, y además Metrodoro de Lámpsaco[6] y Filodemo de Gádara[7].

Crantor de Solos (s. IV-III a. C.), el único seguidor de Platón autor de una obra consolatoria *(A Hipocles sobre el luto)*, fue sin embargo el más célebre e influyente en el género, a juzgar por los elogios que le dedican Panecio (citado por Cicerón en las *Académicas* II 44), que recomendaba

---

[2] CICERÓN, (*A Ático* XII 14, 3) y SÉNECA (*Helvia* 1, 2) afirman haberlas leído todas.

[3] Que responden a los temas tradicionales del género: *Sobre la muerte, Sobre el luto, Sobre el exilio*, etc.

[4] Restaurador el primero de la doctrina del Pórtico, y el segundo iniciador del estoicismo medio, a quien Cicerón tomó como modelo; cf. A. LESKY, *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1976, págs. 705 y 708-709.

[5] Sobre los tres cf. LESKY, *Historia...*, págs. 700-701.

[6] Amigo y discípulo de Epicuro al que Séneca cita con cierta frecuencia; en las *Epístolas* 98, 9 y 99, 25 menciona una carta consolatoria que Metrodoro dirigió a una hermana suya.

[7] Contemporáneo de Cicerón, que lo estimaba en mucho, amigo de Virgilio y de Horacio (cf. LESKY, *Historia...*, pág. 713).

aprender de memoria la obra, y el propio Cicerón *(ibid.* 135), que sin duda debió de tomarla como modelo para la *consolatio* que se dedicó a sí mismo por la muerte de Tulia, su única hija. Y no sólo él, puesto que la influencia de Crantor se deja ver también en Séneca, entre otras, y se mantiene intacta durante siglos en los autores cristianos: el erudito Jerónimo, en su epístola 60, lo cita aún como el primero entre los cultivadores del género.

Desafortunadamente, tanto y tan duradero éxito no sirvió para preservar su obra, de la que sólo quedan los ecos de su fama, junto con brevísimos fragmentos que no permiten reconstruirla, aunque ha habido intentos. Explicar por qué alcanzó tanta celebridad es aventurarse en el campo de las conjeturas; así y todo, una razón parece clara: Crantor fue el primero en enfrentarse al principio estoico de la insensibilidad, la imperturbabilidad ante todo tipo de infortunios, pues lo que proponía en su obra era moderar los sentimientos, reducirlos a una intensidad razonable y justa medida.

A través del tiempo y de sus diversos cultivadores la consolación va adquiriendo unos contenidos teóricos que, como arriba dije, no son puros de una escuela, sino híbridos de varias; un sincretismo ideológico que humaniza el primer rigor estoico (las pasiones son irracionales y el sabio debe evitarlas), haciéndolo menos inflexible (pero no debe prohibírselas a los demás), gracias a las teorías del epicureísmo (sino mitigárselas con el recuerdo de los bienes disfrutados) y peripatéticas (puesto que no puede anulárselas, al ser parte esencial del hombre), principalmente; en menor medida, también hubo aportaciones de otras corrientes: sofística, cínica, platónica y neopitagórica[8].

---

[8] Cf. R. Kassel, *Untersuchungen zur griechischen und römischen Konsolations-literatur*, Múnich, 1958.

Unos principios que tienen por fuerza que ser atractivos para el doliente, pero que quizá no basten a convencerle de que deponga su actitud, deben por tanto expresarse con palabras persuasivas y artificios seductores. No es de extrañar, pues, que bien pronto pasara la consolación de las manos de los filósofos que la imaginaron a las de los retóricos[9], que la hicieron más práctica al dotarla del poder de la palabra; pero también la inmovilizaron para siempre, fijaron para ella unos límites y una formas obligadas[10] que la encasillaron y redujeron casi a un ejercicio oratorio más. Quedó delimitado su campo de acción, clasificados los infortunios (muerte, enfermedad, exilio, etc.), prescritos los remedios para cada uno. Y tanto como el fondo, la forma: primero una introducción, en la que se hablaba del mal y del tratamiento que se iba a seguir; luego una exposición de las causas y de las normas para remediarlas (los *praecepta*), para lo que se aducían modelos de conducta ejemplar (los *exempla*); acababa la obra con una recapitulación de los puntos principales que remachaba la idea central: puesto que no se puede luchar contra lo inevitable, un dolor sincero y sereno es la mejor actitud, la más razonable entre tanto pasa el tiempo y vienen mejores.

Ni que decir tiene que el resultado fue siendo cada vez más un conjunto de teorías filosóficas trilladas, de lugares

---

[9] Dos tratados nos han llegado, muy posteriores a Séneca, en los que se dan normas para la obra consolatoria, entre otras: la *Téchnē rhetorikḗ*, atribuida falsamente a Dionisio de Halicarnaso, y el *Perì epideiktikôn* de Menandro de Laodicea (cf. LESKY, *Historia...*, págs. 864 y 876); para las reglas que establece este último, cf. la traducción de F. ROMERO, «Menandro. Sobre los géneros epidícticos», *Acta Salmanticensia*: *Studia Philologica*, 218, Salamanca, 1985, págs. 76-77.

[10] Al punto de que Séneca debe justificarse por alterar alguna (*Marcia* 2, 1).

comunes y argumentos cansados que disimulaban más o menos su falta de originalidad según la pericia en decirlos y el dominio del arte que mostrara el autor.

2. Las «Consolaciones» de Séneca

Algunos escritos de Séneca fueron desde antiguo clasificados como diálogos[11], título que bien podría haber recaído sobre todos aquellos en que empleó el recurso de plantearse objeciones poniéndolas en boca de un interlocutor imaginario[12], simulando, gracias a la alternancia de sus ocasionales y breves intervenciones con las réplicas largamente argumentadas, una apariencia de conversación que apenas alcanza a justificarlo.

Sin embargo, sólo diez tratados de Séneca se conocen con la denominación común de «diálogos», al menos desde el s. XI; de los años últimos de ese siglo es el célebre códice Ambrosiano, el más antiguo y el mejor de los que nos han transmitido estas diez obras bajo el título expreso de «Los doce libros de Diálogos de Séneca». El anónimo autor de esta compilación (de época seguramente bastante anterior a la del Ambrosiano) agrupó tratados siguiendo razones poco claras: ni son de extensión pareja —uno de ellos, *Sobre la ira*, abarca tres libros—, ni de una misma época, ni, sobre todo, ofrecen unidad temática: buena prueba de esto es la inclusión de tres *Consolaciones*, que Séneca escribió para

---

[11] Por Quintiliano en primer lugar (X 1, 129: *nam et orationes eius et epistulae et poemata et* dialogi *feruntur*); un precedente de tal autoridad fue el que impuso probablemente el nombre.

[12] Cf. C. Codoñer, «El adversario ficticio en Séneca», *Helmantica* 34 (1983), 131-148.

Marcia, para Polibio y para Helvia, su madre (como libros sexto, undécimo y duodécimo respectivamente).

Bien es cierto que algunos rasgos (el carácter moralizante, el *fictus interlocutor*, incluso la estructura tripartita[13]) los comparten con los demás diálogos, pero también otros tratados los presentan y no son producto de un género concreto, aunque fuera de uno no tan tipificado como el consolatorio. Más lógico habría sido formar con ellas un conjunto independiente y homogéneo, como las *Epístolas*, por ejemplo; en cambio, entre los diálogos, ni siquiera están agrupadas ni ordenadas cronológicamente, como se verá.

1. *Fecha de composición*

La *Consolación a Marcia*[14] va destinada a esta matrona romana, para convencerla de que abandone el largo luto por la muerte de su hijo Metilio, muerte prematura que truncó en sus inicios una carrera que se prometía brillante. Marcia era hija del historiador Cremucio Cordo[15], personaje notable por no encubrir sus ideas republicanas en época ya imperial, sino, al contrario, hacerlas públicas en su obra. Tolerado por Augusto, no tuvo la misma suerte bajo Tiberio: se

[13] Formada por la presentación *(próthesis)*, la parte argumentativa *(pístis)* y el resumen conclusivo *(epílogos)*, según K. Abel, «Die 'beweisende' Struktur des senecanischen Dialogs», *Sénèque et la prose latine*, Ginebra, 1991, págs. 49-97.

[14] Sigo la costumbre establecida de modificar así los títulos de estas obras, para que correspondan más a la realidad (una consolación específica destinada a un doliente concreto); en los manuscritos siguen la fórmula de los demás diálogos, para aparentar más uniformidad: *Ad Marciam de consolatione*, como si fuera un tratado sobre la consolación dedicado a cualquier conocido o familiar, no necesariamente desdichado.

[15] Tácito, *Anales* IV 34-35 y Dión Casio, LVII 24, proporcionan los datos que siguen, a los que hay que añadir las menciones de Suetonio, *Tiberio* 61, 3, *Calígula* 16, 1, y de Quintiliano, X 1, 104.

ganó la enemistad de Sejano, el todopoderoso favorito del emperador, lo que le acarreó una acusación de lesa majestad y la inmediata condena a muerte. Cordo se adelantó a sus verdugos ayunando hasta morir. Los ejemplares de su obra fueron quemados, pero su hija logró salvar alguno, que luego publicó con el beneplácito de Calígula[16].

A este hecho alude Séneca en su obra (*Marcia* 1, 3), que tuvo pues que escribir por fuerza después del año 37, en que Calígula ocupó el trono y Cordo fue rehabilitado. Pero ¿cuánto después? Giancotti[17] analiza la cuestión y concluye que no es posible determinarlo; en cambio, son legión los estudiosos que creen lo contrario: unos, los menos, la sitúan en los últimos años del reinado de Claudio[18] o incluso más tarde, bajo Nerón[19]; otros, la mayoría, creen que fue escrita antes del año 41, cuando murió Calígula y Séneca fue condenado al destierro[20], con argumentos convincentes

---

[16] Aunque censurado: *circumcisis quae dixisse ei nocuerat* (QUINTILIANO, *loc. cit.*); los pasajes suprimidos fueron probablemente aquellos en los que alababa a los asesinos de Julio César. Por desgracia, el celo de Marcia fue en vano, pues de la obra de su padre se conservan apenas unas líneas (cf. H. PETER, *Historicorum Romanorum Reliquiae* II, Leipzig, 1967, págs. 87-90).

[17] F. GIANCOTTI, *Cronologia dei «Dialoghi» di Seneca*, Turín, 1957, págs. 45-73.

[18] Alrededor del año 50 es la datación de A. BOURGERY, *Sénèque prosateur*, París, 1922, pág. 47.

[19] L. HERRMANN, «La date de la *Consolation à Marcia*», *Rev. Étud. Anc.* (1929), 21-28.

[20] De esta opinión fue ya A. GERCKE, *Seneca-Studien*, Leipzig, 1895. Desde entonces ha tenido una larga serie de partidarios; entre los más recientes, I. LANA, *Lucio Anneo Seneca*, Turín, 1955, págs. 89-90; A. TRAGLIA, *Lucio Anneo Seneca. La Consolazione a Marcia*, Roma, 1965, págs. 6-7; K. ABEL, *Bauformen in Senecas Dialogen*, Heidelberg, 1967, pág. 159; y P. GRIMAL, *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, París, 1978, págs. 266-268.

(dejando de lado cuestiones de estilo, siempre demasiado opinables), a mi entender, aunque sean *ex silentio*: no refiere ningún hecho posterior a Tiberio; menciona el exilio (9, 4; 22, 3) sin aludir al suyo; y, sobre todo, no lanza contra Calígula los improperios que, en cuanto tuvo ocasión tras su muerte dedicó en otras obras[21] a este emperador que le era odioso[22]; al contrario, quien queda muy mal parado es Sejano, condenado a muerte por Tiberio bajo la acusación oficial de haber perseguido a los hijos de Germánico.

Por lo tanto, no parece aventurado situar la composición de esta obra en la primera época de Séneca, entre los años 37 y 41, sin que pueda precisarse más[23].

La *Consolación a su madre Helvia* busca mitigar la pena que el confinamiento del filósofo había provocado en su madre. En el año 41, con el poder en manos de Claudio y éste en las de Mesalina, Séneca fue acusado de adulterio con Julia Livila[24], hermana de Calígula, sobrina de Claudio y rival de Mesalina, instigadora de la acusación. Es fácil ver en ésta un fondo de intriga política, aunque eso no impida

---

[21] Cf. los pasajes de *Sobre la ira* (I 20, 8-9; II 33, 3-6; III 18, 3-4 y 19) en que lo califica de loco furioso, asesino vesánico y crudelísimo déspota; también *Helvia* 10, 4 y *Polibio* 17, 3-6, escrita la primera, como se verá, a los pocos meses de muerto Calígula.

[22] Calígula, celoso de la aclamada oratoria de Séneca, la criticaba (Suetonio, *Calígula* 53, 2), e incluso condenó a aquél a muerte, aunque luego revocara la sentencia, después de escucharle una brillante intervención en el senado (Dión Casio, LIX 19, 7). Séneca no volvió a hablar en público, abandonando por fuerza su actividad política y forense cuando se hallaba en la cumbre.

[23] Aunque Lana, *Lucio...*, *loc. cit.*, lo intenta, basándose en que la exaltación de Cordo y de la libertad de expresión sólo habría sido posible mientras Calígula se mantuvo cuerdo, esto es, durante su primer año de reinado.

[24] Cf. Dión Casio, LX 8, 5-6; Tácito, *Anales* XIII 42; Suetonio, *Claudio* 29.

que fuera fundada[25]. Mesalina se libraba así de unos miembros molestos de la familia imperial (la acusación incluía también a otra sobrina de Claudio, Agripina[26], su futura esposa). Ahora bien, cierto o no, el adulterio implicaba la pena capital para Séneca, conmutada por el exilio en Córcega a instancias de Claudio[27], todo ello en un proceso judicial brevísimo, una *cognitio*, puesto que tan sólo dos días antes de la condena Helvia emprendía viaje de vuelta a Hispania despreocupadamente (15, 2).

Séneca escribe la consolación ya en Córcega; esto supone que es posterior al año 41 y anterior al 49, en que regresó a Roma. Otra vez en contra de la opinión de Giancotti[28], hay quienes creen poder precisar más, como hace Albertini[29] tomando en cuenta el pasaje en que Séneca alude a lo reciente de la condena (3, 1), lo que acercaría la fecha al 41, dejando un tiempo para las vacilaciones en escribirla que confiesa el autor (1, 1); pero mucho más concluyente, creo, es el hecho incuestionable de que ha de ser anterior a la *Consolación a Polibio*, cuya fecha extrema es el 43: en *Helvia* se muestra el filósofo aún bastante entero, o lo apa-

---

[25] No hay suficientes datos para tener certeza y sólo se pueden mantener opiniones: unos creen verosímil la acusación, como F. GIANCOTTI, «Il posto della biografia nella problematica senechiana, I: Dall'esilio al *Ludus de morte Claudii*», *Rend. Acc. Lin.* VIII, 8 (1953), 52-68; otros la tachan de calumnia con móviles políticos, como GRIMAL, *Sénèque...*, págs. 93-95. El propio Séneca se guarda mucho de hacer la más mínima alusión en ninguna de sus obras.

[26] Cf. F. GIANCOTTI, «Seneca amante d'Agrippina?», *Parol. Pass.* 8 (1953), 53-62.

[27] Como el propio Séneca admite (*Polibio* 13, 2); luego se verá en la *Apocolocintosis* cómo se lo agradeció.

[28] GIANCOTTI, *Cronologia...*, págs. 74-83.

[29] E. ALBERTINI, *La composition dans les ouvrages philosophiques de Sénèque*, París, 1923, pág. 19.

renta; en *Polibio* él y sus argumentos han sucumbido al pesado poder del paso del tiempo.

La *Consolación a Polibio* pretende confortar a este liberto de Claudio, integrante de la corte administrativa del emperador[30] y personaje influyente en ella[31], que había perdido a un hermano, cuyo nombre no menciona Séneca.

Sí deja bien clara su esperanza de contemplar en Roma el triunfo de Claudio sobre los britanos, tras la campaña emprendida en el año 43[32]; como quiera que dicho triunfo se celebró a principios del 44, queda un período seguro de dos años, 42-43, donde localizar con certeza la fecha de redacción, dado que tiene que ser posterior a la de *Helvia*, cuya datación más temprana es el 41, como antes se vio.

2. *Análisis*

Aparentemente estas tres obras son auténticas consolaciones, las primeras conservadas, más o menos cabales, de la Antigüedad: la carta consolatoria que Sulpicio dirige a Cicerón[33] no es una consolación en toda regla, y la *Consolatio ad Liuiam*, además de no ser tampoco una consolación

---

[30] Encargado *a studiis* según SUETONIO (*Claudio* 28), esto es, de la asesoría en asuntos jurídicos, literarios y de erudición; en cambio, según Séneca (*Polibio* 6, 5) se ocupaba de los memoriales y suplicatorios dirigidos al emperador *(a libellis)*.

[31] En la confianza de Claudio (con quien compartía el gusto por la erudición, cf. *Polibio* 8, 2-3) sólo le superaban otros dos libertos, Narciso y Palante; y además era uno de los amantes de Mesalina (DIÓN CASIO, LX 29).

[32] Noticias sobre esta expedición militar las proporcionan TÁCITO, *Anales* 13, 3; DIÓN CASIO, LX 19-23, y SUETONIO, *Claudio* 17.

[33] *Epístolas a los familiares* IV 5.

formal, ofrece verdaderos problemas a la hora de fecharla[34]: sólo si fuera contemporáneo o unas decenas de años posterior a la muerte de Druso (9 a. C.) sería anterior este poema consolatorio a los tratados de Séneca.

Verdaderas consolaciones, pues, sobre lo que el autor no quiere que haya dudas: ha consultado las obras de la tradición consolatoria para tomarlas como modelos[35], sabe qué se puede decir, y cómo, conoce las reglas del género[36] y a veces avisa de alguna novedad que su obra introduce en él (*Helvia* 1, 2), al que por lo común se atiene: respetando la división en tres partes y con una envoltura fuertemente retórica[37] discurre sobre dos infortunios típicos, la muerte y el destierro, aduce otros casos que enseñan lo que se debe o no hacer[38] con más eficacia tal vez que unos principios morales, unas normas de conducta, unos remedios propuestos,

[34] Analizados minuciosamente por T. González Rolán / P. Saquero, *Consolatio ad Liuiam de morte Drusi Neronis*, Madrid, 1993, págs. 3-17.

[35] Cf. n. 2. Así se explicarían las coincidencias entre algunos pasajes de la *Consolación a Livia* y las de Séneca (cf. Rolán / Saquero, *Consolatio...*, págs. 12-13); pero puede, por supuesto, invertirse el orden y hacer modelo a Séneca e imitador al anónimo poeta, si se acepta para éste una época de producción posterior a la de aquél.

[36] Cf. n. 14.

[37] No tanto en *Helvia*, como se dirá; pero en *Marcia* y *Polibio* Séneca sigue fielmente los preceptos de la retórica general y de la consolatoria en particular; cf., respectivamente, E. Jacoby, «Fonti retoriche delle consolazioni di Seneca a Marcia e a Polibio», *Rend. Ist. Lom.* 64 (1931), 559-568, y de la misma autora «Intorno alla *Consolatio ad Marciam* e alla *Consolatio ad Polybium* di Seneca», *Rend. Ist. Lom.* 64 (1931), 85-96.

[38] Los *exempla* que utiliza Séneca en toda su producción siguiendo esquemas fijos, cf. R. G. Mayer, «Roman historical *exempla* in Seneca», *Sénèque et la prose latine*, Ginebra, 1991, págs. 141-176.

plagados de lugares comunes de la filosofía grecolatina[39] pragmáticamente mezclados para lograr su propósito[40].

La vida del hombre está enteramente sometida a la fortuna caprichosa (*Marc.* 10, 6; *Pol.* 3, 4), por lo que debe prepararse para lo que pueda venir (*Helv.* 5, 3), pero sobre todo para lo que ha de venir inevitablemente: la muerte, que a todos y todo ha de alcanzar (*Marc.* 21; *Pol.* 1, 2-3), pero que no debemos temer ni lamentar sino desear y agradecer[41], por cuanto nos pone a salvo de los tormentos de la vida (*Pol.* 9, 6), libera el espíritu de la cárcel del cuerpo (*Marc.* 24, 5 y 25, 1, una reminiscencia platónica evidente); espíritu que, entre tanto llega la renovación cíclica del cosmos (*Marc.* 26, 6-7) que postulan los estoicos, se hace en cierto modo inmortal, aunque sobre este punto tiene Séneca tantas dudas (*Pol.* 9, 2-3) que llega incluso a negar incoherentemente la supervivencia del alma sobre el cuerpo (*Marc.* 19, 5); es, en cambio, muy cierto que éste está sometido a toda clase de vejaciones y males, mientras que el espíritu es inviolable (*Helv.* 11, 7), los bienes que de él se obtienen están a salvo de la fortuna (*Helv.* 5, 5) y van donde uno va (*Helv.* 9, 3).

De ahí que en todo momento y lugar el hombre avisado, siguiendo la doctrina aristotélica de la bondad intrínseca de

---

[39] Cf. JACOBY, *loc. cit.* en n. 37, y M. COCCIA, «La *consolatio* in Seneca», *Riv. Cult. Clas. Med.* 1 (1959), 148-180.

[40] Presentan, pues, las principales características del género consolatorio, determinadas por M. E. FERN, *The Latin consolatio as a literary type*, San Luis, 1941, págs. 223-234 (referencia obtenida en F. LILLO, «Bibliografía de la consolación filosófica latina no cristiana», *Tempus* 8 (1994), 49-64).

[41] Se puede ver en *Marcia* 20 un auténtico elogio de la muerte, al alcance de cualquiera sólo con dar el paso, tan estoico, del suicidio (20, 3).

las pasiones[42], no deba reprimir sus penas sino moderarlas (*Marc.* 7, 1; *Helv.* 16, 1; *Pol.* 18, 5-6) y confortarse con el principal consuelo que le brinda el espíritu, el disfrute del espectáculo de la naturaleza (*Helv.* 20, 2; *Pol.* 9, 3) que en todas partes se puede contemplar, ya sea en el exilio (*Helv.* 8, 4-6), ya en la vida inmaterial, sin los inconvenientes de la corporal (*Marc.* 25, 2; *Pol.* 9, 8).

Otro remedio recomendado por Séneca a los privados de un ser querido es recordar los momentos que compartieron con él (*Marc.* 12, 1-3; *Pol.* 10 y 18, 7), que nada podrá ya arrebatarles: el pasado, según los principios epicúreos, es lo único seguro y a salvo (*Marc.* 22, 1). Pero también puede servir de consuelo el tiempo actual o, cuando menos, de distracción, si el afligido no piensa tanto en el añorado y dedica más atención a los familiares que le rodean (*Helv.* 18-19; *Pol.* 12, 1-2).

En principio, las *Consolaciones* nos ofrecen, aun a través de sus tópicos[43], al Séneca de siempre, moralista más que metafísico, realista y ecléctico en sus ideas, básicamente estoicas pero fuertemente influidas por otras escuelas, la epicúrea sobre todas; enemigo de dogmatismos, su espíritu inquieto lo lleva al escepticismo[44] y a la contradicción.

---

[42] Que Séneca tanto combatió en otros escritos, principalmente en *Sobre la ira*, cuyo libro I casi entero es un ataque sostenido y encarnizado a este principio peripatético, que vuelve a rebatir en II 6-18 y III 3. De hecho, sólo lo acepta por pura conveniencia a su propósito de consolar, tanto en las obras que nos ocupan como en sus epístolas consolatorias (*Epístolas* 63, 93, 98 y 99); cf. C. E. Manning, «The consolatory tradition and Seneca's attitude to emotions», *Greece and Rome* 21 (1974), 71-81.

[43] Cf. A. Traina (ed.), *Seneca. Letture critiche*, Milán, 1976, págs. 9-11.

[44] Pone en duda, por ejemplo, la existencia de la divinidad material que según la doctrina estoica gobierna el mundo (*Helvia* 8, 3).

Tal vez fuera este inconformismo la razón de las novedades que Séneca, a pesar de estar la consolación tan regulada, introdujo en las suyas; de estos rasgos originales unos son comunes a las tres o a dos de ellas, y se podrían decir lógicos siendo el autor filósofo y poco amigo de fantasías: así, la absoluta ausencia de alusiones mitológicas y la recomendación de los estudios[45] filosóficos (*Helv.* 17, 3-5) o literarios (*Pol.* 8 y 18, 1-2) como alivio para el doliente.

En cambio, otros que Séneca advierte o pasa en silencio distinguen particularmente cada consolación de las otras dos y parece, por tanto, que obedecen a motivos también distintos.

En *Marcia* contraviene, como ya se ha visto, el orden tradicional que anteponía las normas a los ejemplos; además, el mismo Séneca reconoce escribirla a los tres años de morir Metilio, lejos ya de los inicios del dolor, que es cuando hay que hacerle frente[46].

La situación que se produce en *Helvia* carece de precedentes, pues nunca antes hubo «uno que hubiera consolado a los suyos siendo él mismo llorado por ellos» (1, 2): por primera vez se reúnen en uno el que argumenta contra la pena y el que la causa, aunque involuntariamente.

Séneca emplea en *Polibio* el recurso de poner palabras en boca de un tercer interlocutor, Claudio César (14, 2-16, 3); esta clase de prosopopeya no es una novedad absoluta, pues ya la había utilizado en *Marcia*, cuando hace que Cordo se dirija a su hija (26, 2-7), pero no cuando Areo le habla

---

[45] Cf. G. De Vico, «Premesse per una rilettura delle *Consolationes* di Seneca», *Giorn. Ital. Filol.* 8 (1955), 333-348; a otras conclusiones llega C. C. Grollios, *Seneca's ad Marciam. Tradition and originality*, Atenas, 1956.

[46] Pues los remedios son entonces más suaves y de más fácil aplicación (*Marcia* 1, 8); sin embargo, en *Helvia* (1, 2), como le conviene, afir-

a Livia, no a Marcia (4, 3-4 y 5): esto es un *exemplum* con conversación aparte del diálogo.

Sin embargo, hay grandes diferencias entre ambos casos: en *Marcia* Cordo no es propiamente un ejemplo de conducta digna o indigna ante la muerte de un ser querido; Séneca tiene sus razones para mencionarlo en la obra y al final de ésta le encarga, por así decirlo, el epílogo: Cordo resume y repite los argumentos de Séneca, sin hablar apenas de sí mismo y explayándose en descripciones apocalípticas; por otro lado, Cordo ha muerto, con lo que el discurso tiene que ser por fuerza imposible ya.

Por el contrario, lo que sucede en *Polibio* va mucho más allá: Claudio sí que es un ejemplo de paciencia y sin embargo se sale de este papel pasivo y se eleva al de interlocutor, asume el de Séneca en un momento crucial, para una tarea importante, la exposición de los *exempla* a lo largo de dos capítulos en los que habla únicamente de sí mismo y de sus familiares, salvo Calígula; el autor cede su puesto a Claudio y éste interviene en el diálogo con unas palabras que, estando vivo, pueden ser perfectamente posibles aún.

Estas innovaciones no son casuales sino producto de las circunstancias en que fue escrita cada consolación y consecuencia del verdadero fin con que Séneca las escribió; pocos hay que le atribuyan un afán meramente altruista, impulsado por la conmiseración; la mayoría opina que Séneca fue movido por otras intenciones, más o menos evidentes, que la de confortar al desdichado.

---

ma lo contrario: hay que dejar transcurrir un tiempo que mitigue la aflicción, ante de tratarla; son las circunstancias las que le llevan a oponerse momentáneamente al *principiis obsta* de Ovidio (*Remedios contra el amor* 91-92; puede verse glosado en *Pónticas* IV 11, 17-20), autor al que Séneca admiraba e imitaba.

Séneca no oculta su propósito al escribir *Polibio*[47]: quiere conseguir no ya el reconocimiento de su inocencia sino simplemente el perdón (13, 3), poder regresar sea como sea a esa Roma violentamente añorada en la desolación de Córcega. Consolar al liberto imperial no es más que una excusa: cumple de oficio con los trámites que le impone su simulación y se dedica de lleno a adular bajamente al emperador. Aunque también para Polibio hay halagos, son escasos comparados con el cúmulo de lisonjas exageradas y alabanzas desmedidas dirigidas a Claudio[48], el personaje central de la obra, su destinatario verdadero, pues verdaderamente es una súplica desesperada, frente a Polibio, el destinatario fingido, pues ficticiamente es un consuelo desinteresado. Basta ver la frecuencia con que aparece su nombre (el «César» oficial, no el familiar de «Claudio»[49]) y compararla con la de los destinatarios de ésta y las otras dos consolaciones: el de Marcia aparece en la suya 18 veces[50] y se alude a ella en 5 más; en la de Helvia, «madre» se repite en 15 ocasiones[51]; Polibio apenas tiene dos oportunidades y en el

---

[47] Algunos intentos ha habido de negar la autoría de Séneca, escasos y poco fundamentados; cf. C. Buresch, *Consolationum a Graecis Romanisque scriptarum historica critica*, Leipzig, 1886, pág. 119.

[48] Una justificación literaria de estos elogios, desde el punto de vista de la preceptiva retórica, en R. Cortés, «*Laudatio principis* y *consolatio* en *ad Polybium*: el uso de dos géneros epidícticos», *Actes del VIIè Simposi d'Estudis Clàssics*, Barcelona, 1985, págs. 287-294.

[49] Exactamente lo contrario de lo que sucede en la vengativa *Apocolocintosis*, en la que desaparecen también los apelativos altisonantes como «Padre del pueblo» sustituidos por el burlón «Patrono de Narciso».

[50] La vigesimoquinta entre las cincuenta palabras de significado pleno más frecuentes, cf. L. Delatte/E. Evrard, *Consolation à Marcia. Index verborum. Relevés statistiques*, Lieja, 1964, pág. 189.

[51] La decimosexta en las mismas condiciones, cf. L. Delatte/E. Evrard, *Consolation à Helvia. Index verborum. Relevés statistiques*, Lieja, 1963, pág. 191.

mismo párrafo, insignificantes ante las 20 de César[52], a las que hay que añadir 6 alusiones más. El resultado es un «diálogo» entre Séneca y Polibio, sobre un hermano innominado, pero para Claudio, que además ocupa temporalmente, como antes dije, el puesto más elevado, el del hablante, sustituyendo al escritor e interpelando directamente a Polibio: otra o más bien la única primera persona para él, en quien debe pensar antes que en su esposa o su hijo y a quien debe considerar como un oráculo.

Sin embargo de todo esto, tantos excesos como se permite Séneca han hecho pensar a algunos que ocultan otra intención más honda: Alexander y más tarde Rudich[53] han querido ver ironía en las hiperbólicas loas a Claudio, bien para burlarse disimuladamente de él, bien para ridiculizar el tipo corriente de cortesano adulador; o Degl'Innocenti[54], para la cual este Claudio perfecto en sus numerosas y nobles cualidades no es otra cosa que un boceto del futuro retrato del príncipe ideal que hará en *Sobre la clemencia* Séneca.

Pero si así fuera, no se explicaría que luego se hubiera avergonzado de haber escrito esta obra, tal como de hecho

---

[52] La décima de una lista similar, cf. L. Delatte/E. Evrard, *Consolation à Polybe. Index verborum. Relevés statistiques*, Lieja, 1962, pág. 161.

[53] W. H. Alexander, «Seneca's *ad Polybium de consolatione*: a reappraisal», *Trans. Roy. Soc. Canada* III 2, 37 (1943), 33-53; V. Rudich, «Seneca's palinode. *Consolatio ad Polybium* and *Apocolocyntosis*», *Ant. Welt* 15 (1987), 105-109.

[54] R. Degl'Innocenti, «Motivi consolatori e ideologia imperiale nella *Consolatio ad Polybium* di Seneca», *Cultura e ideologia da Cicerone a Seneca*, Florencia, 1981, págs. 115-147.

hizo, repudiándola, según interpreta acertadamente Giancotti un pasaje de Dión Casio[55].

Para *Helvia* también se ha propuesto motivos aparte del aparente: hacerse publicidad[56], por decirlo así, para no caer en el olvido de los romanos, incluyendo a Claudio, o bien insinuarles la conveniencia de hacerle regresar[57]. o simplemente defenderse ante ellos[58]. Todos suponen otro destinatario real, en este caso la gente de Roma y su emperador; pero parece que fuera al mismo Séneca a quien iban destinadas sus propias palabras, tanto o más que a su madre: el «diálogo» es entre ésta y su hijo, pero no acerca de un tercero, como en *Marcia* sobre el suyo, sino sobre Séneca de nuevo. Si el que argumenta para rebajar la gravedad de un infortunio es a la vez el afectado por él, fácilmente se hace también destinatario de esas palabras de aliento. Y esto es lo que ocurre: el poco tiempo que lleva en el exilio le parece ya un entierro en vida (1, 3), admite abiertamente estar abatido; poco dura esta confesión sincera[59], que inmediatamente intenta ocultar a sus ojos y a los de Helvia bajo una montaña de razones que le hagan a él más llevadero el destierro y sus consecuencias (durante nueve de los veinte capítulos que tiene la obra, prácticamente la mitad) y de paso

---

[55] F. Giancotti, «La consolazione di Seneca a Polibio in Cassio Dione LXI 10, 2», *Riv. Filol. Istruz. Class.* 34 (1956), 30-44.

[56] R. Waltz, *La vie politique de Sénèque*, París, 1909, pág. 110.

[57] A. Ferrill, «Seneca's exile and the *Ad Helviam.* A reinterpretation», *Class. Philol.* 61 (1966), 253-257.

[58] Abel, *Bauformen...*, pág. 47.

[59] Uno de esos rasgos de sinceridad que de vez en cuando se descubren en las *Consolaciones*, cuando habla de algo que le toca de cerca o por lo que siente especial interés, entre el revestimiento retórico; cf. G. De Vico, «Considerazioni sulla *Consolatio ad Marciam* di Seneca», *Giorn. Ital. Filol.* 31 (1969), 137-145.

más soportable a su madre la ausencia del hijo (a lo largo de seis capítulos).

Aparece mucho menos clara la razón por la que escribió *Marcia*, a los tres años, además, de la muerte de su hijo y en contra incluso de su deseo expreso de escribirla mucho antes (1, 8). Tal vez la causa fuera política: Séneca tuvo que esperar hasta la llegada de Calígula el cambio de los tiempos (1, 3) que le permitiera exaltar la libertad de expresión mediante el ejemplo de Cordo, republicano aferrado a sus ideas y que por ellas muere, que tiene un papel importante dentro de la obra, pero no tanto como para que sus ideas o su persona puedan considerarse los protagonistas de ella[60].

O tal vez, como propone Stewart[61], la intención de Séneca fue desmarcarse del círculo de Sejano, con algunos de cuyos miembros tenía relación de parentesco (su tío Galerio) o proximidad (Galión, padre adoptivo de su hermano); una vez caído en desgracia y ajusticiado el ministro de Tiberio[62], a Séneca le interesó adaptarse a las nuevas circunstancias[63] y dejar bien claro que se hallaba en el otro bando; también así se congraciaba con Calígula y exoneraba a su tío Tiberio de toda culpa en la condena de Cordo. Desde luego, tuvo que dejar transcurrir prudentemente un tiempo entre la muerte de Sejano y su obra, antes de remover ese asunto tenebroso.

---

[60] Como afirma TRAGLIA, *Lucio...*, pág. 9.

[61] Z. STEWART, «Sejanus, Gaetulicus and Seneca», *Am. Journ. Philol.* 74 (1953), 70-85.

[62] En el 31, siendo cónsules él y Tiberio (SUETONIO, *Tiberio* 65, 1).

[63] Como hizo en tantas ocasiones, cf. A. FONTÁN, «Séneca, un intelectual en la política», *Atlántida* 4 (1966), 142-174.

Pero quizá esta espera tenga un motivo más sencillo: la ocasión que se le ofrecía al joven pero ya célebre abogado[64] de triunfar con su palabra persuasiva donde otros habían fracasado, incluso el tiempo que todo lo cura (1, 6); Séneca, oportunista, pretendía mayor notoriedad sentando plaza de director de almas, responsable incluso de modificaciones en el sistema que quedarían para siempre unidas a su nombre.

En suma, bajo capa de consolación nos presenta Séneca una súplica indigna, un consuelo en perfecto circuito cerrado (de él mismo para él mismo —y su madre— sobre él mismo) y un escrito oportunista con miras personales, políticas o de mera ambición. Es lógico que esta doble naturaleza haya dejado su huella en el contenido: los argumentos empleados, los ejemplos aducidos, están seleccionados según la conveniencia; incluso algunos de los errores, que, como suele, prodiga en estas obras Séneca, son calculados.

En *Marcia* los argumentos, en su deseo de impresionar, son a veces defectuosos o sencillamente falsos (7, 3-4: el duelo varía según el sexo, la condición o la raza; lo que cambia no es natural, luego el duelo no es natural); igualmente sucede en *Helvia*, pero ahora su afán es sobrellevar el destierro aunque sea engañándose (6, 6: es natural en el hombre el cambio de residencia, sí, pero muy distinto hacerlo por voluntad propia que por imposición, muy diferente mudarse a un lugar mejor que a un peñasco perdido en el mar); y si no son falsos, resultan poco convincentes y consistentes, fácilmente corroídos por la amargura. En *Polibio*, por último, la cuestión consolatoria es para Séneca muy secundaria, va engarzando argumentos manidos, obvios, más tópicos que nunca, sin siquiera advertir que a veces se con-

---

[64] Era el escritor más en boga de su tiempo (SUETONIO, *Calígula* 53, 2), prácticamente el único leído por la juventud (QUINTILIANO, X 1, 125).

tradice (2, 7: la fortuna golpea a ciegas y sin embargo cuanto mejor es un hombre más golpes suyos recibe).

Los ejemplos que escoge el autor revelan más aún el pragmatismo de la elección[65]: en *Marcia* están extraídos de la aristocracia más exclusiva (la rama imperial de la *gens Iulia*: César, Augusto, Octavia, Livia, Tiberio; o patricios como Sila, los Escipiones, las dos Cornelias) o de la más rancia tradición (Lucrecia, Clelia); en *Helvia*, por el contrario, no puede resistirse a comparar su estado con el de famosos filósofos y escritores (Homero, Platón, Zenón, Sócrates) y sobre todo a equiparar su condena al exilio con la —injusta— que sufrió Marcelo, el añorado por todos los romanos. A Helvia van destinados los ejemplos de mujeres fuertes (Cornelia de los Gracos, Rutilia). En *Polibio* todos los ejemplos, excepto el negativo de Caligula, están puestos en boca de Claudio quien, naturalmente, no se sale del círculo familiar (Augusto, Gayo César, Marco Antonio, Tiberio, Germánico) en el que incluye equivocadamente a los Escipiones[66].

Éste no es el único error que hallamos en las *Consolaciones*; al contrario, hay bastantes aunque mal repartidos: sólo tres en *Marcia* (4, 2; 13, 1; 14, 2), escrita con el ánimo tranquilo, frente a los seis de *Helvia* (7, 2; 7, 8; 10, 8; 12, 6; 13, 7; 16, 6), cuyas circunstancias fueron bien distintas: Séneca, obsesionado por la única idea de hacerse menos amargo el destierro, no se ocupa de pequeños detalles. Y en *Polibio* las pocas veces que se equivoca lo hace intencionadamente (salvo en 15, 1): finge desconocer hechos conoci-

---

[65] Cf. A. Borgo, «Considerazioni sul valore pratico e la funzione sociale delle *consolationes* di Seneca», *Vichiana* 7 (1978), 66-109.

[66] En cambio, omite prudentemente mencionar a su hermana Livia (*Polibio* 16, 3 y n. 32).

dos de todos (8, 3; 14, 4-5) o aplica títulos a destiempo (16, 3) con el único fin de reforzar el halago.

En cuanto al estilo de las *Consolaciones*, es el habitual de este autor, moderado más bien dentro de la reacción anticlasicista de su época: la armonía se ha perdido y se impone la rapidez, el desequilibrio entre las largas digresiones y las frases breves y agudas, relámpagos conceptistas de ingenio, conocidas como *sententiae*[67], los golpes de efecto, paradojas y antítesis que interrumpen la línea lógica del discurso, los detalles tan elaborados que la obra acaba pareciendo un montaje deslavazado de partes independientes; se impone, en fin, la técnica del orador, el arte de la palabra seductora, la retórica.

Pero tanto por ser obra de producción temprana como por la doble finalidad que encierran, las *Consolaciones* padecen una excesiva carga de retoricismo[68] que se deja ver en los artificios empleados[69] y en el tono declamatorio, constante en *Marcia*, incluso enfadoso con sus repeticiones insistentes; en *Polibio* se hace pedante y ampuloso; en *Hel-*

---

[67] Siempre abundantes en Séneca (Quintiliano, X 1, 129); se pueden ver numerosos ejemplos extraídos de las *Consolaciones* en A. López Kindler, *Función y estructura de las «sententiae» en la prosa de Séneca*, Pamplona, 1966, págs. 163-182.

[68] Sobre todo *Marcia* y *Polibio*; es por esto por lo que los estudiosos de este aspecto en particular se centran en estas dos consolaciones: cf. los artículos de Jacoby citados, a los que hay que añadir un tercero, «Composizione ed elementi costitutivi delle consolazioni senecane a Marcia e Polibio», *Athenaeum* 9 (1931), 243-259; De Vico, «Considerazioni...», y finalmente I. Chirico, «Schemi retorici nella *Consolatio ad Marciam*», *Quad. Dip. Scie. Ant.* 7, Nápoles, 1990, págs. 143-164. De *Helvia* se destaca más lo cuidado de su estructura, cf. De Vico, «Premesse...», y Ferrill, «Seneca's exile...».

[69] Cf. A. Traina, *L. Anneo Seneca. Le consolazioni: a Marcia, alla madre Elvia, a Polibio*, Milán, 1987, págs. 24-29.

via, entre los pasajes de tono más familiar, confidencial, hasta melancólicamente sincero, se intercalan otros donde Séneca emplea a fondo la retórica, de manera poco hábil algunas veces, pues en unas le traiciona (6, 5) y en otras las prolijas descripciones (7) y los desarrollos mecánicos de temas habituales (10-12) parecen casi simples prácticas escolares.

3. Influencia en el género

Es prácticamente imposible precisar la que pudieron tener las *Consolaciones* entendidas como tales en las posteriores obras del mismo género, pues no hay medio de distinguir si las coincidencias entre ellas son debidas a un influjo directo o, más bien, son naturales e inevitables, al tratar los mismos tópicos con idénticos métodos; esto vale incluso para las consolaciones cristianas, a pesar de las diferencias ideológicas que, por supuesto, las separan.

Otra cosa sucede con el influjo de la moral de Séneca en su conjunto y sobre todo con las opiniones que desde bien pronto suscitó el llamativo contraste entre la que proponía y la que puso en práctica tantas veces en sus hechos y algunas en sus escritos. De éstos, *Polibio* y la *Apocolocintosis* son los que con más alegría esgrimen los contrarios de Séneca y con más trabajo excusan sus partidarios; por tanto, parece oportuno aguardar a la Introducción de la *Apocolocintosis* para hablar un poco de este asunto.

4. El texto

1. *Transmisión manuscrita*

Al ir las *Consolaciones* integradas siempre en el *corpus* de los *Diálogos*, los manuscritos que las transmiten son los que contienen esta compilación completa o parcial. Ya antes he mencionado el *optimus*, el Ambrosiano (*Ambrosianus* C 90 inf.), copiado a finales del siglo XI y con numerosas correcciones de distintas manos que alcanzan hasta el XIV.

A éste hay que añadir otros más recientes: del XIII son el *Vaticanus Chigianus* H. V. 153, el *Berolinensis Lat.* fol. 47, los *Parisini Latini* 15085 y 6379; todos ellos componen, junto con otros, una familia derivada directamente del Ambrosiano; hay otra de tradición independiente, cuyos ejemplares más fiables son del s. XIV, los *Vaticani Latini* 2214 y 2215.

Éstas son, resumidas, las conclusiones de Reynolds[70]. Cómo llega a ellas es asunto para una introducción de mayor amplitud que ésta, ceñida en exclusiva a las *Consolaciones*. Bastará pues con hacer algunas consideraciones sobre el estado en que nos han llegado sus textos en el Ambrosiano.

El de *Helvia* es el mejor conservado, sin que eso signifique mucho, pues el de *Marcia* está alteradísimo, lleno de errores, interpolaciones y correcciones desafortunadas[71]; y

[70] L. D. Reynolds, *L. Annaei Senecae Dialogorum libri duodecim*, Oxford, 1985, 3.ª ed., págs. XIII-XVIII.

[71] Hasta el punto de ser el diálogo con el texto más corrupto de todos; a remediarlo se han dedicado con afán desde antiguo los filólogos, conjeturando soluciones muchas veces atinadas y algunas innecesarias.

el de *Polibio* sencillamente no está: alguien arrancó el undécimo cuadernillo del códice, precisamente el que contenía casi completa esta consolación; quedaron el último capítulo y parte del anterior (desde 17, 2 hasta el final), porque compartían el folio con el comienzo de *Helvia*, pero fueron borrados con tal tesón que a duras penas resultan legibles. Se hace difícil achacar esto a la casualidad; más probable es la intervención intencionada de algún admirador del filósofo que quiso eliminar un escrito que lo deshonraba [72].

En consecuencia, el papel de los manuscritos *recentiores* a la hora de establecer el texto es secundario en *Helvia*, más destacado en *Marcia* y primordial en *Polibio*, que ninguno de ellos conserva, por otro lado, completo, pues en todos falta el comienzo.

2. *Ediciones y traducciones*

Las *Consolaciones* han sido editadas o traducidas siempre que lo han sido los *Diálogos* completos. Pero como forman dentro de ellos una unidad claramente diferenciada, a veces han sido agrupadas en un volumen exclusivo: es el caso de los *Dialogues* de la *Col. Budé*, en su tomo tercero a cargo de R. Waltz, París, 1923.

Naturalmente, también han sido objeto de ediciones monográficas, no incluídas en una serie, ya sea juntas las tres o por separado. En el primer caso están las ediciones de W. H. Alexander, Los Ángeles, 1950, y la de G. Viansino, Turín, 1963. J. D. Duff editó *Polibio* y *Helvia* (junto con *De breuitate uitae*), Cambridge, 1915. Ediciones singulares hay de *Marcia* (I. Negro, Nápoles, 1925; Ch. Favez, París,

---

[72] Cf. R. Waltz, *Sénèque. Dialogues III. Consolations*, París, 1923, pág. 95.

1928) y de *Helvia* (Ch. Favez, París, 1918; I. Negro, Turín, 1927, reeditada en 1947; E. Bolisani, Padua, 1945).

Igual sucede con las traducciones, integradas dentro de un *corpus* más amplio o realizadas independientemente. Así, la traducción de R. Waltz que acompaña a su edición citada o las exclusivas de *Marcia* por A. Traglia, Roma, 1965, y de *Helvia* por M. Ceccarini, Roma, 1973. Del conjunto contamos con las traducciones de A. Traina, Milán, 1987, de J. W. Basore, Londres, 1979, y de M. Rosenbach, Darmstadt, 1969-1971, al italiano, inglés y alemán respectivamente; además de con la de J. M.ª Gallegos, México, 1948, al castellano, que resulta ser la primera y única publicada en esta lengua.

En lo que hace a las ediciones españolas, sólo una vez han sido editadas las *Consolaciones*, en la Fundació Bernat Metge, a cargo de C. Cardó, Barcelona, 1925, con su correspondiente traducción al catalán; el texto es básicamente el establecido por E. Hermes en la edición teubneriana de los *Diálogos* (Leipzig, 1905) y la traducción, en un catalán bellamente antiguo, es en ocasiones más bien una versión libre.

Traducciones de las tres en conjunto al castellano ya está dicho que no hay; es preciso buscarlas dentro de algunas *Obras completas*, como las editadas por L. Riber, Madrid, 1962, o parciales, como la venerable de P. Fernández Navarrete[73], Madrid, 1789, que sólo traduce *Polibio* y ha sido reeditada en 1923 y 1943, y la de *Helvia* por J. C. Carrión Borrón, Estella, 1972; o en antologías, de J. F. Yela, Barcelona, 1947 (con sólo unos capítulos traducidos: *Marc.*

---

[73] Cf. M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispanolatina clásica* VIII, Madrid, 1942, pág. 59; es la primera vez que se hace mención expresa de un libro titulado *De la consolación*, entre los siete que traduce el licenciado Navarrete (y no cinco, como era costumbre desde el siglo xv).

9-11, *Helv.* 8 y *Pol.* 4 y 10); o, lo más reciente a la vez que lo más recomendable, en la única traducción española completa de los *Diálogos*, la excelente de C. Codoñer, Madrid, 1984 y 1986.

3. *Texto escogido. Discrepancias*

El texto sobre el que se basa la presente traducción es el establecido por L. D. Reynolds en su cuidada edición de los doce *Diálogos*, Oxford, 1977, y reeditada posteriormente en 1983 y 1985, como ya se ha dicho en n. 70. Pero en algunas ocasiones, y casi todas en *Marcia,* he preferido otras lecturas, presentes en los manuscritos o fruto de las conjeturas de alguno de los estudiosos que ha tenido el texto de Séneca. Estas discrepancias vienen señaladas ahora con indicación del pasaje cuestionado y a continuación la lectura de Reynolds frente a la adoptada y su procedencia (siendo RV las siglas de los dos manuscritos vaticanos latinos).

MARCIA

3, 1	*signa Romana fixerat*	*signum Romani fixerunt* codd.
6, 2	*tenuit*	*tenet* codd. recentiores.
10, 5	*genitus*	*datus* codd.
11, 2	*diligis ueneraris*	*diligis* [*ueneraris*] FICKERT.
14, 3	*cresceret*	*crescerent* RV.
18, 2	*aequalius* [*que*]	*aequalius quidem* GERTZ.
18, 6	*terret*	*aeriae* MADVIG.
19, 6	*in certiora dependenti*	*incertiora rependenti* LIPSIUS.
20, 3	*membris singulis articulis*	*membris singulis et articulis* RV.
20, 3	*docuerunt*	[*docuerunt*] MURET.
21, 1	*conuoluit*	*conuolui constat* RV.
22, 5	*consecratur*	*consignatur* WALTZ.

22, 5	*etiam illum imperiatum*	*et iam illi minari impetum* P. THOMAS.
22, 7	*coegerant*	*coeperant* WALTZ.
25, 3	*aeternarum rerum per libera et uasta spatia dimissi*	*aeternarum rerum* ⟨*potiti*⟩ *per libera et uasta spatia dimissi* ⟨*sunt*⟩ GERTZ.

HELVIA

8, 2	*perdimus*	*perdidimus* codd.
10, 1	*est*	*sit* codd.
12, 3	*ueritatis *** exercet*	*ueritatis* ⟨*excaecat quos timor paupertatis*⟩ *exercet* VAHLEN.
13, 1	*abest*	*absit* codd.
16, 5	*leuior*	*breui ac* CASTIGLIONI.

5. BIBLIOGRAFÍA

ABEL, K., «Exegetisches zu Senecas Dialogen XI 15, 1», *Rhein. Mus.* 105 (1962), 376-377.

—, *Bauformen in Senecas Dialogen,* Heidelberg, 1967.

—, «Die 'beweisende' Struktur des senecanischen Dialogs», *Sénèque et la prose latine,* Ginebra, 1991, págs. 49-97.

ALBERTINI, E., *La composition dans les ouvrages philosophiques de Sénèque,* Paris, 1923.

ALEXANDER, W. H., «Seneca's *ad Polybium de consolatione*: a reappraisal», *Trans. Roy. Soc. Canada* III 2, 37 (1943), 33-53.

BERMÚDEZ, J., «Estructura formal de las consolaciones latinas», *Millars. Filología* 8 (1985), 95-114.

BORGO, A., «Considerazioni sul valore pratico e la funzioni sociale delle *consolationes* di Seneca», *Vichiana* 7 (1978), 66-109.

BOURGERY, A., *Sénèque prosateur*, París, 1922.

BURESCH, C., *Consolationum a Graecis Romanisque scriptarum historia critica*, Leipzig, 1886.

COCCIA, A., «La *consolatio* in Seneca», *Riv. Cult. Clas. Med.* 1 (1959), 148-180.

—, «Seneca e i barbari», *Rom. Barb.* 5 (1980), 61-87.

CODOÑER, C., «El adversario ficticio en Séneca», *Helmantica* 34 (1983), 131-148.

CORTÉS, R., «*Laudatio principis* y *consolatio* en *ad Polybium*: el uso de dos géneros epidícticos», *Actes del VIIè Simposi d'Estudis Clàssics*, Barcelona, 1985, págs. 287-294.

COSINI, J., «Sénèque et la langue des Corses», *Rev. Ét. Lat.* 32 (1954), 111-115.

CHIRICO, I., «Schemi retorici nella *Consolatio ad Marciam*», *Quad. Dip. Scie. Ant.* 7, Nápoles, 1900, págs. 143-164.

DAHLMANN, H., «Studien zu Senecas *Consolatio ad Polybium*», *Hermes* 72 (1937), 301-316.

DELATTE, L./EVRARD, E., *Consolation à Polybe. Index verborum. Relevés statistiques*, Lieja, 1962.

—, *Consolation à Helvia. Index verborum. Relevés statistiques*, Lieja, 1963.

—, *Consolation à Marcia. Index verborum. Relevés statistiques*, Lieja, 1964.

FABBRI, R., «Sulla datazione della *Ad Marciam* di Seneca», *Atti. Ist. Ven.* 136 (1977-1978), 315-330.

FAVEZ, CH., «Les opinions de Sénèque sur la femme», *Rev. Ét. Lat.* 1 (1938), 335-345.

FERN, M. E., *The Latin consolation as a literary type*, San Luis, 1941.

FERRILL, A., «Seneca's exile and the *Ad Helviam.* A reinterpretation», *Class. Philol.* 61 (1966), 253-257.

FONTÁN, A., «Séneca, un intelectual en la política», *Atlántida* 4 (1966), 142-174.

GAHAN, J. J., «Seneca, Ovide and exile», *Class. World* 58 (1985), 145-147.

GERCKE, A., *Seneca-Studien*, Leipzig, 1895.

Giancotti, F., «Il posto della biografia nella problematica senechiana, I: Dall'esilio al *Ludus de morte Claudii*», *Rend. Acc. Lin.* VIII, 8 (1953), 52-68.

—, «Seneca amante d'Agrippina?», *Parol. Pass.* 8 (1953), 53-62.

—, «La consolazione di Seneca a Polibio in Cassio Dione LXI 10, 2», *Riv. Filol. Instruz. Class.* 34 (1956), 30-44.

—, *Cronologia dei «Dialoghi» di Seneca*, Turín, 1957.

González Rolán/T., Saquero, P., *Consolatio ad Liuiam de morte Drusi Neronis*, Madrid, 1993.

Grimal, P., *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, París, 1978.

Grollios, C. C., *Seneca's ad Marciam. Tradition and originality*, Atenas, 1956.

Hani, J., «La consolation antique. Aperçus sur une forme d'ascèse mystico-rationelle», *Rev. Étud. Anc.* 25 (1973), 103-110.

Herrmann, L., «La date de la *Consolation à Marcia*», *Rev. Étud. Anc.* (1929), 21-28.

Degl'Innocenti, R., «Echi delle *Elegie* ovidiana dall'esilio nelle *Consolationes ad Heluiam* e *ad Polybium* di Seneca», *Stud. Ital. Filol. Class.* 52 (1980), 109-143.

—, «Motivi consolatorii e ideologia imperiale nella *Consolatio ad Polybium* di Seneca», *Cultura e ideologia da Cicerone a Seneca*, Florencia, 1981, págs. 115-147.

Jacoby, E., «Composizione ed elementi costitutivi delle consolazioni senecane a Marcia e a Polibio», *Athenaeum* 9 (1931), 243-259.

—, «Fonte retoriche delle consolazioni di Seneca a Marcia e a Polibio», *Rend. Ist. Lom.* 64 (1931), 559-568.

—, «Intorno alla *Consolatio ad Marciam* e alla *Consolatio ad Polybium* di Seneca», *Rend. Ist. Lom.* 64 (1931), 85-96.

Kassel, R., *Untersuchungen zur griechischen und römischen Konsolations-literatur*, Múnich, 1958.

Lana, I., *Lucio Anneo Seneca*, Turín, 1955.

La Penna, A., «Sallustio e Seneca sulla Corsica», *Parol. Pass.* 31 (1976), 143-147.

Lillo, F., «Bibliografía de la consolación filosófica latina no cristiana», *Tempus* 8 (1994), 49-64.

López Kindler, A., *Función y estructura de las «sententiae» en la prosa de Séneca*, Pamplona, 1966.

Manning, C. E., «The consolatory tradition and Seneca's attitude to emotions», *Greece and Rome* 21 (1974), 71-81.

—, *On Seneca's ad Marciam, Mnemosyne* suppl. 69, Leiden, 1981.

Mayer, R. G., «Roman historical *exempla* in Seneca», *Sénèque et la prose latine*, Ginebra, 1991, págs. 141-176.

Meinel, P., *Seneca über seine Verbannung. Trostschrift an die Mutter Helvia*, Bonn, 1972.

Rodríguez Fernández, P., *Séneca enfermo*, Mieres del Camino, 1976.

Romero, F., «Menandro. Sobre los géneros epidícticos», *Acta Salmanticensia: Studia Philologica*, 218, Salamanca, 1984.

Rudich, V., «Seneca's palinode. *Consolatio ad Polybium* and *Apocolocyntosis*», *Ant. Welt* 15 (1987), 105-109.

Stewart, Z., «Sejanus, Gaetulicus and Seneca», *Am. Jour. Philol.* 74 (1953), 70-85.

Traina, A. (ed.), *Seneca. Letture critiche*, Milán, 1976.

De Vico, G., «Considerazioni sulla *Consolatio ad Marciam* di Seneca», *Giorn. Ital. Filol.* 31 (1969), 137-145.

—, «Premesse per una rilettura delle *Consolationes* di Seneca», *Giorn. Ital. Filol.* 8 (1955), 333-348.

Waltz, R., *La vie politique de Sénèque*, París, 1909.

CONSOLACIÓN A MARCIA

Si no te supiera, Marcia, tan alejada de la debilidad del carácter femenino como de sus demás defectos[1], y que tus costumbres se tienen como un ejemplo antiguo, no me atrevería a enfrentarme a tu dolor, en el que incluso los hombres de buen grado se estancan y languidecen, ni habría esperado, en una ocasión tan desaconsejable, ante un juez tan desfavorable, frente a una acusación tan desagradable, poder conseguir que absolvieras a tu suerte. Me dieron seguridad tu fortaleza de espíritu, ya puesta a prueba, y tu valor, que demostraste en una dura experiencia. 1

No es ningún secreto cómo te portaste con tu padre, al 2
que quisiste no menos que a tus hijos, salvo que no deseabas que les sobreviviera. Y no sé si lo llegaste a desear, pues un gran afecto se permite algunas licencias contrarias a las buenas costumbres. Demoraste todo lo que fuiste capaz la muerte de tu padre, Aulo Cremucio Cordo. Cuando se te hizo evidente que, asediado por los secuaces de Sejano,

[1] Es conocida la pobre opinión que tiene Séneca de la mujer («un ser irracional», como la califica en *Sobre la constancia del sabio* 14, 1), común, por otro lado, en la antigüedad; cf. CH. FAVEZ, «Les opinions de Sénèque sur la femme», *Rev. Étud. Lat.* 1 (1938), 335-345.

sólo le quedaba esa forma de escapar a la esclavitud, no aprobaste su decisión sino que la acataste, derrotada, y derramaste lágrimas en público y reprimiste gemidos, sin duda, pero no los disimulaste bajo un rostro risueño; y esto en aquella época en que era signo de gran piedad no hacer nada impío.

3 De hecho, en cuanto el cambio de los tiempos te ha dado la menor oportunidad, has puesto de nuevo a disposición de los hombres el talento de tu padre, que había sido condenado, y lo has rescatado de la muerte auténtica y has devuelto al recuerdo de las gentes los libros que aquel valerosísimo varón había escrito con su sangre. Has prestado un inmenso servicio a la ciencia romana: en su mayoría habían sido pasto de las llamas; inmenso a la posteridad, a la que la verdad de los hechos, que tan cara costó a su autor, llegará incontaminada; inmenso a él mismo, cuyo recuerdo se mantiene y se mantendrá mientras se valore el conocimiento de lo romano, mientras haya alguien que quiera volver a los hechos de sus antepasados, alguien que quiera saber qué es un varón romano, qué uno insumiso cuando ya todas las cabezas estaban rendidas y uncidas al yugo de Sejano, qué es un hombre independiente por su forma de ser, por sus ideas,
4 por sus obras. Un enorme perjuicio, por Hércules, habría sufrido ya la república si no hubieras sacado a la luz al que estaba condenado al olvido por dos excelentes cualidades, el don de palabra y la independencia: ahora se ve leído, está en su plenitud, no teme en absoluto el paso del tiempo, pues se ve acogido en manos de los hombres, en sus corazones; en cambio, de sus verdugos, incluso sus crímenes, lo único por lo que se han ganado el recuerdo, serán pronto pasados en silencio.

5 Esta grandeza de tu espíritu me ha impedido tener en consideración tu sexo, tu rostro, del que se enseñorea una

tristeza ininterrumpida por tantos años, desde que lo ensombreció por vez primera. Y advierte hasta qué punto no quiero yo cogerte a traición ni fabricar un fraude contra tus sentimientos: he traído de nuevo al recuerdo desgracias pasadas y, para que te dieras cuenta de que también va a curarse el golpe de ahora, te he mostrado la cicatriz de una herida igual de profunda.

Así pues, que otros se anden con miramientos y lisonjas: yo he determinado batirme con tu aflicción, y a tus ojos agotados y cansados que, a decir verdad, derraman lágrimas ya más por rutina que por añoranza, les pondré freno sólo con que te prestes a los remedios, si es posible, y si no, incluso mal de tu grado, por más que retengas y te aferres a tu
dolor, que te has hecho perdurar en lugar de tu hijo. Pues 6
¿cuándo va a cesar? Todo se ha intentado en vano: las reiteradas recomendaciones de tus amigos, los ejemplos de varones insignes y parientes tuyos, tu afición a los estudios, virtud que heredaste de tu padre, atraviesan tus oídos sordos con un consuelo ineficaz y que apenas sirve para una distracción fugaz. Incluso el remedio natural del tiempo, que arregla aun las peores tribulaciones, ha perdido su fuerza
sólo contigo. Ya han transcurrido tres años y entre tanto no 7
ha cedido un ápice de su primer impulso: el luto se renueva y reafirma día a día, ya ha adquirido derechos con su permanencia y se ha prolongado hasta el punto de que le parece vergonzoso concluir. Al igual que todos los vicios quedan profundamente enraizados si no se reprimen en cuanto se insinúan, así estas penas y desdichas, ensañándose consigo mismas, acaban alimentándose de la propia amargura, y el dolor se convierte en malsano placer del espíritu desventu-
rado. Así pues, yo habría deseado encargarme de tu cura- 8
ción en los primeros momentos; con una medicina más suave se habría tenido que debilitar una virulencia que aún

estaba incubándose: con más empeño hay que luchar contra los males ya arraigados. En efecto, también la curación de las heridas es sencilla mientras la sangre está aún fresca; cuando, al gangrenarse, han derivado en una úlcera maligna, entonces se cauterizan, se abren hasta el fondo y acogen los dedos de los que las escudriñan. Ahora ya no puedo tratar con cortesías ni delicadezas un dolor tan endurecido: hay que amputarlo[2].

2 Sé que todos los que pretenden aconsejar a alguien empiezan por las normas y terminan con los ejemplos. Conviene a veces cambiar esta costumbre, pues con cada uno hay que obrar de manera distinta: a unos los convencen los razonamientos, a otros, que se quedan fascinados ante hechos espectaculares, hay que presentarles unos nombres ilustres y una autoridad tal que no les dejen libre el espíritu.
2 A ti te pondré delante de los ojos dos ejemplos preclaros de tu mismo sexo y época: el de una mujer que se dejó arrastrar por el dolor y el de otra que, aun alcanzada por un infortunio similar, pero por una pérdida más grave, no permitió, con todo, que sus desgracias la dominaran mucho tiempo, sino que prontamente restableció su espíritu a su estado
3 normal. Octavia y Livia, la una hermana de Augusto, la segunda su mujer, perdieron un hijo en plena juventud, cuando cada una tenía fundadas esperanzas de que llegaran a príncipes: Octavia a Marcelo[3], en quien su tío y a la vez

[2] A causa de sus enfermedades crónicas Séneca domina ampliamente, como se ve, la terminología médica, cf. P. Rodríguez Fernández, *Séneca enfermo*, Mieres del Camino, 1976, págs. 163-182.

[3] Sobrino de Augusto, que le dio en matrimonio a su hija Julia (26 a. C.), por lo que era considerado su sucesor, hasta el momento de su muerte temprana, tres años más tarde, en Bayas, supuestamente envenenado por Livia (Dión Casio, III 33), la cual empezaba así a despejar para sus hijos

suegro empezaba a apoyarse, a descargar en él el peso del poder, un joven de espíritu despierto y gran talento, pero de una sobriedad y moderación no poco admirables, considerando tanto su edad como sus riquezas, trabajador, desafecto a los placeres, capaz de soportar todo lo que su tío hubiera querido imponerle y, por así decirlo, edificar sobre él: había escogido atinadamente unos cimientos que no cederían bajo
peso alguno. Ella durante toda su vida no dejó de llorar y 4
lamentarse, y no admitió palabra alguna que le ofreciera algún consuelo, ni siquiera permitió que la distrajeran; pendiente de una sola cosa y completamente obsesionada, estuvo toda su vida como en un funeral: no digo que no se atreviera a rehacerse, sino que rehusó ser ayudada y consi-
deró una segunda pérdida el privarse de las lágrimas. No 5
quiso tener ningún retrato de su hijo amadísimo ni que se lo mencionaran. Aborrecía a todas las madres y sobre todo dirigía su furor contra Livia, puesto que le parecía que había pasado al hijo de ésta la ventura que se había prometido para sí. Se habituó completamente a las tinieblas y a la soledad, sin atender siquiera a su hermano, rechazó unos poemas escritos en honor de Marcelo[4] y otras honras a sus obras, y cerró sus oídos a todo consuelo. Tras alejarse de sus tareas propias y desdeñar hasta la buena estrella, que tanto resplandencía entonces, del poder de su hermano, se enterró en vida y no se dejó ver más. En una ocasión en que estaban sentados con ella sus hijos y nietos no se quitó el vestido de luto, no sin agravio de todos los suyos, pues teniéndolos vivos aparentaba estar sola en la vida.

---

el camino hacia el trono. Otras noticias sobre el personaje en TÁCITO, *Anales* I 3, y VELEYO PATÉRCULO, II 93.

[4] Virgilio incluyó en la *Eneida* un elogio de Marcelo (VI 855-886). Oyendo recitar esos versos, Octavia se desmayó, según cuenta DONATO, *Vida de Virgilio* 32.

3 Livia había perdido a su hijo Druso[5], destinado a ser un gran príncipe y ya un gran general: había penetrado hasta el interior de la Germania y los romanos habían plantado su enseña allí donde apenas se tenían noticias de que hubiera romanos. Había muerto en campaña, mientras sus propios enemigos lo honraban durante su enfermedad con un respetuoso armisticio, sin atreverse a desear lo que más les convenía. A esta muerte, que él había afrontado en defensa del estado, se sumaba la inmensa pena de los ciudadanos y las provincias, y de Italia entera, a través de la cual había discurrido, entre municipios y colonias volcados sobre su triste deber, el cortejo fúnebre, tal cual un triunfo, hasta la Ciu-
2 dad. A su madre no le había sido posible alcanzar los últimos besos de su hijo ni las palabras imborrables de su aliento postrero. Largo trecho fue acompañando los resto de su Druso, molesta con tantas piras que ardían por toda Italia, como si otras tantas veces lo perdiera; pero, en cuanto lo dejó en su tumba, a la vez lo enterró a él y a su dolor, y no se dolió más de lo que era correcto o justo considerando que César seguía con vida. En fin, no dejó de mencionar el nombre de su Druso, de evocarlo en todo lugar, privado o público, de hablar gustosamente sobre él, de oír sobre él: vivió con el recuerdo, que no puede conservar ni frecuentar nadie que se lo haya hecho penoso.

---

[5] Cuando Livia se divorció de su primer marido, Tiberio Claudio Nerón, para casarse con Octavio, luego Augusto, ya tenía un hijo, Tiberio, y estaba encinta de otro (Dión Casio, XLVIII 44, 1, y Suetonio, *Augusto* 62, 2). Éste se llamó Claudio Nerón Druso, y andando el tiempo se ganó el sobrenombre de Germánico por sus campañas contra esas gentes, en una de las cuales halló la muerte (9 a. C.), tan lamentada porque Druso no había ocultado su intención, si alcanzaba el poder, de restaurar la república (cf. Tácito, *Anales* I 33, y Suetonio, *Claudio* 1, 4).

Decide pues cuál de los dos ejemplos consideras más adecuado. 3
Si quieres seguir el primero, te borrarás del número de los vivos, ignorarás a los hijos de otros, pero también a los tuyos e incluso al mismo que añoras; aparecerás ante las madres como un presagio funesto, rechazarás las diversiones decentes y admitidas como poco convenientes a tu suerte; te verás encadenada a una luz que aborrecerás y te ensañarás con tu propia vida, acusándola de no arrebatarte y concluir lo antes posible; y lo que es más vergonzoso y extraño a tu espíritu, tenido en mejor consideración: mostrarás que no quieres vivir pero no eres capaz de morir.

Si te acoges a este ejemplo más prudente, más apacible, 4
de la otra noble mujer, no vivirás en medio de sufrimientos ni te consumirás atormentándote. ¡Pues sí que es locura castigarse uno mismo por su desventura y agravarse sus desgracias! También en estas circunstancias demostrarás la rectitud y moderación de tus costumbres que has observado siempre en tu vida: pues incluso para el dolor hay un límite. Y al muchacho mismo, tan merecedor de causarte alegría siempre que se le nombre o recuerde, lo pondrás en posición más favorable si, tal como solía en vida, se presenta ante su madre risueño y con gozo.

Y no te voy a inducir a normas tan estrictas que te acon- 4
seje sobrellevar lo humano de manera sobrehumana y quiera secar los ojos de una madre el día mismo del funeral. No, sino que me someteré contigo a un arbitraje: la cuestión que vamos a dirimir es si el dolor debe ser profundo o intermi-
nable. No me cabe duda de que el ejemplo de Julia Augus- 2
ta[6], a quien trataste íntimamente, te complace más: ella te

[6] Séneca comete un anacronismo al denominar así a Livia en vida de Augusto, pues fue el testamento de éste el que le otorgó el derecho a tomar este nombre (TÁCITO, *Anales* I 8).

invita a seguir su decisión. Ella, en el primer acceso, cuando las desdichas se muestran más impetuosas y desgobernadas, se dejó consolar por Areo[7], filósofo de su marido, y reconoció que esta acción le fue de gran provecho: más que el pueblo romano, al que no quería entristecer con su tristeza, más que Augusto, quien, con la desaparición de uno de sus dos puntales, se tambaleaba y no era cuestión de hacerlo caer con el dolor de los suyos; más que su hijo Tiberio, cuyo afecto conseguía que en aquel funeral tan amargo y deplorable para todos ella sintiera que no le faltaba nada más que el número.

3 Así fue, pienso yo, el planteamiento de Areo, así el comienzo de sus conversaciones con esa mujer celosísima guardiana de su reputación: «Hasta este día, Julia, al menos en cuanto sepa yo, compañero asiduo de tu marido, que conozco no sólo lo que se deja traslucir en público sino también todas las más íntimas inquietudes de vuestros espíritus, te esforzaste para que no hubiera nada que alguien te pudiera reprochar; y no lo cumpliste sólo en cosas de importancia, sino en las más triviales, no fueras a hacer algo que luego quisieras que te perdonara la fama, el más independiente
4 juez de príncipes. Y nada hay que considere yo más hermoso que quienes están situados en el más alto rango concedan el perdón en muchas ocasiones y no lo pidan en ninguna. Así pues, también en esta circunstancia debes mantener tu costumbre, no vayas a empezar algo que luego quieras haber hecho de otro modo o de ninguno.

5 Te solicito y suplico, además, que no te muestres huraña e intratable con tus amigos; pues nada hay que te

[7] Areo Dídimo de Alejandría, estoico con tendencias platónicas, ejercía en la familia de Augusto el papel de consejero, tal como era costumbre en la aristocracia de la época.

impida advertir que todos ellos no saben cómo compor-
tarse, si deben o no hablar de Druso en tu presencia, no
sea que el olvido de tan notable joven resulte ofensivo
para él, o su mención para ti. Cuando nos apartamos de ti 2
y nos reunimos, comentamos sus actos y sus palabras con
la admiración a que se hizo acreedor; en tu presencia
guardamos sobre él un profundo silencio. Así te privas de
tu mayor satisfacción, las alabanzas a tu hijo, que, estoy
seguro, prolongarías hasta el fin de los tiempos, si tuvie-
ras posibilidad, aun a costa de tu vida. Por tanto, tolera o, 3
mejor dicho, provoca conversaciones que traten de él y
presta atento oído al nombre o al recuerdo de tu hijo; y no
lo lleves a mal, según la costumbre de otros que en un in-
fortunio similar consideran que escuchar palabras de con-
suelo forma parte de su desgracia. Ahora te has inclinado 4
completamente al otro lado y contemplas tu suerte por el
peor, sin acordarte de otros mejores. No te vuelves a mirar
la convivencia con tu hijo y vuestros gozosos encuentros,
ni sus tiernas caricias de niño, ni sus progresos en los es-
tudios: te aferras al aspecto final de los hechos; como
si no fuera bastante espantoso en sí, le añades todo lo que
puedes. No anheles, te lo suplico, la gloria más deprava-
da: la de parecer la más desventurada. Al mismo tiempo 5
piensa que no tiene mérito mostrarse valiente en la pros-
peridad, cuando la vida transcurre con rumbo favorable:
tampoco una mar calmada y un viento complaciente de-
muestran la habilidad del timonel, es preciso que sobre-
venga alguna contrariedad para poner a prueba su ánimo.
Por consiguiente, no te abatas, antes bien asienta firme-
mente tus pies y aguanta toda la carga que te ha caído
encima, por más aterrada que estés con el estruendo pri-
mero. Con nada se le hace mayor desplante a la suerte
que con un espíritu ecuánime». Tras esto le hizo ver al

hijo sano y salvo, le hizo ver a los nietos del que había
perdido[8].
6 Fue tu problema, Marcia, el que allí se trató, Areo estu-
vo sentado a tu lado. Cambia un personaje: te consoló a ti.
Pero supón, Marcia, que te ha sido arrebatado más de lo que
una madre alguna vez haya perdido: no te halago ni rebajo
2 el quebranto que has sufrido. Si los hados se dejan derrotar
por las lágrimas, derramémoslas; que se pase entre lamentos
entero el día, que la noche sin sueño la tristeza la consuma;
que las manos se lancen sobre el pecho desgarrado e incluso
ataquen el rostro y que esta aflicción tan provechosa se
ejercite con todo tipo de crueldades. Pero si ningún llanto
resucita a los muertos, si el destino inmutable y fijado para
siempre no se altera ante la angustia y la muerte retiene todo
lo que se ha llevado, que concluya el dolor que de nada sir-
3 ve. Dominémonos, por tanto, y que no nos saque de quicio
esa violencia. Deshonrado está el piloto de un barco a quien
el oleaje arrebata el gobernalle, que descuida las velas tre-
molantes al viento y abandona su nave a la tormenta; en
cambio, es de alabar aun en el naufragio aquel al que la mar
ha sepultado mientras se aferraba al timón obstinadamente.
7 —De todos modos la añoranza de los seres queridos es
natural—. ¿Quién lo niega, mientras que es mesurada? En
efecto, con el alejamiento, no sólo con la pérdida, de los se-
res más queridos se produce una dentellada ineludible, un
encogimiento aun de los más firmes espíritus. Pero lo que la
imaginación le ha añadido es más de lo que la naturaleza ha
2 ordenado. Mira qué violentas son las añoranzas de los ani-
males y, sin embargo, qué efímeras: el mugido de las vacas
se oye un día o dos y no duran más esos correteos sin rumbo

[8] Druso tuvo con Antonia, hija menor de Marco Antonio, dos hijos y una hija: Germánico, Claudio y Livia, más conocida como Livila.

ni razón de las yeguas: las fieras, cuando ya han rastreado
las huellas de sus crías y recorrido completamente los bos-
ques, cuando ya han vuelto varias veces a sus guaridas sa-
queadas, apagan su rabia en corto tiempo; los pájaros, aun-
que han estado haciendo un terrible estrépito alrededor de
sus nidos vacíos, al momento reemprenden, ya calmados,
sus vuelos. Ningún animal padece una larga añoranza de su
cría, excepto el hombre, que colabora con su dolor y sufre
no en la medida de sus sentimientos sino en la de sus con-
venciones.

Y para que veas que no es natural consumirse en lamen- 3
tos, en primer lugar la misma pérdida hiere más a las muje-
res que a los hombres, más a los bárbaros que a los de na-
ción pacífica y sabia, más a los incultos que a los cultos.
Ahora bien, lo que ha recibido su fuerza de la naturaleza la
mantiene invariable en todos los individuos: está claro que
no es natural lo que cambia. El fuego quemará a personas 4
de todas las edades, a ciudadanos de todas las poblaciones,
tanto hombres como mujeres; el hierro manifestará su poder
para cortar en cualquier cuerpo. ¿Por qué? Porque sus fuer-
zas se las dio la naturaleza, que no ha determinado nada
respecto a las personas. Cada cual es sensible en distinto
grado a la pobreza, el luto o la ambición, en la medida en
que le influye la costumbre y lo dejan débil e indefenso sus
miedosos prejuicios sobre cosas nada temibles.

En segundo lugar, lo que es natural no mengua con el 8
paso del tiempo: un largo plazo acaba con el dolor; aun el
más empecinado, el que resurge cada día y se rebulle contra
los remedios, a pesar de todo lo mitiga el tiempo, tan efecti-
vo para apaciguar su violencia. Sin duda persiste aún en ti, 2
Marcia, una inmensa tristeza y ya parece que ha encalleci-
do: no desenfrenada como fue al principio sino terca y obs-
tinada; sin embargo, también ésta la vida te la irá borrando

poco a poco: siempre que te dediques a otra cosa se distrae-
3 rá tu espíritu. Ahora te vigilas a ti misma, pero hay mucha diferencia entre permitirte estar afligida y obligarte a ello. ¡Cuánto más adecuado a la corrección de tus costumbres es que pongas fin al luto, antes que estarlo esperando, y que no aguardes el día en que a pesar tuyo desaparezca el dolor! Renuncia tú a él.

9 —¿De dónde nos viene entonces tanto empeño en llorar a los nuestros, si no sucede por imposición de la naturaleza?—. De que no nos figuramos ninguna desgracia antes de que nos suceda, al contrario, como si sólo nosotros estuviéramos exentos y emprendiéramos un viaje más sosegado que los demás, no permitimos que los infortunios ajenos nos
2 adviertan que son comunes a todos. Pasan ante nuestra casa tantos entierros: no pensamos en la muerte; tantos funerales de niños: nosotros tenemos en mente la toga de nuestros hijos, su servicio militar, su sucesión a la herencia paterna[9]; se ofrece a nuestros ojos el repentino empobrecimiento de tantos ricos y a nosotros no nos pasa por las mientes que también nuestras riquezas están igualmente en peligro. Así pues, es inevitable que nos derrumbemos enseguida: nos vemos golpeados como de improviso; los sucesos previstos
3 de mucho antes nos acometen más débilmente. ¿Quieres tú darte cuenta de que estás expuesto[10] a todos los golpes y de que los dardos que han traspasado a otros zumbaron a tu alrededor? Igual que si atacaras a medio armar una muralla o

[9] Esto es, el futuro normal de un niño romano desde que deja de serlo y asume la condición de adulto y ciudadano; este cambio de niño a hombre se simbolizaba con el de la toga que había vestido hasta entonces (la *praetexta*, orlada de púrpura) por la viril, totalmente blanca; esta ceremonia se celebraba en medio de una señalada fiesta familiar.

[10] Séneca a veces no «dialoga» con Marcia sino con un interlocutor anónimo y difuso, una o varias segundas personas.

una posición tomada por muchos enemigos y de difícil ascenso, aguarda el golpe y piensa que las piedras que pasan volando sobre tu cabeza mezcladas con flechas y lanzas han sido arrojadas contra tu cuerpo. Cada vez que caiga uno a tu lado o a tu espalda, exclama: «No me engañarás, fortuna, ni me sorprenderás confiado o descuidado. Sé qué andas maquinando: has golpeado a otro, sí, pero me buscabas a mí».

¿Quién ha contemplado alguna vez sus bienes con ojos 4
de mortal? ¿Quién de nosotros se ha atrevido alguna vez a pensar en el exilio, la pobreza o el luto? ¿Quién, si le aconsejan pensar, no lo rechazará como un agüero siniestro y no deseará que caiga sobre la cabeza de sus enemigos o del propio consejero inoportuno? —No creí que llegara a suce- 5
der—. ¿Crees tú que no va a sucederte algo que sabes que puede pasar, que ves que les ha ocurrido a muchos? ¡Excelente, ese verso que merecía no provenir del escenario!:

A cualquiera puede acontecerle lo que a uno puede[11].

Éste ha perdido a sus hijos: también tú puedes perderlos; aquél ha sido condenado: también tu inocencia está expuesta a ese golpe. Éste es el error que nos engaña y debilita, cuando sufrimos lo que nunca hemos supuesto que podríamos sufrir. Quita fuerza a sus desgracias presentes quien ha previsto que llegarían.

Sea lo que sea, Marcia, lo que por casualidad brilla a 10
nuestro alrededor, hijos, dignidades, riquezas, amplios atrios y vestíbulos rebosantes de la multitud de clientes que no

[11] Verso de Publilio Siro, autor de mimos del siglo I a. C., recogido en una colección de *sententiae* extraídas de sus obras, una de tantas empleadas en las escuelas (cf. SÉNECA, *Epístola* 33, 6-7); al filósofo le complacía, pues lo cita en otra obra (*Sobre la tranquilidad* 11, 8).

hemos podido recibir, ⟨un nombre⟩ ilustre, una esposa noble
o bella, y lo demás expuesto a una suerte incierta y variable,
son pompas que otros nos han dejado: nada de esto se da de
regalo. La escena se embellece con objetos prestados y re-
tornables a sus dueños: unos se devolverán el primer día,
2 otros el segundo, pocos permanecerán hasta el final. Así
pues, no hay por qué envanecerse, como si estuviéramos
situados entre posesiones nuestras: las hemos recibido en
depósito. Nuestro es el usufructo, por un tiempo que regula
el autor de la donación; nos conviene tener a punto lo que
nos dieron hasta una fecha imprecisa y devolverlo sin que-
jas cuando nos citen: es de pésimo deudor organizar un es-
3 cándalo a su acreedor. Luego a todos los nuestros, tanto los
que por razón de su nacimiento deseamos que nos sobrevi-
van, como los que tienen el justísimo deseo de precedernos,
debemos amarlos tal como si no se nos hubiera prometido
nada sobre su perpetuidad, mejor dicho, nada sobre su lon-
gevidad. A menudo hay que recordar al espíritu que ame las
cosas tal como si fueran a desaparecer, mejor dicho, como
ya desapareciendo. Todo cuanto la suerte te ha dado poséelo
4 como algo carente de garantía. Apoderaos al vuelo de las
satisfacciones que os proporcionen los hijos, dejad que a su
vez disfruten de vosotros y apurad sin tardanza todas las
alegrías: nada hay prometido sobre la noche de hoy; aun he
dado un plazo demasiado largo: nada sobre la hora presente.
Hay que apresurarse, nos van pisando los talones: pronto se
separará esta compañía, pronto estos vínculos se desharán
levantando gran revuelo. Todo es pura rapiña: vosotros,
desdichados, no sabéis vivir en plena fuga.

5 Si te dueles por la muerte de tu hijo, la culpa es del día
en que nació: en efecto, la muerte le fue anunciada al nacer.
Con esta condición te fue otorgado, este destino le iba de-
6 trás en cuanto salió de tu vientre. Venimos a caer bajo el

imperio de la suerte, por demás férreo e invencible, para soportar a su capricho cosas merecidas e inmerecidas. Abusará de nuestros cuerpos sin tasa, insolentemente y sin piedad: a unos abrasará con los fuegos que les aplique, por castigo o por remedio; a otros cargará de cadenas (se lo podrá hacer unas veces a un extranjero, otras a un ciudadano); a otros arrojará desnudos por mares desconocidos y, después de que hayan luchado contra las olas, ni siquiera los echará sobre un banco de arena o una playa, sino que los sepultará en el estómago de algún monstruo desmesurado; a otros, consumidos por diversos tipos de enfermedades, los mantendrá largo tiempo suspensos entre la vida y la muerte. Como ama veleidosa y antojadiza e indiferente con sus esclavos, se equivocará tanto en los castigos como en las recompensas.

¿Qué necesidad hay de llorar cada parte? La vida entera 11
es digna de llanto: te asaltarán nuevos inconvenientes antes de haber solucionado los anteriores. Por tanto, debéis moderaros sobre todo vosotras, que sufrís sin moderación, y distribuir entre los muchos dolores ⟨la fuerza⟩ del corazón humano.

¿A qué viene entonces este olvido de su condición[12], que es la de todos? Has nacido mortal, has parido mortales. Tú, un cuerpo enfermizo y deleznable, presa constante de achaques, ¿esperaste con una materia tan endeble engendrar
algo resistente y perdurable? Tu hijo ha muerto, esto es, ha 2
llegado corriendo a la meta a la que se precipitan aquellos que consideras más afortunados que tu prole. Allí se dirige con paso distinto toda esa muchedumbre que pleitea en el foro, ⟨aplaude⟩ en el teatro y reza en los templos: una única ceniza igualará tanto lo que estimas como lo que desprecias.

---

[12] La de Metilio.

3 Esto, ya se sabe, ⟨aconseja⟩ aquel ⟨dicho⟩ atribuido al oráculo pítico: «Conócete»[13]. ¿Qué es el hombre? Un recipiente quebradizo a cualquier golpe y a cualquier sacudida. No hay necesidad de un violento temporal para destrozarte: en cuanto te des un golpe, te desharás. ¿Qué es el hombre? Un cuerpo endeble y frágil, desvalido, indefenso por su misma naturaleza, necesitado de la ayuda ajena, abandonado a todas las insolencias de la suerte, cuando ha fortalecido bien sus brazos, alimento de cualquier fiera, víctima de cualquiera; fabricado con materiales flojos y deleznables, elegante en sus rasgos externos; nada resistente al frío, al calor, a la fatiga y, en cambio, destinado a caer en la consunción por la misma inactividad y ocio; temeroso de su alimento, unas veces por falta de él ⟨perece, otras por exceso⟩ estalla; precisa una vigilancia ansiosa y atenta, su aliento es precario e inestable, le sobresalta un susto repentino o bien oír de pronto un ruido desagradable; motivo constante de preocu-
4 pación para sí mismo, defectuoso e inútil. ¿Y en este ser nos extraña su muerte, que es cuestión de un mero hipido? ¿Acaso derribarlo es, pues, tarea de mucho empeño? Para él el olor y el sabor, el cansancio y el insomnio, la bebida y la comida, y todo aquello sin lo que no puede vivir, son mortíferos; a dondequiera que vaya, al punto es consciente de su propia debilidad, pues no soporta todos los climas, pierde la salud por la novedad de las aguas y por el soplo de una brisa desacostumbrada, por ligerísimos accidentes y molestias; enfermizo, achacoso, inicia su vida con lágrimas; y mientras ¡qué tremendos altercados provoca este animal tan despreciado, a qué fantasías se entrega sin acordarse de su condi-

[13] Famosísima máxima atribuida a uno u otro de los Siete Sabios de Grecia; estaba grabada en el frontón del templo de Apolo en Delfos, lo que explica la referencia a los oráculos que allí emitía la Pitia.

ción! En su mente revuelve proyectos inmortales, sin tér- 5
mino, y toma disposiciones para nietos y biznietos, mientras
la muerte le sorprende haciendo planes a largo plazo y lo
que llama vejez se le reduce a un período de muy pocos
años.

Tu dolor, si tiene al menos algún motivo, ¿toma en 12
cuenta su propio perjuicio o el del que murió? ¿Te conmue-
ve, en la pérdida de tu hijo, no haber alcanzado de él ningu-
na satisfacción o el haber podido, si hubiera vivido más,
obtenerlas mayores? Si afirmas que no obtuviste ninguna, 2
harás más soportable tu pérdida: los hombres, en efecto,
añoran menos aquello de lo que no han obtenido ninguna
alegría ni deleite. Si reconoces que obtuviste grandes satis-
facciones, conviene que no te quejes de lo que te han quita-
do, sino que estés agradecida de lo que te tocó en suerte.
Pues de su crianza misma surgieron las recompensas bastan-
te considerables de tus esfuerzos, a no ser, quizá, que quie-
nes con el mayor afán alimentan perritos y pájaros y otros
frívolos pasatiempos, disfruten de una cierta satisfacción
con la vista, el tacto y las tiernas caricias de los irracionales
y, en cambio, para los que alimentan hijos no sea la propia
crianza la recompensa de la crianza. Por lo tanto, aunque su
actividad no te haya beneficiado en nada, su cuidado no te
haya protegido en nada, su sensatez no te haya bien aconse-
jado en nada, el mero hecho de haberlo tenido, de haberlo
amado, es la recompensa. —Pero pudo ser más duradera, 3
más grande—. Sin embargo, te han tratado mejor que si no
te hubiese correspondido en absoluto, ya que, si se plantea
la alternativa de si es preferible ser dichoso no mucho tiem-
po o nunca, es mejor que nuestros bienes sean perecederos
antes que no nos corresponda ninguno. ¿Acaso preferirías
haber tenido un degenerado que tan sólo ocupara la plaza y
el título de hijo, a uno de tanto carácter como fue el tuyo, un

joven pronto sensato, pronto afectuoso, pronto marido, pronto padre, pronto cumplidor de todas sus tareas, pronto sacerdote[14], como si lo adelantara todo? A casi nadie le corresponden grandes bienes y a la vez duraderos: no se mantiene ni alcanza el final más que la felicidad moderada; los dioses inmortales, que no estaban dispuestos a dártelo por mucho tiempo, te dieron inmediatamente un hijo tal como ⟨apenas⟩ puede conseguirse tras mucho tiempo.

4 Y tampoco puedes alegar que los dioses te escogieran para que te fuera imposible disfrutar de tu hijo: pasea tus ojos por toda la multitud de conocidos y desconocidos, por todas partes se te presentará gente que ha padecido cosas peores. Las sufrieron los generales insignes, las sufrieron los príncipes; ni siquiera a los dioses dejaron salvos las leyendas, con el fin, creo yo, de que fuera un alivio en nuestros funerales el hecho de que incluso lo divino sucumbe. Mira, digo, a todos a tu alrededor: no podrás citar ninguna familia tan desdichada que no halle consuelo en otra más
5 desdichada aún. No tengo, por Hércules, una opinión tan mala de tus costumbres como para creer que puedes sufrir mejor tu infortunio si te presento una enorme cantidad de gente de luto: una muchedumbre de desdichados es un género odioso de consuelo. De todos modos, te contaré de algunos, no ya para que sepas que esto suele suceder a los hombres (pues es ridículo reunir ejemplos de nuestra mortalidad), sino para que sepas que hubo muchos que mitigaron sus pesadumbres sobrellevándolas con calma.

6 Empezaré por el más afortunado. Lucio Sila[15] perdió un hijo y este hecho no refrenó su maldad ni su violentísima

[14] Gracias a que, por no dejar sola a Marcia, renunció al servicio militar (*Marcia* 24, 1), Metilio pudo acceder tempranamente al sacerdocio.

[15] Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.) encabezó el partido aristocrático enfrentado en guerra al popular; tras su victoria, asumió el poder y se hizo

saña contra extranjeros y ciudadanos, ni hizo que pareciera que había adoptado sin razón el apodo que tomó tras perder a su hijo, sin temer el rencor de los hombres, en cuya desgracia se sustentaba aquella exagerada prosperidad, ni la malquerencia de los dioses, para quienes era una acusación un Sila tan afortunado. Pero quede entre las cosas pendientes de juicio cómo fue Sila (incluso sus enemigos reconocerán que tomó las armas a tiempo y a tiempo las depuso); subsistirá el hecho de que se trata: no es la desgracia mayor la que alcanza incluso a los más afortunados.

Que no admire tanto Grecia a aquel padre que, al anun- 13
ciarle en medio de un sacrificio la muerte de su hijo, simplemente hizo callar al flautista y se quitó la corona de la cabeza, el resto lo terminó siguiendo el rito[16]: lo mismo hizo el pontífice Pulvilo[17], a quien le anunciaron la muerte de su hijo cuando asía la jamba de la puerta y consagraba el Capitolio. Fingió que no lo había oído y pronunció las solemnes palabras de la fórmula pontifical, sin que gemido alguno interrumpiera el rezo ni el nombre de su hijo el ritual propiciatorio de Júpiter. ¿Crees que se debía fijar un límite a 2
ese duelo cuyo primer día y primer ímpetu no distrajeron al padre de los altares públicos y de la venturosa dedicación?

---

nombrar dictador, cargo del que abdicó un año antes de su muerte, a lo que hace referencia Séneca. Favorecido toda su vida por la fortuna, le dedicó un templo en Preneste y adoptó el sobrenombre de *Felix*, 'Afortunado', en el que tanto insiste Séneca.

[16] El padre era Jenofonte; su hijo Grilo murió en la batalla de Mantinea (Valerio Máximo, V 10, 2).

[17] Marco Horacio Pulvilo, en realidad cónsul en el año primero después de la expulsión de los reyes (508 a. C.); en calidad de tal le correspondió oficiar la ceremonia de dedicación del templo de Júpiter en el Capitolio (cf. Tito Livio, II 8, 6-8). El dedicante sujetaba con las manos las jambas de la puerta mientras recitaba la plegaria; cualquier titubeo, error o interrupción invalidaba la ceremonia (Plinio, XI 37).

Por Hércules que fue digno de esa consagración memorable, digno del excelso sacerdocio quien no desistió de venerar a los dioses aun airados. Sin embargo, cuando regresó a casa dejó rebosar sus ojos y asimismo profirió algunas palabras lastimeras; pero, tras cumplir con lo que era costumbre hacer en honor de los muertos, recompuso su expresión del Capitolio.

3 Paulo[18], por los días de su notabilísimo triunfo, en el que llevó a Perseo encadenado delante del carro, dio dos hijos en adopción y enterró los ⟨dos⟩ que se había reservado. ¿Cómo crees que serían los que retuvo, cuando entre los que cedió estaba Escipión? No sin emoción contempló el pueblo romano el carro vacío de Paulo. A pesar de todo pronunció su discurso y dio gracias a los dioses porque vio realizado su deseo: había suplicado, en efecto, que, si había que sacrificar algo a la envidia a causa de su inmensa victoria, el pago se hiciera en detrimento suyo antes que del pueblo. ¿Ves con qué grandeza de ánimo lo sufrió?: dio gracias por su pérdida. ¿Y a quién podía afectar más tamaño revés? Perdió sus consuelos al mismo tiempo que sus apoyos. Con todo, no le cupo a Perseo ver triste a Paulo.

14 ¿A cuenta de qué voy ahora a guiarte a través de incontables ejemplos de grandes varones y a buscar a los desdichados, como si no fuera más difícil hallar a los dichosos? ¿Cuántas, en efecto, y cuáles familias se han mantenido

---

[18] Lucio Emilio Paulo tuvo dos hijos en cada uno de sus dos matrimonios: los del primero fueron adoptados, uno por la familia Fabia y el otro por la Cornelia, que en adelante se llamó Publio Cornelio Escipión Emiliano, conquistador de Numancia y de Cartago; los habidos en el segundo murieron uno pocos días antes y otro pocos después de celebrarse el triunfo de Paulo por su victoria sobre Perseo, rey de Macedonia; éste iba, según la costumbre, encadenado al carro del vencedor, en el que quizá habrían ido acompañándolo sus hijos (cf. PLUTARCO, *Paulo Emilio* 35, 2).

hasta el final con todos sus componentes, sin que haya ha-
bido en ellas ninguna perturbación? Toma un año cualquie-
ra y menciona sus magistrados: por ejemplo, Lucio Bíbulo y
Gayo César; verás, en unos colegas incompatibles, una
suerte pareja[19]. A Lucio Bíbulo, varón más honrado que va- 2
liente, le mataron dos hijos a un tiempo[20], tras haber sido
sometidos además a ultrajes por parte de la soldadesca
egipcia, de manera que la pérdida no era menos deplorable
que el causante de ella. No obstante, Bíbulo, que durante
todo el año de su cargo se había refugiado en su casa de la
malquerencia de su colega, al día siguiente de anunciársele
la doble muerte acudió a sus tareas habituales de goberna-
dor. ¿Quién puede dedicar menos de un solo día a dos hijos
suyos? Tan pronto concluyó el luto por sus vástagos regresó
a sus tareas quien había deplorado durante un año su consu-
lado.

Gayo César, cuando recorría Bretaña y ni siquiera con el 3
Océano podía apagar su buena estrella, oyó que había
muerto su hija[21], llevándose consigo el destino del estado:
saltaba a la vista que Gneo Pompeyo ya no iba a tolerar de

---

[19] No es ni mucho menos casual la elección del año, el 59 a. C., en que compartieron el consulado dos adversarios políticos, Julio César y Marco (no Lucio, como Séneca repite erróneamente) Bíbulo, cada uno apoyado por su partido con turbias maniobras (cf. SUETONIO, *Julio César* 19, 1); el enfrentamiento entre ambos concluyó con la reclusión, voluntaria o impuesta, de Bíbulo en su casa mientras duró su mandato (SUETONIO, *ibid.* 20, 1; CICERÓN, *Cartas a los familiares* I 9, 7; DIÓN CASIO, XXXVIII 6, 4).

[20] Bíbulo era procónsul en Siria cuando supo de la muerte de sus hijos, en Egipto y a manos de unas tropas mixtas de veteranos pompeyanos y forajidos de toda laya; cf. CÉSAR, *Guerra civil* III 110, 2-6; VALERIO MÁXIMO, IV 1, 15.

[21] Julia, a la que casó con Pompeyo para reforzar su alianza con él; murió en el año 54 a. C.

buena gana que hubiese otro grande[22] en la república y se disponía a poner límite a unos progresos que le parecían perjudiciales a pesar de que se incrementaran en beneficio de todos. César, sin embargo, reasumió al tercer día sus deberes de general y derrotó el dolor tan rápidamente como solía hacerlo con todo.

15 ¿A qué relatarte los funerales de otros Césares? Me pa-
rece que algunas veces los maltrata la suerte precisamente
para que también en este aspecto sean útiles al género hu-
mano, al mostrarle que ni siquiera ellos, que pueden decirse
engendrados por dioses y engendradores de dioses[23], dispo-
nen de su suerte del mismo modo que tampoco de la ajena.
2 El divino Augusto, tras haber perdido hijos y nietos y que-
dar agotada la multitud de los Césares, apuntaló con la
adopción su casa deshabitada[24]: no obstante, lo sobrellevó
con tanta entereza como le correspondía, al estar en juego
sus intereses e importarle por encima de todo que nadie es-
3 tuviese quejoso de los dioses. Tiberio César perdió al hijo

[22] Séneca parece jugar con el vocablo, pues el *cognomen* de Pompeyo era precisamente *Magnus*, «Grande».

[23] La *gens* Julia proclamaba descender de Venus y contaba con algunos miembros deificados (César y Augusto). La expresión que emplea Séneca imita un verso del cantor del origen divino de los Césares, Virgilio (*Eneida* IX 642).

[24] Ya había adoptado a sus tres nietos varones, pero los dos mayores murieron sucesivamente (Lucio en el 2 d. C. y Gayo en 4 d. C.), y al menor, Póstumo, lo desterró (7 d. C.); igualmente había condenado al exilio a la madre, su única hija Julia, en el año 2 d. C., veintiún años después de la muerte del primer marido de ésta, el ya mencionado Marcelo (cf. n. 3); de sus dos hijastros y también hijos adoptivos, el menor, Druso, murió en campaña (cf. n. 5), y el mayor, Tiberio, por cálculo o por azar, quedó como su único heredero.

que había engendrado y también al que había adoptado[25]; sin embargo, hizo personalmente en la tribuna pública el elogio de su hijo y estuvo de pie a la vista de todos mientras enterraban el cuerpo, con sólo un velo que se interponía para evitar a los ojos del pontífice[26] la vista del cadáver, y no inclinó su cabeza durante el llanto del pueblo romano; dio ocasión a Sejano, que estaba a su lado, de comprobar con cuánta resignación podía perder a los suyos.

¿Ves qué grande es el número de varones nobilísimos a 4
quienes este infortunio que todo lo arrasa no pasó por alto, después de que en ellos se habían acumulado tantos bienes del espíritu, tantas distinciones públicas y privadas? Pero esta tormenta se abate, sin duda, sobre el mundo entero y todo lo devasta sin distinción y lo trata como suyo. Haz que cada uno eche cuentas: a nadie le ha tocado nacer impunemente.

Ya sé qué me vas a decir: «Te has olvidado de que con- 16
suelas a una mujer, me pones ejemplos de varones». ¿Pero quién ha dicho que la naturaleza haya actuado malintencionadamente con los temperamentos femeninos y haya reducido sus cualidades a un estrecho límite?[27]. Créeme, ellas tienen el mismo vigor que los hombres, la misma capacidad para las empresas elevadas, cuando quieren; del mismo modo soportan, si se han acostumbrado, el dolor y la fatiga.
¿En qué ciudad, dioses bondadosos, decimos esto? En aque- 2

[25] Respectivamente, Druso, habido de su matrimonio con Vipsania, y su sobrino Germánico, fallecidos éste en el 19 d. C. y el primero en el 23 d. C.

[26] Cuando murió Druso hacía ocho años que Tiberio ocupaba el cargo de Pontífice Máximo.

[27] Ahora le conviene a Séneca no mostrarse tan duro con las mujeres como al principio, donde presenta halagadoramente a Marcia como una excepción a los defectos femeninos (cf. n. 1).

lla en que Lucrecia y Bruto[28] derribaron al rey que subyugaba a los romanos; la libertad se la debemos a Bruto, Bruto a Lucrecia; en aquella en que a Clelia[29], que desafió tanto al enemigo como al río, por poco la incluimos entre los varones, en vista de su notable arrojo: instalada en su estatua ecuestre en la vía Sacra, un paraje frecuentadísimo, Clelia reprocha a nuestros jóvenes, encaramados a la litera, que entren de tal guisa en la ciudad en que incluso a las mujeres
3 hemos premiado con un caballo. Ahora bien, si quieres que te cuente ejemplos de mujeres que hayan sufrido con entereza la pérdida de los suyos, no iré buscándolos de puerta en puerta. Sólo de una familia te presentaré dos Cornelias: la primera, la hija de Escipión y madre de los Gracos[30]. A sus doce hijos los contempló ella en otros tantos funerales; le fue sencillo con los demás, que no afectaron a la Ciudad ni al nacer ni al morir: a Tiberio y a Gayo, a quienes incluso el que les niegue su hombría de bien les reconocerá su grandeza, los vio asesinados y además insepultos. Sin embargo, a los que la consolaban y la llamaban desdichada, les dijo: «Nunca diré que no soy feliz, puesto que he engendrado a
4 los Gracos». Cornelia, la esposa de Livio Druso, había per-

[28] La violación de la castísima Lucrecia por Sexto Tarquinio y su suicidio inmediato fueron el definitivo impulso que necesitaba Bruto para iniciar la revuelta contra el rey último de Roma, Lucio Tarquinio el Soberbio (cf. Tito Livio, I 57, 6-69).

[29] Una de las doncellas que se hallaban en poder de Porsena como rehenes; a la cabeza de sus compañeras escapó del campamento etrusco y nadando cruzó el Tíber para volver a Roma. Los ciudadanos le votaron una estatua ecuestre, un honor sin precedentes (Tito Livio, II 13, 6-11).

[30] Hija de Escipión Africano, casada con Tiberio Sempronio Graco; entre sus numerosos hijos se contaban Tiberio y Gayo Graco, los célebres impulsores de la reforma agraria en permanente enfrentamiento con la nobleza a la que pertenecían; Tiberio fue muerto en el año 133 a. C. y Gayo se suicidó en el 121 a. C. Séneca generaliza el final de ambos.

dido a un nobilísimo joven[31] de brillante talento que seguía
los pasos de los Gracos, quedando así inconclusos numero-
sos proyectos de ley, al caer asesinado dentro de su propio
hogar a manos de un homicida desconocido. Sin embargo,
se mantuvo firme ante la muerte cruel y además impune de
su hijo con tanta grandeza de ánimo como él se había man-
tenido firme por sus leyes. ¿Te congraciarás por fin, Marcia, 5
con la suerte, si los dardos que lanzó contra los Escipiones y
las madres e hijas de los Escipiones, con los que apuntó a
los Césares, no los mantuvo tampoco lejos de ti?

La vida está colmada y amenazada de diversos infortu-
nios, de los que a nadie alcanza una paz prolongada, apenas
sí una tregua. Tú, Marcia, habías criado cuatro hijos. Dicen
que no cae en vano ningún dardo que se ha disparado contra
una columna apiñada: ¿es extraño que un tropel tan nume-
roso no haya podido pasar sin malquerencia o perjuicio?
—Pero la suerte fue más injusta, puesto que no sólo me 6
arrebató hijos sino que los seleccionó—. Pero no califiques
nunca de injusticia el reparto por igual con uno más podero-
so: te dejó dos hijas y los nietos que te han dado; e incluso
al que más lloras, olvidándote del primero, no te lo quitó del
todo: de él tienes dos hijas, grandes cargas si lo llevas a
mal, grandes consuelos, si a bien. El campesino, si han que- 7
dado derribados los árboles que arrancó de raíz el viento o
quebró un torbellino lanzado en súbita embestida, mima la
descendencia que haya quedado de ellos y sin tardanza dis-
tribuye semillas y plantones en sustitución de los árboles
que perdió, y al momento (pues el tiempo es tan rápido y li-
gero para las ganancias como para los perjuicios) crecen
más lozanos que los perdidos. Pon ahora estas dos hijas de 8

[31] Su hijo Marco Livio Druso, tribuno de la plebe como los Gracos y también como ellos reformador de las leyes.

tu Metilio en su lugar, llena su sitio vacante y mitiga un único dolor con un doble consuelo. Así es, ciertamente, la naturaleza de los mortales: nada gusta más que lo que se ha perdido; somos demasiado injustos con lo que nos queda, por la añoranza de lo que nos han arrebatado. Pero, si te paras a considerar hasta qué extremo te ha respetado la suerte, aun cuando se ensañaba, advertirás que posees algo más que meros consuelos: mira tus muchos nietos, tus dos hijas. Dí, Marcia, también esto: «Me molestaría si cada cual tuviera una suerte acorde con sus costumbres y las desgracias no persiguieran nunca a los honrados: pero veo que malvados y honrados sin discriminación se ven zarandeados de idéntica manera».

17 —Sin embargo, es duro perder al muchacho que has criado, que ya era salvaguardia y honra de su madre y de su padre—. ¿Quién niega que es duro? Pero es humano. Para esto fuiste engendrado, para perder, para perecer, para tener esperanza y temores, inquietar a otros y a ti mismo, para tener miedo a la muerte y a la vez desearla y, lo peor de todo, no saber nunca en qué situación te hallas.

2 Si alguien le dijera a uno que quiere viajar a Siracusa: «Primero entérate de todos los inconvenientes y de todas las satisfacciones de tu inminente viaje, y luego hazte a la mar. Éstas son las cosas que podrás admirar: en primer lugar, verás, separada de Italia por un estrecho brazo de mar, la propia isla, que, según consta, estuvo antaño unida al continente; de improviso irrumpió en él el mar y

arrancó el flanco hesperio del siciliano[32].

Luego verás (pues te será posible sortear de cerca ese voracísimo remolino del mar) la legendaria Carib-

[32] Parte de un verso de VIRGILIO (*Eneida* III 418).

dis[33] calmada, mientras se ve libre del austro, pero que, en cuanto sopla un poco más fuerte, engulle las naves con su inmensa y profunda garganta. Verás la fuente Aretusa[34] tan 3
celebrada en los poemas, con su estanque límpido y transparente hasta el fondo, y derramando un agua fresquísima, ya sea que la encuentra allí en su primer nacimiento, ya sea que un río, que había penetrado en la tierra, regresa a la superficie tras pasar bajo tantos mares y preservado de mezcla con un agua peor. Verás el puerto más abrigado de cuantos 4
ha dispuesto la naturaleza para proteger las flotas, o ha perfeccionado la mano del hombre, tan resguardado que no hay lugar ni siquiera para la furia de las más violentas tempestades. Verás dónde se quebrantó el poderío de Atenas, dónde aquella cárcel natural, agrandada con la excavación de la roca hasta una profundidad sin fin[35], había encerrado a tantos miles de prisioneros; la propia ciudad, inmensa, y su término, más extenso que los territorios juntos de muchas ciudades; sus templados inviernos y ningún día en que no se muestre el sol. Pero cuando ya conozcas todo esto, un ago- 5
biante y malsano estío echará a perder las ventajas del clima

---

[33] Torbellino en el mar Tirreno, personificado en un ávido monstruo que habitaba en el estrecho de Mesina, frente a Escila, otro monstruo igual. Caribdis se encrespa cuando sopla el austro, el viento del sur.

[34] La ninfa Aretusa, requerida de amores por el río Alfeo, fue transformada por Diana a su vez en río; Alfeo mezcló sus aguas con ella y ambos discurrieron bajo el mar hasta aflorar de nuevo en Ortigia, la isla del puerto de Siracusa (Ovidio, *Metamorfosis* V 577-641).

[35] Las famosas Latomías (propiamente «canteras»), cuya característica más notable era su profundidad: Séneca se refiere a ellas empleando casi las mismas palabras que Cicerón (*Contra Verres* V 62). En las Latomias trabajaron como forzados los prisioneros atenienses capturados en la batalla naval de Siracusa (413 a. C.).

invernal. Allí estará el tirano Dionisio[36], azote de la libertad, la justicia y las leyes, ávido de poder, incluso después de Platón, y de vida, incluso después de su exilio: quemará a unos, flagelará a otros, y hará decapitar a otros por una falta leve; reclamará para su placer a hombres y mujeres y entre los rebaños repugnantes al servicio de los excesos regios será cuestión de poca monta unirse con dos a la vez. Ya has oído qué puede atraerte y qué espantarte: por consi-
6 guiente, hazte a la mar o quédate». Si, después de esta advertencia, dijera alguien que quería entrar en Siracusa, ¿podría presentar una queja suficientemente fundada contra nadie más que contra sí mismo, pues no habría ido a parar allí por casualidad, sino que habría acudido prevenido y a sabiendas?

A todos nosotros nos dice la naturaleza: «A nadie engaño. Si tú engendras hijos, podrás tenerlos bien formados y tenerlos deformes. Quizá te nacerán muchos: cualquiera de ellos podrá resultar para su patria tanto un salvador como un
7 traidor. No tienes por qué desconfiar de que vayan a alcanzar tal consideración que nadie ose agraviarte, por temor a ellos; sin embargo, imagina que van a ser de una vileza tal que ellos mismos sean un agravio para ti. Nada impide que ellos te presten los últimos auxilios y que tus hijos te hagan el elogio fúnebre; pero estáte preparado para ser tú quien lo ponga en la pira, sea niño, joven o anciano: nada, en efecto, tienen que ver en esto los años, puesto que no deja de ser prematuro todo funeral al que asiste el padre». Si después de proponerte estas condiciones engendras hijos, eximes de

[36] Dionisio el Joven, tirano de Siracusa (del 367 al 346 a. C.), cuyo despotismo no pudo refrenar Platón, llamado al efecto por Dión, su amigo y seguidor, y tío de Dionisio; éste, tras una serie de disturbios, se exilió en Corinto.

toda aversión a los dioses, que no te prometieron nada seguro.

Venga pues, aplica esta comparación al inicio de la vida. 18
Te he explicado, cuando meditabas si visitarías Siracusa, todo lo que te podía gustar y lo que te podía molestar; imagina que acudo a aconsejarte en tu nacimiento: «Vas a en- 2
trar a una ciudad compartida por dioses y hombres, que todo lo abarca, vinculada por leyes inmutables y eternas, que hace girar a los cuerpos celestes en sus inagotables obligaciones. Verás allí brillar incontables estrellas, verás que un solo astro lo llena todo, el sol, que señala la duración del día y de la noche con su carrera diaria y distribuye, aún con mayor exactitud, la de veranos e inviernos con la anual. Verás la sucesión nocturna de la luna, que de los encuentros con su hermano toma prestada una luz delicada y apacible, a veces escondida, a veces dominando las tierras con su rostro al completo, variable en sus crecidas y menguas, siempre distinta a la siguiente. Verás cinco astros[37] que llevan trayec- 3
torias distintas y que se afanan en dirección contraria a la carrera del firmamento: de sus más ligeros movimientos dependen los destinos de los pueblos y por tanto las cosas más grandes y las más pequeñas toman forma según un astro se haya presentado favorable o desfavorable. Admirarás las nubes amontonadas y las aguas al caer y los sesgados rayos y el estruendo del cielo. Cuando, satisfecho del espectáculo 4
celeste, bajes los ojos a la tierra, te atraerá un aspecto de las cosas diferente y diferentemente admirable: aquí una dilatada llanura de campos que se extienden hasta el infinito, allí las cimas elevadas hasta el cielo de los montes que se alzan con sus altas y nevadas cumbres; los descensos de los arro-

[37] Los cinco planetas conocidos en la época: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

yos, y los ríos que se vierten a oriente y occidente desde una
sola fuente, y las arboledas que balancean los extremos de
las copas, y tanta cantidad de bosques con sus animales y el
5 discordante concierto de los pájaros; los variados empla-
zamientos de las ciudades y las razas aisladas por las difi-
cultades de sus territorios, de las cuales unas se retiran a
unos montes elevados y otras se rodean [temerosas, de ori-
llas, lagos, valles]; la mies favorecida por los cuidados y los
arbustos sin cuidador de su feracidad, y el manso fluir de
los riachuelos por los prados, y las bahías agradables y las
costas que se repliegan en un puerto; las islas desparrama-
das en gran número por la inmensidad, que dan con su pre-
6 sencia variedad a los mares. ¿Qué decirte del brillo de las
piedras y las gemas, y del oro que corre entre las arenas de
los impetuosos torrentes, y de las antorchas llameantes que
se elevan al cielo en medio de las tierras e incluso en medio
del mar, y del Océano, cinturón de las tierras, que con sus
tres repliegues rompe la continuidad de los pueblos[38] y que
7 se agita con una libertad ilimitada? Verás aquí nadar sobre
las aguas encrespadas y revueltas, sin que haya viento, ani-
males de tamaño superior a los terrestres, lentos unos, que
se mueven según las instrucciones de otros[39], ágiles otros,
más veloces que unos remeros lanzados a la carrera, otros
que se tragan las olas y las expelen con grave riesgo de los
que cerca navegan; verás aquí naves a la busca de tierras
que no conocen. No verás nada que no haya intentado la
osadía del hombre y serás espectador y también parte prin-

[38] El Océano que rodea la Tierra penetra en ella formando el mar Mediterráneo, el mar Rojo y el Caspio (los antiguos lo creían comunicado con el Océano), y separando así los continentes.

[39] Según Plinio, IX 186 y X 165, las ballenas se hacen guiar por un pez llamado *musculus*, cuya inexistencia no impidió, por supuesto, su descripción minuciosa (cf. Eliano, II 13).

cipal de los aventureros; estudiarás y enseñarás distintas artes, unas para facilitar la vida, otras para hermosearla, otras para regirla. Pero allí habrá mil plagas del cuerpo, del 8
espíritu, y guerras y robos y ponzoñas y naufragios y destemplanza del clima y del cuerpo, y amargas añoranzas de los seres más queridos, y muerte, sin saber si será llevadera o con penas y sufrimientos. Reflexiona y sopesa bien qué quieres: para llegar a lo de antes tienes que pasar por esto». Contestarás que quieres vivir. ¿Y cómo no? Es más, no rechazarás, creo, algo de lo que lamentas que te quiten un poco. Vive, entonces, tal como es conveniente. —Nadie nos consultó—, dices. Respecto a nosotros fueron consultados nuestros padres, quienes, aun sabiendo la condición impuesta a la vida, nos engendraron a ella.

Pero —y así entro ya en los consuelos—, veamos pri- 19
mero qué hay que curar y luego cómo. Al desolado le conmueve la añoranza del que amó. Ésta parece en sí misma tolerable; pues no lloramos a los ausentes o a los que se van a ausentar mientras viven, por más que nos veamos privados, al mismo tiempo que de su vista, de todo trato con ellos. Luego son nuestras ideas las que nos atormentan y cualquier desgracia adquiere la importancia que le hemos atribuido. Tenemos la solución en nuestras manos: pensemos que están ausentes y engañémonos a nosotros mismos; los hemos dejado ir, mejor dicho, los hemos enviado por delante con intención de irles luego detrás.

También le conmueve al desolado esto: «No habrá 2
quien me defienda, quien me vengue de alguna humillación». Por emplear un consuelo muy poco recomendable, pero auténtico: en nuestra tierra la privación de los hijos proporciona más consideración que quita, y a la vejez la soledad, que solía aniquilarla, la eleva a un punto tal de prestigio que algunos llegan a fingir odio a sus hijos y a re-

negar de sus vástagos, a provocar la privación con su propia mano.

3 Sé qué vas a decirme: «No me conmueven mis perjui-
cios; ciertamente no es digno de consuelo quien lleva a mal
que se le haya muerto un hijo como si de un esclavo se tra-
tara, quien se permite ver en su hijo cualquier cosa menos al
hijo mismo». Pues entonces ¿qué te conmueve, Marcia?
¿Que haya muerto tu hijo o que no haya vivido más tiempo?
Si es que haya muerto, debiste estar siempre doliéndote por
4 él: siempre, en efecto, supiste que iba a morir. Piensa que
un difunto no se ve afectado por ninguna desgracia, que lo
que nos hace espantosos los infiernos es leyenda, que a los
muertos no les amenaza ninguna oscuridad ni cárcel ni co-
rrientes que abrasan con su fuego ni el río del Olvido, ni tri-
bunales y condenados, ni más tiranos en esa libertad tan
amplia[40]: estas cosas son bromas de los poetas, que nos han
5 inquietado con espantos infundados. La muerte es la libera-
ción de todos los dolores y el límite más allá del cual no pa-
san nuestras desgracias, la que nos restituye al reposo en
que estábamos antes de nacer. Si alguien se compadece de
los muertos, que se compadezca también de los que no han
nacido. La muerte no es ni un bien ni un mal; en efecto,
puede ser un bien o un mal aquello que es algo; en cambio,
lo que en sí mismo no es nada y todo lo reduce a nada, no
nos abandona a ninguna clase de suerte. Lo malo y lo bue-
no, en efecto, se desarrolla alrededor de alguna materia: la
suerte no puede retener lo que la naturaleza dejó ir, ni puede

[40] Séneca enumera sin nombrarlos algunos de los componentes más característicos de los infiernos clásicos: el Érebo, que es la oscuridad misma, los ríos Flegetonte, de aguas ardientes, y Leteo, que borra los recuerdos al que bebe de las suyas, los jueces infernales Éaco, Minos y Radamanto, los pocos que penan una falta imperdonable, Sísifo, Ixión, Tántalo y las Danaides, y el señor de todo, Plutón.

ser desdichado quien no es nadie. Tu hijo ha traspasado las 6
fronteras dentro de las que sólo hay esclavitud, lo ha acogi-
do una paz profunda y duradera: no le asaltan el miedo a la
pobreza ni la preocupación por las riquezas ni los aguijones
de la lujuria que debilita los ánimos mediante el placer, no
le afecta la envidia de la dicha ajena, no le agobia la que
pudiera provocar la suya; tampoco ningún escándalo hiere
sus castos oídos. No tiene a la vista ninguna calamidad
pública ni particular; despreocupándose del porvenir, no
depende de los acontecimientos, que siempre retribuyen
mayores incertidumbres. Por fin permanece en un lugar del
que nada puede expulsarlo, en que nada puede atemorizarlo.

¡Qué ignorantes de sus propias desgracias aquellos para 20
quienes la muerte no merece ser alabada ni deseada como el
mejor hallazgo de la naturaleza, bien sea que culmina la di-
cha, bien que aleja los quebrantos, bien que pone término al
hastío y al cansancio del anciano, bien que se lleva en flor
una vida juvenil, mientras se esperan cosas aún mejores,
bien que reclama a la infancia antes de otros pasos más de-
cisivos: final para todos, remedio para muchos, deseo para
unos cuantos, por nadie más agradecida que por aquellos a
quienes acude antes de ser invocada! Ella suprime la es- 2
clavitud a despecho del amo, ella alza las cadenas de los
cautivos, ella saca de la cárcel a quienes un poder despótico
había prohibido salir, ella enseña a los desterrados, que tie-
nen siempre el espíritu y los ojos vueltos a su patria, que no
tiene ninguna importancia bajo quiénes uno ha de yacer;
ella, cuando la suerte ha repartido mal los bienes comunes y
a los nacidos con los mismos derechos los pone a unos bajo
el poder de otros, lo iguala todo; después de ella es cuando
nadie hace nada por orden de otro, en ella es en donde nadie
advierte su baja condición; ella es la que no ha dejado de ser
accesible a nadie; ella es, Marcia, la que anheló tu padre;

ella es, digo, la que hace que nacer no sea un tormento, la que hace que no me abata ante las amenazas de los infortunios, que pueda mantener mi espíritu a salvo y dueño de sí:
3 tengo a qué apelar. Aquí veo cruces, no de una clase sola sino fabricadas de distinta manera para cada uno: algunos cuelgan a sus víctimas cabeza abajo, otros hacen pasar un palo por su entrepierna, otros les hacen extender sus brazos en el patíbulo; veo los potros, veo los azotes, aparatos correspondientes a cada miembro, incluso a cada articulación: pero también veo la muerte. Hay aquí enemigos sanguinarios, ciudadanos insolentes: pero también veo la muerte. No es penoso ser esclavo cuando, en caso de estar hastiado de la sumisión, es posible alcanzar la libertad con sólo dar un paso. Te aprecio, vida, gracias a la muerte.

4 Piensa qué ventajas tiene una muerte a tiempo, cuánto perjudicó a muchos el haber vivido demasiado. Si a Gneo Pompeyo[41], honra y sostén del estado, se lo hubiera llevado una enfermedad en Nápoles, habría muerto como jefe incuestionable del pueblo romano. Ahora bien, la adición de un tiempo escaso lo precipitó de su elevada posición. Vio que las legiones eran exterminadas ante sus ojos y que de aquel combate en que el senado formó la primera línea sólo salió con vida (¡qué desventurados supervivientes son éstos!) el general; vio al verdugo egipcio y ofreció a un sirviente su cuerpo, inviolable para sus vencedores: aunque

---

[41] El caso de Pompeyo era ejemplo típico de cuánto puede a uno ahorrarle una muerte a tiempo (cf. CICERÓN, *Tusculanas* I 86, y VELEYO PATÉRCULO, II 48, 2): Pompeyo se habría evitado la derrota definitiva en la batalla de Farsalia (de la que no fue, como exagera Séneca, el único superviviente: cf. CÉSAR, *Guerra civil* III 96, 4), la huida a uña de caballo y velas desplegadas hacia Egipto y la muerte por orden del rey Ptolomeo XIV, ejecutada por su prefecto Aquilas; muerte doblemente humillante para un romano que era además defensor de las libertades del pueblo.

hubiera salido indemne, habría arrastrado el remordimiento por su salvación: ¿qué había, pues, más vergonzoso que vivir Pompeyo por gracia de un rey?

Si Marco Cicerón, en la época en que esquivó las dagas 5
de Catilina que se dirigieron contra él al igual que contra la patria, hubiese muerto tras librar del peligro a la república, como su salvador, si, en suma, se hubiese ido después del funeral de su hija, aún entonces habría podido morir feliz[42]. No habría visto los puñales desenvainados sobre las cabezas de los ciudadanos ni distribuidos entre los asesinos los bienes de los asesinados, de modo que morían a costa suya, ni la subasta que ponía a la venta los despojos de los cónsules, ni los asesinatos contratados a expensas del estado, ni los robos, las guerras, las rapiñas, tanta cantidad de Catilinas.

Si a Marco Catón[43] lo hubiese engullido el mar cuando 6
regresaba de Chipre de gestionar la herencia real, incluso con el dinero mismo que llevaba, soldada para una guerra civil, ¿no le habría estado bien merecido? Sin duda alguna se habría llevado consigo esta verdad: nadie podía atreverse a obrar mal en presencia de Catón; en cambio, la adición de unos poquísimos años obligó a ese hombre, nacido no sólo

---

[42] Cicerón fue cónsul en el 63 a. C., cuando sofocó la conocida conjuración de Lucio Sergio Catilina; la hija de Cicerón, Tulia, murió en el 45 a. C. Si su padre hubiera muerto poco después, no habría sido testigo y víctima de las proscripciones desatadas por el segundo triunvirato, de la proliferación de delatores y sicarios tan sanguinarios como Catilina.

[43] Marco Porcio Catón, llamado de Útica para distinguirlo de su bisabuelo, el Censor. Esta gestión que se le encomendó consistía en realidad en despojar a Ptolomeo XIII Auletes (padre del que mandó matar a Pompeyo) de su posesión de Chipre. Con este fin fue nombrado *quaestor pro praetore* en la isla (58 a. C.), que quedó convertida en provincia romana (cf. Plutarco, *Catón el Joven* 34, 4-38). Más tarde, en la guerra civil tomó partido por Pompeyo y acabó su vida suicidándose en Útica (45 a. C.).

para defender su libertad sino también la del pueblo, a huir de César y seguir los pasos de Pompeyo.

Luego a tu hijo no le ha reportado ningún mal su muerte prematura: le ha evitado incluso el padecimiento de todos los males.

21 —Sin embargo, murió demasiado pronto y a destiempo—. En primer lugar, supón que le hubiera quedado más: calcula cuánto es el máximo que puede perdurar un hombre. ¿Cuánto es? Engendrados para un tiempo cortísimo, obligados a ceder rápidamente la plaza al siguiente, contemplamos este albergue provisional. Estoy hablando de nuestras vidas, que es cosa sabida que se desarrollan a increíble velocidad. Cuenta los siglos de las ciudades: verás qué poco tiempo llevan alzadas incluso las que se envanecen de su antigüedad. Todo lo humano es fugaz y perecedero, ocupante de
2 una ínfima porción del tiempo sin fin. Esta tierra con sus ciudades y países, sus ríos y el cerco del mar[44], la consideramos como un punto si la comparamos con el universo: nuestra vida ocupa menos espacio que un punto si se confronta con todo el tiempo, cuya dimensión es mayor que la del mundo, en vista de que éste se mide repetidas veces dentro del espacio de aquél. ¿Qué importa entonces prolongar algo cuyo aumento, sea del tamaño que sea, no distará mucho de nada? Únicamente de una forma es mucho lo que
3 vivimos: si es suficiente. Ya puedes citarme varones longevos y de ancianidad transmitida en la tradición, y echarme la cuenta de los ciento diez años de cada uno: cuando pongas tu atención en todo el tiempo se quedará en nada la diferencia entre la vida más corta y la más prolongada, si consideras cuánto vivió uno cualquiera y lo comparas con cuánto
4 dejó de vivir. Por ende, tu hijo murió en su sazón; vivió, en

[44] Cf. n. 38.

efecto, cuanto debía vivir, no le quedaba ya nada más. No es para los hombres única la vejez, como tampoco para los animales: a algunos los agota en catorce años y para ellos es una edad avanzadísima ésta que para el hombre sería la primera. A cada uno se le ha otorgado una distinta capacidad para vivir. Nadie muere demasiado pronto, porque no
iba a vivir más de lo que vivió. Para cada uno hay marcada 5
una linde: siempre permanecerá donde fue colocada y no la moverán más adelante ni el empeño ni el favor. Tómalo así: tú perdiste a tu hijo según lo que estaba previsto; tuvo lo suyo y

alcanzó la meta del tiempo otorgado[45].

Así pues, no hay razón para que te apesadumbres di- 6
ciéndote: «Pudo vivir más». Su vida no quedó truncada, ni el azar se ha entremetido nunca con los años. Se entrega lo que se prometió a cada uno: los hados andan su camino y no añaden nada ni quitan a lo prometido una vez. Inútiles son los deseos y los afanes: cada cual tendrá lo que su primer día le asignó. Desde aquél en que vio la luz por vez primera, emprendió el viaje hacia la muerte y se acercó más a su destino, y los mismos días que se añadían a su adolescencia
se restaban a su vida. Todos nos movemos en este error de 7
no creer, si no es cuando somos ancianos y caducos, que nos dirigimos ya hacia la muerte, cuando lo cierto es que nos llevan a ella la infancia y la juventud, cualquier edad. Los hados realizan su tarea: nos privan de la conciencia de nuestra muerte y ésta, para sorprendernos con más facilidad, se esconde bajo el nombre mismo de la vida; la niñez se lleva la infancia, la pubertad la niñez y el viejo hace desapare-

[45] Parte de otro verso de VIRGILIO (*Eneida* X 472).

cer al joven que fue. Los progresos mismos, si los contabilizas bien, son pérdidas.

22 Te quejas, Marcia, de que tu hijo no haya vivido tanto como habría podido. ¿Y cómo sabes si le hubiera convenido vivir más o si con su muerte se buscó su bien? ¿Puedes hoy en día encontrar a alguien cuyos asuntos estén tan bien establecidos y afianzados que no deba temer nada mientras transcurre el tiempo? Los bienes humanos se tambalean y desaparecen, y no hay en nuestra vida una época tan expuesta y delicada como la que más nos gusta y por esto la muerte es de desear incluso para los más dichosos, porque en tan gran mudanza y confusión de todo nada hay seguro si no es lo que ya
2 ha pasado. ¿Quién te garantiza que el cuerpo de tu hijo, espléndido y mantenido con la mayor observancia del pudor en medio de las miradas de esta disoluta ciudad, hubiera podido evitar tantas enfermedades hasta el punto de hacer llegar intacto a su vejez el esplendor de su hermosura? Piensa en las mil taras del espíritu: tampoco las personas de temperamento recto han conservado hasta su vejez las esperanzas que sobre ellas habían hecho concebir en su adolescencia, sino que, por lo general, se han malogrado: o bien una lujuria tardía y por ello más repugnante les ha atacado y se ha puesto a mancillar unos espléndidos comienzos, o bien se han entregado por entero a la taberna y al estómago y su mayor preocupación ha
3 sido qué van a comer, qué van a beber. Añade los incendios, los derrumbamientos, los naufragios y las incisiones de los médicos, que les examinan los huesos a personas vivas e introducen toda la mano en sus entrañas y curan con un dolor fuera de lo común sus partes pudendas; y después de esto, el destierro —tu hijo no fue más inocente que Rutilio[46]—, la

[46] Publio Rutilio Rufo, condenado al exilio por las presiones de los recaudadores de impuestos cuyos manejos había denunciado y que a su vez

cárcel —no fue más sabio que Sócrates—, el pecho traspasado por una herida voluntaria —no fue más virtuoso que Catón—. Cuando hayas examinado bien todo esto, te darás cuenta de que se les da un trato inmejorable a aquellos a quienes la naturaleza, puesto que tenían pendiente este pago a la vida, puso rápidamente a buen recaudo. Nada hay tan engañoso como la vida del hombre, nada tan traicionero: nadie, por Hércules, la hubiera aceptado si no fuera que se otorga a quienes la desconocen. Así pues, si la dicha mayor es no nacer, la más parecida, creo yo, es ser devueltos rápidamente a nuestro primitivo estado tras cumplir con una vida corta.

Acuérdate de aquella época penosísima para ti, en que 4
Sejano entregó a tu padre a su cliente Satrio Segundo, como regalo[47]. Estaba irritado contra él por tal o cual palabra dicha con excesiva franqueza, ya que no había podido soportar sin decir nada que Sejano no sólo fuera impuesto sobre nuestras cabezas, sino que se subiera él. Le decretaban una estatua que habría que erigir en el teatro de Pompeyo, que César estaba reconstruyendo tras el incendio que lo había devastado; Cordo exclamó que entonces sí que desaparecía de verdad el teatro. ¿Pues qué? ¿No le iba a hacer estallar 5
que Sejano se alzara sobre las cenizas de Gneo Pompeyo[48] y que un soldado desleal quedara inmortalizado en el monumento del más grande general? Se suscribe la acusación y los perros rabiosos que Sejano, para tenerlos dóciles sólo con él y feroces con todos, alimentaba con sangre humana,

---

le acusaron del mismo delito que él les imputaba. No quiso regresar a Roma, pese a que Sila se lo solicitó.

[47] Tácito menciona un segundo cliente, Pinario Nata (*Anales* IV 34).

[48] No se trata de otro error de Séneca (Pompeyo, ya se ha dicho, fue muerto en Egipto y enterrado allí), sino de un empleo figurado de «cenizas» por «recuerdo».

empiezan a ladrar alrededor del hombre y a amenazarle con sus acometidas.

6 ¿Qué podía hacer? Si quería vivir, debía suplicar a Sejano, si morir, a su hija, ambos inflexibles: decidió engañar a la hija. Así pues, tras tomar un baño para perder más fuerzas, se metió en su habitación como si fuera a comer y luego que hizo salir a los esclavos, tiró algunos restos por la ventana, para aparentar que había comido; después se abstuvo de cenar, como si ya hubiese comido bastante en su habitación. Lo mismo hizo también al segundo día y al tercero; el cuarto lo acusaba por la debilidad misma de su cuerpo. Así que, abrazándote, te dijo: «Hija queridísima, en toda mi vida sólo te he ocultado esto: he emprendido el camino de la muerte y casi lo tengo medio recorrido ya: ni debes ni puedes hacerme volver». Y así mandó impedir del
7 todo el paso a la luz y se recluyó en las tinieblas. Al conocerse su decisión, era motivo de satisfacción general que la presa se quitara de las fauces de esos lobos voraces. Sus acusadores, instigados por Sejano, acuden al tribunal de los cónsules, se quejan de que Cordo se moría para que ellos tuvieran que interrumpir lo que habían empezado: hasta tal punto les parecía que Cordo se les iba de las manos. Una importante cuestión estaba en debate: si iban a perder ⟨el derecho⟩ a la muerte del acusado; mientras se discute, mientras los acusadores comparecen de nuevo, él ya había sentenciado a su favor. ¿No ves, Marcia, qué tremendas vicisitudes nos acometen de improviso en épocas de iniquidad? ¿Lloras porque a uno de los tuyos le fue preciso morir? ¡Si por poco no le fue posible!

23 Además de que todo lo por venir es incierto y sólo un poco más cierto para lo peor, el viaje hasta los dioses es comodísimo para los espíritus que se han alejado pronto del trato con los hombres: en efecto, arrastran el mínimo de es-

coria y de lastre. Liberados antes de haberse endurecido e
impregnado a fondo de los defectos terrenales, vuelan más
ligeros de regreso a su origen y con mayor facilidad se des-
prenden de lo que tengan gastado y raído. Y nunca a los 2
grandes temperamentos les es grato demorarse en el cuerpo:
porfían por salir y precipitarse fuera, soportan penosamente
estas estrecheces, pues están habituados a deambular por
encima de todo y a despreciar desde su altura los asuntos
humanos. De ahí lo que proclama Platón: el espíritu del sa-
bio está totalmente inclinado a la muerte: esto quiere, esto
medita, por este anhelo se ve arrastrado constantemente,
pues tiende al más allá[49].

¿Y entonces? Tú, Marcia, cuando veías en ese joven una 3
cordura propia de un anciano, un espíritu vencedor de toda
clase de placeres, irreprochable, carente de vicios, que ape-
tecía riquezas sin codicia, cargos sin ambición y placeres
sin desenfreno, ¿creías que podía corresponderte mucho
tiempo sano y salvo? Todo lo que ha alcanzado su culmi-
nación está cerca de su fin: la virtud perfecta se aparta y se
sustrae a las miradas, y no esperan al último instante las co-
sas que llegaron a su sazón en los comienzos. El fuego, 4
cuanto más resplandeciente brilla, más pronto se apaga; es
más duradero el que se ha iniciado en una materia inactiva y
poco adecuada, y produce, envuelto en humo, una llama
mezquina, pues le estorba la misma causa que avariciosa-
mente lo alimenta. Así los ingenios, cuanto más brillantes,
más fugaces son; pues cuando no hay lugar para el progre-
so, está próxima la decadencia. Fabiano[50] refiere un suceso 5

---

[49] Concepto reiterado en el diálogo *Fedón* (64a y 67d).

[50] Papirio Fabiano, filósofo y declamador en la primera mitad del s. I d. C., admirado por sus descripciones y *sententiae* (cf. Séneca el Viejo, *Controversias* II pref., 1-3), y maestro de Séneca, que lo cita repetidas veces en sus epístolas (11, 4; 49, 12; 52, 11; etc.).

que alcanzaron a ver nuestros padres: hubo un niño en Roma de estatura propia de un hombre enorme, pero murió pronto y toda persona sensata predijo que moriría en poco tiempo; no podía, en efecto, alcanzar la edad que ya había anticipado. Así es: la madurez excesiva es señal de ruina inminente: el final se acerca cuando los progresos han concluido.

24 Empieza a valorar a tu hijo por sus cualidades, no por sus años: vivió el tiempo suficiente. Huérfano bien pronto, estuvo hasta los catorce años al cargo de sus tutores, siempre bajo la tutela de su madre. Aunque tenía sus propios penates[51] no quiso abandonar los tuyos y prolongó la convivencia con su madre, cuando los hijos a duras penas la toleran con el padre. Él, un joven nacido para el campamento por su talla, su buena planta y su notable fuerza física, re-
2 chazó la carrera militar para no separarse de ti. Calcula, Marcia, qué pocas veces ven a sus hijos las que viven en casas distintas; piensa que para las madres todos los años que tienen a sus hijos en el ejército son desperdiciados y se pasan con ansiedad: te darás cuenta de que fue muy amplio este tiempo del que tú nada perdiste. Nunca se alejó de tu vista: bajo tu mirada realizó los estudios adecuados a su talento sobresaliente y capaz de emular a su abuelo si no se lo hubiera impedido la modestia, que hunde en el silencio los
3 progresos de tantos. Él, un joven de singular belleza en medio de tan enorme tropel de mujeres seductoras de hombres, no se prestó a los planes de ninguna y, cuando la desvergüenza de algunas llegó hasta la provocación, se avergonzó como si fuera él el culpable por haberles gustado. Con esta integridad moral consiguió, aún muchacho, ser

[51] Dioses domésticos similares a los lares; su nombre, como el de éstos, se utiliza en metonimia con el significado de «hogar, casa, familia».

considerado digno del sacerdocio, contando, claro está, con el apoyo de su madre; pero ni siquiera una madre habría valido si no fuera en favor de un buen candidato. Contem- 4
plando sus cualidades, lleva a tu hijo como en tu regazo. Ahora él está más libre para ti, ahora no tiene nada que lo reclame: nunca será para ti motivo de ansiedad, nunca de aflicción. Lo único que en un hijo tan bueno podías lamentar[52], lo has lamentado ya; el resto está libre de infortunios y lleno de satisfacciones, sólo con que sepas disfrutar de tu hijo, sólo con que comprendas qué ha habido más valioso en él.

De tu hijo nada más ha desaparecido una sombra y una 5
imagen no muy fiel; en cambio, él mismo es ahora eterno y de mejor condición, pues ha sido despojado de las cargas extrañas a él y dejado a sí mismo. Esto que ves que nos envuelve, huesos, nervios y piel por encima, y el rostro y las útiles manos y lo demás que nos recubre, son ataduras y tinieblas para el espíritu, lo aplastan, lo ahogan, lo emponzoñan, lo desvían de la verdad tan propia de él, precipitándolo a la mentira. Para él toda su lucha es contra esta pesada carne, para no dejarse arrastrar y quedar encallado; porfía por llegar al lugar de donde bajó. Allí le aguarda un eterno reposo, viendo las cosas sencillas y diáfanas, en vez de revueltas y oscuras.

Por consiguiente, no hay razón para que corras a la tum- 25
ba de tu hijo: allí está lo peor de él y lo que más le estorbaba, huesos y cenizas, partes suyas no más que los vestidos y otras coberturas del cuerpo. Él ha escapado íntegro, sin dejar en la tierra nada de sí mismo, y todo él se ha ido; se ha detenido un instante por encima de nosotros mientras se limpia y sacude los defectos que llevaba adheridos, y toda la

---

52 La pena que involuntariamente le ha causado con su muerte.

suciedad de su vida mortal, se ha elevado luego a las alturas
2 y ahora corre entre los espíritus bienaventurados. Lo ha acogido la asamblea honorable de los Escipiones y Catones y, entre los menospreciadores de la vida y libres gracias a la muerte, tu padre, Marcia. Él toma a su cargo al nieto (aunque allí todos son parientes), que goza de una luz nueva, y le enseña los cursos de los cercanos astros; conocedor de todo no por suposiciones sino por realidades, le inicia de buen grado en los misterios de la naturaleza y, tal como el forastero agradece al que le guía en ciudades desconocidas, así tu hijo a su intérprete y además pariente, cuando le pregunta por las causas de los fenómenos celestes. Él le ⟨recomienda⟩ dirigir su mirada hasta las profundidades de la tierra: es grato, en efecto, contemplar desde lo alto lo que se
3 ha dejado atrás. Por tanto, Marcia, compórtate como expuesta que estás a las miradas de tu padre y de tu hijo, no los que conociste, sino mucho más sublimes y en lo más alto situados. Avergüénzate de ⟨pensar⟩ nada vil o banal, y de llorar a los tuyos, cuando han cambiado a mejor. ⟨Adueñándose⟩ de la eternidad, se han dispersado por los espacios libres y amplios: no los aíslan los mares interpuestos, ni la altura de las montañas o los valles infranqueables o los bajíos de las Sirtes traicioneras[53]: todo lo recorren a pie llano, ágiles, sin esfuerzo y ligeros, pasando unos a través de otros y mezclados con los astros.

26 Así pues, supón que desde esa ciudadela celeste tu padre, Marcia, que tenía tanta autoridad sobre ti como tú sobre tu hijo, te dice, no con la inspiración con que deploró las guerras civiles, con que para siempre proscribió él a los au-

---

[53] Los escollos por antonomasia, situados en la costa entre Cartago y Cirene: la Gran Sirte al este y la Pequeña Sirte al oeste, actualmente conocidas como los golfos de Sidra y de Gabes.

tores de las proscripciones, sino con una tanto más elevada
cuanto más excelso es él mismo: «¿Por qué, hija mía, te po- 2
see una angustia tan prolongada? ¿Por qué vives en una ig-
norancia de la verdad tan enorme que consideras que se ha
obrado injustamente con tu hijo porque se ha retirado, de-
jando intacta la situación familiar, al lado de sus antepasa-
dos, también él intacto? ¿No sabes con qué violentos tem-
porales lo deshace todo la suerte, cómo a nadie se le ha
ofrecido favorable y benévola sino a quienes han tenido con
ella el menor trato posible? ¿Te tendré que nombrar a los
reyes que hubieran sido sobremanera dichosos si la muerte
los hubiera sustraído a tiempo a las desgracias que les ame-
nazaban, o a los generales romanos cuya grandeza no dis-
minuirá nada si acortas algo su vida, o a los muy insignes y
célebres varones que se hicieron fuertes sólo para acabar
ofreciendo el cuello al golpe de la espada de algún soldado?
Fíjate en tu padre y en tu abuelo: éste quedó a merced de un 3
homicida otro que él; yo a nadie permití hacer nada conmi-
go y privándome del alimento demostré que había escrito
mis obras con la grandeza de ánimo con que vivía. ¿Por qué
en nuestra familia se llora tantísimo tiempo a quien muere
con tantísima dicha? Nos reunimos todos y, como en abso-
luto nos rodea una noche profunda, vemos que no hay entre
vosotros nada deseable, según creéis, nada excelso, nada
deslumbrante, sino que todo es despreciable, pesado, an-
gustioso, y apenas capta una ínfima porción de nuestra luz.
¿A qué decir que aquí las armas no enloquecen en ataques 4
recíprocos ni las flotas aniquilan a las flotas, ni se urden o
se plantean parricidios, ni los foros retumban con las quere-
llas todo el día sin cesar, que nada hay incierto, sino unas
intenciones manifiestas, unos sentimientos francos, una vida
en público y ante todos, una visión de todo el tiempo pasado
y de los venideros? Antes disfrutaba yo poniendo por escrito 5

los sucesos de un solo siglo, ocurridos en el último rincón del
mundo y entre poquísima gente: ahora me es posible ver tantos
siglos, el encadenamiento y la sucesión de tantas edades, todos
los años que han sido; me es posible ver con antelación los rei-
nos que van a surgir, los que van a hundirse, los derrumbamien-
6 tos de grandes ciudades y los nuevos recorridos del mar. Pues
—si es que el destino de todos puede serte consuelo de tu nos-
talgia— nada permanecerá donde está ahora, todo lo derribará y
llevará consigo la vejez. Y no jugará sólo con los hombres (¿qué
es pues esta pequeña porción para el poder de la suerte?), sino
con los lugares, las comarcas y los continentes. Arrasará monta-
ñas enteras y en otra parte empujará a lo alto nuevos riscos; rese-
cará los mares, desviará los ríos y, una vez que rompa las co-
municaciones entre los pueblos, deshará la sociedad y la unión
del género humano; en otra parte hará desaparecer ciudades por
unas grietas inmensas, las sacudirá con terremotos, y enviará
desde las profundidades emanaciones nauseabundas y cubrirá de
inundaciones todo el mundo habitado y matará a todos los seres
vivos cuando la tierra quede sumergida, y con inmensos incen-
dios abrasará y quemará todo lo perecedero. Y cuando llegue el
tiempo en que el mundo se extinga para renovarse, todo se ex-
terminará con sus propias fuerzas, los astros chocarán con los
astros y, cuando toda la materia esté en llamas, todo lo que ahora
7 brilla en buen orden arderá en un solo fuego. También nosotros,
espíritus dichosos y agraciados con la eternidad, cuando le pa-
rezca bien a la divinidad reconstruir todo esto, durante el de-
rrumbamiento universal, como una porción minúscula añadida a
la desmesurada catástrofe, nos convertiremos en los elementos
primeros»[54].

¡Dichoso tu hijo, Marcia, que ya sabe esto!

[54] Ha concluido la grandiosa exposición de un concepto de la más estricta ortodoxia estoica: el mundo se renueva periódicamente mediante cataclismos universales.

CONSOLACIÓN A SU MADRE HELVIA

A menudo, madre excelente, he sentido el impulso de 1
consolarte, a menudo lo he reprimido. Muchas razones me inducían a atreverme: en primer lugar, me parecía que podría librarme del peso de todas mis contrariedades cuando, aunque no hubiera podido contener tus lágrimas, las hubiera al menos, entre tanto, enjugado; después, no dudaba que tendría más autoridad a la hora de animarte si antes me hubiera rehecho yo; además, temía que un golpe de suerte superado por mí superara a alguno de los míos. Así pues, como podía, intentaba arrastrarme, tapándome la desgarradura
con la mano, para vendar vuestras heridas. En cambio, ha- 2
bía otras para retrasar mi proyecto: sabía que no debía enfrentar tu dolor mientras se desencadenara con su primera violencia, no fuera a ser que los propios consuelos lo avivaran y encendieran, pues también en la enfermedad no hay nada más perjudicial que un medicamento intempestivo; estaba por tanto a la espera de que quebrantara él mismo sus fuerzas y, una vez que el paso del tiempo lo hubiera aplacado para poder resistir los remedios, consintiera en ser palpado y sometido a tratamiento. Además, cuando ojeaba todos los tratados de los más esclarecidos ingenios, escritos con el

propósito de mitigar y moderar los duelos, no encontraba
ejemplo de uno que hubiera consolado a los suyos cuando él
mismo era llorado por ellos; estaba así dudoso ante esta si-
tuación insólita y me daba miedo de que resultara no una
3 consolación sino una inflamación. ¿Y cómo no, si hacían
falta palabras nunca dichas y no sacadas de las exhortacio-
nes normales y corrientes, para un hombre que, por consolar
a los suyos, alzaba la cabeza de su propia pira? Al contrario,
es inevitable que la intensidad de todo dolor que sobrepasa
el límite impida la elección de las palabras, puesto que a
4 menudo priva incluso de la propia habla. Como pueda, lo
intentaré, no por confianza en mi talento, sino porque puedo
ser una suerte de consuelo eficacísimo yo mismo, el que
ahora consuela. A quien no le negarías nada, seguramente
no le irás a negar ahora, espero, por más que toda aflicción
sea persistente, tu consentimiento a que se fije por mi parte
un límite a tu añoranza.

2 Advierte qué grandes esperanzas me he hecho de tu
complacencia: no dudo que voy a tener sobre ti más domi-
nio que tu dolor, que es lo que tiene mayor dominio sobre
los desdichados. Así pues, para no enfrentarme enseguida
con él, previamente lo secundaré y lanzaré sobre él materia
que lo avive: todo lo extraeré y volveré a abrir lo que ya
2 está cicatrizado. Alguien dirá: «¿Qué manera de consolar es
ésta, revivir desgracias ya borradas y poner al espíritu ante
la visión de todas sus tribulaciones, cuando apenas soporta
la de una sola?». Pues piense ése que todo lo que es maligno
hasta el punto de recrudecerse contra los remedios las más
de las veces se cura con otros contrarios. Así pues, le aplica-
ré todos los duelos, todos sus dolores: esto va a ser no me-
dicar con miramientos, sino cauterizar y amputar. ¿Qué voy
a conseguir? Que un espíritu vencedor de tantas desdichas
se avergüence de aguantar mal un solo golpe en un cuerpo

tan marcado de cicatrices[1]. Así pues, que lloren largo tiem- 3
po y giman aquellos cuyos corazones melindrosos ha enervado una prolongada prosperidad y que se derrumban por la sacudida de los más ligeros contratiempos; aquellos, en cambio, cuyos años han transcurrido enteramente en medio de quebrantos, que soporten también lo más penoso con firme e inquebrantable serenidad. Una única ventaja tiene la desventura constante: a los que atormenta siempre, al final los acaba curtiendo.

La suerte no te concedió ningún momento libre de los 4
más penosos duelos, ni siquiera exceptuó el día de tu nacimiento: perdiste a tu madre en cuanto naciste, mejor dicho, mientras nacías, y fuiste en cierto modo abandonada a la vida. Creciste con una madrastra, a la que de cierto obligaste a convertirse en madre con toda la obediencia y el afecto como se pueden hallar en una hija; de todos modos, a nadie le ha dejado de salir cara una madrastra, incluso bondadosa.

A un tío materno[2], el hombre más cariñoso, excelente y valeroso, lo perdiste cuando aguardabas su llegada; y, para que la suerte no mitigara su saña con dilaciones, a los treinta días enterraste a tu queridísimo esposo[3], del que eras

[1] Es el tratamiento enérgico propugnado por los estoicos para curar los males del espíritu, un método viril opuesto al blando y complaciente de las demás escuelas (cf. *Sobre la constancia del sabio* 1, 1), que Séneca ya ha justificado en *Marcia* 1, 5-8, también por medio de unas comparaciones y un léxico referidos a la medicina.

[2] Desconocido, pues no se trata del que menciona más tarde (19, 4): éste murió en el año 31 d. C. (cf. n. 65); el primero, un mes antes que el padre de Séneca, según dice, que murió en el 39 d. C.

[3] Lucio Anneo Séneca (c. 55 a. C.-39 d. C.), a veces inadecuadamente conocido como «el Rétor», porque reunió sus vastos y curiosos recuerdos de los ejercicios escolares de declamación en dos obras para el uso de sus hijos, que así se lo habían solicitado; fueron éstos tres: Lucio Anneo Nova-

madre de tres hijos. Estando de luto te notificaron este luto, con todos tus hijos ausentes, además, como si tus desgracias se hubieran acumulado adrede para esa ocasión, a fin de que no hubiera donde pudiera recostarse tu dolor. Paso por alto tantos peligros, tantos temores que soportaste cuando sin pausa arremetían contra ti; hace bien poco, en el mismo seno del que habías hecho salir a tres nietos acogiste los restos de tres nietos[4]. A los veinte días de haber enterrado tú a mi hijo[5], muerto entre tus brazos y tus caricias, te enteraste de que te había sido arrebatado yo. Esto te faltaba aún, llevar luto por los vivos.

3 Este último golpe, lo reconozco, es el más duro de
cuantos alguna vez se han abatido sobre tu cuerpo: no ha
desgarrado superficialmente la piel, ha atravesado el pecho
y las entrañas mismas. Pero, al igual que los bisoños leve-
mente heridos gritan sin embargo y sienten más horror de
las manos de los médicos que de la espada, y en cambio los
veteranos, aun traspasados de lado a lado, permiten pacien-
temente y sin gemidos que les limpien las heridas como si
no se tratara de sus cuerpos, así debes tú ahora prestarte va-
2 lerosamente al tratamiento. Los lamentos, los gritos y demás
con que habitualmente se alborota el dolor de las mujeres,
recházalos de plano: has desaprovechado, en efecto, tus
numerosas desgracias si aún no has aprendido a ser desdi-

to (más tarde, L. Junio Galión, porque fue adoptado por el rétor de este nombre), L. Anneo Séneca y L. Anneo Mela (padre de Lucano).

[4] No sabemos ni sus nombres ni sus padres; uno de los tres podría ser el hijo de Séneca del que habla luego.

[5] Séneca se refiere con cierta indiferencia a este hijo suyo; quizá había extendido a él el desapego que tenía a su primera mujer, sobre la que guarda en sus obras un silencio casi absoluto: sólo alude a ella una vez y despectivamente (*Sobre la ira* III 36, 3), siendo así que esta consolación le daba pie para mencionarla, ya estuviera viva o muerta.

chada. ¿No te parece que te he tratado sin remilgos? Nada te he ocultado de tus desgracias, sino que las he puesto todas amontonadas ante ti.

Lo he hecho con un propósito ambicioso: he decidido, 4
en efecto, derrotar tu dolor, no confinarlo. Y lo derrotaré, creo, si en primer lugar te hago ver que no padezco nada por lo que pueda ser llamado yo desdichado, y menos aún por lo que haga desdichados también a los que me tocan de cerca; y segundo, si paso a tu caso y te demuestro que en absoluto es penosa tu suerte, que depende completamente de la mía[6].

Empezaré lo primero por esto que tu amor está impa- 2
ciente por oír: no me ocurre nada malo. Si puedo, te haré evidente que las circunstancias mismas que piensas que me agobian no son insoportables; y si esto es imposible de creer, al menos yo estaré satisfecho conmigo mismo, puesto que seré feliz en unas circunstancias que suelen hacer desdichados a los demás. No hay razón para que te fíes de otros 3
en lo que a mí toca: yo mismo, para que no te veas inquietada en absoluto por suposiciones infundadas, te aclaro que no soy desdichado. Añadiré, para que estés más segura, que ni siquiera puedo llegar a ser desdichado.

Hemos sido engendrados en condiciones favorables 5
mientras no nos apartemos de ellas. La naturaleza ha hecho que para vivir bien no haya necesidad de grandes preparativos: cada cual puede hacerse feliz a sí mismo. La importancia de las circunstancias externas es poca y tal que no tiene gran influencia en ninguno de los dos sentidos: ni las favorables encumbran al sabio ni las adversas lo abaten. En

---

[6] Por una vez el autor anuncia el plan de una obra y lo cumple luego, sin dejarse llevar, como suele, por el desorden que surge del desarrollo irregular de los aspectos distintos de un tema; *Helvia* es su obra mejor estructurada y compuesta, si no la única.

efecto, siempre se ha esforzado por depender lo más posible de sí mismo, por esperar de sí mismo todas las satisfaccio-
2 nes. ¿Qué, pues? ¿Estoy diciendo que soy un sabio? En absoluto; pues si realmente pudiera afirmarlo, no sólo negaría ser un desdichado, sino que proclamaría que soy el más afortunado de todos y que he sido trasladado a la vecindad con el dios. En realidad, cosa que es bastante para mitigar todos los pesares, me he puesto en manos de los sabios y, no estando aún repuesto para socorrerme a mí mismo, me he refugiado en campamento ajeno, esto es, el de los que sin
3 dificultad se defienden a sí mismos y a los suyos[7]. Ellos me han aconsejado estar constantemente en pie, como haciendo de centinela, y avistar todas las intentonas de la suerte, todos los ataques, mucho antes de que arremetan. Es penosa para quienes es imprevista; fácilmente la resiste quien siempre la aguarda. Pues también la llegada del enemigo arrolla a los que ha cogido desprevenidos; en cambio, quienes se han preparado antes de la guerra para la guerra venidera, bien dispuestos y aprestados, aguantan fácilmente la primera embestida, que es la más violenta.

4 Nunca me fié yo de la suerte, incluso cuando parecía proponerme la paz. Todas las cosas que iba acumulando tan bondadosamente sobre mí, dinero, cargos, influencia, las puse en un lugar del que pudiera ella recuperarlas sin molestarme a mí. Mantuve una gran distancia entre ellas y yo; por lo tanto, me las ha quitado, no arrancado. A nadie ha aplastado la suerte adversa sino al que engañó mostrándosele fa-
5 vorable. Los que se han encariñado con los regalos de ella como suyos para siempre, los que por ellos han querido ser

[7] El primer estoicismo es radical al clasificar a los hombres: o sabios o necios. Séneca propone una categoría intermedia, la de los que no siendo sabios tampoco son necios, pues se dejan guiar por los primeros: los llamados *proficientes*.

admirados, quedan postrados y afligidos cuando los engañosos y tornadizos deleites dejan plantados a sus espíritus frívolos e infantiles, por completo desconocedores del placer estable; en cambio, el que no se ha inflado en circunstancias prósperas tampoco se encoge cuando cambian. Frente a ambas situaciones mantiene incólume su espíritu, de entereza ya puesta a prueba, pues en la ventura misma ha
aprendido qué poder tenía contra la desventura. Así pues, yo 6
consideré siempre que en aquellas cosas que todos desean no hay ningún verdadero bien, las hallé entonces hueras y maquilladas con afeites aparentes y engañosos, sin tener en su interior nada que correspondiera a su aspecto; ahora, en las que llaman desgracias no hallo nada tan terrible y riguroso como presagiaba la opinión de la gente. La palabra misma, sin duda, en virtud de una cierta convicción y acuerdo ya suena a nuestros oídos bastante desagradable y al oírla nos golpea como algo funesto y abominable: así lo dictamina el pueblo, pero las sentencias del pueblo en gran parte las derogan los sabios.

Dejando a un lado, entonces, el juicio de la mayoría, a la 6
que arrastra la apariencia externa de las cosas, como quiera que la consideren, veamos qué es el destierro. Por supuesto, un cambio de lugar. Que no parezca que le resto importancia y escamoteo lo que contiene de malo: a este cambio de lugar le sigue una serie de contrariedades: la pobreza, la deshonra, el menosprecio. Contra éstas argumentaré más tarde; por el momento quiero considerar primero qué amarguras aporta el cambio de lugar en sí mismo.

—Estar lejos de la patria es intolerable—. Pues bien, 2
contempla esta aglomeración para la que apenas bastan las casas de una ciudad inmensa: la mayor parte de esa muchedumbre está lejos de su patria. Han acudido en masa desde sus municipios y colonias, del orbe entero, en suma. A unos

los ha empujado la ambición, a otros las exigencias de una
misión oficial, a otros la encomienda de alguna embajada, a
otros el desenfreno, que busca un lugar conveniente y co-
pioso en vicios, a otros la afición a los estudios liberales, a
otros los espectáculos; a algunos los ha atraído la amistad, a
otros el ingenio, que encontró amplio campo para mostrar
sus cualidades; algunos han traído una belleza en venta,
3 otros una elocuencia en venta. Ninguna clase de hombres
deja de acudir a una ciudad que concede gran valor tanto
a sus virtudes como a sus vicios. Haz llamar a todos ésos
por su nombre y pregunta de qué tierra es cada uno: verás
que son mayoría los que, tras abandonar su país, han venido
a la ciudad más grande y hermosa, ciertamente, pero no su-
4 ya. Después márchate de esta urbe que casi puede decirse
perteneciente a todos, recorre todas las ciudades: ninguna
deja de tener una gran proporción de gente forastera. No te
detengas en aquellas cuya amena situación y favorable en-
torno seducen a los demás; examina los parajes desiertos y
las islas inhóspitas, Escíato y Serifo, Gíaro y Cosura[8]: no
hallarás ningún destierro en el que no viva alguien por pro-
5 pio deseo. ¿Qué se puede hallar tan desnudo, tan escarpado
por todas partes como esta roca? ¿Qué más yermo en cuanto
a los recursos? ¿Qué más agreste en cuanto a los hombres?
¿Qué más horrible en cuanto a la situación misma? ¿Qué
más extremado en cuanto al clima?[9]. Y sin embargo hay
aquí más forasteros que naturales del país. Luego el cambio

---

8 Lugares tradicionales de destierro, estos islotes, más que islas, se hallan en el mar Egeo los tres primeros, y entre Sicilia y Túnez el último, llamado Pantelaria actualmente.

9 Arrastrado por la corriente de las preguntas retóricas en su afán de remachar el argumento, Séneca deja traslucir lo que realmente piensa de Córcega; su descripción recuerda la que hace Ovidio de Tomos, cf. J. J. Gahan, «Seneca, Ovide and exile», *Class. World* 58 (1985), 145-147.

de lugares no es en sí penoso, hasta el punto de que incluso
este lugar ha separado a algunos de su patria. Encuentro 6
autores que afirman que hay en nuestro espíritu un cierto
prurito natural por cambiar la residencia y trasladar el do-
micilio; en efecto, al hombre le ha sido dada una mente vi-
vaz e incansable: en ningún lado se detiene, se dispersa y
desparrama sus pensamientos sobre todo lo conocido y lo
desconocido, errática, renuente al descanso y satisfecha con
las novedades. De lo cual no te extrañarás si tienes en 7
cuenta su origen primero: no está formada de una sustancia
terrena y pesada, proviene del espíritu celeste; ahora bien, la
naturaleza de los fenómenos celestes siempre está en mo-
vimiento, huye y se precipita en velocísima carrera. Con-
templa los astros que iluminan el firmamento: ninguno de
ellos está inmóvil. ⟨El sol⟩ se desliza constantemente y
cambia un lugar por otro y, aunque gira junto con el univer-
so, se mueve no obstante en dirección contraria al propio
firmamento[10], discurre por todas las partes de los signos,
nunca se para: son permanentes su avance y su andar de acá
para allá. Todos están siempre girando y trasladándose tal 8
como dispusieron la ley y la exigencia de la naturaleza, se
dirigen de acá para allá; cuando hayan completado sus órbi-
tas durante un determinado número de años se irán de nue-
vo por donde habían venido. Ve ahora tú y piensa que el
espíritu humano, formado con los mismos elementos de que
está constituido lo divino, lleva a mal el traslado y la mu-
danza, siendo así que la naturaleza divina se complace o
incluso se sustenta en un cambio constante y apresurado.

Pues bien, pasa ahora de lo celeste a lo humano: verás 7
que pueblos y naciones en masa han cambiado su lugar de
residencia. ¿Qué significan en medio de países bárbaros las

---

[10] Movimiento contrario sólo en apariencia (cf. *Marcia* 18, 3).

ciudades griegas? ¿Y entre indios y persas la lengua macedónica?[11]. La Escitia y toda aquella extensión de pueblos salvajes e ingobernables ostentan poblaciones aqueas establecidas en las costas del Ponto[12]: ni la crudeza de un invierno permanente, ni el temperamento de sus hombres, temible al igual que su clima, los detuvieron a la hora de
2 trasladar sus casas. En Asia hay una multitud de atenienses[13]; Mileto ha diseminado por todas partes población suficiente para setenta y cinco ciudades; todo el flanco de Italia que baña el mar Inferior fue la Magna Grecia[14]. Asia reclama como suyos a los etruscos[15]; los tirios habitan Áfri-

---

[11] Introducida por los ejércitos de Alejandro Magno a finales del siglo IV a. C.

[12] Escitia es el nombre dado a la región comprendida entre el Danubio y el Don, al norte del mar Negro. Desde el siglo VIII hasta el VI a. C. todo el litoral de este mar quedó salpicado de numerosas colonias y factorías de los griegos, que lo llamaron *póntos Eúxeinos*, «mar Hospitalario», y más tarde fue el Ponto por excelencia.

[13] Según la tradición, entre los siglos XII y IX a. C. sucesivas migraciones desde diversos puntos de Grecia tuvieron como objetivo la costa de Asia Menor, una región que se llamó Jonia y en la que se fundaron doce ciudades principales; éstas a su vez se convirtieron en metrópolis de nuevas colonias: Mileto fue una de las más activas, con un número de fundaciones superior incluso al que da Séneca, según Plinio, V 112.

[14] El mar Inferior es el Tirreno («etrusco», cf. n. siguiente), por contraposición al Superior, el Adriático. La zona que baña es el sur de Italia y Sicilia, colonizadas en los siglos VIII y VII a. C. por jonios, eolios y aqueos.

[15] Los historiadores antiguos, excepto Dionisio de Halicarnaso, que los considera autóctonos (I 25-30), proclaman el origen oriental de los etruscos, siguiendo con más o menos fidelidad el relato de Heródoto, I 94, según el cual la mitad de la población de Lidia, en el siglo XIII a. C. y bajo la guía de Tirreno, se hizo a la mar hasta arribar a la costa occidental de Italia, donde se estableció definitivamente.

ca, Hispania los cartagineses[16]; los griegos se introdujeron
en la Galia, en Grecia los galos[17]; los Pirineos no impidie-
ron el paso de los germanos[18]. Por parajes inaccesibles y des- 3
conocidos se ha desenvuelto la movilidad de los hombres.
Arrastraron consigo a sus hijos y mujeres y a sus padres im-
pedidos por la vejez. Unos, tras verse zarandeados en un
largo errabundeo, no escogieron el lugar con buen criterio,
sino que ocuparon el más cercano, a causa del cansancio;
otros se ganaron con las armas el derecho sobre la tierra
ajena; a algunos pueblos se los tragó el mar cuando se diri-
gían a tierras desconocidas, otros se asentaron allí donde los
arrojó la más completa penuria. Y la razón de abandonar su 4
patria y buscar otra no fue la misma para todos: a unos la
destrucción de sus ciudades los empujó, escapando de las
armas enemigas, a los dominios de otros, al verse despoja-
dos de los suyos; a otros los alejó una revuelta civil; a otros
la excesiva aglomeración de gente sobrante los obligó a
marcharse a fin de disminuir la población; a otros los expul-
saron las epidemias o unos agrietamientos frecuentes de la
tierra o algún defecto insoportable de un suelo estéril; a al-
gunos los sedujo la fama de una región feraz y exagerada-

---

[16] Los fenicios también se extendieron por todo el Mediterráneo, procedentes de ciudades-estado como Tiro, que en el s. IX fundó Cartago; ésta a su vez estableció varias colonias importantes en Hispania, desde el 660 (Ibiza) hasta el 226 a. C. (Cartagena).

[17] Los griegos de Focea, una de las doce ciudades jonias, llegaron a la Galia y fundaron Marsella en el s. VI; tres siglos más tarde, pueblos galos se desplazaron por el sur de Europa y penetraron por el interior de Grecia hasta Delfos (279 a. C.).

[18] Séneca comete con toda seguridad un error al confudir los germanos con los celtas que invadieron Hispania en el siglo VII a. C., pues es muy poco probable que se refiera al paso fugaz (unos pocos meses) de los cimbrios, una tribu germana, después de la batalla de Arausio, en la que, aliados a los teutones, derrotaron a Roma (105 a. C.).

5 mente alabada. Distintas razones hicieron salir de su patria a
unos y a otros: en todo caso, es evidente que nada ha per-
manecido en el mismo lugar en que fue engendrado. El ir y
venir del género humano es constante; algo se muda cada
día en un mundo tan vasto: se echan nuevos cimientos de
ciudades, surgen nuevos nombres de pueblos en tanto que los
anteriores han desaparecido o se han anexionado a otro más
poderoso. Ahora bien, todas estas emigraciones de pueblos
6 ¿qué otra cosa son sino destierros en masa? ¿A qué hacerte
dar tantos rodeos? ¿Qué interés tiene enumerar a Anténor,
fundador de Padua[19], y a Evandro, que emplazó a orillas del
Tíber el reino de los árcades?[20]. ¿A Diomedes y a los demás,
vencidos lo mismo que vencedores, a quienes la guerra de
7 Troya dispersó por tierras de otros?[21]. El imperio romano,
es bien sabido, contempla como su fundador a un desterrado
a quien, fugitivo de su patria sometida, llevando consigo
unos pocos despojos, la necesidad y el miedo al vencedor
trajeron hasta Italia, en su busca de tierras lejanas. Este
pueblo, después, ¡cuántas colonias ha enviado a cada pro-

[19] Anténor, amigo y consejero del rey Príamo, huyó de Troya junto con sus hijos y llegó al norte de Italia, al valle del Po. Allí fundó la ciudad de Padua y el linaje de los vénetos.

[20] Evandro, príncipe de Arcadia (la montañosa región del Peloponeso idealizada por la poesía bucólica), marchó de su patria por razones oscuras y alcanzó Italia, concretamente la zona cercana a la desembocadura del Tíber; en su orilla izquierda fundó la ciudad de Palanteo, sobre una colina que con el tiempo se llamaría Palatino.

[21] A la caída de Troya le siguió la desbandada de los pocos troyanos supervivientes (Eneas entre ellos, al que luego se alude), pero también el regreso azaroso a sus patrias de muchos héroes griegos; Diomedes, fiel compañero de Ulises en numerosas empresas, hizo como él un largo viaje hasta llegar a Italia, donde fundó la ciudad de Argiripa; en ello estaba cuando rechazó la petición de ayuda de los latinos, para no enfrentarse de nuevo a su enemigo Eneas (VIRGILIO, *Eneida* XI 225-280).

vincia! Dondequiera que el romano ha vencido, allí reside. Daban sus nombres de buen grado para estos cambios de lugar y el anciano abandonaba sus altares y seguía a los colonos allende el mar.

Realmente el asunto no requiere enumerar más casos: 8
añadiré uno, sin embargo, que tengo bien a la vista: esta isla misma ya ha cambiado a menudo de habitantes. Pasando por alto los hechos más antiguos que el paso del tiempo ha velado, los griegos que ahora habitan Marsella, tras abandonar la Fócide[22], se asentaron primero en esta isla; no está claro qué los ahuyentó de ella, si el rigor del clima o la proximidad de la prepotente Italia o la naturaleza de un mar sin puertos; pues es evidente que no contó entre los motivos la fiereza de los habitantes, porque entonces precisamente se mezclaron con los feroces y toscos pueblos de la Galia.
Después pasaron a ella los lígures, pasaron también los his- 9
panos, lo que es evidente por la semejanza de las costumbres: tienen los mismos tocados y el mismo tipo de calzado que los cántabros, incluso algunas palabras, pues en conjunto su lengua, por el trato con griegos y lígures, se ha alejado de la materna. Después fueron traídas dos colonias de ciudadanos romanos, una por Mario y la otra por Sila[23]: ¡tantas veces ha cambiado la población de esta roca yerma y erizada de espinas! En suma, apenas encontrarás una tierra que 10
todavía la habiten los nativos; todo está revuelto y mezcla-

---

[22] Séneca confunde la Fócide (la comarca griega donde están el Parnaso y Delfos) con Focea (cf. n. 17). Por otra parte, la relación que hace de los sucesivos colonizadores de Córcega no se atiene a un orden cronológico (cf. J. Cosini, «Sénéque et la langue des Corses», *Rev. Étud. Lat.* 32 (1954), 111-115). Para la posible fuente que utilizó, cf. A. La Penna, «Sallustio e Seneca sulla Corsica», *Parol. Pass.* 31 (1976), 143-147.

[23] Mariana y Aleria, respectivamente, a corta distancia una de otra (cf. Pomponio Mela, II 122).

do. El uno ha sustituido al otro: éste ha deseado lo que a aquél aburrió; aquél ha sido arrojado de donde él había expulsado a otro. Así plugo al hado, que no se mantenga siempre en el mismo lugar la suerte de cosa alguna.

8 Contra el cambio de lugares en sí, excluyendo las demás contrariedades que son inherentes al destierro, Varrón, el más erudito de los romanos[24], cree que es suficiente este remedio: dondequiera que vamos hemos de disfrutar de una misma naturaleza; Marco Bruto[25] cree suficiente que les sea posible a quienes van al destierro llevarse consigo sus virtu-
2 des. Incluso si estos argumentos por separado los juzga alguien poco eficaces para consolar al desterrado, reconocerá que ambos en unión tienen mucha más fuerza. ¡Qué poquito es, en efecto, lo que hemos perdido! Las dos cosas que son las más excelentes nos seguirán a dondequiera que nos traslademos: la naturaleza universal y la virtud particular.
3 Así, puedes creerme, quedó determinado por quienquiera que haya sido el configurador del universo, bien sea él un dios omnipotente, bien una inteligencia incorpórea creadora de obras inmensas, bien un soplo esparcido por todo lo más grande y lo más pequeño con igual intensidad, bien el hado y la invariable sucesión de causas vinculadas unas con

[24] Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.) se ganó merecidamente esta fama por su vastísima producción sobre los temas más variados, de la que sólo nos han llegado fragmentos y dos tratados casi completos; no se halla entre ellos este argumento que le atribuye Séneca.

[25] Marco Junio Bruto (85-42 a. C.) fue junto con Casio el más destacado entre los asesinos de César, pese al afecto que éste siempre le mostró (cf. PLUTARCO, *Bruto* 5, 1, y la n. 32), por su arraigado republicanismo, prácticamente familiar (descendía de aquel Bruto que expulsó a los reyes, cf. *Marcia* n. 27). La cita de Séneca seguramente está extraída de su tratado *Sobre la virtud* (CICERÓN, *Bruto* 249-250). Cf. n. 30.

otras[26]; así, digo, quedó determinado que no cayera bajo el dominio de otro sino lo más prescindible. Todo lo mejor 4
que hay para el hombre está más allá del poder humano: no se puede dar ni quitar. Este mundo, mayor y mejor provisto que ninguna otra cosa creada por la naturaleza, y el espíritu, espectador y admirador del mundo del que es la parte más espléndida, son propiedad nuestra perpetua y van a durar con nosotros tanto tiempo como nosotros duremos. Así 5
pues, dirijámonos con paso firme a dondequiera que las circunstancias nos lleven, alegres y confiados, recorramos las tierras que sean; dentro del mundo no se ⟨puede⟩ encontrar ningún destierro ⟨pues nada de lo que⟩ está ⟨dentro del mundo⟩ es ajeno al hombre[27]. Desde cualquier sitio la mirada se alza al cielo a igual distancia, por intervalos similares todo lo divino está separado de todo lo humano. Por consi- 6
guiente, mientras mis ojos no se vean apartados del espectáculo que nunca les cansa, mientras me sea posible contemplar el sol y la luna, seguir con la vista los demás astros, investigar sus ortos y ocasos, los intervalos y los motivos de que se muevan más rápido o más despacio, observar tantas estrellas que resplandecen por la noche, unas fijas y otras que se alejan no mucho trecho sino que describen círculos sobre sus propias huellas, algunas que estallan de repente, otras que deslumbran la vista con el fuego que esparcen,

---

[26] El filósofo no se decanta claramente por ninguna de las posibilidades que le ofrecen las principales escuelas: la *anánkē* epicúrea, el *pnéuma* de los estoicos y el *noûs* aristotélico. Queda fuera el *demiourgós* de la Academia, pues difícilmente, a no ser que se exageren las capacidades que le atribuye Platón, puede ser descrito como un dios todopoderoso, un concepto extraño a la filosofía grecorromana: Séneca pudo tomarlo de alguna religión oriental introducida en Roma.

[27] Variante ampliada del «nada de lo humano considero ajeno a mí», el celebérrimo verso de Terencio (*Heautontimorúmenos* 77), que, según testimonios antiguos, el público acogía invariablemente con aplausos.

como si estuvieran cayendo o que pasan volando largo trecho con su potente luz; mientras esto me acompañe y, en la medida en que le está permitido al hombre, me entremezcle con los fenómenos celestes, mientras tenga siempre mi espíritu en lo más alto propenso a la observación de cosas que le son afines[28], ¿qué me importa el suelo que pise?

9 —Pero esta tierra no es rica en árboles frutales o fron-
dosos, no está regada por cauces de ríos grandes ni navega-
bles; no produce nada que deseen otras gentes, apenas bas-
tante fértil para el mantenimiento de los que la habitan; aquí
no se extrae el valioso mármol, no se explotan filones de
2 oro ni de plata—. Es mezquino el espíritu al que gustan las
cosas terrenas: hay que guiarlo hacia aquellas que en todas
partes se muestran igual, en todas partes resplandecen igual.
Y hay que pensar que las primeras estorban los bienes ver-
daderos, mediante falsedades y creencias sin fundamento.
Cuanto más largas dispongan sus galerías cubiertas, cuanto
más arriba levanten sus torres, cuanto más ampliamente
agranden sus fincas, cuanto más hondo excaven sus subte-
rráneos para el verano, cuanto más grande sea la carga con
que eleven los tejados de sus cenadores, tanto más será lo
3 que les oculte el cielo. El azar te ha arrojado a una región en
la que una cabaña es el más suntuoso cobijo: en verdad que
eres de espíritu menguado y que mezquinamente se consue-
la si lo soportas valerosamente sólo porque conoces la ca-
baña de Rómulo[29]. Dí más bien así: «¿No es cierto que esta
humilde choza da acogida a la virtud? Entonces será más
bella que cualquier templo cuando en ella se haga ver la

---

[28] Puesto que el soplo ígneo que anima el universo es también el que alienta el espíritu del hombre, según la doctrina estoica.

[29] Construcción de madera (por lo que hubo de sufrir algún incendio, cf. Dión Casio, XLVIII 43, 4) en el Palatino, que pasaba por ser la vivienda del fundador.

justicia, la moderación, la prudencia, la piedad, el buen sentido para distribuir con equidad los quehaceres, el conocimiento de lo humano y lo divino. No es estrecho ningún lugar en que cabe este tropel de virtudes tan grandes, no es penoso ningún destierro al que es posible ir con esta compañía».

Bruto, en el libro que escribió sobre la virtud[30], cuenta 4
que vio a Marcelo[31] desterrado en Mitilene y, al menos en la medida en que a los hombres se lo permite su naturaleza, viviendo con la mayor felicidad y nunca más aficionado a las buenas artes que en aquella época. Y así añade que más le pareció marchar al destierro él, que iba a regresar sin el otro, que dejar a éste en el destierro. ¡Marcelo, más afortu- 5
nado en la época en que su destierro pareció bien a Bruto que cuando a la república su consulado! ¡Qué grande fue el hombre que hizo que alguien se considerara desterrado porque se alejaba de un desterrado! ¡Qué gran hombre, el que causó la admiración de un personaje admirable incluso para su Catón![32]. El mismo Bruto cuenta que Gayo César pasó 6
de largo por Mitilene porque no aguantaba ver caído en

---

[30] Es muy probable que Séneca resuma aquí un pasaje del *De uirtute* que Bruto dedicó a Cicerón, un auténtico libro, como dice Séneca, y no una mera carta, como quieren algunos (cf. H. Bardon, *La littérature latine inconnue* I, París, 1952, págs. 210-211).

[31] Marco Claudio Marcelo, cónsul en el 51 a. C., formó parte del ejército pompeyano derrotado por César en Farsalia, y tuvo que retirarse a Mitilene, una isla en el Egeo, hasta que el senado obtuvo de César el perdón para él; cuando regresaba a Roma fue asesinado en el Pireo.

[32] Cf. *Marcia* n. 43. La amistad y la admiración mutua entre los tres se fundaba en sus comunes ideales republicanos; entre Catón y Bruto estaban además reforzadas por el parentesco: Bruto era hijo de la hermana de Catón, Servilia, que fue largo tiempo la amante favorita de César (Suetonio, *Julio César* 50, 2; Plutarco, *Bruto* 5); cuando quedó huérfano, Catón se encargó de educarlo.

desgracia a ese hombre. Es verdad que con peticiones oficiales el senado le consiguió el permiso para regresar, tan inquieto y afligido que aquel día todos parecían tener los sentimientos de Bruto, y pedir no por Marcelo sino por ellos mismos, no fueran a estar desterrados si estaban sin él; pero logró mucho más el día en que Bruto no pudo dejarlo como desterrado ni César verlo. En efecto, se ganó el testimonio de ambos: a Bruto le dolió regresar sin él, a César le aver-
7 gonzó. ¿Dudas acaso que aquel hombre excelente, para sobrellevar pacientemente el destierro, se haya dado ánimos así a menudo?: «Que estés lejos de la patria no es ninguna desdicha. Estás tan impregnado de estudios filosóficos que sabes que el sabio tiene su patria en cualquier lugar. Y además, éste que te ha expulsado ¿no estuvo él mismo lejos de la patria durante diez años seguidos?[33]. Para acrecentar el
8 imperio, sin duda, pero lo cierto es que estuvo lejos. Ve ahora cómo se lo lleva África llena de amenazas por la guerra que resurge, se lo lleva Hispania, que está restaurando el partido quebrantado y maltratado, se lo lleva el desleal Egipto[34], el mundo entero, en fin, que está atento a la oportunidad ofrecida por la convulsión del imperio. ¿A qué problema hará frente primero? ¿A qué partido se opondrá? Por todas las tierras lo arrastrarán sus victorias. A él, que lo ensalcen y veneren las naciones: tú vive contento con la admiración de Bruto».

---

[33] Las campañas de César en conquista de la Galia se prolongaron desde el año 58 al 49 a. C.

[34] Séneca, como en otras ocasiones, no tiene en cuenta la cronología de los hechos que relata: César tuvo que combatir primero en Alejandría precisamente contra aquellos que, por congraciarse con él, habían asesinado traidoramente a Pompeyo; luego tuvo lugar la batalla de Tapso en África y por último la de Munda en Hispania.

Marcelo, entonces, soportó bien su destierro y nada 10
cambió en su espíritu el cambio de lugar, por más que lo siguiera la pobreza. Que en ésta no hay nada malo lo entiende cualquiera que no haya dado aún en la locura de la avaricia y el lujo, que todo lo vuelven del revés. ¡Qué poco es, en efecto, lo que es necesario para el mantenimiento del hombre! ¿Y a quién le puede faltar eso siempre que tenga alguna virtud? En lo que a mí respecta, concretamente, entiendo 2
que no he perdido riquezas sino preocupaciones. Las exigencias del cuerpo son reducidas: quiere mantener lejos el frío y calmar con alimentos el hambre y la sed; lo que se desea de más es trabajo para los vicios, no para las necesidades. No es preciso escudriñar entero el abismo ni abrumar el estómago con una matanza de animales, ni desenterrar ostras en una playa desconocida del último mar. ¡Que dioses y diosas destruyan a esos cuyos lujos traspasan las fronteras de un imperio tan envidiado! Más allá del Fasis[35] quieren 3
que se cace para proveer su pretenciosa cocina y no les avergüenza obtener aves de los partos, de quienes aún no hemos tenido venganza[36]. De todas partes acarrean cualquier cosa para su glotonería, que aborrece las ya conocidas; lo que su estómago, estropeado por las exquisiteces, apenas admite, se les trae desde el confín del océano; vomitan para comer, comen para vomitar, y ni siquiera se dignan

[35] Río de la Cólquide (antigua región de Asia, al este del mar Negro y sur del Cáucaso), de cuyo nombre procede el de las aves que allí se cazaban, los faisanes.

[36] Los partos, un pueblo de Escitia, sometieron toda la región a su imperio (250 a. C.-226 d. C.). A ellos se enfrentó un tanto temerariamente Craso, triunviro y gobernador de Siria; su estrepitosa derrota en Carras (53 a. C.) y su muerte a traición, mientras negociaba con los vencedores, constituyeron una grave afrenta que los romanos siempre ansiaron vengar (cf. Horacio, *Odas* I 2, 51-52), aunque nunca lo lograron.

digerir los manjares que buscan por todo el mundo. Si uno desprecia estas cosas, ¿en qué le perjudica la pobreza? Y si uno las desea, también le es provechosa la pobreza, pues, a pesar suyo, recobra la salud y, aunque ni siquiera por obligación acepta los remedios, ciertamente entre tanto, mientras no puede quererlas, es semejante al que no las quiere.

4 Gayo César[37], a quien me parece que la naturaleza engendró para mostrar de qué eran capaces unos vicios extremados en medio de una suerte extremada, se cenó diez millones de sestercios en un solo día y aunque en ello se vio ayudado por la imaginación de todos, a duras penas encontró la manera de transformar en una sola cena el tributo de
5 tres provincias. ¡Qué dignos de lástima aquellos cuyo apetito no se estimula más que ante costosos manjares! Además, no los hace costosos un sabor exquisito o algún otro atractivo para el paladar, sino la escasez y la dificultad para conseguirlos. Por otra parte, si deciden recobrar su sano juicio, ¿qué necesidad hay de tantos recursos al servicio del estómago, de tanto comercio, de asolar los bosques, de escudriñar el abismo? Por todas partes están los alimentos que la naturaleza dispuso en cualquier lugar; pero los pasan por alto, como ciegos, y recorren todos los países, atraviesan los mares y, aunque pueden aplacar su hambre con escaso gas-
6 to, la excitan con mucho. Dan ganas de decirles: «¿Por qué fletáis barcos? ¿Por qué armáis vuestras manos contra las bestias y contra los hombres también? ¿Por qué corréis de un lado a otro con tanta agitación? ¿Por qué acumuláis riquezas sobre riquezas? ¿No queréis pensar qué pequeños son vuestros cuerpos? ¿No es locura y extravío mental insu-

[37] Conocido como Calígula, el apodo que le pusieron los soldados de su padre Germánico, entre quienes se había criado (SUETONIO, *Calígula* 9).

perable desear mucho cuando abarca uno tan poco? Así pues, por más que acrecentéis vuestros patrimonios y extendáis vuestras posesiones, nunca ensancharéis vuestros cuerpos. Cuando os hayan ido bien los negocios y las campañas militares os hayan procurado mucho, cuando se hayan amontonado los manjares rastreados por todas partes, no tendréis donde almacenar vuestras provisiones. ¿Por qué 7
acaparáis tantas cosas? Está claro que nuestros antepasados, cuyo valor sustenta aún ahora nuestro vicios, eran unos desventurados que se procuraban el alimento con sus propias manos, que tenían la tierra por lecho, cuyas casas aún no refulgían con el oro, cuyos templos aún no resplandecían con las piedras preciosas; pues entonces se prestaba piadosamente juramento por unos dioses de arcilla: pero quienes los habían invocado, con tal de no defraudarles, volvían a enfrentarse al enemigo dispuestos a morir[38]. Está claro que 8
nuestro dictador[39], que atendió a los legados samnitas mientras daba vueltas en el fuego a su humildísima comida con su propia mano, aquella con la que ya había golpeado a menudo al enemigo y había restituido la corona de laurel en el regazo de Júpiter Capitolino, vivía menos feliz que vivió en nuestra época Apicio[40], quien en la ciudad de la que una

[38] Sin duda Séneca tiene en mente el célebre caso de Marco Atilio Régulo: capturado por los cartagineses durante la primera guerra púnica, fue enviado a Roma, bajo palabra de volver a su prisión, para negociar las condiciones de la paz; sin embargo, convenció al senado de que rechazara las propuestas por Cartago y, aun sabiendo seguro que iba a morir por ello, regresó y fue torturado hasta la muerte.

[39] Manio Curio Dentato, cónsul, no dictador, en cuatro ocasiones; en la primera (290 a. C.) derrotó a los samnitas, después de que éstos intentaran sobornarle; cuando se lo propusieron estaba guisándose unos nabos.

[40] Marco Gavio Apicio (c. 25 a. C.-c. 39 d. C.), poseedor de una inmensa fortuna que le permitió dedicarse sin tasa a la gastronomía más refinada y satisfacer sus caprichos culinarios más extravagantes (TÁCITO,

vez se ordenó salir a los filósofos como corruptores de la juventud, envenenó, dedicándose al arte culinario, a su generación con su ciencia. Vale la pena conocer su final. Cuando
9 ración con su ciencia. Vale la pena conocer su final. Cuando había dilapidado en su cocina cien millones de sestercios, cuando había engullido tantas donaciones de príncipes y las inmensas rentas del Capitolio en sucesivos festines, abrumado por las deudas revisó entonces por primera vez sus cuentas, pues se vio obligado; calculó que le quedarían diez millones de sestercios y, como si fuera a vivir con la más extrema estrechez si vivía con diez millones de sestercios,
10 puso fin a su vida con veneno. ¡Cuánta ansia de lujo poseía a ese al que parecieron una miseria diez millones de sestercios! Ahora ve y piensa que lo que hace al caso es la moderación en el dinero, no en el deseo. Uno ha habido que se espantó ante diez millones de sestercios y lo que otros buscan con vehemencia él lo rehuyó con veneno. No obstante, para aquel hombre de mente tan depravada su última bebida fue la más saludable: entonces sí que comía y bebía venenos, cuando no sólo disfrutaba sino que presumía de sus desaforados banquetes, cuando hacía ostentación de sus vicios, cuando atraía a los ciudadanos a sus excesos, cuando incitaba a los jóvenes, maleables por sí mismos aun sin
11 malos ejemplos, a imitarlo. Cosas así suceden a los que no ajustan sus riquezas a la razón, cuyos límites son precisos, sino a una conducta licenciosa, cuyo capricho es inmenso e incontenible. Para la codicia nada es bastante, para la naturaleza incluso un poco es bastante. Luego la pobreza no acarrea ninguna contrariedad a los desterrados: en efecto, nin-

Anales IV 1, 3; Plinio, IX 66, X 3). Revolucionó la austera cocina romana inventando nuevas técnicas (Plinio, VIII 209) y recolectando recetas en su *Libro de cocina*; su ejemplo, según Séneca, fue más pernicioso que las doctrinas de los filósofos, expulsados de Roma en el 98 a. C. por un decreto censorial (cf. Cicerón, *El orador* III 24, 8).

gún destierro es tan mísero que no sea fértil de sobra para alimentar a un hombre.

11 —De todos modos el desterrado tiene que echar de menos sus vestidos y su casa—. Esto también lo echará de menos sólo para su uso: no le faltarán ni un techo ni con qué cubrirse, pues el cuerpo se protege con tan poco como se alimenta; la naturaleza no le hizo complicado al hombre nada de lo que le iba haciendo necesario. Pero echa de menos la púrpura im- 2
pregnada de abundante múrice[41], bordada en oro y adornada con colores y artificios variados: ése no es pobre por culpa de la suerte, sino por la suya propia. Incluso si le devuelves lo que ha perdido, no conseguirás nada, pues cuando esté rehabilitado le faltarán de sus deseos más cosas que cuando desterrado de sus posesiones. Pero echa de menos la vajilla resplandeciente 3
de vasos de oro y la plata ennoblecida por los nombres antiguos de sus artífices, el bronce valioso por la extravagancia de unos cuantos[42] y el tropel de esclavos capaz de hacer estrecha la casa por amplia que sea, los animales de tiro ya ahítos y obligados a engordar, y los mármoles de todas partes: por más que estas cosas se acumulen, nunca saciarán su insaciable deseo, al igual que ningún líquido bastará para satisfacer a uno cuya necesidad no proviene de la falta sino del ardor de sus entrañas abrasadas: pues no es eso sed sino enfermedad. Y 4
esto no sucede sólo con el dinero o los alimentos; la misma

---

[41] El múrice o conchil, principal representante de una familia de moluscos que poseen glándulas segregadoras de una sustancia colorante rojiza que da tonalidades púrpuras a las telas. Un tejido así teñido adquiría enorme valor, pues el procedimiento de obtención del tinte era costosísimo.

[42] Los tres metales más apreciados, en orden: el oro, valioso sin más, la plata y el bronce, a los que dan más valor la antigüedad o la escasez, como era el caso del bronce de Corinto, buscado con afán por los coleccionistas (PLINIO EL JOVEN, *Epístolas* III 6, 1-5).

condición hay en toda necesidad que no nace simplemente de la falta sino del vicio: lo que acumules para ella no supondrá el fin de su avidez sino un paso más. Así pues, quien se mantiene dentro de los límites naturales no notará la pobreza; a quien sobrepasa los límites naturales lo perseguirá la pobreza en medio incluso de la opulencia más absoluta. Para lo necesario hasta los destierros bastan, para lo superfluo ni tan siquiera los
5 reinos. El espíritu es el que nos hace ricos: él nos sigue a los destierros y en la más rigurosa soledad, en cuanto encuentra lo suficiente para sustentar el cuerpo, disfruta en abundancia de sus propios bienes: el dinero no toca en nada al espíritu, no
6 más que a los dioses inmortales. Todo esto que ensalzan los temperamentos toscos y excesivamente apegados a sus cuerpos, los mármoles, el oro, la plata y los tableros de mesa grandes y bruñidos[43], son lastres terrenales que un espíritu íntegro y consciente de su condición no puede estimar, él que es ligero y despejado y, cuando quiera que se vea libre, dispuesto a elevarse a lo más alto; entre tanto, en la medida en que le es posible a través del obstáculo de los miembros y de esta pesada carga que lo rodea, recorre las regiones divinas con el pensa-
7 miento veloz y alado. Por esto nunca puede padecer destierro, libre como es y pariente de los dioses, comparable al universo entero y a la eternidad. En efecto, su pensamiento vaga por todo el cielo, se proyecta a cualquier tiempo pasado y por venir. Este pobre cuerpo, guardia y cadena del espíritu, se ve zarandeado aquí y allí; en él se ensañan las torturas, los pillajes, las enfermedades; el espíritu es ciertamente inviolable, eterno y no se le puede poner encima la mano.

---

[43] En latín *orbes* («círculos»), confeccionados con madera de cedro (Plinio, XIII 29) o de limonero (Dión Casio, LXI 10, 3), muy apreciados y valiosos, signo seguro de riqueza (Séneca llegó a poseer más de quinientos, según Dión Casio).

Por que no creas que, a fin de rebajar las contrariedades 12
de la pobreza, que nadie siente como penosa sino quien así
la considera, me valgo sólo de enseñanzas de los sabios,
fíjate primero en cuánto mayor es la proporción de pobres a
los que en absoluto notarás más apenados ni más preocupa-
dos que los ricos; es más, no sé si están tanto más felices
cuanto en menos cosas se distrae su espíritu. Pasemos a los 2
pudientes: ¡qué numerosas son las ocasiones en que son se-
mejantes a los pobres! El equipaje de los que se ponen en
camino se ha restrigindo y siempre que la urgencia del
viaje exige premura se renuncia al tropel de acompañantes.
Los que están en el ejército ¿qué parte de sus bienes llevan
consigo, cuando la disciplina militar excluye todo lo super-
fluo? Y no sólo las condiciones del momento o las estreche- 3
ces del lugar los igualan a los pobres: eligen algunos días,
cuando ya les ha atrapado el hastío de las riquezas, para
comer en el suelo y usar platos de arcilla, rechazando el oro
y la plata. ¡Insensatos! Eso que de vez en cuando desean lo
temen siempre. ¡Oh, qué ofuscación de las mentes, qué ig-
norancia de la verdad ⟨ciega a quienes⟩ atormenta ⟨el miedo
a una pobreza⟩ que simulan por gusto! Por mi parte, siempre 4
que me vuelvo a mirar los ejemplos del pasado, me aver-
güenza emplear consuelos para la pobreza puesto que el lujo
de estos tiempos ha degenerado hasta tal punto que el dine-
ro para el viaje de los desterrados es superior al patrimonio
de los próceres de antaño. Es bien sabido que Homero tuvo
un esclavo, Platón tres, ninguno Zenón, con quien comenzó
la doctrina austera y viril de los estoicos. ¿Podrá alguien
entonces afirmar que vivieron miserablemente sin que por
ello él parezca a todos el más miserable? Menenio Agripa[44], 5

[44] Se decía que había mediado en las negociaciones entre patricios y plebeyos, cuanto éstos se retiraron al Aventino (494 a. C., la primera se-

que fue mediador en la reconciliación oficial entre los pa-
tricios y la plebe, fue enterrado gracias al dinero reunido en
colecta. Atilio Régulo[45], cuando estaba desbaratando a los
cartagineses en África, escribió al senado que su jornalero
se había marchado y abandonado su finca: el senado decretó
que fuera cultivada a expensas del estado, mientras Régulo
estuviera ausente. ¿Tan gravoso le fue carecer de un escla-
6 vo, como para que el pueblo romano fuera su aparcero? Las
hijas de Escipión[46] recibieron su dote del erario, porque su
padre no les había dejado nada: era justo, por Hércules, que
el pueblo romano pagara una vez tributo a Escipión, puesto
que tantas otras se lo exigía a Cartago. ¡Dichosos los mari-
dos de las muchachas para quienes el pueblo romano hizo
las veces de suegro! ¿Consideras más felices a esos cuyas
hijas, actrices de pantomima[47], se casan con un millón de
sestercios, que a Escipión, cuyas hijas recibieron del sena-
7 do, su tutor, un as libral[48] en dote? ¿Puede alguien menos-
preciar la pobreza, de la que hay precedentes tan notorios?
¿Puede el desterrado irritarse porque le falta algo, cuando a
Escipión le faltó la dote, a Régulo el jornalero, a Menenio el
funeral, cuando a todos ellos les fue compensado lo que les
faltaba con mayor honra precisamente porque les había fal-

cesión de la plebe), dejando la ciudad desprovista de comerciantes, artesanos, inquilinos, etc., con el fin de presionar a los dirigentes.

45 Cf. n. 38.

46 Séneca se equivoca, pues según el testimonio de Valerio Máximo, IV 4, 10, y de Apuleyo, *Apología* 18, 9, la que fue dotada a expensas del estado fue la hija de Gneo Cornelio Escipión, no las dos de su sobrino Publio.

47 Representación por medio únicamente de gestos de un texto cantado por un coro. Este género de teatro se creó en Roma en el s. i a. C. y se mantuvo con éxito hasta el final del imperio.

48 Esto es, una moneda de cobre que pesaba una libra (unos 326 gr.), peso considerable al que alude su nombre en latín, *aes graue*.

tado? Con estos abogados, pues, la pobreza no sólo resulta segura sino también beneficiosa.

Se puede replicar: «¿Por qué hábilmente separas estos 13
hechos que de uno en uno se pueden soportar, pero juntos no? El cambio de lugar es tolerable si sólo cambias el lugar; la pobreza es tolerable si no la acompaña la deshonra, que aun por sí sola suele agobiar al espíritu». Contra éste, quien 2
sea que venga a atemorizarme acumulando desgracias, habrá que emplear estas palabras: «Si para enfrentarte a una parte cualquiera de tu suerte tienes fortaleza suficiente, lo mismo te sucederá con todas. Una vez que el valor ha fortalecido el espíritu, lo hace invulnerable por todos lados. Si te ha abandonado la codicia, la plaga más violenta del género humano, la ambición no te supondrá un obstáculo; si contemplas tu día último no como un castigo sino como una ley natural, en tu corazón, del que habrás expulsado el miedo a la muerte, no osará entrar ningún otro temor; si piensas que 3
el apetito sexual le ha sido dado al hombre no para su placer sino para propagar la especie, como no te habrá corrompido esta oculta perdición clavada en las entrañas mismas, cualquier otro deseo pasará por tu lado sin tocarte. La razón derriba los vicios no uno a uno, sino todos al mismo tiempo: de un golpe se obtiene la victoria sobre el conjunto»[49].
¿Crees tú que la deshonra puede inquietar a un sabio que 4
todo lo ha fundado en sí mismo, que se ha alejado de las opiniones del pueblo? Peor incluso que la deshonra es una muerte deshonrosa: Sócrates, sin embargo, con el mismo rostro con que en otras ocasiones había puesto en su sitio él

[49] Argumento obtenido del estoicismo ortodoxo que, como ya se ha visto, no es partidario de los términos medios: vicios o virtudes se poseen en bloque, si se tiene uno se tienen todos y para siempre; si una vez se ha superado un contratiempo, han de superarse igualmente todos los que vengan después.

solo a los treinta tiranos[50], entró en la cárcel, para redimir
de la deshonra al lugar mismo, pues no podía parecer cárcel
5 aquel en que estaba Sócrates. ¿Quién hay hasta tal punto
ciego para discernir la verdad que crea que fue una deshon-
ra la doble derrota de Marco Catón en sus aspiraciones a la
pretura y al consulado?[51]. Deshonra fue la de la pretura y el
6 consulado, que ganaban honor gracias a Catón. Nadie es
menospreciado por otro si antes no se ha menospreciado él
mismo. Bajo y vil es el espíritu vulnerable a esta afrenta;
por el contrario, el que se levanta contra los más crueles in-
fortunios y abate las desgracias que aplastan a otros, lleva
sus pesares como distintivos, ya que estamos hechos de tal
manera que nada provoca en nosotros una admiración tan
7 viva como un hombre valerosamente desdichado. En Atenas
era conducido Aristides[52] al suplicio: todos cuantos le salían
al paso bajaban los ojos y se lamentaban como si se castiga-
ra no a un hombre justo sino a la justicia misma. Uno hubo,
sin embargo, que fue capaz de escupirle en la cara. Podía
incomodarse porque sabía que nadie de boca pura se atre-

---

[50] Los llamados treinta tiranos formaron un consejo oligárquico que gobernó Atenas, sustituyendo a las instituciones democráticas y cometiendo arbitrariedades, en 404-403 a. C. Socrátes, como cuenta PLATÓN, *Apología* 32c-d, se enfrentó abiertamente a ellos.

[51] En los años 54 y 51 a. C. No logró la pretura debido a las maniobras violentas y sobornos que desplegaron los partidarios de su rival, Vatinio, un arribista (cf. CICERÓN, *Epístolas a Quinto* II 4, 1); en el consulado fue relegado en el favor popular por su carácter excesivamente severo y derrotado limpiamente por los otros candidatos, lo que no dejó de dolerle (CÉSAR, *Guerra civil* I 4, 1); para cada caso, cf. también PLUTARCO, *Catón el Joven* 42, 1-5, y 49, 2-6.

[52] General ateniense en Maratón, Salamina y Platea, y también político de una integridad tan rara que le llamaban el Justo. Sin embargo, no fue él protagonista de esta anécdota, sino Foción, otro distinguido militar y orador ateniense (PLUTARCO, *Foción* 36, 1-2).

vería a eso; en cambio, él se limpió la cara y con una son-
risa le dijo al magistrado que lo acompañaba: «Advierte a
ése que no vuelva a bostezar con tanto descaro». Eso sí que
fue hacer afrenta a la afrenta misma. Sé que algunos afir- 8
man que nada hay más penoso que el menosprecio, que les
parece preferible la muerte. A éstos replicaré yo que tam-
bién muchas veces el destierro está del todo desprovisto de
desprecio: si un hombre grande ha caído, grande yace por
tierra, no es él menospreciado más de lo que son pisoteadas
las ruinas de los edificios sagrados que la gente piadosa ve-
nera igual que si estuvieran en pie.

Como por mi parte no tienes nada, madre queridísima, 14
que te arrastre a un llanto sin fin, se deduce que te incitan
tus motivos. Ahora bien, son dos: pues o bien te transtorna
el hecho de que pareces haber perdido un amparo o bien el
hecho de que no sabes soportar en sí misma la propia nos-
talgia.

La primera posibilidad la he de tratar muy por encima, 2
pues conozco tu carácter, que no aprecia en los suyos otra
cosa más que a ellos mismos. Allá se las compongan las
madres que abusan de la capacidad de sus vástagos con fe-
menina incapacidad, que, como a las mujeres no les es po-
sible ejercer cargos públicos, son ambiciosas por medio de
ellos, que consumen e incluso tratan de heredar los patri-
monios de sus hijos, que agotan su elocuencia alquilándola
a otros. Tú has gozado muchísimo con los bienes de tus 3
vástagos, te has beneficiado poquísimo; tú siempre has im-
puesto un límite a nuestra generosidad, cuando a la tuya no
se lo imponías; tú, hija de familia[53], has contribuido de bue-
na gana a enriquecer a tus hijos; tú has administrado de tal

[53] Pues aún vivía su *pater familias* (cf. 18, 9) y seguía dependiendo de él, sin independencia económica.

manera nuestros patrimonios que te afanabas en ellos como tuyos, te abstenías de ellos como ajenos; tú te has escatimado nuestra influencia, como si manejaras bienes ajenos, y de nuestros cargos no te ha correspondido nada más que satisfacciones y gastos[54]. Nunca tu cariño ha mirado por tu provecho; así pues, no puedes echar de menos en el hijo que te han arrebatado aquello que nunca creíste que te correspondiera cuando estaba indemne.

15 Toda mi consolación debo dirigirla allí donde nace la verdadera violencia del dolor de una madre: «Entonces me veo apartada de los brazos de mi amadísimo hijo. No puedo disfrutar de su presencia, de su conversación. ¿Dónde está aquel a cuya vista relajé mi apenado rostro, a quien confié todas mis inquietudes? ¿Dónde sus charlas de las que nunca me cansaba? ¿Dónde sus estudios en los que yo participaba más gustosamente que cualquier mujer, más íntimamente que cualquier madre? ¿Dónde aquellos encuentros? ¿Dónde su alegría siempre infantil en cuanto veía a su madre?».
2 Añades a esto los lugares mismos de una convivencia llena de momentos jubilosos y, forzosamente, las huellas de un trato reciente, tan eficaces a la hora de atormentar los espíritus. Pues también esto tramó contra ti cruelmente la suerte: quiso que te marcharas sólo dos días antes de caer yo gol-
3 peado, tranquila y sin temerte nada semejante. Bien nos había separado la lejanía de los lugares, bien te había preparado para esta desgracia la ausencia de unos cuantos años: regresaste no a obtener satisfacciones de tu hijo, sino a perder tu costumbre de echarlo de menos. Si te hubieras au-

---

[54] Antes de su exilio, Séneca había sido ya cuestor (cf. 19, 2) y quizá edil; Novato, su hermano mayor, probablemente debía de haber alcanzado algún grado más del *cursus honorum*. Estos cargos acarreaban unos gastos (financiación de los juegos, mejoras en las calles, etc.) a los que contribuían familiares y allegados.

sentado mucho antes, lo habrías soportado con más entereza, pues el tiempo transcurrido habría debilitado tu nostalgia; si no te hubieras ido, habrías logrado tu recompensa postrera de ver a tu hijo dos días más: de hecho, el cruel hado lo combinó de manera que ni pudieras presenciar mi
suerte ni habituarte a mi ausencia. Pero cuanto más angus- 4
tiosas son estas circunstancias, tanto más debes apelar al valor y combatir con más denuedo, como contra un enemigo conocido y ya derrotado a menudo. Esta sangre no mana de tu cuerpo ileso: has sido herida entre las cicatrices mismas.

No hay razón para que utilices el pretexto de tu condi- 16
ción femenina, a la que prácticamente se ha concedido un derecho a las lágrimas sin moderación, pero no sin límite; y por esto nuestros antepasados concedieron un plazo de diez meses a las que lloraban a sus maridos[55], a fin de transigir con la tenacidad de la aflicción femenina mediante una disposición legal. No prohibieron los lutos sino que les pusieron un término; pues sentir un dolor interminable por haber perdido a alguien de los más queridos es necia ternura, y ninguno, inhumana dureza; el equilibrio ideal entre el cariño
y la razón es sentir y a la vez contener la añoranza. No hay 2
razón para que te fijes en algunas mujeres a cuya pena, que habían asumido para siempre, puso término la muerte (tú conoces a algunas que no se quitaron nunca el luto que se habían impuesto al perder a sus hijos); a ti te exige más tu vida más esforzada desde el principio: un pretexto femenino no puede corresponder a la que ha estado apartada de todos
los defectos femeninos. No te llevó a sumarte a la mayoría 3
la más grave desgracia del siglo, la desvergüenza; no te do-

[55] Cf. sin embargo la epístola 63, 13, donde habla de un año para las mujeres en general, no necesariamente viudas.

blegaron las piedras preciosas ni las perlas; no te deslum-
braron las riquezas como el mayor bien del género humano;
no te torció, educada como fuiste en una familia tradicional
y estricta, la imitación de los peores, peligrosa también para
las personas decentes; nunca te avergonzaste de tu fecundi-
dad, como si te reprochara tu edad; nunca, a la manera de
otras cuya reputación procede sólo de su belleza, disimulas-
te tu vientre hinchado como si fuera una carga indecorosa ni
destruiste en tus entrañas las esperanzas concebidas de hi-
4 jos[56]; no te manchaste la cara con afeites ni coqueterías;
nunca te gustó un vestido que no descubriera nada nuevo al
quitárselo: el único ornato, la belleza más hermosa e inde-
pendiente de una edad concreta, el mayor atractivo, te pa-
5 reció que era el pudor. Así pues, para ganarte tu derecho al
dolor no puedes alegar tu condición femenina, de la que tus
méritos te han alejado: debes mantenerte tan apartada de las
lágrimas femeninas como de sus demás defectos. Y ni si-
quiera las mujeres dejarán que te consumas en tu herida, si-
no que te aconsejarán recobrarte rápidamente, una vez que
hayas cumplido con una aflicción breve e inevitable: basta
con que te propongas fijarte en las mujeres a las que su pro-
6 bado mérito situó entre los grandes varones. A Cornelia[57] la
suerte le había reducido sus hijos de doce a dos. Si quieres
contar los funerales de Cornelia, había perdido diez; si valo-
rarlos, había perdido a los Gracos. Sin embargo, a los que

[56] La práctica del aborto era habitual en la Roma de Séneca, libre e independiente de cualquier consideración sobre el derecho del feto a la vida; años más tarde, siendo emperador Septimio Severo (193-211 a. C.), fue prohibido como un crimen contra el padre y la patria (cf. AA.VV., *Historia de la vida privada* I, Madrid, 1988, págs. 26 y 166).

[57] Cf. *Marcia* n. 30. Séneca se contradice respecto al número de hijos que perdió Cornelia: en *Marcia* 16, 3 afirma que murieron los doce en vida de ella.

lloraban a su alrededor y maldecían de su destino les prohibió que acusaran a una suerte que le había dado como hijos a los Gracos. De tal mujer tuvo que nacer uno capaz de decir en la asamblea: «¿Vas a hablar tú mal de la madre que me trajo al mundo?». Me parecen mucho más valerosas las palabras de la madre: el hijo valoró en mucho el nacimiento de los Gracos; la madre, también sus funerales.

Rutilia siguió a su hijo Cota[58] al destierro y a tal punto 7
estuvo atada a él por el cariño que más quiso sufrir el destierro que la añoranza, y no volvió a la patria antes de poder hacerlo con su hijo. Cuando ya estaba él de regreso y en el apogeo de su carrera política, lo perdió con tanta entereza como lo había seguido y nadie observó sus lágrimas después de enterrado el hijo. En la expulsión mostró su valor, en la pérdida su sensatez. Pues por un lado nada le hizo desistir de su afecto y por otro nada la retuvo en una tristeza superflua y sin sentido. Entre estas mujeres quiero que te cuentes; harás muy bien en seguir el ejemplo de aquellas cuya vida siempre has imitado, a la hora de reprimir y refrenar tu angustia.

Sé que la cuestión no está en nuestras manos y que nin- 17
gún sentimiento se deja someter, menos aún el que nace del dolor, pues es fiero y rebelde a cualquier remedio. A veces queremos sofocarlo y tragarnos los gemidos; sin embargo, por nuestro rostro compuesto y arreglado se derraman las lágrimas. Otras veces con los juegos o con los combates de gladiadores mantenemos ocupado el espíritu; con todo, lo van minando, en medio de los espectáculos que lo entretienen, las leves punzadas de la añoranza. Por eso es mejor 2

[58] Gayo Aurelio Cota, que se exilió voluntariamente en el año 90 a. C. tras haber sido acusado de incitar a los aliados de Roma a rebelarse contra su hegemonía (CICERÓN, *Bruto* 201-202). Más tarde regresó y obtuvo el consulado.

vencer ese sentimiento que engañarlo; en efecto, el que ha
sido burlado o distraído con placeres o quehaceres, al punto
se recobra y gracias al descanso toma fuerzas para ensañar-
se; en cambio, todo el que cede a la razón queda apaciguado
para siempre. Así pues, no tengo intención de prescribirte lo
que sé que muchos han utilizado, que te distraigas con un
largo viaje o disfrutes con uno placentero, que ocupes mu-
cho tiempo en hacer que salgan bien las cuentas o en admi-
nistrar tu patrimonio, que continuamente te metas en algún
asunto nuevo: todas estas cosas son útiles por corto tiempo
y no son remedios sino trabas para el dolor; por mi parte, yo
3 prefiero darle fin a darle largas. Por tanto, te guío allí donde
deben refugiarse todos los fugitivos de su suerte, a los es-
tudios liberales: ellos curarán tu herida, ellos arrancarán de
raíz tu tristeza. Aun cuando no estuvieras familiarizada con
ellos deberías ahora utilizarlos; pero, en cuanto te lo permi-
tió la severidad a la antigua de mi padre, no abarcaste cier-
tamente todos los buenos conocimientos, pero sí los abor-
4 daste. ¡Ojalá mi padre, sin duda el mejor de los hombres,
menos aferrado al uso de los antepasados, hubiera querido
que te instruyeras en los preceptos de la sabiduría mejor que
te iniciaras sólo! No tendrías ahora que procurarte defensas
contra la suerte, sino sacar las tuyas. Por culpa de esas que
no utilizan las letras por saber sino que se instruyen en ellas
por ostentación, apenas consintió que te dedicaras a los es-
tudios. Sin embargo, gracias a tu ávida inteligencia sacaste
de ellos más de lo que permitía el tiempo: están echados los
cimientos de todas las ciencias; regresa a ellas ahora; te
5 prestarán protección. Ellas te consolarán, ellas te deleitarán,
si ellas penetran de buena fe en tu espíritu, nunca más pene-
trará el dolor, nunca la inquietud, nunca el vano tormento de
una desolación inútil. A ninguno de éstos dará paso tu pe-
cho; pues a los demás defectos ya hace tiempo que está ce-

rrado. Éstas son sin duda las defensas más seguras y las úni-
cas que pueden llegar a sustraerte a la suerte.
Pero como, mientras llegas al puerto que te prometen 18
los estudios, tienes menester de puntales en que apoyarte,
quiero entre tanto señalarte los consuelos que ya tienes. Mi- 2
ra a mis hermanos[59]: estando ellos a salvo no te es lícito
acusar a la suerte; en ambos tienes en qué complacerte, se-
gún sus distintas cualidades: uno ha alcanzado cargos con
su dedicación, el otro los ha menospreciado sabiamente.
Busca alivio en el prestigio de un hijo, en el sosiego del
otro, en el afecto de ambos. Conozco los sentimientos ínti-
mos de mis hermanos: uno ha cultivado su prestigio para
serte ornato, el otro se ha retirado a una vida calma y apa-
cible para dedicarse a ti. Bien ha distribuido la suerte a tus 3
hijos, tanto para tu remedio como para tu solaz: puedes
protegerte con el prestigio de uno y disfrutar con el ocio del
otro. Rivalizarán en atenciones contigo y con el afecto de
dos se suplirá la añoranza de uno. Puedo prometértelo sin
temor: nada te faltará excepto el número.
Después de ellos, mira también a tus nietos: a Marco[60], 4
el niño más cariñoso, en cuya presencia no puede perdurar
ninguna tristeza; nada se agita en el pecho de nadie tan gra-
ve ni tan reciente que él no apacigüe con sus caricias. ¿A 5
quién no le hará contener las lágrimas su alegría? ¿A quién
no le harán ensanchar el corazón encogido de angustia sus
ocurrencias? ¿A quién no inducirá a jugar esa vivacidad?
¿A quién, aun sumido en sus pensamientos, no llamará la

[59] Cf. n. 3. El mayor fue el que se dedicó a la política; el menor, Mela, rehuyó toda actividad pública.

[60] Diversas razones (cf. C. Cardó, *Consolacions*, Barcelona, 1925, págs. 51-52) invitan a identificar a este Marco con el hijo de Mela, Marco Anneo Lucano, el autor de la *Farsalia*; no sobrevivió a su tío, pues murió el mismo año que él (65 d. C.) bajo la misma acusación.

atención y distraerá ese parloteo que a nadie llega a cansar? ¡A los dioses se lo ruego, que tenga la suerte de vivir más
6 que nosotros! Que en mí se detenga agotada toda la crueldad de los hados; todo cuanto tenga que lamentar su madre, que caiga sobre mí, todo cuanto su abuela, sobre mí. Que prospere el resto de mi gente, cada cual en su sitio. No me quejaré nada de mi pérdida[61], nada de mi situación, sólo con que sea yo expiación suficiente para que mi familia no tenga que lamentar nunca nada más.

7 Acoge en tu regazo a Novatila[62], que pronto te va a dar biznietos, a la que yo tanto había tomado bajo mi cargo; tanto me la había adjudicado que, aun estando vivo su padre, puede parecer huérfana, puesto que me ha perdido; ámala también por mí. Hace poco la suerte le ha arrebatado a su madre: tu cariño puede conseguir que simplemente lamente haber perdido a su madre, no que lo note también.
8 Moldea ahora sus costumbres, edúcala ahora: los preceptos que se inculcan a tierna edad penetran más a fondo. Que se habitúe a tus recomendaciones, que se vaya formando a tu gusto: le darás mucho aunque no le des nada más que tu ejemplo. Este deber tan sagrado será para ti como un remedio; pues nada puede apartar de la angustia a un espíritu que se duele por amor, a no ser la razón o una honesta ocupación.

9 Entre tus grandes consuelos contaría también a tu padre si no estuviera ausente. Ahora, sin embargo, según tu cariño por él, piensa cómo es el suyo por ti: comprenderás cuánto más justo es reservarte para él que consagrarte a mí. Siempre que te acometa incontrolada la violencia del dolor y te ordene seguirla, piensa en tu padre. Cierto es que, al darle

---

[61] Del hijo al que ya ha aludido (2, 5; cf. n. 5).

[62] Hija de Novato; la filiación en este caso no deja lugar a duda.

tantos nietos y biznietos, has hecho que no le quedaras tú sola; pero la conclusión de su tiempo transcurrido felizmente te corresponde a ti. Estando él vivo no te es lícito quejarte porque hayas vivido.

Y aún me había callado tu mayor consuelo, tu hermana, 19
ese corazón tan apegado a ti, al que se trasladan todas tus preocupaciones para ser compartidas, ese espíritu maternal para todos nosotros. Con ella has mezclado tú tus lágrimas, en su regazo has tenido el primer respiro. Cierto es que ella 2
se guía siempre por tus sentimientos; en mi persona, sin embargo, no se lamenta sólo por ti. En sus manos fui traído a la Ciudad, gracias a sus cuidados afectuosos y maternales me restablecí tras un largo tiempo de enfermedad[63]; ella desplegó su influencia en apoyo de mi cuestura[64] y ella, que no soportaba siquiera la osadía de conversar o saludar en voz alta, por amor a mí venció su vergüenza. Ni su estilo de vida retirada ni su modestia, ingenua en medio de tanta insolencia de las mujeres, ni su tranquilidad ni sus costumbres reservadas y consagradas al sosiego le impidieron en absoluto hacerse incluso ambiciosa por mí. Éste es, queridísima 3
madre, el consuelo con el que puedes reponerte: únete a ella lo más que puedas, átate a ella en apretado abrazo. Suelen los afligidos rehuir aquello que más quieren y buscar libertad para su dolor: tú refúgiate en ella, sean cuales sean tus intenciones; tanto si quieres mantener tu actitud como abandonarla, en ella encontrarás el término de tu dolor o una compañera. Pero, si algo conozco la prudencia de tan 4
perfecta mujer, no permitirá que te dejes consumir por una

[63] Séneca padeció durante toda su adolescencia una tuberculosis pulmonar derivada de la bronquitis crónica de su infancia (cf. RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, *Séneca...*, págs. 32-45).

[64] Cf. n. 54. Es dudoso en qué año alcanzó la cuestura, pero con certeza fue posterior al 31, cuando tía y sobrino ya estaban de nuevo en Roma.

aflicción nada provechosa y te contará su caso, del que yo fui también testigo.

Había perdido en plena travesía a su queridísimo esposo, nuestro tío[65], con quien se había casado siendo doncella. Sin embargo, resistió al mismo tiempo el dolor tanto como el temor y, triunfando del temporal, en medio del naufragio
5 transportó su cadáver. ¡Ah, de cuántas yacen en el olvido sus hechos extraordinarios! Si le hubiera correspondido aquella antigua época sencilla en su admiración de las virtudes, con cuánta competencia de los ingenios sería elogiada la esposa que, olvidándose de su debilidad, olvidándose del mar terrible incluso para los más templados, expuso su cabeza a los peligros por una sepultura y, mientras se preocupaba por el funeral de su esposo, no tuvo miedo por el suyo. Es celebrada en los poemas de todos aquella que se ofreció como sustituta de su marido[66]: más grandioso es esto, buscar a riesgo de la vida una tumba para el esposo; es mayor el amor que, con parecido peligro, sale ganando menos.

6 Después de esto nadie puede extrañarse de que durante los dieciséis años que su marido tuvo Egipto a su cargo

[65] La hermana de Helvia estaba casada con Gayo Galerio, prefecto de Egipto. Durante su mandato Séneca acudió allí buscando un clima adecuado para su afección pulmonar. En el año 31 Galerio cesó en su cargo y regresaba con su mujer y su sobrino a Roma cuando murió, unos días antes de que la nave en que viajaban estuviera a punto de naufragar.

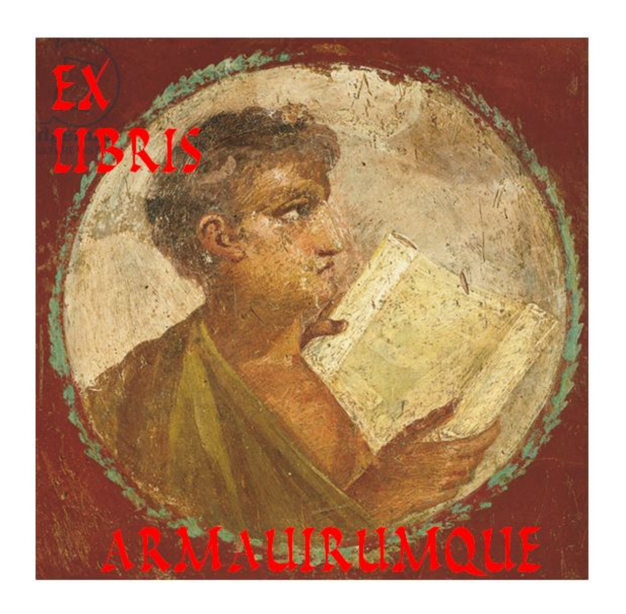
[66] Fue Alcestis, casada con Admeto, rey de Feras. Su leyenda nos ha llegado sobre todo a través de Eurípides, que la llevó al teatro, pero también son numerosísimas las veces en que los poetas aluden, aun sin nombrarla (como el propio Séneca en *Medea* 662-663), a esta mujer modelo de amor y abnegación: accedió a morir en lugar de su marido, que tenía la posibilidad de seguir viviendo si alguien lo sustituía el día marcado para su muerte. Hércules la rescató luego de los infiernos y la devolvió a la vida, más joven y hermosa que antes.

nunca se la viera en público, no admitiera en su casa a ningún natural de la provincia, no pidiera nada a su esposo, no permitiera que le pidieran nada a ella. Y así, esa provincia habladora y ocurrente para ofender a sus prefectos, en la que incluso los que evitaron la culpa no escaparon a la maledicencia, la contempló como modelo sin igual de integridad y, lo que es más difícil para quien gusta incluso de las chanzas peligrosas, contuvo todos sus excesos verbales, y aún hoy está deseando, aunque ya no la espere, una semejante a ella. Mucho era que la provincia le hubiera dado su aprobación durante dieciséis años: más es que no dio muestras de conocerla. Esto no lo menciono con intención de 7
realizar su elogio (más bien es reducirlo el pasarlo tan someramente), sino para que comprendas que es una mujer de gran espíritu, a la que no han dominado la ambición ni la codicia, compañeras a la vez que lacras de todo tipo de poder, ni el miedo a la muerte, cuando aguardaba, con la nave ya desarbolada, su naufragio, le impidió, no que buscara, aferrándose a su esposo exánime, cómo salir de allí, sino cómo dar con él en tierra[67]. Es preciso que le des muestras de un valor igual a éste, y rescates tu espíritu del luto y hagas por que nadie piense que te pesa haberme parido.

Por lo demás, como es inevitable que, por más que ha- 20
gas, tus pensamientos vuelvan a mí una y otra vez, y que ninguno de tus hijos te venga a la memoria con más frecuencia, no porque ellos te sean menos queridos, sino porque es natural llevar la mano más a menudo allí donde duele, escucha cómo debes imaginarme: contento y alegre como en las mejores circunstancias. Son, en efecto, las me-

[67] Intento, quizá en vano, reproducir la ambigüedad del verbo que emplea Séneca, *effero*, propiamente «sacar» (aquí, del mar) y específicamente «sacar de casa a un difunto», esto es, «enterrar».

jores, puesto que mi espíritu, exento de todo cuidado, tiene tiempo para sus actividades y tan pronto se recrea en estudios más superficiales como se remonta, ávido de la verdad,
2 a indagar su naturaleza y la del universo. Primero examina las tierras y su situación, luego la condición del mar y sus flujos y reflujos alternantes; entonces estudia todo lo que se extiende, plagado de espantos, entre el cielo y la tierra, y este espacio agitado por truenos, rayos, vendavales y aguaceros, nieve y granizo; en ese momento, cuando ya ha recorrido las partes más bajas, se lanza a las más altas y disfruta del hermosísimo espectáculo de las cosas divinas: acordándose de su propia eternidad, alcanza a todo lo que ha sido y ha de ser a través de todas las épocas.



CONSOLACIÓN A POLIBIO

***[1] nuestra los comparas, son perdurables; si los reduces a la condición de la naturaleza, que todo lo destruye y lo hace regresar al mismo lugar de donde lo engendró, son perecederos. En efecto, ¿qué cosa inmortal han hecho unas manos mortales? Las célebres siete maravillas[2] y otras mucho más admirables que ha levantado la ambición de los años posteriores, algún día las irán a ver arrasadas. Así es: nada es eterno y pocas cosas duraderas; cada una es frágil a su manera, sus finales varían; por lo demás, todo lo que ha empezado acabará también. Algunos amenazan al mundo 2 con su aniquilamiento y este universo que abarca todo lo

---

[1] Pudiera ser que este principio perdido contuviera el elogio adulador que Séneca dirigió a Mesalina, como afirma Dión Casio en el pasaje que analiza GIANCOTTI, «La consolazione...» (art. cit. en n. 55 a la Introducción). En cuanto a las palabras que faltan a la primera frase conservada para tener sentido completo, podrían perfectamente parecerse a las que imaginó Gertz (cf. REYNOLDS, *L. Annaei...*, pág. 266): «⟨las ciudades y los monumentos erigidos en piedra, si con la vida⟩ nuestra...».

[2] Desde muy antiguo se agrupaban bajo esta denominación las pirámides de Egipto, los jardines colgantes de Babilonia, la estatua de Zeus en Olimpia, el templo de Ártemis en Éfeso, el mausoleo de Halicarnaso, el coloso de Rodas y el faro de Alejandría.

divino y lo humano, un día cualquiera, si consideras lícito creerlo, lo descompondrá y lo hundirá en el antiguo caos y en las tinieblas: que venga alguien ahora y llore por las vidas individuales, que se lamente por las cenizas de Cartago, de Numancia y de Corinto[3] o cualquier otra que de más alto haya caído, cuando incluso este universo que no tiene dónde caer va a desaparecer; que venga alguien y se queje de que no le han perdonado unos hados que algún día se han de
3 atrever a tan grande abominación. ¿Quién hay de una soberbia tan arrogante y desmedida que, ante esta ley inexorable de la naturaleza que hace regresar todo a una misma conclusión, quiera salvarse él solo y los suyos y sustraer una
4 casa a la ruina que pende incluso sobre el mundo mismo? El mayor consuelo, por tanto, es pensar que le ha sucedido lo que todos antes que él han sufrido y todos van a sufrir; y por esto me parece que la naturaleza hizo común lo que había hecho más penoso, para que la igualdad consolara de la crueldad del hado.

2 Te será también de no poca ayuda pensar que tu dolor no va a servir de nada, ciertamente, a aquel que añoras ni a ti; no querrás, pues, que sea prolongado lo que es inútil. Porque si vamos a conseguir algo con la tristeza, no rehúso derramar por tu suerte las lágrimas que me han sobrado de la mía; aún ahora encontraré en estos ojos que el llanto por mi casa ha apurado ya algo que mane, si al menos va a ser
2 en beneficio tuyo. ¿A qué esperas? Quejémonos, o mejor yo mismo haré mía esta reclamación: «Oh suerte injustísima a juicio de todos, hasta aquí parecías haber preservado a este hombre que por merced tuya había alcanzado tanta consideración que su prosperidad había escapado a la envidia, cosa

---

[3] Tres ciudades destruidas por el fuego: Cartago y Corinto el mismo año, 146 a. C.; Numancia en el 134 a. C.

que raras veces ha sucedido a alguien. Y ahora le has infligi-
do el mayor dolor que podía sufrir, en vida de César, y des-
pués de haberle acosado bien por todas partes, comprendiste
que tan sólo este flanco era accesible a tus golpes. ¿Que otra 3
cosa, pues, podrías hacerle? ¿Quitarle el dinero? Nunca ha
dependido de él; incluso ahora lo aparta de sí mismo todo
cuanto puede y con tanta facilidad para ganarlo no saca de
él otro beneficio más que el menospreciarlo. ¿Quitarle los 4
amigos? Sabías que es tan amable que fácilmente podría
poner a otros en el puesto de los perdidos; en efecto, me pa-
rece que, de todos los que he visto con influencia en la casa
del príncipe, sólo conozco a éste al que tener de amigo,
aunque a todos les conviene, más todavía les agrada.
¿Quitarle la buen fama? Es en él demasiado consistente co- 5
mo para que la puedas arruinar ni siquiera tú misma.
¿Quitarle la buena salud? Sabías que su espíritu está de tal
manera afianzado en los estudios liberales, en los que no se
nutrió sólo sino que nació, que se sobrepondría a todos los
dolores del cuerpo. ¿Quitarle la vida? ¡Qué poquito le ha- 6
brías perjudicado! La fama le ha garantizado la vida eterna
de su talento: él ha procurado que perdure lo mejor de sí
mismo y escapar a su condición de mortal con la composi-
ción de esclarecidas obras de elocuencia. En tanto que haya
algún aprecio por las letras, en tanto que se mantenga la
fuerza de la lengua latina o la gracia de la griega[4], prevale-
cerá junto con los hombres insignes[5] a cuyo talento se ha
igualado o, si su modestia rechaza esto, se ha asociado. Sólo 7
has estado pensando, entonces, en cómo le podrías perjudi-
car más; cuanto mejor es uno, en efecto, tanto más a menu-

[4] Cada lengua caracterizada por su cualidad esencial, cf. QUINTILIANO, XII 10, 35.

[5] Homero y Virgilio (cf. 8, 2), a los que había traducido en prosa latina y griega respectivamente (cf. 11, 5).

do suele soportarte siempre que enloqueces sin criterio alguno y te haces temible en medio incluso de tus favores. ¡Qué poquito te suponía preservar de esta afrenta a un hombre al que tu benevolencia parecía haber alcanzado a ciencia cierta y no haberle llegado por casualidad, según tu costumbre!».

3 Añadamos, si quieres, a estas quejas las inclinaciones del joven interrumpidas en sus interesantes inicios. Fue digno de tenerte como hermano: tú ciertamente eras muy digno de no tener que lamentar nada ni siquiera de un hermano indigno. Se le rinde un testimonio invariable por parte de todos los hombres: es añorado en honor tuyo, es elogiado en
2 el suyo. Nada hubo en él que no hicieras tuyo gustosamente; es cierto que tú habrías sido bueno también con un hermano menos bueno, pero en él tu afecto halló materia apropiada y se empleó mucho más generosamente. Nadie sintió su poder por haberte ofendido, nunca amenazó él a nadie con que tú eras su hermano; se había formado en el ejemplo de tu discreción y tenía presente qué gran honra y a la vez carga eras
3 tú para los tuyos: él supo soportar este peso. ¡Hados despiadados e injustos con toda virtud! Antes de conocer la felicidad que le estaba reservada, tu hermano fue excluido. Bien veo que me indigno poco; nada hay, en efecto, más difícil que encontrar las palabras adecuadas a un dolor profundo. Sin embargo, si podemos conseguir algo, quejémonos más
4 todavía: «¿Qué pretendías, suerte tan inicua y tan violenta? ¿Tan pronto te has avergonzado de tu benevolencia? ¿Qué crueldad es ésta, irrumpir en medio de unos hermanos y mermar con tan sanguinaria rapiña un grupo tan bien avenido? ¿Quisiste perturbar y menoscabar sin motivo alguno una familia tan unida de jóvenes excelentes, que no desme-
5 recía en ninguno de los hermanos? ¿De nada sirve, entonces, una integridad observada ante cualquier ley, de nada

una sobriedad a la antigua, de nada ⟨una mesura⟩ en la prosperidad, ⟨de nada⟩ un desinterés absoluto practicado desde el poder absoluto, de nada un sincero y discreto amor por las letras, de nada una mente libre de toda mancilla? Llora Polibio y, como en un hermano ya está advertido de lo que puede temer en los demás, tiene miedo incluso por los consuelos mismos de su dolor. ¡Qué hazaña indigna! Llora Polibio y se lamenta de algo, aun siéndole César propicio. Sin duda, esto ambicionabas, suerte insolente, demostrar que nadie puede ser protegido contra ti ni siquiera por César».

Acusar por más tiempo a los hados, podemos, cambiar- 4
los, no podemos: se mantienen firmes e implacables; nadie los hace vacilar ni con insultos ni con llantos ni con razones; nunca le ahorran ni le rebajan nada a nadie. Por consiguiente, ahorremos unas lágrimas que no consiguen nada; pues más fácilmente este dolor nos agregará a ellos que nos los devolverá: si nos atormenta y no nos ayuda, hay que abandonarlo desde el primer momento y apartar el espíritu de unos consuelos vanos y de una suerte de amarga ansia por sufrir. Pues a nuestras lágrimas, si la sensatez no les se-
ñala un límite, la suerte no se lo señalará. Venga, mira a tu 2
entorno a todos los mortales, hay por todas partes materia abundante y frecuente para llorar: a uno lo reclama a su trabajo cotidiano la pobreza laboriosa, a otro lo inquieta la ambición que jamás descansa, otro ha sentido miedo de las riquezas que había anhelado y por ese deseo suyo pasa fatigas, a otro lo atormentan las preocupaciones, a otro los quehaceres, a otro el gentío que asedia constantemente su vestíbulo[6]; éste se lamenta de tener hijos, este otro de haberlos perdido: antes nos faltarán lágrimas que razones para
lamentarnos. ¿No ves qué clase de vida nos ha prometido la 3

[6] Cf. *Marcia* 10, 1.

naturaleza, que ha querido que lo primero de los hombres al nacer sea el llanto? Con este comienzo somos engendrados, a él se conforma toda la sucesión de los años que siguen. Así pasamos la vida y por eso debemos hacer con moderación lo que hay que hacer con frecuencia y, considerando cuántas penalidades se ciernen sobre nuestras espaldas, debemos, si no acabar con las lágrimas, sí al menos reservarlas. Ninguna otra cosa hay que ahorrar más que ésta, cuyo uso es tan frecuente.

5 También te será de no poca ayuda pensar que a nadie le
es menos agradable tu dolor que a aquel a quien parece
ofrecerse: él o no quiere o no comprende que tú te atormen-
tes. Así pues, no hay ningún motivo para esta demostración,
que es superflua para aquel a quien se ofrece, si nada siente,
2 y desagradable, si siente. Me atrevería a decir que nadie hay
en el orbe entero de la tierra que se complazca con tus lá-
grimas. ¿Entonces, qué? ¿Una intención que nadie tiene
contra ti crees que es la de tu hermano, causarte daño con tu
propio suplicio, intentar apartarte de tus ocupaciones, esto
es, del estudio y de César? No es verosímil esto; él, en
efecto, te ofreció su cariño como a un hermano, su venera-
ción como a un padre, su respeto como a un superior. Quie-
re ser para ti motivo de añoranza, no quiere serlo de tormen-
to. Así pues, ¿qué utilidad tiene languidecer en un dolor
que, en caso de que a los muertos les quede alguna percep-
3 ción, tu hermano desea que se termine? Todo esto, si se
tratara de otro hermano cuyos sentimientos pudieran parecer
ambiguos, lo pondría en duda y te diría: «Si tu hermano de-
sea que tú te atormentes con lágrimas incesantes, es indigno
de este cariño tuyo; si no quiere, deja este dolor que os
abruma a ambos; ni el hermano desafecto debe ser añorado
así ni el afectuoso lo querría así». Mas tratándose de éste,
cuyo afecto está tan comprobado, hay que tener por seguro

que nada puede serle más penoso que el hecho de serte pe-
noso su infortunio, el hecho de atormentarte él de alguna
manera, el hecho de perturbar él y también agotar tus ojos,
del todo indignos de este castigo, con un llanto sin fin.

Sin embargo, nada alejará tanto tu afecto de unas lágri- 4
mas tan inútiles como el pensar que para tus hermanos tú
debes ser ejemplo de cómo sobrellevar con entereza esta
afrenta de la suerte. Lo que los grandes generales hacen
cuando las cosas van mal, fingir deliberadamente buen hu-
mor y ocultar las adversidades con una alegría aparente, pa-
ra que los ánimos de los soldados, si ven quebrantado el
espíritu de su general, no se derrumben a la vez, eso tienes
que hacer tú también ahora: adopta una expresión distinta a 5
tu ánimo y, si puedes, abandona completamente todo tu
dolor; si no, escóndelo en tu interior y reprímelo para que
no se manifieste, y procura que te imiten tus hermanos, que
considerarán decoroso todo lo que te vean hacer y cobrarán
ánimos según tu rostro. Debes ser tanto su alivio como su
consolador; ahora bien, no podrás oponerte a su aflicción si
condesciendes con la tuya.

Puede también disuadirte de un luto extremado tener bien 6
presente que nada de lo que haces puede pasar inadvertido. El
acuerdo de los hombres te ha impuesto un papel destacado:
tienes que mantenerte en él. Te rodea todo este tropel de
quienes pretenden consolarte, y sondea tu ánimo y examina
cuánta fortaleza posee frente al dolor y si tú tan sólo sabes
aprovechar diestramente las circunstancias favorables o si
también puedes soportar virilmente las adversas: tus ojos es-
tán bajo vigilancia. Tienen en todo mayor libertad aquellos 2
cuyos sentimientos se pueden encubrir: tú no tienes libertad
para secretos. Bajo una fuerte luz te puso la suerte: todos sa-
brán cómo te has portado en este golpe que has recibido, si al
momento de ser herido has arrojado las armas o bien te has

mantenido en tu posición. Hace tiempo el amor de César te elevó, y también tus estudios te alzaron, al más alto rango; nada plebeyo te cuadra, nada humilde; ahora bien, ¿qué hay tan humilde y mujeril como el dejarse consumir por el dolor?
3 No te está permitido, en un luto igual, lo mismo que a tus hermanos; muchas cosas no te las consiente la opinión formada sobre tus estudios y tus costumbres, mucho exigen de ti los hombres, mucho esperan. Si querías que todo te estuviera permitido, no tendrías que haber atraído sobre ti las miradas de todos: ahora tú tienes que cumplir todo cuanto prometías. Todos los que alaban las obras de tu ingenio, que las hacen copiar, a los que, aun cuando no les haga falta tu suerte, tu ingenio sí les hace falta, son vigilantes de tu espíritu. Nunca puedes hacer nada indigno de tu condición de hombre cabal y erudito sin que muchos se avergüencen de su admiración por
4 ti. No te está permitido llorar sin medida, y no sólo esto no te está permitido: tampoco prolongar el sueño a parte del día te está permitido, o escapar de la agitación de los negocios al descanso del campo apacible, o restablecer tu cuerpo agotado por la continua asistencia a tus fatigosas tareas con un viaje de placer, o entretener tu ánimo con la variedad de los espectáculos, o disponer del día a tu gusto. No te están permitidas muchas cosas que incluso a los más humildes y a los que yacen en su rincón les están permitidas: una gran suerte es una
5 gran servidumbre. No te está permitido hacer nada a tu gusto: hay que escuchar a tantos miles de hombres, clasificar tantas solicitudes; hay que examinar tan gran cúmulo de asuntos procedentes del mundo entero, para que pueda ser presentado en buen orden a la atención del príncipe máximo. No te está permitido, digo, llorar: para que puedas escuchar a los muchos que lloran y las súplicas de los que están en peligro y anhelan alcanzar la misericordia del benignísimo César, tienes tú que enjugar tus lágrimas.

Esto, sin embargo, te ayudará con remedios aún más 7
llevaderos: cuando quieras olvidarte de todo, piensa en César. Mira cuánta lealtad, cuánta dedicación le debes por su benevolencia contigo: comprenderás que doblegarte no te está más permitido a ti que a aquél en cuyos hombros, si es que damos algún crédito a las leyendas, se apoya el mundo[7]. Incluso al propio César, a quien todo está permitido, 2
por esto mismo muchas cosas no le están permitidas: su desvelo protege el sueño de todos, su trabajo el ocio de todos, su dedicación las distracciones de todos, su actividad el descanso de todos. Desde el día en que César se consagró al mundo se sustrajo a sí mismo y, a la manera de los astros que sin reposo efectúan constantemente su recorrido, nunca le está permitido detenerse ni ocuparse de lo suyo. Así pues, 3
a ti también en cierto modo se te impone la misma exigencia: no te está permitido mirar por tus intereses, por tus aficiones. Mientras sea César dueño del mundo no puedes entregarte al placer ni al dolor ni a ninguna otra cosa: te debes todo entero a César. Añade ahora que, como siempre pro- 4
clamas que César te es más querido que tu propia vida, no te es lícito, mientras César está a salvo, quejarte de tu suerte: si se halla bien él, están a salvo los tuyos, nada has perdido; tus ojos conviene que estén no sólo secos sino incluso alegres. En él lo tienes todo, él te vale por todo. Eres poco agradecido a tu prosperidad, lo cual es bien impropio de tus sentimientos tan razonables y respetuosos, si te permites llorar por algo estando él a salvo.

Aún te indicaré un remedio, ciertamente no más seguro, 8
pero sí más íntimo. En las ocasiones en que te retiras a tu

---

[7] Atlante, uno de los gigantes que se alzaron contra los dioses y sufrieron la derrota; fue condenado a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste.

casa es cuando más tendrás que temer la tristeza. En efecto, en tanto que contemples a tu divinidad particular, no encontrará la aflicción manera de entrar en ti: César ocupará toda tu persona; cuando te alejes de él, entonces, como si se le hubiera concedido una oportunidad, el dolor acechará tu soledad y poco a poco se infiltrará en tu espíritu despreocu-
2 pado. Así pues, no hay razón para que consientas que haya ningún momento libre de tus aficiones; entonces tus letras, tanto tiempo y tan lealmente amadas, te devolverán el favor, entonces te defenderán como su superior y su cultivador, entonces Homero y Virgilio, que han merecido del género humano tanto agradecimiento como tú has merecido de todos y también de ellos, que has querido que fueran conocidos para más gente que para la que habían escrito, permanecerán largo tiempo a tu lado: libre de peligros estará todo el tiempo que confíes a su protección. Redacta entonces, tan bien como eres capaz, los hechos de tu César, a fin de que se transmitan a través de todos los siglos gracias a la publicación de un íntimo suyo; él, en efecto, te proporcionará material y a la vez ejemplo en cuanto a ordenar y describir
3 perfectamente sus hazañas[8]. No me atrevo a llevarte más lejos, a que compongas cuentos y fábulas al estilo de Esopo, empresa aún no intentada por los ingenios romanos[9], con la gracia en ti habitual. Es realmente difícil que tu ánimo gol-

[8] Séneca exagera aduladoramente el material: Claudio sólo estuvo dieciséis días en campaña durante la única expedición militar que emprendió, contra Britania (cf. n. 32 a la Introducción); sí es cierto, en cambio, que Claudio se dedicó con afán a escribir, principalmente de historia, aunque parece ser que sus obras adolecían de mucha erudición y poca calidad literaria (SUETONIO, *Claudio* 41).

[9] Es inverosímil que Séneca desconociera las fábulas de Fedro, precisamente esópicas y publicadas durante los reinados de Tiberio y Calígula; Séneca simula ignorancia para poder halagar aún más a Polibio, indicándole una empresa que sólo él podría acometer.

peado tan violentamente pueda dedicarse tan pronto a estas tareas más alegres. Sin embargo, ten como prueba de que ya se ha restablecido y vuelto en sí el que pueda pasar de los escritos más serios a estos más superficiales. Pues en los 4
primeros, por enfermo que esté todavía y en lucha consigo mismo, lo distraerá la propia gravedad de los asuntos de que se ocupe; los segundos, que se tienen que componer con el ceño desfruncido, no los tolerará hasta tanto no vuelva a ser el mismo de siempre en todo punto. Así pues, deberás ocuparlo primero con un material más serio, luego templarlo con otro más alegre.

También te será de gran alivio preguntarte a menudo: 9
«¿Me lamento por mí o por el que ha muerto? Si es por mí, desaparece el pretexto del cariño, y el dolor, sólo justificado porque es desinteresado, empieza a apartarse del afecto cuando mira a la propia conveniencia. Ahora bien, nada es más impropio de un hombre de bien que hacer cálculos con el luto por un hermano. Si me lamento por él, es preciso que 2
uno u otro de estos dos razonamientos sea decisivo. Pues si a los difuntos no les queda ninguna percepción, mi hermano ha escapado a todas las contrariedades de la vida y ha sido restituido al lugar donde estaba antes de nacer y, a salvo de todo mal, nada teme, nada desea, nada padece [10]: ¿qué locura es ésta, no dejar nunca de lamentarme por él, que nunca va a lamentar ya nada? Si los difuntos conservan alguna 3
percepción, ahora el espíritu de mi hermano, como liberado de una prolongada prisión, al fin dueño y señor de sí mismo, se regocija y disfruta del espectáculo de la naturaleza y contempla todo lo humano desde su posición superior,

---

[10] Séneca toma este argumento del materialismo epicúreo; cf. LUCRECIO, III 972-977.

mientras que observa más de cerca lo divino, cuya explicación había buscado tanto tiempo en vano.

Así pues, ¿por qué me dejo atormentar por la añoranza del que o es dichoso o no es nada? Llorar al dichoso es envidia, a nadie, insensatez».

4 ¿Quizá lo que te conmueve es que parece haber sido privado de unos bienes extraordinarios y precisamente cuando estaban a su alrededor? Cuando pienses que es mucho lo que ha perdido, piensa que es más lo que no teme: no lo atormentará la cólera, no lo afligirá la enfermedad, no lo angustiará la sospecha, no lo perseguirá la envidia devoradora y enemiga siempre de los progresos de otros, no lo inquietará el miedo, no lo preocupará la veleidad de la suerte que pronto muda sus favores. Si cuentas bien, más es lo que
5 se le ha condonado que lo que se le ha arrebatado. No disfrutará de las riquezas, de tu influencia ni tampoco de la suya; no recibirá favores, no los hará: ¿lo crees desdichado por haber perdido eso o dichoso por no echarlo de menos? Créeme, es más dichoso aquel a quien la suerte le es innecesaria que aquel para quien está bien dispuesta. Todos estos bienes que nos seducen con un placer atractivo pero engañoso, dinero, prestigio, poder, y otros muchos ante los que se queda atónita la ciega codicia del género humano, se obtienen con fatigas, se miran con envidia: en suma, a los mismos a los que realzan a la vez los agobian; amenazan más que benefician: son escurridizos e inseguros, nunca están bien sujetos; en efecto, aunque nada se tema del tiempo por venir, la propia conservación de una gran prosperidad es
6 motivo de inquietud. Si quieres creer a los que penetran más a fondo la verdad, la vida toda es un suplicio. Arrojados a este mar profundo y turbulento que va y viene con sus flujos y reflujos y tan pronto nos eleva con repentinas crecidas, como nos precipita con mayores perjuicios y nos zarandea

sin cesar, nunca hacemos pie en tierra firme, entre dos aguas flotamos a merced de las olas y chocamos unos contra otros y sufrimos naufragios a veces, lo estamos temiendo siempre; en este mar tan borrascoso y expuesto a todos los temporales no hay para los navegantes ningún puerto salvo el
de la muerte. Por tanto, no quieras mal a tu hermano: está 7
descansando. Al fin es libre, al fin está a salvo, al fin es eterno. Deja con vida a César y a toda su descendencia[11], con vida a ti junto con vuestros hermanos. Antes de que la suerte variara en algo sus favores, la abandonó cuando aún se mantenía constante y lo colmaba de dones a manos lle-
nas. Ahora disfruta de un cielo abierto y despejado; de un 8
lugar bajo y hundido ha saltado a ese otro, cualquiera que sea, que acoge en su dichoso seno a las almas liberadas de sus ataduras, y ahora allí va libremente de un lado a otro y contempla con el mayor placer todos los bienes de la naturaleza. Estás equivocado: tu hermano no ha perdido la luz, si-
no que le ha correspondido otra más pura. A todos nos es 9
común el camino hasta allí: ¿a qué lloramos por los hados? Él no nos ha abandonado, sino que nos ha precedido. Créeme, hay una gran felicidad en la propia obligación de morir. Nada hay seguro ni siquiera para un día entero: ¿quién, en esta realidad tan incierta y confusa, es capaz de decir si la muerte ha querido mal a tu hermano o ha procurado su bien?

También esto, la equidad que muestras en toda circuns- 10
tancia, es seguro que te ayudará, al pensar que no se te ha hecho injusticia porque has perdido a un tal hermano, sino que se te ha otorgado un favor, porque has podido gozar y

[11] De los cinco hijos que tuvo Claudio con sus tres primeras esposas vivían por entonces Antonia (de Elia Petina), Británico y Octavia (de Mesalina).

2 disfrutar tanto tiempo de su afecto. Es injusto quien no deja
al donante el derecho a disponer de su regalo, codicioso
quien no tiene por ganancia lo que ha recibido, sino por
pérdida lo que ha devuelto. Es desagradecido quien llama
injusticia a la conclusión del disfrute, necio quien considera
que no se saca ningún provecho de los bienes excepto de los
presentes, quien no se complace también con los pasados ni
juzga más seguros los que se han ido, puesto que de ellos ya
3 no hay que temer que se acaben. Reduce demasiado sus go-
ces quien considera que disfruta tan sólo de lo que tiene y
ve, y no valora en nada haber tenido eso mismo; pues
pronto nos abandona cualquier placer, que se escapa y des-
aparece y se aleja casi antes de llegar. Así pues, hay que
proyectar el espíritu al pasado y evocar cualquier cosa que
nos deleitó en alguna ocasión y examinarla una y otra vez
con el pensamiento; el recuerdo de los placeres es más du-
4 radero y más constante que su presencia. Incluye, por tanto,
entre tus mayores bienes el haber tenido un hermano exce-
lente: no hay razón para que pienses cuánto tiempo más
hubieras podido tenerlo, sino cuánto tiempo lo has tenido.
La naturaleza no te lo dio en propiedad, como tampoco a los
demás sus hermanos, sino que te lo prestó. Cuando le ha pa-
recido, te lo ha reclamado al punto y en esto no se ha guiado
5 por tu hartazgo sino por su criterio. Si alguien se disgusta
por haber devuelto un dinero prestado, es más, uno cuyo
uso recibió sin intereses, ¿no se le tendrá por un hombre
injusto? La naturaleza le dio la vida a tu hermano, te la dio a
ti también: si ella, haciendo uso de su derecho, ha reclama-
do más pronto su deuda a quien quiso, no es culpable ella,
cuyas condiciones estaban bien claras, sino la codiciosa es-
peranza del espíritu mortal, que tantas veces olvida qué es la
naturaleza y nunca se acuerda de su destino más que cuando
6 recibe una advertencia. Así pues, alégrate de haber tenido

un hermano tan bueno y su usufructo; a pesar de que haya sido más corto que tu deseo, dalo por bueno. Piensa que ha sido agradabilísimo haberlo tenido, humano, haberlo perdido; pues nada hay más incongruente que trastornarse uno porque un hermano así le haya correspondido por poco tiempo y no alegrarse porque, con todo, le ha correspondido.

—Pero me ha sido arrebatado cuando menos lo espera- 11
ba—. A cada uno lo engaña su credulidad y su voluntario olvido de la mortalidad de aquello que aprecia. La naturaleza no ha manifestado a nadie que esté dispuesta a hacerle gracia de su ley inexorable. Cada día pasan ante nuestros ojos los funerales de conocidos y desconocidos y sin embargo nosotros nos dedicamos a otras cosas y consideramos repentino lo que toda la vida se nos anuncia como venidero. Por lo tanto, no hay tal iniquidad de los hados, sino vicio del todo insaciable de la mente humana, que se irrita por salir de donde había sido admitida transitoriamente. Cuánto 2
más justo aquel que, al serle anunciada la muerte de su hijo, pronunció estas palabras dignas de un gran varón:

Yo, cuando lo engendré, sabía ya que tenía que morir[12].

En absoluto te extrañes de que de este hombre naciera quien supiera morir valientemente. No recibió la muerte de su hijo como una noticia sorprendente. Pues ¿qué hay de sorprendente en que se muera un hombre, cuya vida entera no es otra cosa que un viaje hacia la muerte?

Yo, cuando lo engendré, sabía ya que tenía que morir. 3

---

[12] Séneca cita un verso del *Telamón* de Ennio (cf. Q. ENNIO, *Fragmentos*, ed. M. SEGURA, Madrid, 1984, pág. 29), modificándolo ligeramente, pues en la versión original Telamón se refiere a sus dos hijos, Áyax y Teucro.

Luego añadió algo que demostraba aún mayor sensatez y entereza:

y para esto lo crié[13].

A todos nos crían para esto; quienquiera que es engendrado a la vida está destinado a la muerte. Alegrémonos por lo que nos den y devolvámoslo cuando nos lo reclamen. A cada uno en su momento lo atraparán los hados, a nadie pasarán por alto: que permanezca en guardia el espíritu y no sienta nunca temor por lo que es inevitable, que aguarde
4 siempre lo que es inseguro. ¿A qué voy a mencionar a los generales y a los descendientes de generales, y a los personajes ilustres por sus numerosos consulados o triunfos, que cumplieron con su destino inexorable? Reinos enteros con sus reyes y naciones con sus gentes sufrieron su destino: todos, mejor dicho, todo tiene como meta su último día. El final no es el mismo para todo el mundo: a uno lo abandona la vida en mitad de la carrera, a otro lo deja en la salida misma, a otro a duras penas le permite irse en la vejez más extrema, ya cansado y deseando retirarse; en uno u otro momento, es cierto, pero todos nos encaminamos al mismo lugar. No sé si es más estúpido ignorar la ley de la mortali-
5 dad o más desvergonzado rechazarla. Venga, toma en tus manos las poesías de uno cualquiera de los dos autores que se han visto difundidos gracias a la intensa labor de tu talento y que tú has puesto en prosa de tal manera que, aunque haya desaparecido su estructura, permanece su encanto (pues los has traducido de una lengua a otra de tal modo que, cosa por demás difícil, todas sus virtudes te han segui-

[13] Ennio, y Séneca acto seguido, emplea el verbo *tollere*, «levantar»: el padre alzaba al recién nacido en sus brazos, simbolizando así su reconocimiento y su intención de criarlo.

do a un lenguaje extraño a ellas): entre esos escritos no habrá ningún libro que no te proporcione múltiples ejemplos de la inconstancia humana y de calamidades imprevistas y de lágrimas derramadas por un motivo u otro. Lee con 6
cuánto aliento has hecho estremecer el aire con magníficas palabras: te avergonzará desfallecer de repente y desmentir tanta grandeza como hay en tu prosa. No des lugar a que alguien que admire sin medida tus escritos se pregunte cómo ha concebido un espíritu tan frágil pensamientos tan grandiosos y tan consistentes.

Es mejor que, de esas circunstancias que te atormentan, 12
te vuelvas a éstas, tan numerosas e importantes, que te consuelan, y mires a tus excelentes hermanos, mires a tu esposa, a tu hijo mires: la salvación de todos éstos la ha acordado contigo la suerte, a cambio de esta parte. Tienes muchos en quienes hallar alivio: guárdate de esta vergüenza, que no les parezca a todos que un solo dolor tiene más dominio sobre ti que estos consuelos tan numerosos. Ves que todos 2
ellos han sido golpeados al tiempo que tú y que no pueden acudir en tu ayuda, más aún, comprendes que incluso esperan ser socorridos por tí; y por eso, en la medida en que poseen menos instrucción y talento, más preciso es que hagas frente tú a la desgracia común. Por otro lado, también sirve de consuelo repartir entre muchos el dolor de uno; el mal, como se distribuye entre varios, tiene que reducirse en ti a una mínima parte.

No dejaré de hacerte presente constantemente a César: 3
mientras gobierne él las tierras y muestre cuánto mejor se guarda el poder con favores que con armas, mientras esté él al frente de los destinos de los hombres, no hay peligro de que sientas que has perdido algo: en él solo tienes protección suficiente, consuelo suficiente. Álzate y cuantas veces acudan las lágrimas a tus ojos, otras tantas dirígelos a César:

se secarán con la contemplación de la más grande y más brillante divinidad; su resplandor los deslumbrará de manera que no puedan mirar ninguna otra cosa, y los mantendrá
4 clavados en él. En éste tienes que pensar, a quien contemplas día y noche, de quien nunca desvías tu atención, a él tienes que recurrir contra la suerte. Y, puesto que muestra tanta bondad y tanta benevolencia hacia todos los suyos, no dudo que ya habrá restañado esta herida tuya con numerosos consuelos y habrá hecho acopio de todo lo que pudiera hacer frente a tu dolor. Por otra parte, aunque no haya hecho nada de esto, ¿acaso tan sólo la propia contemplación y el pensar en César no son por sí mismos el mayor consuelo para
5 ti? Que los dioses y las diosas lo tengan largo tiempo prestado a la tierra. Que iguale los hechos del divino Augusto, que sobrepase sus años. Que mientras esté entre los mortales no sienta que haya nada mortal en su familia. Que por largo tiempo con su autoridad acredite a su hijo como dirigente del imperio romano y que lo vea como colega de su padre antes que como sucesor. Que sea lejano y conocido únicamente por nuestros nietos el día en que su linaje lo reivindique para el cielo.

13 Aparta de él tus manos, fortuna, y no hagas en él ostentación de tu poder, salvo en lo que le seas de provecho. Permite que cure al género humano ya tanto tiempo enfermo y exhausto, permite que restaure y restablezca a su estado natural todo lo que arruinó la locura del príncipe precedente[14]. Que este astro, que brilla para un mundo arrojado al abismo y hundido en las tinieblas, resplandezca por siem-
2 pre. Que pacifique Germania y abra el camino a Britania[15],

[14] Como es sabido, Claudio sucedió a su sobrino Calígula, cuya demencia era proclamada por todos, una vez muerto, claro está.

[15] Esta pomposa pacificación de Germania se reduce a una victoria sobre la tribu de los caucos por parte de Gabinio Segundo (cf. SUETONIO,

que celebre los triunfos de su padre y además otros nuevos[16]; de éstos yo también voy a ser espectador, eso me lo garantiza su clemencia, que ocupa el primer lugar entre sus virtudes. En efecto, no me hizo caer como si no quisiera él volverme a levantar, es más, ni siquiera me hizo caer, sino que me sostuvo cuando me empujó la fortuna y estaba tambaleándome, y haciendo uso del poder de su divina mano me depositó suavemente en tierra cuando me desplomaba al precipicio. Intercedió por mí ante el senado y no sólo me
dio la vida sino que la pidió. Él decidirá: que juzgue mi 3
causa como él quiera que sea; que su equidad la reconozca como buena o la haga buena su clemencia: una u otra cosa la recibiré por igual como un favor suyo, ya sea que me sepa inocente, ya sea que lo quiera. Entre tanto, es eficaz consuelo de mis desdichas ver su misericordia extendiéndose por el orbe entero; puesto que ella ha desenterrado de este rincón mismo en que estoy hundido a bastantes que ya estaban sepultados bajo los escombros de muchos años y los ha devuelto a la luz, no temo que me pase por alto a mí. Ahora bien, él sabe perfectamente el momento en que debe acudir en auxilio de cada uno; yo pondré todo mi
empeño para que no se avergüence de llegar hasta mí. 4
¡Bienaventurada tu clemencia, César, pues hace que los desterrados lleven bajo tu gobierno una vida más tranquila

---

Claudio 24, 3). La expedición contra Britania ya nos es conocida (cf. n. 8); el problema es que de la expresión de Séneca no se puede deducir si era aún un proyecto o ya una realidad, ni sacar en consecuencia conclusiones sobre una fecha más precisa de composición para esta obra.

[16] Los triunfos de Druso Germánico (cf. *Marcia* n. 5) y el de Claudio sobre Britania; de hecho, permitió regresar a algunos desterrados para que pudieran contemplarlo (SUETONIO, *Claudio* 17, 3); ya antes había rehabilitado a unos pocos exiliados, como recuerda el propio Séneca más adelante, pero siempre siguiendo las propuestas del senado (SUETONIO, *ibid.* 12, 1).

que la que llevaron hace poco los notables bajo Gayo![17]. No tiemblan ni aguardan la espada a cada hora, ni se aterrorizan a la vista de cualquier nave; gracias a ti obtienen la moderación de la suerte rigurosa tanto como la esperanza de otra mejor y la tranquilidad de la presente. Que sepas, en fin, que son muy justos los rayos que veneran incluso los heridos por ellos.

14 Así pues, este príncipe que es consuelo común de todos los hombres, o mucho me equivoco o ya ha reconfortado tu espíritu y procurado, para una herida tan grande, remedios mayores. Ya te ha restablecido por todos los medios, ya, merced a su infalible memoria, te ha referido todos los ejemplos que pudieran inducirte a la serenidad, ya te ha expuesto con la elocuencia en él habitual los preceptos de to-
2 dos los sabios. Así pues, nadie habrá desempeñado mejor este papel de consejero: si las dice él, las palabras tendrán otro peso, como emitidas por un oráculo; su autoridad divina quebrantará toda la violencia de tu dolor. Supón, por tanto, que te dice: «No te ha escogido a ti solo la suerte para infligir una afrenta tan penosa. Ninguna casa en el orbe entero hay ni ha habido sin algún motivo para llorar. Pasaré por alto los ejemplos corrientes que, aunque de menor importancia, son sin embargo incontables, y te llevaré a los
3 fastos y a los anales publicos. ¿Ves todas estas estatuas que han acabado llenando el atrio de los Césares? Ninguna de ellas deja de ser notable por algún perjuicio de los suyos; ninguno de estos varones que brillaron para ornato de los siglos ha dejado de verse atormentado por la añoranza de los suyos o añorado por los suyos en medio del más hondo sufrimiento.

---

[17] Calígula (cf. *Helvia* n. 17).

¿A qué hablarte de Escipión Africano[18], a quien notifi- 4
caron en el exilio la muerte de su hermano? El hermano que
había sustraído a su hermano a la cárcel no pudo sustraerlo
al hado; y para todo el mundo fue evidente qué rebelde a la
legalidad se mostró el cariño del Africano; el mismo día, en
efecto, en que arrancó a su hermano de las manos del al-
guacil, llegó incluso a oponerse, siendo un particular, a un
tribuno de la plebe[19]. Sin embargo, añoró a su hermano con
tanta entereza como lo había defendido. ¿A qué hablar de 5
Escipión Emiliano[20], que casi al mismo tiempo contempló
el triunfo de su padre y los funerales de dos hermanos? Jo-
vencito, prácticamente un niño, soportó sin embargo aquella
repentina ruina de su familia, que se derrumbaba encima
mismo del triunfo de Paulo, con tanta entereza como debía
soportarla el hombre nacido justamente para que a la ciudad
de los romanos le perviviera un Escipión y no le sobrevivie-
ra Cartago.

¿A qué hablar de la buena armonía entre los dos Lucu- 15
los[21], interrumpida por la muerte? ¿A qué, de los dos Pom-

---

[18] No podían hallarse las *imagines* de los Escipiones en el atrio del palacio imperial, pues no formaban parte de la familia; este Africano fue el primero en ganarse este *cognomen*, Publio Cornelio Escipión, que intentó defender a su hermano, Lucio Cornelio Escipión Asiático, y librarlo de la cárcel, a la que lo había condenado un decreto de los tribunos de la plebe (cf. TITO LIVIO, XXXVIII 54-56).

[19] Llamado Augurino; fue el promotor de la orden de prisión contra el Asiático (AULO GELIO, VI 19, 2).

[20] Cf. *Marcia* n. 18.

[21] Lucio Licinio Luculo (c. 117-c. 57 a. C.) fue el vencedor de Mitridates en Ténedos, y posteriormente se hizo famoso por sus riquezas y sus banquetes suntuosos; de su hermano Marco se sabe que fue cónsul en el año 73 a. C.

peyos?[22]. A éstos la suerte en su saña ni siquiera les concedió derrumbarse por fin en una misma caída. Sexto Pompeyo sobrevivió primero a su hermana[23], a cuya muerte quedaron desligadas las ataduras de la paz romana, perfectamente amarrada, y también él sobrevivió a su excelente hermano, al que la suerte había elevado sólo para que no cayera de una altura menor de la que cayó su padre; y sin embargo, tras esta desgracia Sexto Pompeyo fue capaz de
2 enfrentarse no sólo al dolor sino también a la guerra. Por todas partes se nos ofrecen innumerables ejemplos de hermanos separados por la muerte, más bien al contrario, a duras penas alguna vez se ha visto una pareja de ellos envejeciendo juntos. Pero me contentaré con los ejemplos de nuestra casa; nadie habrá, en efecto, tan falto de sentimientos y de sensatez que se queje de que la suerte ha hecho caer el luto sobre alguien, una vez que sepa que ella ha codiciado incluso las lágrimas de los Césares.

3 El divino Augusto perdió a su queridísima hermana Octavia[24] y la naturaleza no lo eximió de la obligación de llorar ni siquiera a él, a quien tenía destinado el cielo. Más aún, también él, después de verse maltratado por toda clase de quebrantos familiares, perdió al hijo de su hermana[25], al que había dispuesto para sucederle; en fin, por no enumerar

---

[22] Los hijos de Pompeyo Magno: Gneo, muerto tras la batalla de Munda (45 a. C.), y Sexto, que continuó la lucha contra el segundo triunvirato hasta ser derrotado por Agripa en el año 36 a. C. y muerto en Mileto uno después.

[23] Séneca confunde a Pompeya, la hermana de Sexto, con la madrastra de ambos, Julia, la hija de César casada por conveniencia política con Pompeyo (cf. *Marcia* 14, 3, y n. 21; también K. ABEL, «Exegetisches zu Senecas Dialogen XI 15, 1», *Rhein. Mus.* 105 (1962), 376-377).

[24] De nuevo una especie de histerología: Octavia murió en el año 11 a. C., doce después que su hijo.

[25] Marcelo (cf. *Marcia* n. 3).

uno a uno sus lutos, perdió a sus yernos, a sus hijos y además a sus nietos[26], y nadie entre todos los mortales sintió más que era hombre, mientras estuvo entre los hombres. Con todo, a tantos y tan hondos lutos dio cabida en su corazón, en el que todo cabía, y el divino Augusto resultó vencedor no tan sólo de los pueblos extranjeros sino también de sus penas.

Gayo César, hijo y nieto del divino Augusto, mi tío 4
abuelo[27], en los primeros años de su juventud, en plenos preparativos de la guerra contra los partos, perdió a su queridísimo hermano Lucio, un príncipe de la juventud a otro príncipe de la juventud, y fue herido en su espíritu con un golpe mucho más duro que el que luego recibió en el cuerpo; ambos los soportó por igual, muy pacientemente y muy valerosamente.

Tiberio César, mi tío, a Druso Germánico, mi padre y 5
hermano menor suyo, cuando estaba abriéndose paso por el interior de Germania y sometiendo al poder de Roma a pueblos belicosísimos, lo vio morir entre sus abrazos y sus besos[28]; sin embargo, fijó un límite al duelo, no únicamente para sí mismo, sino también para los demás e hizo regresar a los usos de un luto romano al ejército entero, no sólo afli-

---

[26] Los yernos, Marcelo, ya mencionado, y Marco Vipsanio Agripa (muerto en el 12 a. C.), maridos sucesivos de su única hija Julia; el plural «hijos» se explica porque adoptó a sus nietos y a sus hijastros (cf. *Marcia* n. 24); esto aclara el que a continuación Séneca llame «hijo y nieto de Augusto» a Gayo César; éste y su hermano Lucio habían sido distinguidos con el título honorífico al que hace alusión Séneca.

[27] Dado que Augusto adoptó a Tiberio, tío de Claudio.

[28] Druso cayó enfermo en Germania, adonde acudió Tiberio a marchas tan forzadas que aún halló a su hermano con vida (DIÓN CASIO, LV 2, 1; SUETONIO, *Tiberio* 7, 3; *Consolación a Livia* 89-94). Una vez muerto Druso, Tiberio impidió que sus soldados incineraran allí mismo su cadáver, que fue transportado hasta Roma para ser enterrado (*Marcia* 2, 1-2).

gido sino también aturdido, que reclamaba el cuerpo de su Druso, y declaró que había que mantener la disciplina no únicamente en su oficio de soldados, sino también en sus muestras de dolor. No habría él podido contener las lágrimas de otros si antes no hubiera reprimido las suyas.

16 Marco Antonio, mi abuelo[29], no inferior a nadie más que a aquel por quien fue derrotado, en la época en que estaba consolidando la república e, investido de la potestad triunviral, no veía nada por encima de él, sino que todo, excepto a sus dos colegas, lo contemplaba a sus pies, supo de
2 oídas que su hermano había sido asesinado[30]. ¡Tiránica suerte, qué burlas te gastas con las desgracias de los hombres! Precisamente al tiempo que Marco Antonio actuaba como árbitro de la vida y de la muerte de sus conciudadanos, se daba la orden de que el hermano de Marco Antonio fuera ejecutado. Sin embargo, Marco Antonio soportó este golpe tan amargo con la misma grandeza de ánimo con que había sobrellevado todas las demás contrariedades, y su duelo consistió en vengar a su hermano con la sangre de veinte legiones[31].

3 Pero, por omitir todos los demás ejemplos y no mencionar otras muertes que también me afectaron, dos veces me acometió la suerte con un luto por un hermano[32], dos veces

---

[29] Cf. *Marcia* n. 8. Marco Antonio fue derrotado por Augusto (aún Octavio) en Accio en el año 31 a. C.

[30] Gayo Antonio, pretor en el año 44 a. C., fue condenado y ejecutado por orden de Bruto en Macedonia el año 43, precisamente el mismo en que su hermano Marco, Octavio y Lépido se asociaban para constituir el segundo triunvirato.

[31] Hipérbole evidente: el ejército de Bruto y Casio (cf. *Helvia* n. 25) derrotado por Marco Antonio y Octavio en Filipos (42 a. C.) no contaba con tantas legiones ni fue aniquilado hasta el último soldado.

[32] Claudio tuvo efectivamente dos hermanos (cf. *Marcia* n. 8), que murieron antes que él; sin embargo, aunque insiste en el número, sólo

comprendió que se me podía malherir pero no se me podía derrotar: perdí a mi hermano Germánico; cuánto lo quise lo comprende enseguida cualquiera que piense cuánto quieren a sus hermanos los hermanos afectuosos; sin embargo, ajusté mis sentimientos de manera que ni descuidé nada que se debiera exigir a un buen hermano ni hice nada que se pudiera censurar en un príncipe»[33].

Supón entonces que el padre del pueblo te cita estos 4 ejemplos y que a la vez te muestra hasta qué punto nada hay sagrado ni intocable para la suerte, que ha osado sacar cortejos fúnebres de estos penates de los que luego iba a requerir dioses[34]. Así pues, no se extrañe nadie de que ella haga algo con crueldad o inicuamente: ¿puede, en efecto, conocer algún tipo de equidad o de moderación respecto a las casas particulares ella, cuya saña implacable ha mancillado los sitiales mismos de los dioses?[35]. Por más que le hagamos re- 5 proches no por boca nuestra únicamente, sino también por la de todos, no cambiará; se erguirá frente a todas las súplicas y todas las quejas. Así ha sido la fortuna en los asuntos de los hombres, así será: nada ha dejado sin intentar, nada dejará sin tocar; marchará arrebatada por todas partes, tal como ha acostumbrado siempre, atreviéndose a entrar a cometer injusticias incluso en las casas a las que se accede a

---

menciona luego a uno, Germánico, padre de Calígula, muerto, como su padre Druso, de una enfermedad repentina y casi sospechosa (SUETONIO, *Calígula* 1, 3); sería humillante para Claudio recordar que su hermana Livila, casada con Druso, hijo de Tiberio, había sido condenada por éste como adúltera y asesina de su esposo en el año 31 d. C.

[33] Cuando murió Germánico Claudio no era, evidentemente, emperador, ni podía nadie sospechar siquiera que llegara a serlo.

[34] Cf. *Marcia*, notas 23 y 51.

[35] Traducción aproximada de *puluinaria*, propiamente los almohadones en que se recostaban las imágenes de los dioses en la celebración de un *lectisternium* o festín sagrado.

través de templos[36], y a las puertas coronadas de laurel[37] les
6 impondrá negros velos. Contentémonos con alcanzar de ella, mediante ofrendas y peticiones públicas, si aún no le ha parecido bien aniquilar al género humano, si todavía contempla favorable el nombre de Roma, únicamente que a este príncipe, que nos ha sido concedido en plena decadencia de la humanidad, lo considere intocable para ella tal como para todos los mortales; que aprenda clemencia de él y se muestre benigna con el más benigno de los príncipes.

17 Así pues, debes fijarte en todos aquellos que hace poco he citado, admitidos al cielo o muy cercanos, y soportar con serenidad la suerte, que también hacia ti tiende sus manos, que no mantiene alejadas ni siquiera de aquellos por quienes juramos[38]; debes imitar su firmeza en sobrellevar y superar sus penalidades, al menos en la medida en que le es posible
2 a un hombre seguir los pasos de los dioses. A pesar de que en otros aspectos ⟨haya⟩ profundas diferencias en cuanto a honores y títulos, la virtud está situada al alcance de todos: no rechaza a nadie que al menos se considere digno de ella. Ciertamente, harás muy bien en imitar a los que, aunque podían indignarse por no estar exentos de esta desgracia, sin embargo no juzgaron una injusticia, sino justicia de la naturaleza mortal, el verse igualados sólo en esto al resto de los hombres, y soportaron lo que les había ocurrido no con as-

---

[36] Quizá se refiere a los muchos templos que rodeaban el palacio en el Palatino, o más probablemente a la reforma de Calígula, que lo amplió, prolongando un ala hasta el foro; el templo de Cástor y Pólux quedó convertido en vestíbulo del palacio (SUETONIO, *Calígula* 22, 2).

[37] Desde que Octavio tomó el sobrenombre de Augusto (SUETONIO, *Augusto* 7, 2), las puertas del palacio se adornaban con coronas de laurel, símbolo de ese carácter «sagrado».

[38] No era raro jurar por César o por Augusto, como dioses que eran (cf. HORACIO, *Epístolas* II 1, 6). El propio Claudio usaba el nombre de Augusto para sus más solemnes juramentos (SUETONIO, *Claudio* 11, 2).

pereza y amargura excesivas ni tampoco blanda y afeminadamente: en efecto, no sentir las desgracias es impropio de las personas, del mismo modo que no soportarlas es impropio del varón.

Sin embargo, al repasar los Césares a quienes la suerte 3
arrebató hermanos y hermanas, no puedo pasar por alto a ese que se debe excluir radicalmente del número de los Césares, a quien engendró la naturaleza para perdición y oprobio del género humano; cuyo imperio, por él mismo asolado y destruido de raíz, restaura la benevolencia de un benignísimo príncipe. Cuando perdió a su hermana Drusi- 4
la[39], Gayo César, ese hombre que no era más capaz de penar que de gozar como un príncipe, rehuyó el contacto y la conversación de sus conciudadanos, no asistió a las exequias de su hermana, no le rindió los honores debidos a una hermana, sino que en su villa de Alba aliviaba las tristezas de esa muerte tan prematura con tableros, dados y otras triviales actividades de esta índole. ¡Qué vergüenza para el imperio! ¡El juego fue el consuelo de un príncipe romano de luto por su hermana! Ese mismo Gayo, con volubilidad de demente, 5
que tan pronto se dejaba crecer barba y cabello como recorría sin rumbo fijo las costas de Italia y Sicilia, sin estar nunca bastante seguro de si quería que su hermana fuera llorada o venerada, al mismo tiempo que le erigía templos y tronos, imponía crudelísimos castigos a quienes se habían mostrado poco afligidos; pues con la misma turbulencia de espíritu soportaba los golpes de la adversidad como, exaltado por la llegada de la prosperidad, se engreía por encima de la condición humana. Lejos de todo varón romano esté 6

[39] Calígula tuvo relaciones incestuosas con sus tres hermanas, pero la favorita con mucho fue Drusila, a la que rindió honores divinos tras su muerte (cf. Suetonio, *Calígula* 24, 1-2).

un ejemplo tal: distraer el luto con pasatiempos inoportunos, o avivarlo con una repugnante suciedad y sordidez, o entretenerlo con los sufrimientos de otros, un consuelo absolutamente inhumano.

18 Por tu parte, no tienes que variar en nada tus costumbres, puesto que determinaste consagrarte a los estudios que aumentan perfectamente la felicidad tanto como fácilmente aminoran la adversidad, los mismos que son para el hombre la mayor distinción y también el mayor consuelo. Sumérgete ahora, por tanto, más profundamente en tus estudios, ponlos ahora a tu alrededor como defensas de tu espíritu, para que el dolor no encuentre acceso a ti por parte alguna.
2 Haz perdurar también la memoria de tu hermano con algún recuerdo en tus escritos: pues esta obra es la única entre las humanas a la que ningún contratiempo puede perjudicar, que no puede consumir ninguna vejez. Las restantes, que consisten en estructuras de piedra y masas de mármol o túmulos de tierra alzados a inmensa altura, no subsisten largo tiempo, ya que también ellas desaparecen: la memoria del ingenio es inmortal. Ésta es la que debes prodigar a tu hermano, en ésta debes darle un lugar; harás mejor en eternizarlo con un ingenio por siempre duradero, que en llorarlo con un dolor inútil.

3 En lo que se refiere a la suerte en sí, aunque por ahora no se puede defender su causa ante ti (pues todo lo que nos ha dado, precisamente por habernos privado de una parte, nos resulta aborrecible), habrá que defenderla tan pronto como el tiempo te haya hecho juez más imparcial respecto a ella, pues entonces podrás reconciliarte con ella. En efecto, te dio por anticipado muchas cosas con que compensar esta injusticia, te concederá aún muchas con que repararla; y por último, eso mismo que te ha sustraído, ella misma te lo ha-
4 bía dado. Por consiguiente, no emplees contra ti tu ingenio,

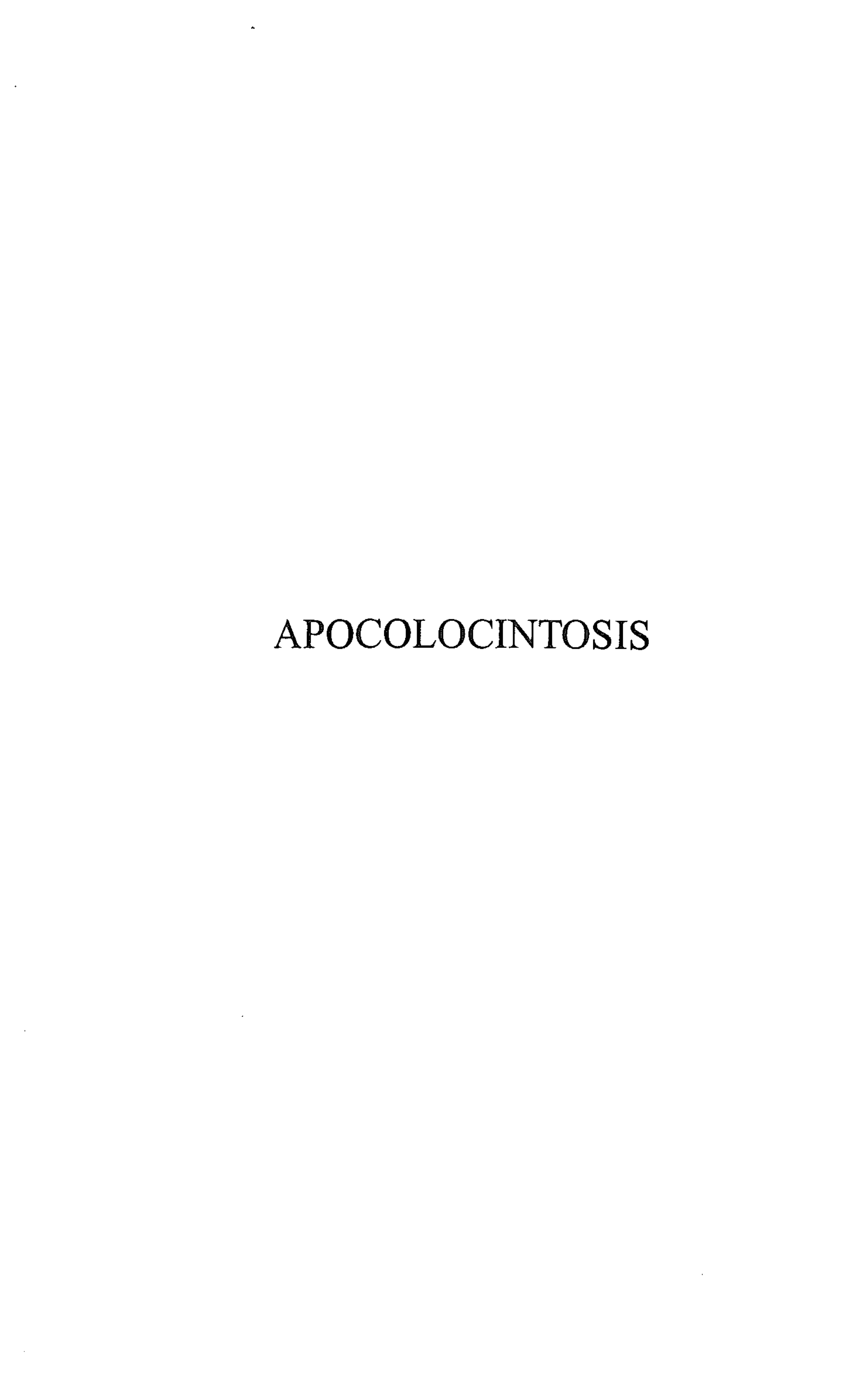
no colabores con tu dolor. Sin duda tu elocuencia es capaz
de hacer pasar por importante lo que es intrascendente y, al
contrario, de rebajar lo importante y reducirlo a nimiedad;
pero que guarde para otra ocasión estas facultades, ahora
que se dedique enteramente a tu consuelo. Y, de todos mo-
dos, fíjate, no vaya a ser esto superfluo también; pues la
naturaleza nos exige muy poco y por culpa de las aparien-
cias se acumula más. Ahora bien, yo nunca te exigiré que no 5
te aflijas en absoluto. Ya sé que se encuentran algunos
hombres de sabiduría más insensible que valerosa, que lle-
gan a afirmar que el sabio no debe sufrir: éstos me parece
que nunca se han topado con una desgracia así; de lo con-
trario, la suerte les habría sacudido su ciencia pretenciosa y
les habría obligado, aunque no quisieran, a admitir la ver-
dad. Bastante hará la razón si suprime sólo lo que es super- 6
fluo y excesivo en el dolor; mas que admita que éste no
existe en absoluto, nadie debe ni esperarlo ni desearlo.
Guarde más bien estos límites, de modo que ni dé muestras
de insensibilidad ni de insensatez, y nos mantenga dentro de
la actitud propia de una mente sensible, no de una perturba-
da: que corran las lágrimas, pero que también ellas termi-
nen; que se profieran quejidos desde lo hondo del corazón,
pero que también ellos se concluyan; gobierna tus senti-
mientos de manera que puedas ganarte tanto la aprobación
de los sabios como de tus hermanos. Debes conseguir de- 7
sear que la memoria de tu hermano se te presente a cada pa-
so, mencionarlo en tus conversaciones y también evocarlo
en repetidos recuerdos, cosa que podrás lograr sólo si te ha-
ces su memoria alegre antes que deplorable; pues es natural
que la mente rehuya siempre aquello a lo que regresa con
tristeza. Piensa en su discreción, piensa en su habilidad al 8
emprender sus cosas, en su laboriosidad al realizarlas, en su
seriedad al prometerlas. Todos sus dichos y sus hechos

cuéntaselos a los demás y también recuérdatelos a ti mismo. Piensa cómo fue y cómo se podía esperar que fuera; pues ¿qué no se podría garantizar con total seguridad de aquel hermano?

9 Esto lo he escrito tal como he podido, con mi espíritu debilitado y embotado por esta ya prolongada inactividad. Si te parece que no corresponde a tu talento o que no remedia tu dolor, piensa hasta qué punto no puede tener tiempo para consuelos ajenos uno al que tienen preocupado sus propias desdichas, y qué difícilmente se le ocurren palabras en buen latín a un hombre a cuyo alrededor resuena sólo el griterío inarticulado de los bárbaros, insoportable incluso para unos bárbaros más civilizados[40].

---

[40] A pesar de su cosmopolitismo teórico y del igualitarismo que pretendía en sus escritos, Séneca menospreciaba en realidad a los no grecorromanos, a los bárbaros (cf. M. Coccia, «Seneca e i barbari», *Rom. Bar.* 5 (1980), 61-87). Por su contacto con ellos Séneca ha olvidado el buen latín, como le sucedió a Ovidio (*Tristes* III 1, 17-18; V 12, 55-58). Cf. R. degl'Innocenti, «Echi delle elegie ovidiane dall'esilio nelle *Consolationes ad Helviam* e *ad Polybium*», *Stud. Ital. Filol. Class.* 52 (1980), 109-143.



APOCOLOCINTOSIS

INTRODUCCIÓN

1. La sátira

Cuando Quintiliano, al repasar y comparar los distintos géneros literarios en las dos lenguas clásicas, proclamó que la sátira, al menos, era completamente romana[1], no hacía otra cosa que mantener una opinión ya tradicional entre los cultivadores y teóricos del género, como también entre otros autores: Tito Livio, por ejemplo, proporciona unos datos, más bien dudosos, como se verá, referentes a la existencia de unas *saturae* anteriores al propio Andronico, unas piezas teatrales basadas en la improvisación del texto y el acompañamiento musical[2], que constituirían un antecedente puramente itálico a la sátira literaria. Y más tajante aún es la afirmación de Horacio cuando compara a los dos grandes satíricos anteriores a él, Lucilio y Ennio, y dice que aquél es más pulido que éste, «tosco creador de una poesía no tocada ni siquiera por los griegos»[3].

---

[1] «Pero la sátira es totalmente nuestra» (Quintiliano, X 1, 93).

[2] Tito Livio, VII 2, 4-10.

[3] Horacio, *Sátiras* I 10, 66.

Es cierto que Ennio (c. 239-c. 169 a. C.), entre su extensa producción, cuenta con cuatro libros de *saturae* (además de otros que, aun teniendo título propio, podrían considerarse también como tales), en cuyos escasos fragmentos conservados[4] puede observarse la diversidad como característica esencial, tanto en la forma (versos yámbicos, trocaicos, hexámetros y sotadeos) como en el contenido (que va desde la moral didáctica hasta la narración sin más, pasando por anécdotas cómicas o autobiográficas); carecen, sin embargo, de un rasgo esencial de la sátira posterior, la invectiva, el ataque personalizado o dirigido a criticar a la sociedad en general; pues, como dice el propio Ennio, no se deja llevar por la enemistad ni por la rabia[5].

Todo lo contrario de lo que hace Lucilio (c. 180-c. 102 a. C.), el aristócrata metido a bufón, que reconoce sin más ser como un perro rabioso: «con gesto y ojos de perro caeré sobre ellos»[6], sobre sus enemigos personales o contra individuos y costumbres censurables objetivamente; él es, pues, «inventor» de la sátira romana[7], al juntar la crítica razonada con la agresión individual, la intención moralizante de Ennio con la invectiva de los yambógrafos griegos, como Arquíloco e Hiponacte. Otros rasgos romanos que Lucilio ofrece en su obra son la ironía, muchas veces cáustica y feroz, los elementos autobiográficos, cuando discurre sobre

---

[4] ENNIO, *Fragmentos...*, págs. 136-140.

[5] «No es lo mío obrar como si me hubiera mordido un perro» (ENNIO, *Fragmentos...*, pág. 138).

[6] LUCILIO, *Carminum reliquiae*, F. MARX ed., Leipzig, 1904, frg. 1905-1906.

[7] R. CORTÉS, *Teoría de la sátira. Análisis de Apocolocyntosis de Séneca*, Cáceres, 1986, pág. 20. En general, para ampliar los puntos que aquí se esbozan superficialmente, o para verlos desde otra perspectiva, es muy recomendable este exhaustivo estudio sobre la sátira y sus técnicas (págs. 17-125).

sus sentimientos o experiencias, el realismo, poco dado a fantasías, y el gusto por la heterodoxia literaria: depués de unos pocos escarceos iniciales con los metros yambo-trocaicos, Lucilio se decanta por el empleo en exclusiva del hexámetro; este verso solemne, típico de la épica, contrasta fuertemente con los temas y la expresión coloquial de la sátira.

Con todo, se deja ver en Lucilio la influencia griega: el lenguaje popular que utiliza está salpicado de palabras en esta lengua[8], y citas, casi únicamente de Homero, adaptadas para cada caso, lejos muchas veces de su contexto original.

También tiene precedentes griegos la imitación burlesca de otros géneros, la parodia, que Lucilio practica sobre todo con la épica; así, cuando describe[9] la asamblea que celebran los dioses, rigiéndose por el protocolo del senado romano, para debatir qué han de hacer con Léntulo Lupo, el rival de Lucilio que acababa de morir, un indeseable que había sin embargo llegado a censor, y con Roma, que tal cosa había permitido: para castigar a la ciudad deciden enviar una tormenta sobre ella[10]; el probable castigo de Lupo no se ha conservado.

Puede, en fin, considerarse la sátira de Lucilio una creación original, pero que mezcla elementos latinos con otros griegos; no es absolutamente autóctona[11], como reco-

[8] Cf. Horacio, *Sátiras* I 10, 20-21.

[9] En el libro I de las sátiras; el modelo que parodia posiblemente sea el libro de los *Anales* de Ennio (pág. 55 de la ed. cit.).

[10] Lucilio escribió la sátira tras la muerte de su rival (c. 126 a. C.), pero también después de que cayera efectivamente sobre Roma una fuerte tormenta que provocó incluso corrimientos de tierra (cf. Julio Obsecuente, 29 [89]).

[11] La mención que hace Livio (cf. n. 2) de las sátiras teatrales preliterarias no pasa de ser un intento nacionalista para dotar al género de una tradición exclusivamente itálica.

noce el gramático Diomedes al definir el género en sus dos variantes temporales[12]: la más antigua, un poema compuesto de varios, cultivada por Ennio y su sobrino Pacuvio; la otra, una clase de poesía dedicada al vituperio y la maledicencia, a la crítica de los defectos ajenos, «compuesta al estilo de la Comedia Antigua» y cultivada por Lucilio, Horacio y Persio; en ambos casos la denominación es la misma, *satura,* nombre del que ofrece varias etimologías posibles; la acertada, según se piensa actualmente, es la que lo relaciona con el adjetivo *satur,* «lleno, abundante», que se aplicaba a una bandeja «colmada de muchas primicias variadas que entre los antiguos se ofrecía a los dioses en el transcurso de una ceremonia»; en su transformación metafórica acabó designando una poesía abigarrada en los temas, pero no en la forma, siempre hexamétrica, destinada a la burla de individuos y estamentos, y con una leve influencia griega.

Pero he aquí que, curiosamente, el único autor antiguo del que se tenga noticia de que titulara algunas de sus obras expresamente como *saturae,* Varrón[13], no presenta en ellas algunos de estos rasgos y, en cambio, otros los intensifica. Empezando por la influencia griega, Varrón la admite plenamente, pues las llamó «Sátiras menipeas», esto es, escritas al estilo de Menipo de Gádara[14], que había creado, en el siglo III a. C., un tipo especial de literatura, derivado en el contenido y el tono de la diatriba cínica, mordaz, agresiva y polemista[15]; Menipo suavizó un tanto esta malicia original

---

[12] Cf. H. Keil, *Grammatici Latini* I, Leipzig 1855-1923, pág. 485.

[13] Cf. *Helvia* n. 24. La información la proporciona Aulo Gelio, II 18, 7.

[14] Cf. Lesky, *Historia...*, págs. 701 y 872-873.

[15] Su representante más conspicuo fue Bión de Borístenes (cf. la Introducción a las *Consolaciones,* n. 5), hasta el punto de que Horacio

por medio de la fantasía, alejándose un poco del propósito moralizante y dedicándose a ridiculizar agudamente las convenciones sociales y los sistemas filosóficos; resulta una obra en la que se mezclaban las bromas con las veras, el lenguaje vulgar con el literario[16] y, en lo concerniente a la forma, la prosa con el verso.

Varrón, un personaje notorio por sus ideas conservadoras, al imitar a Menipo dejó de lado cuanto había en los cínicos de rebeldía contra el orden y las instituciones; su intención era instruir divirtiendo, y para ese propósito le resultó muy apropiada la unión de lo serio con lo jocoso[17], del humor con el adoctrinamiento moral, prácticamente sin críticas o, al menos, muy suaves. En la forma siguió a Menipo más de cerca: mezcló prosa con versos variadísimos (endecasílabos, sotadeos, escazontes, glicónicos, etc., pero ni un solo hexámetro); haciendo uso de un lenguaje rico en recursos (vulgarismos, arcaísmos —si es que no son lo mismo—, juegos de palabras, citas o incluso breves párrafos en griego), que pasa por toda la escala de registros, del vulgar al culto, a fin de adecuarse a las distintas escenas que muestra, con personajes reales o puramente imaginarios.

Indefectiblemente, pues, hay que volver a la doble definición de Diomedes, en lo esencial cierta, pero que se debe matizar: bajo la común denominación latina de *satura* hay

---

equipara el más hiriente sarcasmo con los dichos al estilo de Bión (*Epístolas* II 2, 60). Por otro lado, resulta cuando menos curioso que Ennio y Lucilio, para referirse a las críticas agresivas, empleen ambos la comparación con un perro, esto es, con un cínico.

[16] Puesto que de toda la obra de Menipo sólo se nos ha conservado algún que otro título, las conclusiones sobre su contenido se derivan del estudio de las de su seguidor declarado, Luciano de Samósata (s. II d. C.), que lo tomó como modelo e incluso lo hizo protagonista de algunas, como se verá.

[17] Cf. CORTÉS, *Teoría...*, pág. 22.

que distinguir dos variantes, estrechamente relacionadas y a la vez distintas. Características comunes son la heterogeneidad temática, la mezcla de estilos y registros, la disposición crítica y humorística; pero otros rasgos las diferencian claramente.

Por un lado está la sátira exclusivamente en verso y concretamente en hexámetros sólo (con la irrelevante excepción, ya mencionada arriba, de los cinco primeros libros de Lucilio), dedicada a la censura más o menos feroz, a la invectiva mordaz por motivos personales, a la ironía a veces cruel y sin sutilezas; por otro, la sátira que admite versos diversos (preferentemente no dactílicos) y, a partir de Varrón[18], mezclados con la prosa; más didáctica que crítica, con parodias amables y burlas, si las hay, refinadas y distantes.

Pues bien, ambas variantes las une Séneca en su obra.

2. La «Apocolocintosis»

Es innegable que tanto en la forma como en el contenido es básicamente una sátira menipea: combina prosa y verso, utiliza un lenguaje en ocasiones vulgar, otras culto y erudito, plagado de palabras, expresiones y citas griegas, prodigadas a la menor oportunidad; hace objeto de sus burlas a los historiadores (1, 1-2; 9, 2), a los poetas (2, 3) y su

[18] El hecho de que no lo mencione Diomedes entre los cultivadores de la sátira enniana se explica bien porque lo omite como a otros (Séneca y Petronio, Juvenal en la hexamétrica), bien porque con toda probabilidad la fuente del gramático es el propio Varrón, lo que ofrece el motivo más verosímil, puesto que no se citaría a sí mismo (cf. Cortés, *Teoría...*, págs. 19 y 24).

obra épica (4, 1) o trágica (7, 1), a los actores de comedia (4, 2), a los filósofos (2, 2), astrólogos (3, 2) y abogados (12, 2); una ridiculización universal, a la que no escapan ni los propios dioses, pero que tiene como objetivo principal al emperador Claudio.

También son de tradición menipea tres temas que tienen un papel relevante en la obra: la ascensión al cielo (5-7), la asamblea de los dioses (8-11, 5) y el descenso a los infiernos (11, 6-15). Todos ellos ya aparecen en la producción del epígono de Menipo, Luciano, sin que de ello se pueda justificadamente deducir una influencia directa de Menipo sobre Séneca[19], sino más bien indirecta, a través de la tradición satírica ya establecida, aunque este punto tampoco cabe demostrarlo satisfactoriamente, dado que todas las sátiras anteriores, hexamétricas o menipeas, nos han llegado en un estado lamentable[20], y de las menipeas concretamente, la única conservada casi completa es la *Apocolocintosis*[21].

Como quiera que sea, los paralelismos con algunas obras de Luciano[22] son evidentes e interesantes: en *Icaromenipo* el protagonista, un Menipo volador como el hijo de Dédalo, asciende al cielo huyendo de las controversias entre los filósofos; en *Zeus trágico* se describe una tumultuosa reunión de dioses turbados por la noticia de que entre estoicos y epicúreos van a demostrar su inexistencia, y en la

[19] Como pretendía O. Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis,* Berlín, 1923.

[20] Salvo las de Horacio. Para Ennio y Lucilio, cf. notas 4 y 6; en cuanto a Varrón, cf. la edición de J.-P. Cèbe, Roma, 1972-1975. De las sátiras de Pacuvio no hay restos.

[21] La sátira tiene una laguna de extensión imprecisable entre los capítulos 7 y 8.

[22] Cf. la edición de C. Jacobitz, Leipzig, 1871-1874.

Asamblea de los dioses, una en la que Momo, el dios que personifica la censura y el sarcasmo, critica la creación de nuevos dioses, simples advenedizos que restan credibilidad a los antiguos; el descenso al Hades aparece en *Menipo o la necromancia.* Y, en general, hay que advertir que la estructura dialogada de las obras de Luciano coincide también con las frecuentes conversaciones que mantienen los distintos personajes de la *Apocolocintosis.*

Con todo, también es innegable que ofrece características de la otra variante de la sátira, la hexamétrica, empezando precisamente por el empleo de este verso rechazado, como antes se ha visto, por Varrón; en la *Apocolocintosis,* por el contrario, es el más frecuente, seguido por el dímetro anapéstico y, ya a mucha distancia, por el senario yámbico; también esta escasa variedad contrasta con la multiplicidad de metros usados por Varrón.

Otras hay, como la insistencia de la comedia en el personaje de Hércules, vigoroso y violento, pero a la vez ingenuo y falto de luces[23]; la parodia de las asambleas de dioses típicas de la epopeya, similar a la que practica Lucilio, puesto que también en la *Apocolocintosis* los dioses siguen las formalidades de los debates senatoriales y se atienen a la terminología corriente en los mismos (9, 1; 11, 5) y discuten sobre el destino de un personaje ya fallecido (aquí Claudio, en Lucilio, Lupo), al que el autor odia de todo corazón. Esta circunstancia es principalmente la que aleja la sátira de Sé-

[23] Este héroe aparecía caricaturizado habitualmente como un bruto sólo preocupado de trasegar enormes cantidades de comida; así es, por ejemplo, el Heracles que acude a recibir a Pistetero en *Las aves* de Aristófanes. En realidad, también pueden deberse a la comedia otras características, como el tema de la ascensión al cielo o la invectiva personal (por continuar con Aristófanes, recuérdense sus continuos ataques contra Cleón o los viajes al cielo que emprenden personajes como Pistetero).

neca de las puramente menipeas y la aproxima a la invectiva de las hexamétricas: la *Apocolocintosis* es ante todo un ataque personal contra Claudio; el ridículo que alcanza a otros personajes, individualizados o genéricos, se transforma con él en una burla evidente o sutil, pero siempre feroz y despiadada, que no deja defecto ni manía libre del mordisco del sarcasmo.

En conclusión, la *Apocolocintosis* es una sátira fundamentalmente menipea[24] pero no menos claramente destinada a maltratar la memoria de una persona en concreto: no está lejos de poder ser definida como un auténtico libelo. Pero conviene aclarar que este problema de su clasificación literaria no es el único que plantea la *Apocolocintosis;* son más controvertidas aún las cuestiones referentes al título y su significado, a la autoría de Séneca y a cuándo y por qué la escribió.

1. *El título*

Las dos grandes familias de manuscritos que transmiten este libelo anticlaudiano lo titulan de manera distinta: una, *Diui Claudii apotheōsis per saturam,* otra, *Ludus de morte Claudii (Caesaris);* por otro lado, Dión Casio, cuando relata las bromas que entre los ingenios cortesanos suscitó la muerte de Claudio, afirma que «Séneca escribió una obra que tituló *Apokolokýntōsis,* igual que una *athanátisis»*[25],

---

[24] A las características ya enumeradas pueden añadirse otras que señala C. Mazzoli, «L'*Apocolocynthosis* di Seneca. Un 'monde à l'envers'», *Vichiana* 11 (1982), 193-211: provocación, gusto por la hipérbole y el contraste, y una suerte de realismo fantástico.

[25] Dión Casio, LX 35, 3. Interpretar así este pasaje es un error, según R. Roncali, *L'apoteosi negata. Apocolocyntosis,* Venecia, 1989, págs. 12-16: ella prefiere la variante de uno de los manuscritos de Dión Casio (en realidad, de un epitomista suyo, Juan Xifilino), *apocolocentosis,*

esto es, como una inmortalización, una divinización *(apothéōsis)*. Pues bien, comúnmente se acepta como original el título que transmite Dión Casio (y sólo él), porque los de la tradición manuscrita son bastante sospechosos: la obra no habla de una divinización ni siquiera burlesca (las pretensiones de Claudio, apoyado por Hércules, a la divinidad son rechazadas de plano), y la denominación de *ludus* aplicada a un escrito es muy rara y apenas sin antecedentes[26]; ambos parecen glosas con que algún gramático quiso aclarar el significado de una palabra tan extravagante como la ideada por Séneca, glosas que acabaron sustituyendo al extraño título original[27].

Éste se basaba, pues, en una parodia del término *apothéōsis:* siguiendo el mismo procedimiento de parasíntesis, pero cambiando el lexema *théos,* «dios», por *kolokýnte,* «calabaza»; un juego paralelo en castellano sería «calabacización»: pero Claudio no se transforma en calabaza, ni en ningún momento se menciona en el texto este fruto ni se alude a él. ¿A qué viene entonces este título? Desde los humanistas hasta la actualidad, una legión de filólogos ha dedicado sus esfuerzos a desentrañar su sentido, derrochando

«desgarramiento con garfios», y atribuye este neologismo al hermano de Séneca, Galión (cf. *Helvia,* notas 3 y 59), mencionado también en el mismo pasaje por Dión Casio, precisamente por haber tenido la ingeniosa ocurrencia de decir que Claudio había sido llevado al cielo con un garfio, como arrastraban a los criminales ajusticiados hasta el Tiber. Más tarde, los humanistas relacionaron este término con *colocynthe,* lo modificaron y lo adjudicaron como título a la obra de Séneca.

[26] Cf. Roncali, *L'Apoteosi...*, pág. 17.

[27] Cf. J. Gil, *Séneca. Apocolocintosis, Est. Clás.* supl. n.º 4, Madrid, 1971, pág. 123. Otra explicación del doble título (dos ediciones, cada una con uno distinto, de las que se ha conservado la segunda), en K. Barwick, «Senecas *Apocolocyntosis.* Eine zweite Ausgabe des Verfassers», *Rhein. Mus.* 92 (1943), 159-173.

ingenio en busca de la interpretación correcta; el resultado es también un cúmulo de explicaciones distintas, excesivamente sutiles algunas, que pueden clasificarse en dos grupos, según consideren que se alude a la conversión real o metafórica de Claudio en calabaza, o bien expliquen el término como una paráfrasis grotesca de «apoteosis», para la que el autor se sirvió de *kolokýntē* por diversas razones.

El primer grupo de teorías es el menos numeroso: un solo defensor tiene la transformación física de Claudio en calabaza[28], que tendría lugar en un supuesto final perdido; otros proponen una conversión sólo metafórica en calabaza, porque se usaba seca como orinal y resultaba un insulto su nombre (Lundström, 1900), bien porque se hace referencia con ello a un cubilete de dados, juego que apasionaba a Claudio[29], o en general a las variadas y vulgares aplicaciones que se le daban al fruto, con lo que se aludiría al destino en que acaba empleado Claudio[30], o, finalmente, porque «convertirse en calabaza» era una metáfora popular por «morir»: el emperador necio pretendía hacerse inmortal muriendo[31].

La segunda interpretación cuenta con más partidarios; ahora bien, el motivo de haberse escogido «calabaza» es muy distinto según unos y otros: porque recuerda que Claudio murió envenenado por una papilla pretendidamente

---

[28] Wachsmuth, en 1889, según GIL, *Séneca...*, pág. 124. La siguiente referencia también la doy gracias al mismo.

[29] F. A. TODD, «Some *cucurbitaceae* in Latin literature», *Class. Quart.* 37 (1943), 101-111.

[30] J. L. HELLER, «Notes on the meaning of *kolokýntē*», *Ill. Class. Stud.* 10 (1985), 67-117.

[31] F. MOSINO, «*Apokolokyntosis.* Una nuova ipotesi», *Paideia* 41 (1986), 240; de hecho, esta teoría ya había sido adelantada por Timpanaro Cardini (citado por GIL, *Séneca...*, pág. 125).

medicinal pero en realidad emponzoñada[32], cuyo ingrediente principal habría sido la calabaza silvestre de propiedades purgantes —Hadrianus Iunius, 1556[33]—, o bien la sustancia mortal fue una seta venenosa[34] llamada *kolokýntos* —Fabricius, 1728[35]—; ya sea que se hace mofa del culto a Cibeles y Atis, practicado por Claudio, en cuyos ritos se empleaba una calabaza[36]; o bien se insinúa un agravamiento del castigo habitual para los reos de adulterio, la *aporhaphanídōsis,* la introducción de un rábano por el recto, pena que a Claudio le será mucho más dolorosa porque se va a utilizar una calabaza[37]; o se compara al emperador fallecido con una calabaza, una pelota que va de mano en mano, rechazada por la tierra, el cielo y el infierno[38]; o, por último, se escogió este fruto para aludir a la visión defectuosa de Claudio[39].

Sin embargo, la interpretación que hace de «calabaza» un equivalente de «bobo», como sucedía en latín coloquial[40] y sucede en lenguas actuales (el catalán y el castellano, sin ir más lejos), y propone una alusión directa a la proverbial estupidez de Claudio, es la que parece más verosímil, desde

---

[32] Cf. SUETONIO, *Claudio* 44, 3.

[33] Citado gracias de nuevo a GIL, *Séneca...*, pág. 123.

[34] Cf. SUETONIO, *Claudio* 44, 2.

[35] Citado por RONCALI, *L'Apoteosi...*, pág. 17.

[36] L. DEROY, «Que signifie le titre de l'*Apocoloquintose?», Latomus* 10 (1951), 311-318.

[37] H. WAGENVOORT, «Quid significet *Apocolocyntosis?», Mnemosyne* 9 (1958), 340-342.

[38] A. N. ATHANASSAKIS, «Some evidence in defence of the title *Apocolocyntosis* for Seneca's satire», *Trans. Proc. Am. Philol. Asso.* 104 (1974), 11-21.

[39] R. KILPATRICK, «*Apocolocyntosis* and the vision of Claudius», *Class. Journ.* 74 (1979), 193-196.

[40] Cf. APULEYO, *El Asno de Oro* I 15, 2.

que Fromondus en 1672 explicó así la ironía: «Pues que un hombre se convierta en dios o en calabaza no es una metamorfosis tan singular ni desusada, pero una calabaza en dios, eso sí que es admirable»[41]. Ésta es la teoría aceptada por la mayor parte de los editores y traductores modernos de la *Apocolocintosis,* con alguna que otra puntualización en los matices por parte de los comentaristas[42]: bien sea que a Claudio ya en vida le motejaban de calabaza[43], bien sea un insulto *post mortem*[44], el título de la sátira basa su fuerza irónica en la mera pero efectiva sustitución de «dios» por «calabaza = tonto» en una palabra, apoteosis, que se empleaba corrientemente para designar un proceso casi habitual a la muerte de los emperadores o de un miembro de la familia imperial[45]. El receptor de la obra, lector u oyente, no podía dejar de sentirse atraído por un inicio tan inesperado y llamativo, ni de preguntarse qué vendría a continuación, que es, al fin y a la postre, lo que pretende todo título[46].

---

[41] Citado por RONCALI, *L'Apoteosi...,* pág. 18. Cf. también C. F. RUSSO, «Studi sulla *Diui Claudii Apocolocyntosis*», *Parol. Pass.* 1 (1946), 241-259.

[42] Cf., por ejemplo, J. M. HAARBERG, «The emperor as a saturnalian King. On the title of *Apocolocyntosis*», *Symb. Oslo.* 57 (1982), 109-114: el título alude a un personaje típico de estas fiestas, el rey de los locos (Claudio, por supuesto).

[43] D. HOYOS, «Gourd god!: the meaning of *Apocolocyntosis*», *Liverp. Class. Mon.* 16 (1991), 68-70.

[44] Cf. F. BORNMANN, «*Apocolocyntosis*», *Parol. Pass.* 5 (1950), 69-70.

[45] Como había sucedido con Claudio, de hecho oficialmente divinizado tras su muerte (TÁCITO, *Anales* XII 69; SUETONIO, *Claudio* 45, *Nerón* 9). En esto se basan algunos editores para titular el panfleto «Apocolocintosis del divino Claudio» (Bücheler, Waltz, Russo), reforzando la ironía con la contradicción y respetando de paso en parte el título de los códices.

[46] Otros posibles para la obra proponen E. MÜLLER-GRAUPA, «Zu Senecas *Apokolokyntosis*», *Philologus* 85 (1930), 312-321 *(Apokolokyn-*

2. *El autor*

Mucho menos controvertida que la cuestión del título (aunque en algo se relacionan) es la referente a si Séneca fue verdaderamente el autor de la *Apocolocintosis*, identificada con la sátira que los manuscritos transmiten con otro título y que todos atribuyen sin excepción a Séneca. Si esta identificación está justificada, como se ha visto antes, se sigue que fue Séneca quien realmente escribió el panfleto, pues el testimonio de Dión Casio, en el pasaje citado ya, es concluyente. Ahora bien, esta mención del historiador es la única en toda la antigüedad; argumentando con este silencio y fundándose en el doble título, hubo en el siglo pasado quienes intentaron exonerar a Séneca de haber producido una obra que tan poco se corresponde con su pretendida perfección moral[47]. Sin embargo, este argumento es producto de una visión excesivamente simplista e idealizada de la figura de Séneca, habitual en sus defensores a ultranza; es más bien propio, al contrario, del carácter versátil del filósofo, y digno de su reconocido y agudo ingenio[48] haber escrito, en abierta contradicción con sus obras más serias, esta jocosa burla, frívola a veces y a veces cruel[49].

---

tesis), y M. Pulbrook, «The title of Seneca's satire on Claudius», *Hermathena* 130-131 (1981), 113-114 *(Apokolokenosis);* Roncali, pese a discutir la autenticidad del título tradicional, acaba aceptándolo, aunque sólo sea como un hecho consumado.

[47] Así Stahr (1867) y Riese (1868): su teoría es que Séneca escribió una *Apocolocintosis* discretamente irónica, que se ha perdido, y un contemporáneo suyo anónimo el *Ludus,* de humor rastrero y mordaz contra Claudio y con miras políticas (cf. Gil, *Séneca...*, págs. 121-122).

[48] Cf. Tácito, *Anales* XIII 3.

[49] Cf. L. F. van Ryneveld, «On the authorship of the *Apocolocyntosis*», *Liverp. Class. Mon.* 13 (1988), 83-85.

De fecha más reciente, aunque no de mayor consistencia, son los argumentos que pergeñaron Baldwin[50] y Nony[51]. El primero se apoya en que, de todas las personas ejecutadas por orden de Claudio, en la *Apocolocintosis* se hace una selección (11, 5 y 13, 4-5), encaminada, según razones un tanto confusas, a favorecer a Británico en detrimento de Nerón; de ser así, evidentemente no la habría escrito Séneca, preceptor precisamente de Nerón.

Y tampoco resulta muy convincente el razonamiento de Nony: según él, los *Hispani* son citados en 3, 3 por confusión con los *Mauri;* este error no se habría producido si la *Apocolocintosis* hubiera sido escrita por Séneca, hispano él mismo e incapaz, por tanto, de un desliz así.

Salvo estas escasas opiniones discordantes, pues, la común y aceptada es la que afirma que Séneca escribió la *Apocolocintosis;* la cuestión que se plantea ahora es cuándo lo hizo.

3. *Fecha de composición*

Hay una característica común a todos los escritos satíricos, tanto los que dirigen sus críticas contra la sociedad o el estado como los que atacan concretamente a un individuo, el oportunismo: obtienen su fuerza de la prontitud con que se den a conocer, a la vez o poco después de aquello que satirizan[52]; y si es la víctima un personaje fallecido, el ataque debe seguir inmediatamente a su muerte, como hizo Lucilio con Lupo, antes de que se olviden sus hechos y sus

[50] B. BALDWIN, «Executions under Claudius. Seneca's *Ludus de morte Claudii»*, *Phoenix* 18 (1964), 39-48.

[51] D. NONY, «Claude et les espagnols, sur un passage de l'*Apocoloquintose»*, *Mél. Casa Veláz.* 4 (1968), 51-72.

[52] Cf. GIL, *Séneca...*, pág. 128.

rasgos y pierdan todo su impacto las ironías y alusiones malévolas que se hagan de ellos. Parece ésta razón suficiente para fechar la *Apocolocintosis* cerca del 13 de octubre del año 54, día en que murió Claudio, dejando el intervalo necesario para justificar la presencia de Narciso en los infiernos. Como este liberto de Claudio murió poco después que él, aunque no se sabe cuánto[53], se podría posponer la publicación del panfleto hasta las Saturnales de ese mismo año, esas fiestas de mediados de diciembre que daban ocasión para las burlas y las chanzas, aun malignas. Esta posibilidad fue ya contemplada por Bücheler en su edición comentada[54], y es la admitida generalmente hoy[55], incluso utilizada para explicar el título del libelo[56].

Sin embargo, no faltan aquí tampoco opiniones divergentes, que retrasan la publicación de la sátira hasta el año siguiente[57], hasta el 58 como mínimo[58], el 60[59], o incluso el 61 como fecha límite[60]. Todo depende de los objetivos distintos, dentro de ser todos políticos, que se le supongan a la *Apocolocintosis* y a su autor; pero muy bien pudo ser el

---

[53] Cf. TÁCITO, *Anales* XIII 1.

[54] F. BÜCHELER, *Kleine Schriften* I, Leipzig-Berlin, 1915, págs. 439-507.

[55] Cf. R. R. NAUTA, «Seneca's *Apocolocyntosis* as a Saturnalian literature», *Mnemosyne* 40 (1987), 69-96.

[56] HAARBERG, «The emperor...».

[57] G. RAMBELLI, «Il finale dell'*Apocolocyntosis* e la catabasi dell'*Hercules furens*», *Stu. Ita. Filol. Class.* 61 (1957), 9-28.

[58] BALDWIN, «Executions...», propone como *terminus post quem* el año 58, debido a las ideas contra Nerón que percibe en la *Apocolocintosis.*

[59] J. M. C. TOYNBEE, «*Nero artifex.* The *Apocolocyntosis* reconsidered», *Class. Quart.* 36 (1942), 83-93, supone que la ocasión de escribirla la ofrecieron los primeros *Neronia,* concursos artísticos y atléticos (SUETONIO, *Nerón* 12, 3), celebrados en el año 60.

[60] A. LUISI, «La sconsacrazione de Claudio e l'*Apocolocyntosis* di Seneca», *Cont. Ist. Storia Ant.* 7 (1981), 174-182.

motivo la mera venganza, que no conoce espera. Convendrá, pues, estudiar las varias razones que se han propuesto para justificar la publicación de la sátira, como conclusión de un examen somero de su contenido.

3. Análisis

Comienza la *Apocolocintosis* con un proemio en que socarronamente se garantiza la veracidad e imparcialidad de la narración que se va a emprender; y, de hecho, algunos detalles que Séneca da sobre la muerte de Claudio son auténticos, en tanto al menos que son proporcionados por los otros, también historiadores, pero verdaderos[61]. Con ellos termina prácticamente lo poco de cierto que tiene el relato: después de que Claudio acierta a morir por fin, se dirige al cielo, donde su llegada causa un cierto alboroto, en principio solucionado por un Hércules de opereta; sin que sepamos cómo, por la laguna ya mencionada que padece el texto, Claudio se alía con Hércules y éste apoya ante la asamblea celestial su candidatura a dios, que resulta rechazada y el pretendiente conminado de modo perentorio a abandonar el Olimpo; la sentencia se cumple sin más y Claudio, de camino a los infiernos, contempla en la tierra su propio entierro —en realidad, una fiesta popular— y escucha su elogio fúnebre —una picaresca *nenia*—; sin pérdida de tiempo, Caudio llega al mundo subterráneo, provocando otro revuelo; pero esta vez no se libra con un simple extrañamiento, sino que es juzgado y condenado sumariamente,

[61] Tácito, Suetonio y Dión Casio; cf. las notas correspondientes de la traducción.

y luego relegado a desempeñar una ínfima función burocrática.

Aunque rápido, este resumen permite observar una clara división del relato en tres partes, según el escenario de la acción (tierra, cielo, infiernos), a las que se añade otra introductoria que expone el asunto; esto es, un prólogo y tres actos, una estructura propia de una pieza teatral[62]. De ahí que más de una vez se haya sugerido que la *Apocolocintosis* fue representada o al menos declamada por varios actores en los distintos papeles[63]. Una sugerencia realmente seductora: se puede fácilmente imaginar la fiesta en palacio, en plenas Saturnales, la representación de un juguete cómico fruto de un ingenio cortesano, el público que acoge con risas estas renovadas burlas sobre Claudio[64], el narrador que debe reclamar un poco de silencio («Escuchad lo que pasó en el cielo», se dice en 5, 1); hay que admitir, a falta de mayores pruebas, que el libelo se prestaba a esto, con sus abundantes diálogos y su lenguaje chispeante a veces, culto e incluso técnico otras, pero siempre entreverado de palabras y citas griegas, como arriba dije, además de numerosos proverbios, de uso típicamente popular, pero al que no escapan ni los parlamentos de los dioses; como tampoco al gusto por la frase breve, que realza la fuerza agresiva de la crítica de defectos y debilidades, y resalta el ridículo y la ironía conse-

---

[62] Cf. R. Roncali, «Partizione scenica della satira di Seneca», *Belfagor* 28 (1973), 425-429; D. Korzeniewski, «Senecas Kunst der dramatischen Komposition in seiner *Apocolocyntosis*», *Mnemosyne* 35 (1982), 103-114.

[63] Por ejemplo, Roncali, *L'Apoteosi...*, págs. 20-21.

[64] A su muerte los cortesanos rivalizaron en agudezas contra él (cf. n. 25), bien por enemiga personal, bien por congraciarse con el nuevo emperador, Nerón, que, si no había iniciado la moda, era uno de sus practicantes más activos, con sus crueles bromas (Dión Casio, LX 35, 4; Suetonio, *Nerón* 33, 1).

guidos gracias a las parodias y alusiones, los sentidos contrarios o dobles, las incongruencias cómicas y las hipérboles, todos los recursos que Séneca prodigó en su obra[65].

Muchos de estos elementos propios de la tradición satírica podrían deberse a la retórica o a la filosófica, inevitablemente presentes en toda obra de Séneca[66]: el uso de las dos lenguas cultas, de los proverbios y la forma dialogada (que recuerdan el retoricista *Satiricón)*, y de las citas, algunas de ellas parte ya del repertorio obligado de un rétor[67]. Respecto al fondo filosófico de la *Apocolocintosis,* hay que destacar las definiciones estoica y epicúrea de la divinidad (8, 1), la exaltación de la libertad del individuo (1, 1) frente al tirano de caprichos imprevisibles, irracionales (7, 3), cuyos golpes teme incluso Hércules, modelo de héroes para cínicos y estoicos, por más que en la sátira él también aparezca en una versión burlesca típica de la literatura humorística.

Y no sólo en ésta especialmente, sino en toda la literatura de cualquier género encuentra Séneca inspiración: cita y también parafrasea a comediógrafos y trágicos, poetas y prosistas, historiadores y juristas; todo le vale para provocar la sorpresa y la risa en su público. Que lo consiguió y lo consigue aún ahora es indudable, aun cuando el humor socarrón que campea por toda la obra sea en ocasiones grueso,

---

[65] Cf. CORTÉS, *Teoría...*, págs. 127-282, en las que la autora lleva a cabo una labor inestimable con su pormenorizado examen y análisis minucioso de todos los recursos empleados por Séneca en cada momento de su sátira.

[66] R. RONCALI, «Fonti e modelli della satira contro Claudio» *Quad. Stor.* 25 (1987), 97-114.

[67] R. RONCALI, «Citazione nell'*Apocolocyntosis* di Seneca» *Ann. Fac. Lett. Bari* 14 (1969), 401-413.

incluso de mal gusto, como se ha llegado a decir, juzgándolo según criterios actuales, erróneamente.

Igualmente indudable es que Séneca no la compuso por el puro placer de escribir una pieza de humor; obviamente perseguía otro propósito, sí, pero ¿cuál? He aquí otra pregunta que ha tenido muchas respuestas, según los estudiosos vean en la *Apocolocintosis* una intención que se detiene en lo personal o que va más allá hasta alcanzar terreno político.

Entre los primeros están quienes creen que Séneca, dejando a un lado sus convicciones estoicas[68], buscó exclusivamente vengarse de Claudio; así, Bücheler y Weinreich[69] consideran que descargó en el panfleto todo el rencor, todo el odio que le guardaba a ese emperador que no sólo lo había desterrado sino que lo había mantenido en ese exilio durante ocho larguísimos años, sin acordarse de él ni atender a sus súplicas abyectas, dejándole que se consumiera amargamente en esa Córcega que tan dolorosamente contrastaba con los salones aristocráticos de Roma[70].

Es cierto que Séneca se ensaña implacablemente con Claudio, que sus burlas son muchas veces crueles y corrosivos sus sarcasmos sobre su físico y sus manías: es la víctima, indefensa ya, sobre la que el autor arroja toda la virulencia de su ingenio[71]. Pero esto no impide que pudiera

---

[68] Que deberían haberle disuadido de buscar el desquite, cf. J. Brisset, «Le stoïcisme et la vengeance», *Rev. Hist. Droit* 58 (1980), 57-68.

[69] Bücheler, *Kleine Schriften...*, págs. 441-442; Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis...*, págs. 5-7; más recientemente, R. H. Aubreton, «Una sátira maliciosa de Séneca», *Alfa* 9 (1966), 77-92.

[70] Cf. la Introducción a las *Consolaciones*, especialmente lo referido a *Helvia* y *Polibio*.

[71] No la única, si atendemos a V. Zappacosta, «Senecae *Apokolokýntōsis*», *Latinitas* 17 (1969), 86-95, que incluye a Nerón, Británico y

buscar también otros fines de paso, sobre todo hacer olvidar que alguna vez escribió *Polibio*[72] o, cuando menos, hacerlo pasar por otra sátira a los ojos del lector de ambas[73].

Muchos son los que creen, en cambio, que la finalidad de la *Apocolocintosis* es solamente política; aquí se termina el acuerdo, pues cuando llega el momento de precisarla comienzan las divergencias: unos, desde Viedenbatt[74], consideran que el objetivo es minar el creciente poder de Agripina, ridiculizando la deificación de su esposo, que la convertía a ella en Augusta; de esta opinión son, entre otros, Barwick, Luisi y Hoyos[75]. Para otros, resulta más convincente ver en la sátira un panfleto de la aristocracia senatorial, que recuperaba posiciones[76] o procuraba también combatir las de Agripina, cada vez más alejadas de los preceptores de Nerón, y contrarrestar la propaganda que de sí misma hacía[77]; no faltan quienes piensan que Séneca quiso defender los intereses de Británico[78] o, en el extremo

Agripina entre los agredidos por la ojeriza de Séneca, aunque veladamente.

[72] D. ROMANO, «I due volti di Seneca. Dalla *Consolatio ad Polybium* all'*Apocolocyntosis*», *Ann. Lic. Gar. Pal.* 23-24 (1986), 117-125.

[73] RUDICH, «Seneca's...» (cit. en n. 53 de la Introducción a las *Consolaciones*).

[74] O. VIEDENBATT, «Warum hat Seneca die *Apocolocyntosis* geschrieben?», *Rhein. Mus.* 75 (1926), 142-156.

[75] En art. cit. en notas 27, 60 y 43, respectivamente.

[76] Cf. GRIMAL, *Sénèque...*, pág. 114; M. T. GRIFFIN, *Seneca, a philosopher in politics,* Oxford, 1976, págs. 129-133.

[77] E. CIZEK, «L'*Apocoloquintose,* pamphlet de l'aristocratie latine», *Ac. Ant. Philip.* (1963), 295-303.

[78] BALDWIN, «Executions...» (art. cit. en n. 50).

opuesto, los de Nerón[79], o simplemente hacer ver a éste cómo no debía ser su reinado[80].

Otros, eclécticos, suponen que Séneca combinó hábilmente sus miras personales con las políticas, porque satisfizo bajamente sus ansias de venganza y aduló de paso a Agripina[81]; o porque a la satisfacción de su rencor enfermizo unió el deseo de ejercer su magisterio sobre Nerón[82], o porque pretendió asegurar el poder recientemente adquirido por su discípulo y garantizarse así la permanencia en esa posición de privilegio[83].

No son acertadas, a mi entender, las interpretaciones de la *Apocolocintosis* que tratan de ver en ella una finalidad política exclusiva o predominante, pues toda ella respira demasiado resentimiento, en absoluto disimula ese «odio lentamente incubado en los sombríos inviernos de Córcega y manifestado explosivamente a la muerte de Claudio»[84]. Éste de la venganza fue el principal motivo de Séneca, con certeza, pero no se puede negar que quizá buscara, secundariamente, algún difuso objetivo político que no es posible precisar razonadamente[85].

---

[79] K. Kraft, «Der politische Hintergrund von Senecas *Apocolocyntosis*», *Historia* 15 (1966), 96-122.

[80] Una sugerencia de Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis...*, págs. 37-39, recogida por B. M. Marti, «Seneca's *Apocolocyntosis* and *Octavia*, a diptych», *Am. Jour. Phil.* 73 (1952), 24-36.

[81] R. Waltz, *Sénèque. L'Apocoloquintose du divin Claude,* París, 1966, pág. III; también insinúa que pudo ser parte del plan de Séneca asestar un golpe definitivo a las apoteosis oficiales (pág. IV).

[82] H. McL. Currie, «The purpose of the *Apocolocyntosis*», *L'Ant. Class.* 31 (1962), 91-97.

[83] E. W. Leach, «The implied reader and the political argument in Seneca's *Apocolocyntosis* and *De clementia*», *Arethusa* 22 (1989), 197-230.

[84] Gil, *Séneca...*, pág. 132.

[85] Cf. M. Coffey, *Roman satire,* Londres, 1976, pág. 172.

Siendo así las cosas, ¿cómo se concilia esta venganza excesiva con la morigeración que aconsejaba Séneca en sus escritos? ¿Cómo es posible que un mismo hombre escribiera *Polibio* y la *Apocolocintosis,* incluso más, que proporcionara al mismo tiempo a Nerón el texto del elogio fúnebre de Claudio, que provocó las risas de todos cuando ponderaba las excelentes cualidades del difunto emperador? Éstos y otros interrogantes se han planteado desde antiguo, poniendo de relieve las contradicciones que aparecen cuando, frente a los escritos de moral teórica, sale como antagonista la vida de Séneca a escena.

Casi contemporáneos del filósofo son sus primeros detractores: Tácito[86] recoge las acusaciones que contra él acumuló Publio Suilio, Dión Casio abunda en ellas también; ambos[87] hacen hincapié en las inmensas riquezas que Séneca había acumulado valiéndose de su influencia en la corte, en abierto contraste con la austera doctrina de la que se decía seguidor. A esto hay que sumar su muchas veces turbio comportamiento en política, los manejos con que procuraba mantener su influjo sobre Nerón (para quien, de creer a Tácito, llegó incluso a realizar labores de tercería[88]) y alejarlo del de su madre; y otras acusaciones (hipocresía, desequilibrio mental, etc.) que sus enemigos han ido lanzando contra Séneca con auténtico entusiasmo.

No es menor el que muestran para defenderlo sus partidarios, muchos también, que lo cubren de ardientes alabanzas a su integridad moral y a su vida ejemplar —al final—, y cierran piadosamente los ojos ante las inconsecuencias de *Polibio,* la *Apocolocintosis* y otras. Esto por dos motivos principales: Séneca fue bien pronto asimilado por los cris-

---

86 TÁCITO, *Anales* XIII 3.

87 DIÓN CASIO, LXI 10, 2-3; TÁCITO, *Anales* XIII 42.

88 TÁCITO, *Anales* XIV 2.

tianos[89] y más tarde indentificado como tal, un criptocristiano en la corte de Nerón, autor incluso de cartas en correspondencia secreta con Pablo de Tarso (absolutamente apócrifas, por supuesto), lo que le granjeó alta consideración[90]; por otro lado, hay que contar con el sedicente senequismo[91], una pretendida corriente filosófica que se basa principalmente en el supuesto españolismo de Séneca y cuyos contenidos y posturas son difícilmente precisables[92], a pesar de lo cual ha tenido seguidores, todos ellos, claro está, acérrimos defensores de Séneca en todo punto.

Entre estas dos posiciones extremadas se sitúan los que opinan que ni hay que condenar sin remisión a Séneca ni tampoco declararlo del todo inocente; es más, que no hay que someterlo ni siquiera a juicio, pues fue Séneca un hombre como cualquiera, capaz de las mayores contradicciones, de escribir en un plazo de diez años dos obras tan terriblemente opuestas como *Polibio* y la *Apocolocintosis,* de adular e insultar a la misma persona, según las circunstancias[93], de llevar a cabo hechos incongruentes con sus dichos, sobre todo viniendo éstos de su faceta intelectual y aquéllos de la política, que exige tanto transformismo.

Y aunque así no fuera, la inconsecuencia es inherente al pensador; pocos hay que hagan lo que dicen, como Séneca

[89] «A menudo, uno de los nuestros» (TERTULIANO, *Sobre el alma* 20, 1).

[90] Cf. E. ELORDUY, «Séneca y el cristianismo», *Actas Con. Int. Filos.*, Madrid, 1965, págs. 181-206.

[91] M. DOLÇ, *Retorno a la Roma Clásica,* Madrid, 1972, págs. 124-125.

[92] Lo intenta G. USCATESCU, *Séneca, nuestro contemporáneo,* Madrid, 1965, págs. 96-110.

[93] A las que se amolda, pero también adapta a sus intereses: por dos veces le hemos visto servirse de unos géneros literarios establecidos, la consolación y la menipea, para sus propios fines.

mismo admite[94]. En fin, es la propia Locura quien nos recuerda las palabras del poeta: «Los sabios tienen en cambio dos lenguas, como observó Eurípides, una con la que dicen la verdad, otra con la que dicen lo que conviene a cada momento»[95]. Séneca fue un claro ejemplo.

4. El texto

Esta obra dejó escasa huella en la antigüedad (alguna rara y siempre discutible imitación, en Tertuliano o Ausonio[96]); la primera cita expresa de la sátira, sin contar la de Dión Casio, es contemporánea también a los manuscritos primeros que la transmiten, esto es, del siglo IX, y la califica, curiosamente, de «descubrimiento reciente»; a partir de entonces, las citas y menciones se multiplican[97], hasta acabar formando parte la *Apocolocintosis* del bagaje cultural de los humanistas[98].

1. *Transmisión manuscrita*

Esta creciente difusión de la *Apocolocintosis* coincide con el progresivo aumento del número de códices que la recogen; todos, salvo los tres *ueteriores,* de los siglos XIII al

[94] «Los filósofos no practican lo que predican» *(Sobre la felicidad* 20, 1).

[95] Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura* 28. La cita, o más bien la idea, está extraída de *Reso* 394-395.

[96] Roncali, *L'Apoteosi...,* págs. 30-31.

[97] R. Roncali, «Seneca satirico nel nono-dodicesimo secolo», *Belfagor* 25 (1970), 694-695.

[98] Erasmo, por ejemplo, la cita en el prefacio de su *Elogio...,* entre los precedentes de obras «ligeras y satíricas» que justifican la suya.

XV (y uno del XVIII), hasta alcanzar en total la cifra de cuarenta y siete, impresionante para tratarse de una obra puramente de circunstancias. Destacan entre todos los aludidos como más antiguos:

Sangallensis 569 (S), un códice misceláneo de partes escritas entre los siglos IX y XIII; de finales del IX son los folios 243-251, en los que un copista transcribió la *Apocolocintosis* en letra carolina, minúscula casi siempre; su labor fue corregida por dos manos, probablemente, contemporánea una de la primera y la otra un poco posterior.

Valentianensis 411 (V), igualmente de finales del IX; también en letra carolina mayoritariamente minúscula, contiene la sátira en los folios 90-105. Se distinguen tres manos además de la primera, dos más o menos contemporáneas al códice y la otra del s. XVI, de un humanista que suplió en el margen del folio 95 los dos versos de Homero de 5, 4.

Londiniensis add. 11.983 (L), de finales del s. XI y principios del siguiente, presenta el texto desde el folio 21 al 28, corregido posteriormente por dos manos, coetánea del códice una y del siglo XIV o XV otra.

La genealogía de estos manuscritos es hoy en día ya indiscutible[99]: los tres descienden de un mismo arquetipo, como se demuestra porque todos adolecen de una laguna, ya denunciada por los primeros editores, entre los capítulos séptimo y octavo; además, presentan corrupciones en idénticos pasajes con expresiones griegas y coinciden en usar mayúsculas, sorprendentemente, para las palabras que introducen la endecha anapéstica, *nenia cantabatur anapaestis* (12, 3; en L sólo *nenia* en mayúsculas). Pero S es descendiente directo del arquetipo y VL derivan, en cambio, de

[99] Cf. R. RONCALI, *L. Annaeus Seneca, Apocolocyntosis,* Leipzig, 1990, págs. VI-X, en las que la editora resume las conclusiones suyas y de otros estudiosos de la cuestión.

una copia intermedia, la que se llama hiparquetipo; ambos ofrecen diferencias que los separan de S, siendo la más llamativa la del título, como ya se ha dicho: en VL es *Ludus de morte Claudii (Caesaris),* mientras que en S aparece como *Diui Claudii apothéōsis per saturam;* y semejanzas que los unen entre sí, como los llamados errores conjuntivos (las mismas omisiones y trasposiciones de letras) y además un factor que merece la pena considerar: en los dos se hallan signos de interrogación prácticamente en los mismos pasajes, signos que no aparecen en S.

Los restantes manuscritos, *recentiores* en su mayoría defectuosos y contaminados, se agrupan en dos familias: la que deriva de S, s, formada por quince códices, y la que procede de L (no de V, que carece de descendencia), l, que cuenta con veintinueve. Aunque en general no hay que tenerlos en consideración a la hora de establecer el texto, en algunas ocasiones ofrecen la lectura correcta que soluciona los fallos de SVL. Hay que decir que éstos no son raros, sobre todo en los nombres propios y los pasajes en griego: algunos se corrigen con más o menos dificultad, otros han sido tanteados en vano por las conjeturas de los editores, que en ocasiones han afectado a otras partes del texto que no las necesitaban.

2. *Ediciones y traducciones*

Numerosas son también las veces en que ha sido editada la *Apocolocintosis,* desde la *editio princeps,* Roma, 1513, a cargo de Silvanus Germanicus, que publicó un texto lleno de interpolaciones y con espacios en blanco en el lugar de los pasajes en griego, defectos que no parecen imputables al editor[100] y que

[100] Probablemente se sirvió de algún manuscrito tardío que ya estaba así viciado, probablemente el *Vaticanus Latinus* 4498 (cf. RONCALI,

bien pronto empezaron a ser subsanados por los que lo siguieron: dos años después, Beatus Rhenanus en su edición, Basilea, 1515, eliminó un buen número de interpolaciones, suplió algunos pasajes en griego y restituyó unos cuantos nombres propios; a esta edición siguieron otras muchas durante los siglos XVI, XVII y XVIII[101], entre las que sobresalen la del mencionado Hadrianus Iunius, Basilea, 1557, y las tres de Lipsius, con comentario de Fromondus, también citado, Amberes, 1632 y 1652, Amsterdam, 1672.

Este sostenido ritmo de ediciones sucesivamente mejoradas decae en el s. XVIII, cuando la primera teubneriana de la *Apocolocintosis,* dentro de las obras completas de Séneca a cargo de F. Haase, Leipzig, 1852-1853 (1872-1874), no aporta ninguna mejora al texto. Todo lo contrario de la que publicó entre 1864 y 1867 F. Bücheler[102], que presentó un texto expurgado y basado principalmente en S, acompañado de un amplio, minucioso y atinado comentario; de la importancia de esta edición dan cuenta sus sucesivas reimpresiones hasta entrado el siglo XX[103], en el que vuelve a crecer el interés por la *Apocolocintosis* y, en consecuencia, a aumentar el número de sus ediciones. Entre las que no ofrecen traducción pero sí normalmente comentario merecen ser mencionadas las de A. P. Ball, Nueva York, 1902, O. Rossbach, Berlín, 1926, P. T. Eden, Londres, 1984, y la reciente de R. Roncali, Leipzig, 1990.

L'Apoteosi..., págs. 33-34; la descripción del códice, en pág. XXII de la ed. cit. en n. anterior).

[101] Examinadas con todo detalle por GIL, *Séneca...,* págs. 142-147.

[102] En los *Symbola Philologorum Bonnensium in honorem Friderici Ritschelii collecta,* Leipzig, 1864-1867, págs. 31-89 (= *Kleine Schriften,* cit. en n. 54).

[103] Hasta cinco, siendo la última de 1922; todas ellas dentro de una edición más amplia de obras similares: la *Apocolocintosis* va acompañada del *Satiricón,* de las menipeas de Varrón y otros fragmentos.

Otras ediciones van acompañadas de su correspondiente traducción: al inglés, las de W. Rouse, Londres, 1913 (1930, 1969), y N. Athanassakis, Kansas, 1973; al francés, la de R. Waltz, París, 1934 (1966); y las italianas de A. Rostagni, Turín, 1944, A. Ronconi, Milán, 1947, C. F. Russo, Florencia, 1948 (cinco reediciones, la última de 1985) y la ya citada de R. Roncali, Venecia, 1989.

Una sola traducción al castellano hay publicada fuera de España, sin acompañamiento de texto, la de R. Heredia Correa, México, 1979. Y en cuanto a las publicaciones españolas, solamente contamos con una edición del texto[104] y traducción del mismo; panorama que sería desolador si no fuera la de J. Gil, Madrid, 1971, tantas veces citada, provista de una óptima introducción y de unas notas detalladísimas a su excelente traducción.

3. *Texto escogido. Discrepancias*

La traducción que sigue a continuación se basa en el texto fijado por R. Roncali en su completísima edición crítica y comentada de la *Apocolocintosis*, Leipzig, 1990, ya mencionada. Las escasas ocasiones en que he adoptado una lectura diferente se reseñan ahora, con indicación del pasaje en cuestión, el texto de Roncali así como la variante que se ha preferido y su procedencia.

1, 1	*Haec ita uera. Si quis*	*Haec ita uera si quis* WALTZ
2, 3	⟨*adeo non*⟩ *adquiescunt*	*adquiescunt* codd.
5, 4	ποίῃ	πόθι τοι codd. de Homero
6, 1	*marci*	*Marci* edd.

[104] Aunque la segunda parte de CORTÉS, *Teoría...*, no es propiamente una edición crítica, no está lejos de poder tenerse por tal, en vista de la minuciosidad con que la autora examina las distintas variantes y conjeturas de los filólogos en cada pasaje controvertido.

8, 2	*oro per quod*	*propterea quod* BÜCHELER
8, 3	*nescio*	*nescit* BÜCHELER
9, 2	*quantum uia sua fert*	*quantumuis udfer* RHENANUS
10, 3	*sura mea*	*soror mea* BÜCHELER
13, 5	*pherona otus*	*Pheronactus* l y edd.

He de advertir, además, que he seguido a Gil, y otros, en lo que se refiere a la disposición en dímetros de la *nenia,* que resulta así más regular (sesenta versos) y evita los hiatos que se producen en el reparto de los códices, donde aparece en tetrámetros (veintinueve) y dímetros (dos).

5. BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDER, W. H., «*Aut regem aut fatuum*» *Am. Jour. Philol.* 58 (1937), 343-345.

ATHANASSAKIS, A, N., «Some evidence in defence of the title *Apocolocyntosis* for Seneca's satire», *Trans. Proc. Am. Philol. Asso.* 104 (1974), 11-21.

AUBRETON, R. H., «Una sátira maliciosa de Séneca», *Alfa* 9 (1966), 77-92.

BALDWIN, B., «Executions under Claudius. Seneca's *Ludus de morte Claudii*», *Phoenix* 18 (1964), 39-48.

BARWICK, K., «Senecas *Apocolocyntosis.* Eine zweite Ausgabe des Verfassers», *Rhein. Mus.* 92 (1943), 159-173.

BICKEL, E., «Der Schluss der *Apocolocyntosis*», *Philologus* 77 (1921), 219-227.

BORNMANN, F., «*Apocolocyntosis*», *Parol. Pass.* 5 (1950), 69-70.

BÜCHELER, F., *Kleine Schriften* I, Leipzig-Berlín, 1915.

CIZEK, E., «L'*Apocoloquintose,* pamphlet de l'aristocratie latine», *Ac. Ant. Philip.* (1963), 295-303.

COFFEY, M., *Roman satire,* Londres, 1976.

CORTÉS, R., *Teoría de la sátira. Análisis de Apocolocyntosis de Séneca,* Cáceres, 1986.

CURRIE, H. McL., «The purpose of the *Apocolocyntosis», L'Ant. Class.* 31 (1962), 91-97.

DEROY, L., «Que signifie le titre de l'*Apocoloquintose?», Latomus* 10 (1951), 311-318.

DORNSEIFF, F., «In Rom lecken die Mäuse die Mühlsteine», *Rhein. Mus.* 77 (1928), 221-224.

EDEN, P. T., *«Faba mimus», Hermes* 92 (1964), 251-255.

GIL, J., *Séneca. Apocolocintosis* (Introducción, texto, aparato crítico, traducción y notas de J. Gil), *Est. Clás.* supl. n.º 4, Madrid, 1971.

GRIFFIN, M. T., *Seneca, a philosopher in politics,* Oxford, 1976.

HAARBERG, J. M., «The emperor as a saturnalian king. On the title of *Apocolocyntosis», Symb. Oslo.* 57 (1982), 109-114.

HELLER, J. L., «Notes on the meaning of *kolokýntē», Ill. Class. Stud.* 10 (1985), 67-117.

HOFFNER, TH., «Zu Senecas *Apocolocyntosis* 8, 3», *Wien. Stud.* 44 (1925), 117-120.

HOYOS, D., «Gourd god!: the meaning of *Apocolocyntosis», Liverp. Class. Mon.* 16 (1991), 68-70.

KILPATRICK, R., *«Apocolocyntosis* and the vision of Claudius», *Class. Journ.* 74 (1979), 193-196.

KORZENIEWSKI, D., «Senecas Kunst der dramatischen Komposition in seiner *Apocolocyntosis», Mnemosyne* 35 (1982), 103-114.

KRAFT, K., «Der politische Hintergrund von Senecas *Apocolocyntosis», Historia* 15 (1966), 96-122.

LACKENBACHER, H., «Zu Senecas *Apocolocyntosis* 8», *Wien. Stud.* 46 (1927), 126-129.

LEACH, E. W., «The implied reader and the political argument in Seneca's *Apocolocyntosis* and *De clementia», Arethusa* 22 (1989), 197-230.

LUISI, A., «La sconsacrazione de Claudio e l'*Apocolocyntosis* di Seneca», *Cont. Ist. Storia Ant.* 7 (1981), 174-182.

MARCOVICH, M., *«Ubi mures ferrum rodunt* (Seneca *Apocolocyntosis* 7.1)», *Rhein. Mus.* 120 (1977), 85-89.

MARTI, B. M., «Seneca's *Apocolocyntosis* and *Octavia,* a diptych», *Am. Jour. Phil.* 73 (1952), 24-36.

MAZZOLI, C., «L'*Apocolocyntosis* di Seneca. Un 'monde à l'envers'», *Vichiana* 11 (1982), 193-211.

MOSINO, F., «*Apokolokyntosis*. Una nuova ipotesi», *Paideia* 41 (1986), 240.

MÜLLER-GRAUPA, E., «Zu Senecas *Apokolokyntosis*», *Philologus* 85 (1930), 312-321.

NAUTA, R. R., «Seneca's *Apocolocyntosis* as a Saturnalian literature», *Mnemosyne* 40 (1987), 69-96.

NONY, D., «Claude et les espagnols, sur un passage de l'*Apocoloquintose*», *Mél. Casa Veláz.* 4 (1968), 51-72.

PAPKE, R., «Des Kaisers neue Buchstaben. Claudius in Tac. *Ann.* 11.14 und Sen. *Apocol.* 3.4», *Würz. Jahrb. Alter.* 12 (1986), 183-196.

PULBROOK, M., «The title of Seneca's satire on Claudius», *Hermathena* 130-131 (1981), 113-114.

RAMBELLI, G., «Il finale dell'*Apocolocyntosis* e la catabasi dell'*Hercules furens*», *Stu. Ita. Filol. Class.* 61 (1975), 9-28.

ROMANO, D., «I due volti di Seneca. Dalla *Consolatio ad Polybium* all'*Apocolocyntosis*», *Ann. Lic. Gar. Pal.* 23-24 (1986), 117-125.

RONCALI, R., *L'apoteosi negata. Apocolocyntosis*, Venecia, 1989.

—, «Citazioni nell'*Apocolocyntosis* di Seneca» *Ann. Fac. Lett. Bari* 14 (1969), 401-413.

—, «Seneca satirico nel nono-dodicesimo secolo», *Belfagor* 25 (1970), 694-695.

—, «*Marci municipem*», *Ann. Fac. Lett. Bari* 16 (1973), 537-540.

—, «Partizione scenica della satira di Seneca», *Belfagor* 28 (1973), 425-429.

—, «Fonti e modelli della satira contro Claudio», *Quad. Stor.* 25 (1987), 97-114.

RUSSO, C. F., «Studi sulla *Diui Claudii Apocolocyntosis*», *Parol. Pass.* 1 (1946), 241-259.

RYNEVELD, L. F. VAN, «On the authorship of the *Apocolocyntosis*», *Liver. Class. Mon.* 13 (1988), 83-85.

SUITS, T. A., «The knee and the shin (Seneca *Apocolocyntosis* 10.3)», *Class. Philol.* 70 (1975), 38-41.

TODD, F. A., «Some *cucurbitaceae* in Latin literature», *Class. Quart.* 37 (1943), 101-111.

TOYNBEE, J. M. C., *«Nero artifex.* The *Apocolocyntosis* reconsidered», *Class. Quart.* 36 (1942), 83-93.

VIEDENBATT, O., «Warum hat Seneca die *Apocolocyntosis* geschrieben?», *Rhein. Mus.* 75 (1926), 142-156.

WAGENVOORT, H., «Quid significet *Apocolocyntosis?», Mnemosyne* 9 (1958), 340-342.

WALTZ, R., *Sénèque. L'Apocoloquintose du divin Claude,* París, 1966.

WEINREICH, O., *Senecas Apocolocyntosis,* Berlín, 1923.

ZAPPACOSTA, V., «Senecae *Apokolokýntōsis», Latinitas* 17 (1969), 86-95.

APOCOLOCINTOSIS

Quiero transmitir a la posteridad[1] lo que ocurrió en el cielo el día tercero antes de las idus de octubre de un año nuevo, comienzo de una época venturosa[2]. No se dará lugar al insulto ni a la adulación. Estas cosas tan ciertas, si alguien me pregunta de dónde me las sé, por lo pronto, si no me apetece, no le contestaré. ¿Quién me va a obligar? Yo sé que me he convertido en un hombre libre desde que remató sus días aquel que había hecho cierto el proverbio: «lo mejor es nacer o rey o tonto»[3]. Si me da por contestar, diré lo 2

---

[1] Todo este primer capítulo constituye una parodia de los habituales proemios a las obras de historia: Séneca indica el asunto que va a relatar, la fecha de los hechos, hace protestas de veracidad e imparcialidad, incluso aduce sus fuentes; pero todo humorísticamente, pues la apariencia de seriedad se rompe con constantes guiños al lector u oyente avisado, ya desde que se anuncia que la obra narrará sucesos ocurridos en el cielo, esto es, completamente fantásticos.

[2] Pronto empieza Claudio a ser denostado: el día de su muerte marca el final de unos tiempos aciagos y el principio de otros dichosos, por la subida al poder de Nerón, a quien se halaga, pues, pero sin tanta evidencia como más tarde.

[3] También enseguida se desmiente esa pretendida objetividad: el protagonista, que no hace falta mencionar por su nombre, nació tonto (por tal lo tenía su propia madre, cf. SUETONIO, *Claudio* 3, 2) y además llegó a ser

primero que me venga a la boca. ¿Quién ha exigido nunca testigos jurados a un historiador? Sin embargo, si es necesario presentar un testimonio, pregúntale al que vio a Drusila yéndose al cielo[4]: ése mismo asegurará que ha visto a Claudio haciendo el mismo trayecto «a pasos no iguales»[5]. Quiera o no quiera, no tiene más remedio que ver todo lo que sucede en el cielo: es el encargado de la vía Apia, por donde sabes tú que tanto el divino Augusto como Tiberio
3 César[6] se fueron junto a los dioses. Si le preguntas a éste, a ti solo te lo contará; delante de más gente no dirá palabra. Pues desde que juró en el senado que había visto a Drusila subiendo al cielo y nadie le dio crédito por una noticia tan estupenda, con palabras solemnes aseguró que ya no iba a revelar lo que viera, aunque hubiera visto asesinar un hombre en pleno foro. Los hechos que yo entonces oí de su bo-

---

rey (un término peyorativo para un romano), con lo que el proverbio quedó doblemente confirmado. Algunos consideran que esta verificación se refiere sólo a la simpleza de Claudio: W. H. Alexander, «*Aut regem aut fatuum*», *Am. Jour. Philol.* 58 (1937), 343-345; Waltz, *Sénèque...*, pág. 19.

[4] Otro contraste más: el testigo irreprochable, informador veraz de los hechos, es el notorio mentiroso que testimonió ante el senado la ascensión al cielo de Julia Drusila, la hermana de Calígula que éste pretendía divinizar (cf. *Polibio* n. 39). Se llamaba Livio Gémino, era inspector encargado de la vía Apia —por donde discurrieron los cortejos fúnebres de Augusto y Tiberio—, y recibió como recompensa a su embuste 250.000 denarios (Dión Casio, LIX 11), un crédito nada escaso, pero concedido sólo por Calígula.

[5] Parte de un verso de Virgilio (*Eneida* II 274) sacado de su contexto (describe el andar presuroso del pequeño Julo) para aludir a la renquera de Claudio (Suetonio, *Claudio* 21, 6; 30).

[6] Tiberio no fue nunca divinizado: las mentiras se entretejen unas con otras, formando un entramado de pura falsedad.

ca, aquí los publico, comprobados y claros: ¡así lo vea yo a él con salud y prosperidad![7].

Febo con más breve ruta había atrasado ya el orto 2
de la luz y aumentaban las horas del Sueño sombrío,
y ya victoriosa ensanchaba la diosa del Cinto[8] su reino
y el contrahecho Invierno ajaba las galas amables
del fértil Otoño y, pues Baco se hacía ya viejo por fuerza,
el vendimiador demorado cogía las uvas escasas[9].

Creo que se entenderá mejor si digo: el mes era octubre, 2
el día tercero de las idus de octubre. La hora no te la puedo decir con exactitud: más fácilmente habrá acuerdo entre los filósofos que entre los relojes. De todos modos, era entre la sexta y la séptima[10]. «¡Vaya palurdo! Todos los poetas, no 3
conformes con describir amaneceres y atardeceres, se dedican a incordiar también el mediodía: ¿tú vas a despachar así una hora tan adecuada?».

Ya con el carro Febo había mediado su curso 4
y más cercano a la noche agitaba las riendas cansadas,
por sesgo sendero haciendo bajar su luz declinante.

---

[7] Esto es, «¡que se muera él si no es verdad!» (CORTÉS, *Teoría...*, pág. 142): Séneca descarga toda la responsabilidad en su informante (cf. 5, 1).

[8] Diana (el Cinto es un monte en la isla de Delos, en la que nacieron ella y su hermano Apolo), identificada aquí con la luna.

[9] Todos los pasajes de la *Apocolocintosis* en verso (cuyo ritmo he intentado reproducir acentualmente, de manera muy poco ortodoxa) son parodias de algún género poético: aquí Séneca hace burla de la épica, ridiculiza concretamente la poesía manierista y pedante de los poetas cortesanos (como en la epístola 122, 11-13), aunque no faltan en estos versos reminiscencias de Virgilio (cf. *Geórgicas* II 403-404 y 417).

[10] El mediodía del 13 de octubre fue la hora oficial en que murió Claudio (cf. TÁCITO, *Anales* XII 69); en realidad, había fallecido al alba de ese día, pero su muerte se ocultó y disimuló hasta que Agripina hubo atado bien los cabos de la sucesión de su hijo (SUETONIO, *Claudio* 45).

3 Claudio se puso a exhalar el alma y no sabía encontrar
una salida[11]. Entonces Mercurio, que siempre había disfru-
tado de su ingenio[12], se lleva aparte a una de las tres Parcas
y le dice: «Hembra sin corazón, ¿como consientes que se
vea atormentado este infeliz? ¿Es que no podrá descansar
nunca tras tanto tiempo de tortura? Son sesenta y cuatro los
años que lleva peleándose con su propia alma. ¿Por qué le
2 tienes manía a él y al estado? Consiente que por una vez di-
gan la verdad los astrólogos, que lo entierran cada año, cada
mes, desde que fue nombrado emperador. Pero tampoco es
extraño que se equivoquen y que nadie sepa su hora: nadie
ha creído nunca que éste hubiera nacido. Haz lo que hay que
hacer:

Dalo a la muerte, que reine el mejor en la sede vacía[13].

3 Y Cloto[14], a su vez: «Yo, por Hércules, quería añadirle
un cachito de vida, sólo hasta que concediera la ciudadanía

[11] Es opinión común que Séneca juega aquí (y otras dos veces más adelante) con la ambigüedad de *anima*, «alma» y «soplo, viento»: Claudio intenta denodadamente soltar una ventosidad (vital), hasta que lo logra y muere (cf. 4, 3). Pero quizá esto de que Claudio, por no saber, no supiera ni morir siquiera, aluda, en un sarcasmo ciertamente atroz, a su prolongada y dolorosa agonía, que duró toda la noche hasta que fue prácticamente rematado (cf. Suetonio, *Claudio* 44, 3).

[12] Bien al contrario, por supuesto: Mercurio, el dios locuaz y astuto, protector de comerciantes y abogados, está aburrido de este estúpido balbuciente con ínfulas de juez (cf. 7, 4), y lo único que desea, bajo su aparente compasión, es que muera de una vez.

[13] Verso de Virgilio (*Geórgicas* IV 90) maliciosamente citado *ad hoc*: se aconseja al apicultor, cuando hay dos «reyes» en la colmena, que mate al peor (Claudio) para que el mejor (Nerón) gobierne sin oponente.

[14] Las Parcas, Átropo, Cloto y Láquesis, son hijas de Júpiter (hermanas de Apolo, por tanto) y Temis; están encargadas de regular la dura-

a esos poquitos que quedan —pues había resuelto ver con la toga a todos, griegos, galos, hispanos y britanos[15]—. Pero como parece conveniente dejar unos cuantos extranjeros para simiente, y tú mandas que sea así, sea». Abre luego un 4
cofrecillo y saca tres husos. Uno era de Augurino, otro de Baba, el tercero de Claudio[16]. «Estos tres —dice— haré que mueran el mismo año, separados por cortos intervalos, y no le haré marchar sin compañía. Pues no está bien que éste, que hasta hace poco veía tantos miles de personas siguiéndolo, tantos precediéndolo, tantos rodeándolo, se quede de pronto solo y abandonado. Por ahora se conformará con estos camaradas».

Dice así y enrollando la hebra en el huso deforme 4
interrumpió las horas de rey de esa estúpida vida[17].
En cambio, Láquesis, prieto el cabello, hermoso el peinado,

---

ción de las vidas, simbolizadas en un hilo que una hila, otra ovilla y la tercera corta, dando fin a la existencia del hombre en cuestión.

[15] Claudio, con la colaboración interesada de sus libertos, se había mostrado pródigo en la concesión del derecho de ciudadanía (cf. Tácito, *Anales* XI 24-25; Dión Casio, LX 17); su muerte impedirá que desaparezca la especie de los extranjeros.

[16] Augurino nos es desconocido, pero probablemente sea un compañero digno de Claudio por su imbecilidad, igual que Baba, mencionado por el mismo Séneca (*Epístolas* 15, 9) como modelo proverbial de estupidez. Quizá Séneca utilizó el nombre de Augurino simplemente para completar el ABC de la tontería (cf. Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis...*, pág. 36), o para hacer burla, con este orden alfabético, de las reformas de Claudio en el abecedario, que aumentó con tres letras nuevas (cf. R. Papke, «Des Kaisers neue Buchstaben. Claudius in Tac. *Ann.* 11, 14 und Sen. *Apocol.* 3, 4», *Würz. Jahrb. Alter.* 12 (1986), 183-196).

[17] Séneca despacha rápida y ofensivamente a Claudio para dedicarse acto seguido al elogio de Nerón, esta vez nada velado, en unos versos que insisten en la felicidad que ha de traer la larga y pulquérrima vida de este príncipe, equiparado con Apolo, como sería luego habitual (cf. Lucano, I 48-50; Dión Casio, LXI 20; Suetonio, *Nerón* 53).

con pierio laurel coronándose la cabellera y la frente,
de níveo vellón va tomando unas fibras inmaculadas
para trenzarlas con mano feliz, que un color, tras de hiladas,
nuevo adquirieron. Admiran los copos bien sus hermanas:
la lana vulgar se transforma en ese metal impagable,
siglos dorados fluyen al tiempo que el hilo sin tacha.
Y no hay para ellas reposo: guedejas hilan felices,
les place colmarse con ellas las manos. Son copos suaves.
Por propio impulso avanza la obra y sin pena ninguna
hebras sutiles fluyen del huso que gira sin tregua.
De Titono superan los años, superan también los de Néstor[18].
Febo está allí y con su canto ayuda y le place el futuro
y lleno de gozo ahora agita su plectro, ahora acerca los copos.
Pendientes las tiene del canto y así les distrae su esfuerzo.
Y en tanto que colman de elogios la lira y los versos frater-
[nos,
más de lo usual han tejido sus manos, los hados del hombre
su obra excelente traspasa. «No quitéis nada, oh Parcas»
—Febo les dice— «supere en tiempo a las vidas mortales
éste mi igual por su rostro y mi igual por su grande belle-
[za,
ni en canto ni en voz mi inferior. A los desfallecidos, felices
siglos proporcionará y de la ley va a romper el silencio.
Cual Lucifer disipando los astros que huyendo se van,
cual Héspero se alza ya cuando los astros regresan,
cual, cuando la Aurora bermeja, disueltas ya las tinieblas,
el día ha traído, el Sol radiante contempla la tierra
y más allá del recinto al pronto lanza su carro,
tal César se yergue, tal Roma a Nerón ha de contemplar ya.

---

[18] Ejemplos típicos de longevidad: a Néstor le concedió Apolo los años que habrían vivido sus parientes, muertos por él, y su hermana Diana; Titono, a instancias de la Aurora, enamorada de él, fue hecho inmortal por Júpiter.

Con suave fulgor se ilumina su rostro resplandeciente
y el cuello hermoso en virtud del cabello desparramado».

Esto dijo Apolo. Por su parte, Láquesis, para favorecer 2
también ella al guapísimo mozo, lo hizo a manos llenas y da
de su bolsillo muchos años a Nerón. A Claudio, en cambio,
todos lo desean

alegres y entusiastas fuera de casa sacar[19].

Y él largó fuera su alma por fin y desde entonces dejó
de aparentar que estaba vivo. Por cierto, murió mientras es-
cuchaba a unos comediantes[20], para que veas que no les
tengo miedo sin motivo. Éstas fueron sus últimas palabras 3
oídas entre los vivos (a la vez que emitía un ruido más
fuerte por esa parte con la que hablaba mejor): «¡Pobre de
mí, me he cagado, creo!». Si lo hizo, no lo sé; lo cierto es
que lo dejó todo cagado.

Lo que después ocurrió en la tierra es inútil contarlo. 5
Por supuesto que lo sabéis perfectamente y no hay peligro
de que se esfumen los sucesos que un júbilo universal ha
grabado en la memoria. Nadie olvida su felicidad. Escuchad
lo que ocurrió en el cielo. La autenticidad es cosa de mi
testigo. Anuncian a Júpiter que ha llegado un individuo de
buena estatura, bien canoso; va amenazando no sé qué, pues
mueve continuamente la cabeza; arrastra el pie derecho; le
habían preguntado de qué raza era y había respondido no sé

---

[19] Para enterrarlo, desde luego. El verso es de Eurípides, de una tragedia perdida cuyo título era *Cresfontes*, según CICERÓN, *Tusculanas* I 115.

[20] A fin de disimular la muerte de Claudio, se hizo acudir a palacio por la mañana a una compañía de actores cómicos, con el pretexto de que el emperador, enfermo, los había hecho llamar para distraerse (SUETONIO, *Claudio* 45).

qué con agitado tono y voz confusa; nadie comprende su
lengua: ni es griego ni romano ni de ninguna nación cono-
3 cida[21]. Entonces Júpiter ordena a Hércules, que se había re-
corrido el mundo entero y parecía conocer todas las regio-
nes, que vaya y averigüe qué clase de hombre es. Entonces
Hércules, al primer vistazo, quedó horrorizado de veras,
como quien no ha temblado aún ante toda clase de mons-
truos: en cuanto vio esa facha insólita, ese andar anormal,
esa voz no de animal terrestre, sino, como suelen tenerla los
monstruos marinos, ronca y embrollada, creyó que le había
4 caído su decimotercer trabajo. Cuando lo examinó con más
atención le pareció más o menos un hombre. Así pues, se
llegó a él y —facilísimo que fue para un griego de ésos—
le dice:

¿Quién eres, de qué país vienes? ¿En dónde están tu
[ciudad y tus padres? [22].

Claudio se alegra de que haya eruditos por allí: confía en que algún lugar habrá para sus historias[23]. Así pues, para insinuar que es un César con un verso homérico también él, dice:

---

[21] Punto por punto coincide esta descripción de Claudio con la que dan las historias, salvo, claro, el tono irónico y burlón (cf. Suetonio, *Claudio* 30; Dión Casio, LX 2).

[22] Verso de Homero que se repite hasta seis veces en la *Odisea*, pues es prácticamente la fórmula ritual para preguntarle a un extranjero (Ulises casi siempre) por su país de origen: con las mismas palabras también interroga Zeus a Menipo cuando llega al cielo (Luciano, *Icaromenipo* 23).

[23] Cf. *Polibio* n. 8. Claudio confunde a Hércules, que habla lógicamente en griego, con uno de esos doctos pedantes que prodigaban las citas de Homero en toda ocasión: él era precisamente uno de ellos (Suetonio, *Claudio* 42, 1) y responde con otro verso, sacado de su contexto para aludir a la ascendencia troyana de los Julios; Séneca le ataca con el siguiente (*Odisea* IX 39-40).

Junto a los cícones ha ido llevándome el viento de Troya.

Sin embargo, el verso siguiente era más adecuado e igualmente homérico:

Allí la ciudad he asolado y muerto a sus habitantes.

Y casi había embaucado a Hércules, que no es nada lis- 6
to, si no llega a estar allí la Fiebre, la única que había dejado su templo y se había venido con él[24]. A todos los demás dioses los había dejado en Roma. «Ése —dice— cuenta puras patrañas. Te lo digo yo, que he vivido con él tantos años: nació en Lión[25], estás viendo a un paisano de Marco[26]. Lo que te cuento, nació a dieciséis millas de Viena[27], un galo

---

[24] La Fiebre, compañera toda la vida del enfermizo Claudio, fue probablemente la causa oficial de su muerte (cf. Waltz, *Sénèque...*, pág. 21).

[25] La Fiebre opone esta verdad (Suetonio, *Claudio* 2, 1) a la mentira de Claudio, que se dice originario de Troya; pero se trata de convencer al poco espabilado Hércules y por ello la repite hasta tres veces, precisándola y dándole detalles.

[26] Esta referencia de la Fiebre es uno de los pasajes más controvertidos de la *Apocolocintosis*: el texto de los manuscritos, *marci municipem* en todos, ha sido objeto de interpretaciones y correcciones variadas (cf. Gil, *Séneca...*, pág. 165; Cortés, *Teoría...*, págs. 191-192). La más aceptada supone que se refiere a Marco Antonio, *patronus* de Lión, abuelo de Claudio y, según las pretensiones de la *gens* Antonia, descendiente de Hércules mismo; con sus palabras, la Fiebre advierte a Hércules de que se está dejando engañar por un familiar suyo. Prescindiendo de otras conjeturas, es interesante la hipótesis de R. Roncali, «*Marci municipem*», *Ann. Fac. Lett. Bari* 16 (1973), 537-540: se trataría del nombre de un tipo de uva gala (cf. Columela, III 2, 25), con lo que se aludiría a la conocida afición de Claudio por el vino (Suetonio, *Claudio* 33).

[27] Claudio no sólo es galo, sino además de un municipio distante en millas y en categoría de otros como Viena, capital de la Narbonense con derecho a representación en el senado, mucho antes que Lión (que lo ob-

genuino. Y como era lógico que hiciera un galo, tomó Roma. Éste te aseguro yo que nació en Lión, donde reinó Licino[28] muchos años. Además, tú que has pisado más lugares que ningún mulero a destajo, debes saber que hay muchas
2 millas entre el Janto y el Ródano»[29]. Claudio aquí arde de cólera y se enfurece refunfuñando a más no poder. Nadie entendía qué estaba diciendo; él, en realidad, ordenaba conducir al cadalso a la Fiebre, con aquel gesto de su mano floja[30] y sólo para esto bastante firme, con el que solía decapitar a la gente. Había ordenado que le cortaran el cuello: dirías que todos eran libertos suyos, hasta tal punto nadie le hacía ni caso.

7 Entonces dice Hércules: «Escúchame, tú, deja de hacer el tonto. Has llegado a un sitio donde los ratones roen el hierro[31]. ¡Más que deprisa, la verdad, no sea que a golpes te

---

tuvo por decreto de Claudio en el año 48 d. C.). Es un galo incivilizado, como los que asaltaron y saquearon Roma en el 387 a. C.

[28] Esclavo galo manumitido por Julio César y posteriormente nombrado por Augusto procurador de Lión, cargo que ejerció tiránica y rapazmente (Dión Casio, LIV 21); hay una clara alusión al inmenso poder que alcanzaron los libertos de Claudio, al que manejaban a su antojo (cf. Suetonio, *Claudio* 28-29, 1; Dión Casio, LX 30 y 66).

[29] Lo mismo que decir entre Troya y Lión, pues a la primera la baña el Janto o Escamandro, y a la segunda el Ródano.

[30] De nuevo lo real mezclado con lo ficticio: Claudio se dejaba llevar a menudo por la cólera (Suetonio, *Claudio* 38, 1), balbuceaba al hablar y tenía un pulso poco firme (cf. los pasajes citados en n. 21).

[31] Frase proverbial (cf. A. Otto, *Die Sprichwörter und sprichwörtlichen Redensarten der Römer*, Hildesheim, 1962, núm. 1168) de origen y sentido controvertidos (cf. Roncali, *L'Apoteosi...*, pág. 82; Gil, *Séneca...*, págs. 167-168; M. Marcovich, «*Ubi mures ferrum rodunt* (Seneca *Apocolocyntosis* 7, 1)», *Rhein. Mus.* 120 (1977), 85-89); pero posiblemente Séneca lo único que pretendió fue marcar la diferencia entre la anodina tierra y el cielo prodigioso, donde pueden suceder semejantes portentos (cf. Cortés, *Teoría...*, pág. 197).

quite las ganas de disparatar!». Y, para impresionar más, adopta una pose trágica[32] y dice:

«Revela presto de qué ciudad te dicen ser, 2
no sea que caigas a tierra muerto por mi bastón.
Altivos reyes mi maza a menudo inmoló.
¿Qué dices ahí con la parla ambigua de tu voz?
¿Qué patria, qué linaje tu testa inquieta crió?
Expónlo. En verdad que al ir del tricorpóreo rey
a los lueñes reinos, de donde, orillas del hesperio mar,
llevé a la ciudad inaquia la bien conocida grey[33],
una cumbre ví elevándose sobre ríos dos[34],
que opuesta al nacimiento Febo siempre ve,
donde el ancho Ródano fluye en curso muy veloz
y el Arar, dudando a dónde el rumbo dirigir,
callado baña el margen con olas de quietud.
¿Acaso aquella tierra tu espíritu nutrió?».

Esto dice con bastante ánimo y valor; con todo, no se siente 3
seguro y teme *el golpe del tonto*[35]. Claudio, cuando vio a un

---

[32] En estos senarios yámbicos puestos en boca de Hércules Séneca parodia el estilo y el léxico de la tragedia, en concreto, curiosamente, su propia obra, *Hércules loco*, como demostró WEINREICH, *Senecas Apocolocyntosis...*, págs. 76-77.

[33] En su décimo trabajo Hércules tuvo que marchar a Hesperia (la península Ibérica; el mar Hesperio es el Atlántico), donde robó a Gerión, gigante de tres troncos que allí reinaba, su rebaño de bueyes; lo condujo luego hasta la ciudad de Argos, cuyo primer rey fue el dios-río Ínaco, en un largo y accidentado viaje que le hizo pasar cerca del futuro emplazamiento de Lión.

[34] La colina de Fourvière, orientada al sol naciente y bañada por el Ródano y su afluente, el Arar, actual Saona, de curso tan manso que a simple vista no se sabe en qué dirección fluye (cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 12, 1).

[35] Como en el título de su obra, Séneca vuelve a sustituir «dios» por «tonto», en este caso jugando con la fórmula *theoû plēgḗ* («el golpe del

varón valiente, olvidándose de las bromas, comprendió que en Roma nadie había sido su igual, pero que allí no gozaba de la misma consideración: en su estercolero el gallo es el
4 más poderoso[36]. Por tanto, en lo que pudo entendérsele, pareció que decía esto: «Yo confiaba en que tú, Hércules, el más valeroso de los dioses, acudirías a ayudarme en país extranjero, y si alguien me hubiera exigido algún conocimiento, estaba dispuesto a nombrarte a ti, que me conoces tan bien. Pues, si haces memoria, yo era el que en Tíbur ante tu templo administraba justicia el día entero durante los
5 meses de julio y agosto[37]. Tú sabes cuántas miserias soporté allí, cuando escuchaba día y noche a los picapleitos; si hubieras caído en medio de ellas, por muy vigoroso que te creas, habrías preferido limpiar las cloacas de Augías[38]. Yo he sacado mucho más estiércol. Pero, como quiero ***[39]».

---

dios»), que los trágicos tomaron de Homero (*Ilíada* XVI 816; Esquilo, *Agamenón* 367; Sófocles, *Áyax* 137).

[36] Este refrán (Otto, *Sprichwörter...*, núm. 752) equivale exactamente al castellano «cada gallo canta en su muladar»; la identificación de Claudio con un gallo (animal de poco seso en su cabeza inquieta) está reforzada por el equívoco de la palabra *gallus*, «gallo» y «galo».

[37] También Augusto solía dictar justicia en el pórtico del templo de Hércules en Tíbur, cerca de Roma (Suetonio, *Augusto* 72, 2); pero no se dedicaba a ejercer de juez con tanto afán como Claudio, que no respetaba fiestas ni días nefastos (Suetonio, *Claudio* 14; Dión Casio, LX 4-5).

[38] Este trabajo de Hércules más comúnmente se conoce como la limpieza de los establos de Augías; este rey de la Élide era dueño de innumerables rebaños cuyo estiércol se iba acumulando en las cuadras sin que nadie se ocupara de retirarlo; Hércules los limpió desviando el curso del Alfeo y del Peneo, que arrastraron todo el estiércol en sus aguas; Séneca equipara este sistema a un trabajo de alcantarillado.

[39] El parlamento de Claudio se corta bruscamente, y sin transición el relato nos presenta el *concilium deorum* en plena efervescencia. Hay una laguna evidente (no para todos, cf. Roncali, *L'Apoteosi...*, pág. 84) cuyo texto perdido debía narrar cómo Claudio convence a Hércules de que apo-

«*** no es extraño que hayas irrumpido en la curia: pa- 8
ra ti nada hay cerrado. Por lo menos dinos en qué clase de dios quieres que se convierta ése. *Un dios epicúreo* no puede ser: *ni él tiene dificultades ni se las causa a otros*[40]. ¿Estoico? ¿Cómo puede ser redondo, como dice Varrón, «sin cabeza, sin prepucio»?[41]. Algo hay en él de dios estoico, ya lo veo: no tiene corazón ni cabeza. ¡Por Hércules!, si 2
le hubiera pedido este favor a Saturno, cuyo mes celebró todo el año este príncipe saturnalicio[42], no lo habría obtenido; ¿y lo va a hacer dios Júpiter, a quien, en la medida de sus posibilidades, condenó por incesto? En efecto, mató a Silano, su yerno, precisamente porque a su hermana, la más bonita de todas las chicas, al punto de que todos la llamaban Venus, él prefirió llamarla Juno[43]. Dice: '¿Por qué, me pre-

ye su pretensión a la apoteosis, con lo que ambos penetran en el lugar de sesiones y Hércules presenta la solicitud en nombre de Claudio, que ya se ha identificado claramente. Esto se deduce con bastante seguridad del texto conservado, sin que puedan hacerse más que conjeturas sobre qué dios es el que interpela a Hércules o quiénes son los que le interrumpen con sus preguntas o qué oradores han intervenido antes.

[40] Uno de los pasajes griegos restituidos por Rhenanus fue la definición del dios epicúreo, la misma exactamente que da Diógenes Laercio, X 139 y, traducida, Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses* I 17, 45.

[41] En cambio, la esfericidad del dios estoico está burlescamente indicada mediante un fragmento de las menipeas de Varrón, un senario yámbico que en su contexto debía describir las figuras informes de los Hermes guardianes de los caminos (cf. Cortés, *Teoría...*, pág. 214).

[42] El reinado de Claudio fue una Saturnal constante, un mundo al revés, donde los esclavos, ya libertos, se enseñorean del amo mientras éste sólo se ocupa, como los siervos, de comer y beber.

[43] Esto es, mantuvo relaciones con ella como Júpiter con su hermana y esposa Juno. Efectivamente Lucio Junio Silano fue acusado de incesto con su hermana Junia Calvina; la circunstancia de que fuera el prometido de Octavia, hija de Claudio, aún no su yerno, por tanto, hizo sospechar a todos los historiadores que tal acusación fue amañada por la intrigante Agripina con el fin de que Octavia quedara libre y la pudiera casar con su

gunto, a su hermana?'. Imbécil, instrúyete: en Atenas es
3 lícito a medias, en Alejandría del todo[44]. Como en Roma, dices, los ratones lamen las muelas de molino[45], ¿éste viene a enderezar nuestros entuertos? ¿No se entera de lo que pasa en su dormitorio y hete aquí que «escudriña las regiones celestes»?[46]. Quiere convertirse en dios: ¿acaso es poco tener un templo en Britania[47] y que lo adoren los bárbaros y le supliquen como a un dios *para hacerse propicio a un tonto*?».

---

propio hijo Nerón: Silano, caído en desgracia, se suicidó el mismo día en que Agripina se casaba con Claudio (cf. TÁCITO, *Anales* XII 3-4 y 8; SUETONIO, *Claudio* 29, 2; DIÓN CASIO, LX 21, 5; 31, 7), su tío, en un matrimonio que técnicamente sí constituía un incesto y que tuvo que ser legalizado mediante un senadoconsulto (cf. TÁCITO, *ibid.* 5-6).

[44] La explicación tan ofensivamente dada va dirigida probablemente a Claudio (cf. CORTÉS, *Teoría...*, págs. 216-217): en Atenas estaba admitido el matrimonio entre hermanastros, como el de Cimón (cf. CORNELIO NEPOTE, *Cimón* 1, 2); en Egipto el matrimonio entre hermanos era una costumbre arraigada que adoptaron los Ptolomeos.

[45] Otra frase hecha (OTTO, *Sprichwörter...*, núm. 1172) de significado muy debatido por los estudiosos; alguna interpretación es ciertamente desquiciada (TH. HOFFNER, «Zu Senecas *Apocolocyntosis* 8, 3», *Wien. Stud.* 44 (1925), 117-120, según el cual se alude al *cunnilinguus*); otras más razonadas coinciden en explicarla en el sentido de que en Roma no se dan matrimonios incestuosos, bien porque son normales (H. LACKENBACHER, «Zu Senecas *Apocolocyntosis* 8», *Wien. Stud.* 46 (1927), 126-129), bien porque los impiden las severas costumbres romanas (F. DORNSEIFF, «In Rom lecken die Mäuse die Mühlsteine», *Rhein. Mus.* 77 (1928), 221-224).

[46] Claudio debería ocuparse de su matrimonio, que conculcaba la ley de los dioses (SUETONIO, *Claudio* 39, 2), antes de venir a enmendarles a éstos la plana, tal como dice el orador con una cita de ENNIO (Frg. 107, pág. 22 de la ed. cit.).

[47] Exactamente, en Colchester, la antigua *Camulodunum*, con sacerdotes asignados al culto (cf. TÁCITO, *Anales* XIV 31); pero los rezos se dirigen no a un dios sino a un tonto, *móros*, el mismo término griego que empleaba Nerón para sus juegos de palabras contra Claudio (cf. el pasaje de Suetonio citado en n. 64 a la Introducción).

Finalmente Júpiter cae en la cuenta de que, si quedan 9
particulares en la curia, no está permitido expresar ni exa-
minar opiniones. Dice: «Yo, senadores, os había dejado ha-
cer preguntas: vosotros habéis organizado un auténtico albo-
roto. Quiero que respetéis el reglamento de la curia. ¿Qué
va a pensar de nosotros éste, sea quien sea?». Después de 2
hacerle salir, se pide en primer lugar la opinión del padre
Jano[48]. Éste había sido designado para las calendas de julio
cónsul vespertino, un hombre listo a más no poder, que
siempre ve «*a la vez lo de delante y lo de detrás*». Dijo con
gran elocuencia, como que vive en el foro, muchas cosas
que el amanuense no pudo seguir, por eso no las refiero, pa-
ra no poner con otras palabras lo que fue dicho por él. Mu- 3
chas cosas dijo sobre la grandeza de los dioses, afirmando
que tal honor no se debe conceder indiscriminadamente.
«Antes —dijo— era grave asunto convertirse en dios; ahora
tú lo has transformado en el mimo del haba[49]. Así pues, pa-

---

[48] Jano, el dios bifronte (como indica Séneca sirviéndose de una fórmula homérica, *Ilíada* I 343, III 109), cuyo templo se hallaba en el foro llamado Romano, habla el primero por ser el dios que preside todo comienzo y por la prioridad que le otorga el ser cónsul electo, aunque sea para nada: por las tardes nadie trabaja en Roma (cf. GIL, *Séneca...*, pág. 179; WALTZ, *Sénèque...*, pág. 9).

[49] Jano reprocha a Júpiter que haya admitido, aunque sólo sea a trámite, la solicitud de Claudio; por su culpa las apoteosis se han convertido en una farsa, como el mimo titulado «El haba». La cuestión que surge inmediatamente es una de las más discutidas entre las planteadas por la *Apocolocintosis*: ¿por qué Jano se refiere a este mimo concretamente? Dos teorías complementarias parecen dar respuesta satisfactoria: BÜCHELER, *Kleine Schriften...*, pág. 465, opina que el título del mimo, muy popular, se empleaba para caracterizar un asunto ridículo y baladí en general; pero la mención de ahora es más específica e intencionada, pues su argumento debía de ser totalmente contrario a las deificaciones, según P. T. EDEN, «*Faba mimus*», *Hermes* 92 (1964), 251-255, que aduce un pasaje de CICERÓN (*Cartas a Ático* I 16, 13) donde el mimo aparece contrapuesto pre-

ra que no parezca que doy mi opinión contra la persona y no contra el hecho, propongo que desde este día no se haga dios ninguno de los que '*comen los frutos de la tierra*' o de los que alimenta '*la fecunda tierra*'[50]. Quien, en contra de este senadoconsulto, se haga, diga o represente dios, parece bien que sea entregado a las Larvas y que en los próximos juegos sea azotado con varas entre los gladiadores recién
4 contratados»[51]. Seguidamente se pide la opinión de Diéspiter, hijo de Vica Pota[52], también él cónsul designado, cam-

---

cisamente a apoteosis, y concluye que la oposición consistía en que los personajes del mimo se convertían en monstruos fantasmales, los lémures, espectros de los antepasados que se conjuraban en las *Lemuria* y se aplacaban arrojándoles habas para que las comieran (cf. Ovidio, *Fastos* V 419 ss.). Para otras explicaciones, conjeturas y variantes, cf. Gil, *Séneca...*, págs. 179-181, y Cortés, *Teoría...*, págs. 223-226.

[50] Citas de Homero: *Ilíada* VI 142, la primera; *Ilíada* II 548, y *Odisea* XI 309, la segunda.

[51] Aunque son dos castigos distintos, la finalidad en ambos es la misma: hacer del contraventor una ofrenda propiciatoria a los espíritus, ya sea arrojándolo, como un haba, a las sombras fantasmales llamadas también Larvas, ya sea obligándole a participar como gladiador (después de sufrir alguna novatada) en unos combates que originariamente formaban parte de los ritos funerarios.

[52] Los nombres de estas dos divinidades no están nada claros en los manuscritos; de hecho, Vica Pota es una reconstrucción de un texto claramente corrompido. Se trata de una antigua diosa de la victoria, madre, según Séneca, de un dios al que los códices denominan Diéspiter («Padre de la luz», un arcaico dios solar identificado más tarde con Zeus-Júpiter) o Díspiter («Padre de la riqueza», dios de la abundancia equiparado con Plutón). Sea quien sea, es un dios plenamente romano, como Jano, y asimismo cónsul electo, pero de distinto parecer, su intervención es favorable a Claudio sin disimulos: es el primero en llamarlo por su nombre, da por sentada su divinidad (sin advertir la paradoja en que cae), etc.; todo por el agradecimiento que siente hacia Claudio, ya que se gana la vida no con su oficio aparente sino comerciando con los derechos de ciudadanía que con frecuencia vende a precio irrisorio, exactamente lo mismo que hacían los libertos de Claudio (cf. el pasaje de Dión Casio citado en n. 15).

bista de poca monta. Se mantenía con este negocio: solía
vender derechos de ciudadanía rebajados. Se le acercó boni-
tamente Hércules y le tocó el lóbulo de la oreja[53]. Así pues, 5
hizo su propuesta en estos términos: «Puesto que el divino
Claudio está emparentado por lazos de sangre con el divino
Augusto e igualmente con la divina Augusta, su abuela, cu-
ya divinización decretó él mismo[54], y que aventaja de lejos
en sabiduría a todos los mortales, y que es de interés públi-
co que haya alguien que pueda '*zamparse los nabos hir-
viendo*' en compañía de Rómulo[55], propongo que el divino
Claudio sea dios desde la fecha, tal como cualquiera que
antes de él lo haya sido hecho en buena ley, y que este
acontecimiento se añada a las *Metamorfosis* de Ovidio».
Las opiniones estaban divididas y parecía que Claudio lle- 6
vaba las de ganar. Pues Hércules, como veía que era su hie-
rro el que estaba al fuego, corría «de acá para allá» y decía:
«No te me pongas en contra, se trata de mis intereses; si

[53] Para que tenga presente en su declaración los beneficios que le debe al permisivo Claudio; el gesto era empleado habitualmente para invitar a un testigo a decir la verdad (cf. HORACIO, *Sátiras* I 9, 77; PLAUTO, *Persas* 748).

[54] Cf. DIÓN CASIO, LX 5, 2; SUETONIO, *Claudio* 11, 2.

[55] Rómulo se convirtió en un dios (su apoteosis la describe precisamente OVIDIO en sus *Metamorfosis* XIV 815-828), pero continuó alimentándose según la primitiva parquedad romana: su comida, aun en el cielo, son los nabos (cf. MARCIAL, XIII 16), bien calientes, como dice Séneca citando la segunda mitad de un hexámetro atribuida a Ennio (pág. 133 de la ed. cit.). Así Diéspiter argumenta contra el dictamen de Jano, puesto que Rómulo ha sentado precedente, comió de los frutos de la tierra, es más, sigue comiéndolos ya dios; por tanto Claudio tiene perfecto derecho a acompañarlo (y no se iba a quedar atrás, dada su glotonería —SUETONIO, *Claudio* 33—; quizá Séneca escondiera sarcasmos también en este discurso aparentemente favorable a Claudio, cf. WALTZ, *Sénèque...*, pág. 24).

otro día quieres tú algo, te devolveré el favor: una mano lava
la otra»[56].
10 Entonces se levantó el divino Augusto al llegarle su tur-
no de palabra y disertó con suprema elocuencia: «Yo, sena-
dores —dijo— os tomo por testigos de que, desde que fui
hecho dios, no he hablado palabra: me ocupo sólo de mis
asuntos; pero ya no puedo disimular más ni contener un
2 dolor que mi vergüenza hace más penoso. ¿Para esto propa-
gué la paz por tierra y por mar? ¿Para esto acabé con las
guerras civiles, para esto cimenté la ciudad con mis leyes y
la embellecí con mis obras, para...? No encuentro, senado-
res, manera de expresarme: todas las palabras se quedan por
debajo de mi indignación. Hay que recurrir pues a aquel di-
cho de Mesala Corvino[57], hombre elocuentísimo: «Me da
3 vergüenza el poder». Éste[58] que os parece, senadores, que
no puede ni espantarse una mosca, mataba hombres con la

---

[56] Dos refranes (OTTO, *Sprichwörter...*, núms. 657 y 1036), esta vez de sentido evidente, flanquean una probable cita de CATULO (3, 9), cuando describe los ligeros saltos de un gorrioncillo; Séneca provoca así la sonrisa del lector, al imaginarse al fornido Hércules moviéndose grácilmente como un pájaro.

[57] Augusto cita una frase de uno de sus más cercanos colaboradores, Marco Valerio Mesala Corvino, protector de poetas y él mismo orador de fama; Suetonio nos ha conservado una pequeña muestra de su arte, cuando tomó la iniciativa para proclamar a Augusto Padre de la patria (*Augusto* 58). Antes había sido partidario de Marco Antonio, pero los abusos de poder de éste lo fueron distanciando hasta acabar enfrentándose con él en una polémica durante la que muy bien pudo pronunciar las palabras que cita Augusto; un poder despótico (de Antonio, de Claudio) avergüenza al que lo contempla. Cf. KRAFT, « Der politische Hintergrund...», art. cit. en n. 79 a la Introducción.

[58] No se sabe cómo, pero Claudio vuelve a estar presente en la curia; así el ataque de Augusto va más directo contra él, incluso lo interpela llamándole, irónicamente, «divino».

misma facilidad con que un perro se echa al suelo[59]. Pero ¿a
qué hablar de tantos y tales varones? No me queda tiempo
para lamentar las calamidades públicas mientras contemplo
mis desgracias domésticas. Por tanto, pasaré por alto ésas y
relataré éstas; pues aunque [mi hermana] no sabe griego, yo
sí sé: *está más cerca la rodilla que la pantorrilla*[60]. Ése que 4
estáis viendo, refugiado tantos años bajo mi nombre, me ha
devuelto así el favor, matando a las dos Julias, mis biznie-
tas[61], a una por el hierro, a la otra por el hambre, y a un tata-
ranieto, Lucio Silano[62]: tú verás, Júpiter, si en un proceso
amañado; ciertamente, en uno que te afecta a ti, si quieres
ser imparcial. Dime, divino Claudio, ¿por qué a todos y ca-
da uno de aquellos y aquellas a quienes mataste los conde-

---

[59] Cf. Otto, *Sprichwörter...*, núms. 1183 y 329.

[60] Augusto nunca habló griego con soltura ni usó esta lengua en sus escritos; no obstante, se dedicaba con afán al estudio de los autores griegos, en busca de citas útiles (Suetonio, *Augusto* 89, 1-2); gracias a ese celo ahora puede expresar que unas cosas tocan más de cerca que otras con un refrán muy habitual (Otto, *Sprichwörter...*, núm. 1324), haciendo gala de un conocimiento del griego que opone a la ignorancia de su hermana. Acepto esta lectura *(soror mea)* como mal menor entre las muchas que se han propuesto para este *locus desperatus* (cf. Roncali, *L. Annaeus...*, pág. 31), aunque no se justifique satisfactoriamente la mención por parte de Augusto de su hermana Octavia; quizá su intención sea ofensiva, cf. T. A. Suits, «The knee and the shin (Seneca *Apocolocyntosis* 10, 3)», *Class. Philol.* 70 (1975), 38-41.

[61] Julia Livila, hija de Germánico, fue acusada de conducta inmoral (entre sus supuestos amantes se contaba Séneca, cf. la Introducción a las *Consolaciones* 2.1. y n. 24), desterrada y privada de alimento hasta morir; la otra Julia era hija de Druso, ajusticiada también bajo la acusación de adulterio (Tácito, *Anales* XIII 32 y 43; Dión Casio, LX 18, 4).

[62] Cf. n. 43. Mientras las dos Julias son parientes de Augusto por su matrimonio con Livia y las adopciones que realizó, Silano es descendiente directo: su madre era Emilia Lépida, nieta de Julia, la hija de Augusto.

naste antes de instruirles proceso, antes de escucharles?[63]. ¿Dónde pasa esto habitualmente? En el cielo no.

11 Mira a Júpiter, que lleva reinando tantos años y sólo le quebró una pierna a Vulcano, al que

asió por el pie y arrojó más allá del umbral de los dioses[64].

Y se enfadó con su mujer y la tuvo colgando sobre el vacío; ¿acaso la mató? Tú mataste a Mesalina, cuyo tío abuelo era yo tanto como tuyo[65]. 'No lo sé', dices. ¡Que los dioses te maldigan! Mucho más vergonzoso es no haberlo sabido que
2 haberla matado[66]. No ha dejado de seguirle los pasos a Ga-

[63] Administrando justicia, Claudio se mostró siempre irresponsable e imprevisible (cf. SUETONIO, *Claudio* 15), pero además en numerosas ocasiones condenaba a la ligera y sumariamente, tomando como probadas acusaciones inseguras y sin dar oportunidad de defenderse a los acusados (SUETONIO, *ibid.* 29, 1-2; TÁCITO, *Anales* XI 2). A este respecto, CORTÉS, *Teoría...*, págs. 237 y 287-289, llega a una conclusión muy interesante: la crítica a Claudio como juez sin ley, que ya se insinuaba en los primeros capítulos, pasa a ser en toda la segunda parte de la *Apocolocintosis* el motivo principal de la sátira; la arbitrariedad de Claudio es censurada ya en la primera intervención conservada de la asamblea de los dioses, expresamente, y posteriormente aludida con frecuencia, satirizada y vuelta al final contra él mismo. Todo ello constituye un sostenido ataque al incompetente Claudio, el necio que jugaba a juez con resultados devastadores: Séneca los sufrió largo tiempo.

[64] Una nueva cita de HOMERO (*Ilíada* I 591), seguida de una mención a otro pasaje del mismo (*ibíd.* XV 18-24).

[65] El padre de Mesalina, Mesala Barbato, era primo de Claudio (SUETONIO, *Claudio* 26, 2).

[66] Claudio retrasaba la condena de Mesalina, pero Narciso, temiendo que llegara a perdonarla, se adelantó e hizo matar a su rival en el dominio sobre el emperador; éste, al conocer la noticia, no se inmutó (cf. TÁCITO, *Anales* XI 37-38), incluso la olvidó y, cuando más tarde se disponía a cenar, se extrañó de que no estuviera presente su esposa (SUETONIO, *Claudio* 39, 1).

yo César desde que murió. Ése había matado a su suegro; éste, a su yerno además[67]; Gayo prohibió que el hijo de Craso fuera llamado Magno[68]; éste le restituyó el nombre pero le quitó la cabeza. Mató en una sola familia a Craso, a Magno, a Escribonia [...][69] a pesar de ser nobles y Craso, de
hecho, tan tonto que incluso hubiera podido reinar[70]. ¿A 3
éste queréis ahora hacer dios? Ved su cuerpo, nacido en un momento de cólera divina. En fin, que diga tres palabras sin
trabarse y me lleva de esclavo. A este dios, ¿quién lo vene- 4
rará? ¿Quién creerá en él? En tanto que hacéis tales dioses, nadie creerá que vosotros sois dioses. En definitiva, senadores, si me he comportado dignamente entre vosotros, si nunca le he replicado a nadie levantándole la voz, vengad mis ofensas. Yo, en consecuencia con mi opinión, propongo es-
to». Y leyó así de una tablilla: «Como quiera que el divino 5
Claudio mató a su suegro, Apio Silano, a sus dos yernos, Pompeyo Magno y Lucio Silano, al suegro de su hija, Craso Frugi, un hombre tan parecido a él como un huevo a otro huevo, a Escribonia, la suegra de su hija, a su mujer Mesalina, y a otros cuyo número no se ha podido determinar, me parece bien que se proceda contra él rigurosamente y que no se le deje la sentencia en suspenso, que sea deportado

---

[67] Gayo César Calígula obligó a Marco Junio Silano, padre de su primera mujer, a darse muerte (SUETONIO, *Calígula* 23, 3); Claudio hizo matar a Apio Silano, su suegro al ser padrastro de Mesalina (SUETONIO, *Claudio* 37, 2), y a Gneo Pompeyo Magno, hijo de Marco Licinio Craso Frugi y Escribonia, yerno suyo por su matrimonio con Antonia, su hija mayor (DIÓN CASIO, LX 5, 8-9; SUETONIO, *ibid.* 29, 2; TÁCITO, *Historias* I 48, 1).

[68] Prohibición que confirma SUETONIO, *Calígula* 35, 1.

[69] El texto de los manuscritos, evidentemente corrompido *(tristionias assarionem)*, ha resistido todos los intentos que se han hecho para sanarlo (cf. RONCALI, *L. Annaeus...*, págs. 17 y 31-32).

[70] Como Claudio, cf. 1, 1 y n. 3.

cuanto antes y que salga del cielo en treinta días, del Olim-
6 po en tres»[71]. Esta propuesta ganó la votación. Y sin más, el Cilenio, agarrándolo del cuello, lo arrastra a los infiernos desde el cielo

de donde no vuelve, dicen, nadie[72].

12 Mientras van vía Sacra abajo[73], Mercurio pregunta qué significa aquella concurrencia de gente, por si era el funeral de Claudio. Y era el más bonito de todos y con todo lujo de detalles, de modo que advertías claramente que estaban enterrando a un dios. De tocadores de trompeta, de corneta y de instrumentos de bronce de toda clase había un tropel tal,
2 una aglomeración tal, que hasta Claudio podía oírlos[74]. To-

[71] Con la propuesta de Augusto, expresada con un léxico técnico que le da mucha verosimilitud, Séneca se concede el placer de lanzar sobre Claudio una sentencia perentoria de destierro, que además se cumple de manera fulminante, sin esperar los plazos que se marcan en ella; el encargado de ejecutarla es Mercurio, llamado Cilenio por haber nacido en el monte Cileno, en Arcadia.

[72] De nuevo Séneca cita a CATULO (3, 12) dando a sus palabras una intención que no tenían: en el contexto original el lugar del que no se regresa es precisamente el infierno; Séneca, en cambio, lo dice del cielo, para subrayar la condición de falso dios de Claudio y la inversión de su apoteosis, pues no saldría del cielo si lo fuera verdadero ni descendería a los infiernos llevado, bruscamente, por Mercurio, el guía habitual de las almas muertas (cf. CORTÉS, *Teoría...*, págs. 243-244).

[73] En dirección al Campo de Marte (donde se creía que había una entrada a los infiernos, en el paraje llamado Terento), la misma que lleva el cortejo de Claudio para proceder a la cremación del cadáver en las piras allí instaladas (cf. GIL, *Séneca...*, pág. 189).

[74] Los funerales de Claudio fueron efectivamente magníficos (cf. TÁCITO, *Anales* XII 69); de la pompa que los rodeó Séneca destaca la multitud de músicos presentes, para poder exagerar irónicamente: el estruendo que producían era audible no ya para el Claudio espectador de su propio entierro, sino incluso para el realmente muerto que iba en él.

dos contentos, alegres; el pueblo romano andaba como un pueblo libre. Agatón y unos cuantos picapleitos lloraban, pero esta vez de todo corazón. Los jurisconsultos salían de las sombras, pálidos, flacos, apenas con aliento, como si resucitaran precisamente entonces. Uno de ellos, al ver a los picapleitos juntándose en corro y lamentando sus desventuras, se les acerca y les suelta: «Ya os lo decía yo: no va a haber siempre Saturnales»[75].

Claudio, cuando ya vio su propio funeral, comprendió 3
que estaba muerto. En efecto, en un inmenso *gran coro* cantaban una nenia en anapestos[76]:

---

[75] Expresión proverbial (Otto, *Sprichwörter...*, núm. 1592) que emplea el jurista redivivo para dar a entender que la muerte de Claudio ha acabado con esa continua Saturnal que fue su reinado (cf. n. 42), una permanente inversión del orden natural en la que la ley y sus conocedores se veían despreciados por el juez Claudio (Suetonio, *Claudio* 14), mientras él, en cambio, se dejaba dominar por los abogados, que lo trataban con humillante familiaridad (Suetonio, *ibid.* 15, 3), obligándole a escuchar sus teatrales intervenciones llenas de recursos efectistas, como el llanto fingido. Pero ahora Agatón (personaje por lo demás desconocido) y sus colegas lamentan de verdad la muerte de su valedor, con quien habían adquirido poder y riquezas (cf. Tácito, *Anales* XI 5-7).

[76] Éste es el único ejemplo conocido de una *nenia* (por más que burlesca), el planto o himno funeral que acompañaba algunos entierros, como el que entonó en las exequias de Augusto un coro de jóvenes patricios (Suetonio, *Augusto* 100, 2). Parece ser que estos cantos combinaban el lamento por el muerto, invitando a llorar por él, con sus alabanzas (cf. Cicerón, *Sobre las leyes* II 62). Ambas cosas hace Séneca, sobre todo se extiende en los elogios, que sólo lo son aparentemente, pues en realidad encubren un resumen de las críticas y ofensas que hasta el momento han caído sobre Claudio, y añaden otras nuevas, con una ironía que va progresivamente destapándose hasta terminar en una clara burla. Es probable, pues, que Séneca parodie la forma y el contenido de los lamentos fúnebres tradicionales (cf. Cortés, *Teoría...*, págs. 251-254), pero nada se puede decir en cuanto al metro, por lo que antes dije; el anapesto es familiar a Séneca, que lo utilizó en sus tragedias: esta nenia guarda paralelismo con

«Lágrimas derramad,
lamentos lanzad.
Con funesto clamor
el foro ecos dé.
Ha muerto un muy
sesudo varón;
ningún otro se vio
que en el mundo cabal
le ganara en vigor.
A los ágiles él
con su paso veloz
podía vencer,
obligar a huir
a los partos sin ley
y al persa acosar
con veloz proyectil
y con mano capaz
la cuerda tender
para así traspasar
con golpe sutil
al huidizo rival
y el bordado envés
del medo fugaz[77].
A britanos él,
allá del litoral

alguna de ellas, *Hércules loco* principalmente (cf. Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis...*, págs. 113-120).

[77] El enfrentamiento entre los partos (llamados también medos o persas) y los romanos, ya tradicional (cf. *Helvia* n. 36), no se interrumpió bajo Claudio (Tácito, *Anales* XII 44-51), pero él no participó ni de lejos en ninguna escaramuza contra esos expertos jinetes armados de arcos, cuya táctica más repetida consistía en fingir la retirada dando la espalda al enemigo para luego caer sobre él repentinamente.

del sabido mar,
y a brigantes de azul
escudo obligó
a doblar la cerviz
a romúlea prisión
y al Oceano también
a tener gran temor
a la insólita ley
de romana segur[78].
Llorad al varón
a quien nadie igualó
en la velocidad
de instrucción procesal,
después de escuchar
a una parte sin más
y a ninguna tal vez.
Ahora, ¿qué juez
litigios oirá
el año cabal?
Ya se inclina ante ti
y te cede el lugar
el que dicta la ley
al pueblo sin voz,
el que en Creta reinó
en ciudades cien[79].

---

[78] Claudio sí intervino en la expedición contra Britania (cf. Introducción a las *Consolaciones* 2.1. y n. 32): cruzó el Canal, pero no trabó batalla de importancia contra esos guerreros que se teñían o tatuaban la piel de azul (cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 14, 2), no sus escudos, como dice Séneca de los brigantes, una tribu britana (TÁCITO, *Agrícola* 17, 1).

[79] Minos, uno de los tres jueces infernales; en vida fue rey y legislador de Creta, llamada por Homero *hecatómpolis* (*Ilíada* II 649). Lejos de ceder el puesto a Claudio, lo que harán los jueces subterráneos será condenarlo severamente.

El pecho golpeaos
con mano infeliz,
picapleitos, ¡oh
linaje venal!
Y vosotros gemid,
los poetas de hoy,
y vosotros aún más,
los que, por agitar
cubiletes, gozáis
de un inmenso botín»[80].

13 Claudio disfrutaba con su elogio y deseaba quedarse más tiempo mirando. El Taltibio[81] de los dioses le echa mano y, tapándole la cabeza para que nadie pudiera reconocerlo, lo arrastra por el Campo de Marte y entre el Tíber y la
2 vía Cubierta[82] baja a los infiernos. Ya se les había adelantado por un atajo el liberto Narciso[83], para poder recibir a su

[80] La invitación al llanto, que al principio era general, ahora se dirige a los únicos que realmente pueden afligirse por la muerte de Claudio: abogados, poetas de corte y jugadores. Es la primera vez que se alude a la afición grandísima de Claudio por los dados (SUETONIO, *Claudio* 33), que se volverá contra él al final de la pieza.

[81] Heraldo de Agamenón; su nombre, por antonomasia, vale por «mensajero»; el de los dioses es Mercurio.

[82] Esta vía no está localizada con exactitud; según Séneca, pasaba cerca del *Terentum* (cf. n. 73), al noroeste del Campo de Marte.

[83] Encargado de la correspondencia imperial *(ab epistulis);* aunque murió poco después que Claudio, según ya se ha dicho, ha llegado antes a los infiernos porque escogió el camino más corto: se suicidó cuando se hallaba en el balneario de Sinuesa aliviándose de la gota que padecía (TÁCITO, *Anales* XII 66), por mandato de Agripina, que quería deshacerse de él molesta por su fidelidad a la memoria de Claudio y a su legítimo descendiente, Británico. Esa lealtad es la que hace a Narciso poner inconscientemente el dedo en la llaga al interpelar a los recién llegados llamándolos «dioses» a los dos.

patrono, y así, cuando llega, le sale al encuentro, resplandeciente, como que salía del baño, y dice: «¿Cómo, dioses donde los hombres?». Le responde Mercurio: «Rápido, anuncia que llegamos». En menos tiempo del que se tarda en decirlo Narciso se va volando. Todo es cuesta abajo, se 3
desciende fácilmente. Y así, aunque era gotoso, llega en un momento a la puerta de Dite, donde estaba echado Cérbero o, como dice Horacio, «la bestia de las cien cabezas»[84]. Se pone un poquillo nervioso (estaba acostumbrado a su favorita, una perra blanquita) al ver a aquel perro negro, peludo, que desde luego no querrías toparte en la oscuridad. Y a grandes voces dice: «¡Que ya llega Claudio!». Salen unos 4
aplaudiendo y cantando: «*¡Lo hemos encontrado, alegrémonos!*»[85]. Estaban ahí Gayo Silio[86], cónsul designado, Junco, ex pretor, Sexto Traulo, Marco Helvio, Trogo, Cota, Vetio Valente, Fabio, caballeros romanos que Narciso había hecho matar. En medio de este tropel de cantores estaba el actor Mnéster, al que Claudio, por una cuestión de estética, había

---

[84] Séneca utiliza esta cita (Horacio, *Odas* II 13, 34) que describe al perro Cérbero más monstruoso si cabe: de este guardián del reino de Dite (Plutón) se dice normalmente que tiene tres cabezas (cf. el propio Horacio, *Odas* II 19, 31-32).

[85] Con estas palabras, durante las ceremonias de culto a Isis y Osiris, los iniciados proclamaban su alegría por el reencuentro con el dios; aquí acogen a Claudio los ajusticiados por él, contentos de poder vengarse al fin.

[86] Mesalina, enamorada de él, lo convenció para conspirar contra Claudio, pero además, aprovechando una ausencia de éste, se casó públicamente con él (Suetonio, *Claudio* 26, 2). Claudio la condenó a muerte (cf. n. 66), junto con Silio y otros, acusados de complicidad (Tácito, *Anales* XI 12 y 26-36). Algunos de los mencionados aquí lo son también por los historiadores: Junco Vergiliano, Sexto Traulo Montano, Saufeyo Trogo, Vetio Valente; los demás, Marco Helvio, Cota y Fabio, son desconocidos.

5 hecho más bajo[87]. Al lado de Mesalina acuden volando (la noticia de que Claudio había llegado se extendió rápidamente), primero, los libertos Polibio, Mirón, Harpócrates, Anfeo, Feronacto[88], a todos los cuales Claudio había enviado por delante, para no encontrarse desasistido en ninguna parte; luego, los dos prefectos, Justo Catonio y Rufrio Polión[89]; luego, los amigos Saturnino Lusio y Pedón Pompeyo y Lupo y Asinio Céler, ex cónsules[90]; por último, la hija de su hermano, la hija de su hermana, sus yernos, sus suegros, sus suegras[91], todos sus parientes, en fin. Y cerrando filas,

---

[87] Sardónicamente Séneca aduce la estética como la razón que indujo a Claudio a acortar la talla de Mnéster, quitándole la cabeza. En realidad, este actor de pantomimas, el favorito del público y los emperadores ya desde Calígula (cf. Suetonio, *Calígula* 55, 1), había sido uno de los amantes de Mesalina y fue condenado al tiempo que ella, no sin cierta renuencia por parte de Claudio (Tácito, *Anales* XI 36; Dión Casio, LX 31, 5).

[88] Polibio es suficientemente conocido (cf. notas 30 y 31 de la Introducción a las *Consolaciones*), Harpócrates menos (Suetonio, *Claudio* 28); Mirón, Anfeo y Feronacto son para nosotros sólo nombres (y aun el último dudoso, cf. Roncali, *L. Annaeus...*, pág. 22).

[89] Ambos prefectos del pretorio; del primero se sabe que Claudio lo mandó matar inducido por Mesalina, temerosa de que Catonio revelara al emperador los pasos en que ella andaba (Dión Casio, LX 18, 3). Se ignoran las circunstancias de la muerte de Rufrio Polión, que había obtenido de Claudio algunas prerrogativas (Dión Casio, *ibid.* 23, 2).

[90] Pedón Pompeyo es desconocido; de Asinio Céler sólo tenemos la confirmación de su consulado (Frontino, *Tratado sobre las aguas* II 102, 7); Saturnino Lusio y Cornelio Lupo, los dos cónsules suplentes, fueron condenados por las acusaciones de Publio Suilio (cf. Tácito, *Anales* XIII 43), el delator del que se valía Mesalina es ocasiones como ésta.

[91] Ya mencionados casi todos: Julia Livila (hija de Germánico) y Julia (hija de Livila); Lucio Silano (prometido de Octavia) y Pompeyo Magno (marido de Antonia); Apio Silano (padrastro de Mesalina) y Craso Frugi (padre de Pompeyo, por tanto, más bien consuegro); por último, el plural «suegras» añade a Escribonia (con la misma salvedad, al ser la madre de

arremeten contra Claudio. Al verlos, Claudio exclama: 6
«*¡Todo lleno de amigos!*[92]. ¿Cómo habéis venido vosotros aquí?». Entonces Pedón Pompeyo: «¿Qué estás diciendo, desalmado? ¿Preguntas cómo? ¿Pues quién nos ha enviado aquí sino tú, asesino de todos tus amigos? Vamos ante el tribunal: aquí te enseñaré yo las sillas de los magistrados».

Lo lleva ante el tribunal de Éaco[93]. Éste se hallaba ins- 14
truyendo un proceso con base en la ley Cornelia que hay promulgada sobre los asesinos. Pompeyo solicita que incluya el nombre de Claudio, presenta la acusación: «Por la muerte de treinta y cinco senadores, trescientos veintiún caballeros romanos y otros '*tantos como la arena o el pol-*
vo'»[94]. Claudio no encuentra abogado. Al final se presenta 2
Publio Petronio[95], viejo camarada suyo, hombre experto en la lengua claudiana, y solicita un aplazamiento. No se le concede. Acusa Pedón Pompeyo a gritos. El defensor empieza a querer replicar. Éaco, el más justo de los hombres,

---

Pompeyo) la única novedad, aunque no se dice su nombre: Domicia Lépida, madre de Mesalina, ejecutada a causa de los celos de Agripina (cf. Tácito, *Anales* XII 64-65).

[92] La fórmula en los filósofos habitualmente es «todo lleno de dioses» (cf. Epicteto, *Diatribas* III 3, 15; Aristóteles, *Sobre el alma* 411a 8); por una vez la palabra «dios» no se ha sustituido por «tonto», puesto que es éste el que pronuncia la frase, confundiendo los motivos de la alegría con que lo han recibido ésos de los que sólo él ignora cómo han muerto.

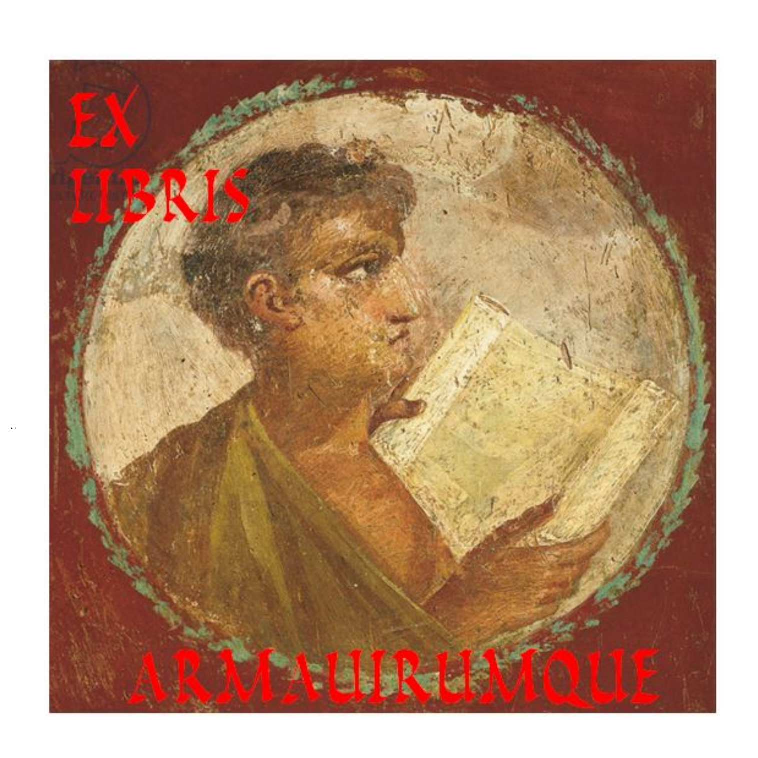
[93] Otro juez en los infiernos, a pesar de lo cual aplica leyes terrenales, como la *lex Cornelia de sicariis et ueneficiis*, que Sila promulgó en el año 81 a. C.; por lo demás, el juicio contra Claudio es una parodia de los formalismos corrientes en los tribunales romanos.

[94] Homero, *Ilíada* IX 385.

[95] Personaje que menciona escuetamente Tácito, *Anales* III 49 y VI 45, sin decir nada de su amistad con Claudio ni que fuera, como él, tartamudo; esta cualidad lo hace irónicamente ideal para defenderlo.

ÍNDICE DE NOMBRES

M = *Consolación a Marcia* *H* = *Consolación a Helvia*
P = *Consolación a Polibio* *A* = *Apocolocintosis*


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE

ÍNDICE GENERAL